

pasado y presente

REGIS DEBRAY
EL CASTRISMO EN AMERICA LATINA

ELISEO VERON
INFRAESTRUCTURA Y SUPERESTRUCTURA

FERNANDO CARDOSO
EL METODO DIALECTICO

A. CIRIA, R. DEPINAY, R. DUMONT, J. NOIROT, J. BENARD, J. DRESCH,
J. CHARRIERE, P. DELANQUE NGUYEN NGHE, P. AMAR, A. LENTIN, DIENG
AMADY ABY y CAMARA IBRAHIMA

POBLEMAS DEL SOCIALISMO EN AFRICA NEGRA

OSCAR DEL BARCO
EL PENSAMIENTO SALVAJE

FRANCISCO DELICH
LOS QUE MANDAN

revista de ideologia y cultura — córdoba

7-8

AÑO 2
OCTUBRE 1964
MARZO 1965

Santo Domingo

Si necesitábamos otro símbolo, ahí está la República Dominicana. No es fácil prever cuál será el final del episodio, y en la perspectiva de la Historia casi nadie recordará lo que ahora está aconteciendo. Para el hombre nuevo será tal vez una anécdota de poca monta que algunos miles de soldados yanquis hayan desembarcado en Santo Domingo para impedir que este país tan pequeño, tan ultrajable, dé los pasos que necesita para hacer su destino en vez de soportarlo. Pero si deseáramos algo que ponga de manifiesto lo que negamos: algo que vuelva asible, y destrozable, lo que sabemos que debe concluir de una vez para siempre, un objeto que encarne y represente todo aquello que debe ser negado, pensaríamos en Norteamérica. Tan arrogante, que es **América** a secas para los europeos. Tan cargada de males como de honras; innoble, hipócrita y chabacana.

Resulta difícil o imposible definir lo que deseamos que sea en el futuro. **El hombre libre** todavía **no es** y por tanto no se corporiza en nuestra imaginación, del mismo modo que no llegamos a pensar estrictamente en los mil millones de años luz que nos separan de cualquier modesta estrella. Y sin embargo sabemos la verdad de esa estrella tanto como la verdad de aquella esperanza. Inventamos nuestro camino, porque se trata más de un camino que de un punto de llegada. Para nosotros los marxistas el socialismo es sólo el umbral en que **comienza** la construcción de la lucidez, de la vida desalienada.

Más fácil, más urgente y necesario es saber lo que dejamos atrás. Nuestra elección, que es una apuesta, implica la negación de un mundo aunque los rasgos del que debe superarlo no sean del todo definidos. Y nuestra negación no se detiene en la invasión sino que alcanza a la enfermedad que ésta expresa, y la enfermedad mortal no es el salvajismo del acto sino la **imposibilidad** yanqui de no cometerlo. Norteamérica **necesita** arrojar gases tóxicos sobre los vietcongs o invadir la isla; es una sociedad moribunda porque **no puede** solucionar los problemas que suscita su funcionamiento (particularmente el del imperialismo) y porque tiene que trampear con sus propios principios. Necesita mofarse del mundo afirmando su decisión de no respetar más sus valores hipócritas. Ya no hay dudas, el león horriblemente enfurecido de puro miedo se estremece frente al más lejano ruidito, si se parece a una trampa. "No habrá más Cubas": no habrá posibilidades de nuevos pueblos libres. Cada explosión **made in USA** es un botón de muestra de un modo de cultura que termina, sin vergüenzas que ocultar, mostrando hasta los dolores, descomponiéndose sorda y ciega. Con náusea de quienes **contemplan**.

Puede pensarse que para la gran historia esta pequeña crepitación de fusiles carece de importancia. Tal vez. A menos que ésta sea la gran historia, la que se vincula con Aristóteles y Picasso, con Galileo y Marx. Entonces el mundo depende de Santo Domingo y Vietnam.

Y si esta es la gran historia porque es nuestra única historia, participamos en ella con nuestros medios de hoy, sin gestos teatrales ni falsa confianza ni complaciente pesimismo, sino simplemente con dolor y con odio.

EL CASTRISMO:

La Gran Marcha de América Latina*

En los países semi-coloniales, más aún que en los países capitalistas desarrollados, el problema primordial es el del Estado: por la misma razón es también en este tipo de países donde las clases explotadas son las más desprovistas de medios para controlar, doblegar y, con mayor razón, para conquistar el poder del Estado. En los países donde el Estado concentra todos los factores del poder, el problema del poder del Estado es más insoluble. En América Latina la manera habitual de resolver tal problema es el Golpe de Estado (gracias al cual se realizan todas las transferencias o los derrocamientos del poder establecido), aún

cuando este se realice en nombre de las clases populares y en contra de la oligarquía. Primera negación del castrismo: el Golpe de Estado.

Esta negación que parece elemental adquiere un relieve capital en un Continente en el cual la importancia del Poder y la ausencia de un poder distinto al estatal, instauraron desde el comienzo de su independencia un rito esencialmente latinoamericano: el "golpe". Perón y Vargas, cada uno en su tiempo, conquistaron el poder por un putsch, aún cuando expresaran, por otra parte, una crisis general —uno la crisis del año 29 y la ruina de la economía paulista centrada en la producción de café; el otro la crisis posterior a la segunda guerra mundial y a la rápida industrialización de la Argentina en una etapa de prosperidad. Pero, sean cuales sean las fuerzas que lo sostienen en un comienzo, un gobierno que llega al poder por un putsch (una acción relámpago en "la cumbre", allí donde el Ejército generalmente cumple el papel de actor principal o de árbitro) tiende necesariamente hacia la derecha. Condenado a la eficacia inmediata, para obtener la adhesión de las masas que están a la expectativa, tendrá que apoyarse sobre lo ya existente, es decir sobre los intereses económicos, sobre la burocracia o sobre la mayoría del ejército. Dada la ausencia de conciencia política y de organización de las masas —cosas que únicamente una larga y difícil experiencia revolucionaria puede hacerles adquirir— ¿sobre quién apoyarse? ¿Cómo

* El autor de este artículo, Régis Debray, ha viajado durante un año por América Latina para documentarse sobre los temas que aquí trata. Este trabajo, cuya versión original en francés apareció en LES TEMPS MODERNES, tiene entre otros el mérito de constituir una coherente visión de conjunto de los problemas latinoamericanos.

Si bien es cierto que algunas de las afirmaciones vertidas nos parecen discutibles y que las soluciones postuladas pueden aparecer demasiado simplificadas, el valor general, casi paradigmático de una determinada perspectiva de resolución de la revolución latinoamericana, lo convierten en un interesante punto de partida para la discusión que deseamos iniciar en este número de PASADO Y PRESENTE. En los próximos números esperamos ofrecer otras contribuciones sobre el tema. La traducción es redaccional. (N. de la R.)

pedirle los sacrificios que exigiría una verdadera política de independencia nacional, si las masas campesinas y especialmente las obreras no están convencidas de la necesidad de esos sacrificios? De allí que estos regímenes populistas —el del segundo Vargas (1), y el del primer Perón— promulguen leyes sociales que en ese momento son juzgadas como revolucionarias por sus beneficiarios, aún cuando solamente sean demagógicas ya que no se apoyan en ninguna infraestructura económica sólida. Llegados al poder gracias a la acción o a la neutralidad del ejército, estos regímenes han caído cuando las fuerzas armadas, o la parte más reaccionaria de las mismas, la Marina, lo han querido.

La violencia organizada pertenece a la clase dominante: el Golpe de Estado que manipula esta violencia está condenada a llevar la marca de dicha clase. Prestes en 1930 (Manifiesto de mayo de 1930) se negó a sostener a Vargas, un "tenente" como él, sostenido por casi todo el movimiento "tenentista" (2) nacido de las insurrecciones de izquierda de 1920, 1922, 1924 y de la misma "columna Prestes": el método empleado por Vargas y sus gauchos para tomar el poder indicaba por sí mismo la naturaleza reaccionaria del futuro "Estado Novo". Cinco años más tarde el mismo Prestes, a su regreso de Moscú, organizó una insurrección militar localizada independiente de todo movimiento de masas pero en connivencia con algunas altas personalidades del poder establecido (como el prefecto del distrito federal de Río): el putsch terminó en un desastre; Prestes es puesto en prisión, su mujer Olga es en-

viada a un campo de concentración alemán y el P. C. entra en una clandestinidad de diez años. Esto nos muestra hasta que punto la tentación del Golpe de Estado o de la insurrección militar es fuerte hasta en la izquierda revolucionaria. En Brasil, en la Argentina, en Venezuela y hasta hace poco en el Perú, el ejército recluta sus sub oficiales en la baja clase media; de allí se deriva la teoría del ejército como microcosmos social que refleja las contradicciones del macrocosmos nacional: todas las insurrecciones militares locales acaecidas desde 1922 (célebre episodio de los "18 del fuerte de Copacabana") hasta Puerto-Cabello (Venezuela, junio de 1962) parecían confirmar esta teoría. En realidad, si bien no puede subestimarse el grado de politización revolucionaria o nacionalista de algunos sectores del ejército y la ayuda que pueden prestar al movimiento revolucionario, tampoco se puede, en ningún caso, hacer reposar una estrategia, y ni tan sólo un episodio táctico de la lucha, sobre la decisión de un regimiento o de una guarnición. En Venezuela las acciones de Carúpano y de Puerto Cabello (3) pudieron servir de punto de unión para los militares nacionalistas de izquierda y los militantes civiles, de donde nació el F.A.L.N., pero nada más que eso. Más aún: para que haya esta reunión es necesario que exista previamente una organización civil con sus objetivos y sus medios propios, a la cual puedan venir a integrarse los elementos salidos del ejército: la guerrilla existía ya en Falcón y en Lara antes de la insurrección de los marinos de Carúpano.

El proceso inverso es claro en relación al valor de los civiles que participaron en un golpe de Estado militar: en octubre de 1945, Betancourt, Leoni, Barrios y todos los dirigentes de "Acción Democrática" (4)

(1) Vargas ocupa la presidencia de Brasil en dos períodos (1930-1945) y 1951-1954, y se suicida antes de concluir el segundo mandato.

(2) Tenente: Teniente. Numerosos sub oficiales, "nacionalistas de izquierda", formaron los cuadros de las primeras insurrecciones revolucionarias. Prestes, líder del Partido Comunista Brasileño es un militar de carrera.

(3) Puertos militares venezolanos en los que se produjeron dos importantes sublevaciones militares en 1962.

(4) "Acción Democrática": Partido venezolano fundado en 1941 y convertido

participaron en el golpe de Estado fomentado por Perez Jimenez y el ejército contra el Presidente Medina. Tres años más tarde Perez Jimenez se deshizo, mediante un nuevo golpe de Estado, de Gallegos, electo Presidente de la República, y de "Acción Democrática". La tradición revolucionaria del "APRA" (5) se funda sobre las insurrecciones militares de cuadros de base, la de Trujillo (lugar de nacimiento y feudo de Haya de la Torre) en 1930 y la de Callao en 1948: los sacrificios populares que ellas costaron no impiden que deba reconocerse que no se destruye de un día para otro el Estado semi-colonial con los instrumentos de ese mismo Estado, cualesquiera sea su coraje y su valor. El putschismo es también una tendencia latente del peronismo que ya ocasionó sus pérdidas con el fracasado levantamiento del general peronista Valle, el 9 de junio de 1956, luego del cual fueron retirados del servicio 4.000 sub-oficiales. La última ex-

en partido de gobierno desde 1958. Totalmente volcado en favor del imperialismo, Betancourt y Leoni se sucedieron en la Presidencia de la República. Gonzáles Barrio está encargado en la actualidad de "problemas del trabajo".

- (5) A. P. R. A.: Alianza Popular Revolucionaria Americana. Constituida en 1924 como una especie de Kuomintang latinoamericano, frente unido de grupos y de partidos ant imperialistas con secciones en cada país, transformado en partido por Haya de la Torre en 1929. El Apra canalizó el empuje revolucionario de las masas peruanas, en el momento de la caída del dictador Leguía en 1930, y pudo conservar el control de dichas masas hasta estos últimos años. Semillero de los movimientos pequeño burgueses de izquierda en América del Sur (Betancourt es un discípulo de Haya de la Torre) el APRA ofrece el mismo ejemplo de completa traición que poco antes el Kuomintang de Chiang Kai Shek.

periencia en esta materia, la del Brasil, es instructiva: el movimiento de los sargentos —25.000 contra 15.000 oficiales superiores en todo el ejército— que disponía de todas las condiciones para oponerse de una manera decisiva al golpe reaccionario de abril (no resistencia de la presidencia de la República (6), apoyo de la opinión popular, régimen de una relativamente amplia libertad) fue incapaz de quebrar la disciplina vertical del ejército y de tomar la iniciativa. Y esto, debido a la ausencia de una organización central, de homogeneidad política de los sargentos y de ligazón orgánica con las fuerzas sindicales. En este sentido no puede sino dudarse de las tendencias, hoy renacientes en la izquierda brasileña, que lo esperan todo de una sublevación o de un golpe de Estado de oficiales nacionalistas. Teniendo en cuenta estas formas habituales de acción revolucionaria, es una verdadera pequeña revolución la que cumple el castrismo rechazando el Golpe de Estado, la insurrección militar o el putsch —aun cuando ellos estén ligados a una organización civil— como método de acción; no obstante todo predispone a ello: la pasividad política de las masas y la lucha de las facciones burguesas por el control del Estado cuyos instrumentos de represión están desmesuradamente bien equipados para este género de operaciones. La fuerza de la tradición histórica es tal que, aun entre los mejores y más decididos militantes anti-imperialistas, no se comprende siempre la naturaleza esencialmente diferente de la toma del poder revolucionario —que es la instauración por primera vez, de un poder popular—

-
- (6) Goulart, sin embargo, había quebrado la insurrección de los Sargentos de Brasilia en setiembre de 1963, después de la cual en numerosas unidades los sargentos fueron despojados de sus armas, no teniendo más acceso, como en el pasado, a los depósitos de armas y estando sometidos a las peores vejaciones de parte de los oficiales superiores.

ni, por consiguiente, la naturaleza esencialmente diferente de las tácticas a emplear.

En oposición al "putchismo revolucionario" (blanquismo definiría más la acción aislada de una minoría civil y no militar) existen los partidarios de "la acción de masas pura". Evidentemente que no hay otro camino revolucionario sino el que pasa por la incorporación consciente de las masas a la lucha, vale decir por su "educación ideológica". Tal es el truismo poco comprometedor que agitan mucho las actuales direcciones comunistas (7) sin decir cómo "educar a las masas" en regímenes cuyo carácter represivo torna muy difícil el trabajo legal sindical, político o el limitado a la estrecha capa de la inteligencia urbana. En el altiplano boliviano, por ejemplo, un agitador revolucionario extraño al M.N.R. (Movimiento Nacionalista Revolucionario en el poder) trabajando en el seno de las comunidades indias tiene todas las posibilidades de ser liquidado físicamente por los mercenarios del gobierno al cabo de un mes, y en el Noreste brasileño la policía privada de los latifundistas, los "capanga", han obligado a Julio a utilizar guitarristas y cantores ambulantes que recitaban una

poesía popular alusiva o de doble sentido, para penetrar en las fazendas más alejadas y, por lo mismo, las más peligrosas. No es hacerle un contrapeso serio al "golpismo" latente en el peronismo revolucionario el agitar la consigna "por la acción de masas hacia la conquista del poder", como lo ha hecho Codovilla y tras él todo el P. C. argentino después de su 12º Congreso. Sin detenernos a considerar de qué tipo de acción de masas es capaz hoy el P.C.A. —en el seno de la C.G.T. (Confederación General de Trabajadores) el P.C., por intermedio del M.U.C.S. (Movimiento de Unificación y Coordinación Sindical), controla los sindicatos de prensa (los periodistas y no los tipógrafos), los "gastrónomos" de Buenos Aires, los químicos y los músicos— señalemos que una acción de masas como tal, jamás, y en ninguna parte ha conquistado el poder. En Chile las dos grandes huelgas generales declarada por la C.U.T. (Confederación Unificada de Trabajadores) luego de 1952, y en la Argentina la ocupación de los sindicatos por la infantería de marina cuando la "Revolución Libertadora" de 1955 —para hablar de los dos únicos países de la América Latina donde se puede hablar de masas obreras organizadas—, probaron que toda huelga general que no desemboca en un tipo de huelga insurreccional tiende a ser frenada o quebrada por la violencia: pero una huelga insurreccional (tomando esta palabra, mítica en tiempos de paz, al pie de la letra) supone armas y una organización de milicias y de cuadros de dirección que no van a salir de la acción de masas por un milagro de espontaneidad. No hay un ejemplo mejor en el mundo que la Argentina actual para probar una vez más que las masas obreras abandonadas a sí mismas, es decir abandonadas a la dirección de la burguesía, son llevadas al reformismo: como la CGT está investida de la dirección política del justicialismo, la dirección sindical (Framini lo mismo que Vandor) que sustituye a la dirección política ausente, se encuentra lógicamente aliada a la burguesía industrial, tan interesada como ella en la expansión econó-

(7) Aquí hacemos referencia a los partidos comunistas "prosoviéticos". En toda la América del sur subdesarrollada, los P.C. se han desdoblado con gran perjuicio para las masas, en un P.C. "prochino" (mayoritario en Perú, y en Ecuador) y un P.C. "prosoviético" (mayoritario aún en Brasil antes del golpe de Estado militar y en Colombia). A ejemplo del P.U.R.S. cubano, el Partido Comunista venezolano es el único del continente que rehusó tomar posición en el diferendo internacional y no sufrió ninguna escisión. No es por azar que los dos partidos más comprometidos en una práctica revolucionaria radical en dos escalones diferentes, hayan juzgado inútil publicar declaraciones de principio al respecto.

mica, es decir en el aumento de los salarios y de la demanda de mano de obra. Como tales, las masas no se batían en las calles, ni se dan un programa de acción, ni saben burlar a las siete u ocho policías políticas conque cuenta la Argentina; tareas todas éstas que Lenin recomendaba en 1902 a los aprendices de revolucionarios. Tanto en la discusión como en la propaganda el término "masas" es agitado por los P.C. reformistas como un mito soreliano a la inversa, para no hacer nada. En la teoría es el medio de terminar con la dialéctica —la cual tiene sus exigencias— y descansar en el mecanismo de las alternativas metafísicas. Un dirigente argentino del P.C. nos dice la última palabra de la historia cuando encuentra esta fórmula para sintetizar la política del Partido: "todo con las masas, nada sin ellas" (8). Preguntado sobre qué pasaría con una consigna tal en caso de un golpe militar —tradición argentina—, ese dirigente "político" no supo sino expresar su temor a los provocadores y reconocer que si las masas no salían a la calle el Partido solo no podría organizar la resistencia. Este razonamiento explica por qué las calles de Río y de Sao Paulo permanecieron desiertas el 1º y el 2 de abril de 1964, cuando miles de personas estaban prontas no sólo a manifestar en las calles sino también a combatir, ¿pero con quién? ¿detrás de quién? ¿bajo qué bandera? ¿Acaso no es el papel de una organización política y técnicamente preparada para estos casos el hacer la punta (bajo la forma más conveniente, que, sin lugar a dudas, no es ni la ma-

nifestación ni el combate en las calles de los centros urbanos paralizados por la represión militar) en tales circunstancias, para que a continuación y detrás de ella, entren en acción las masas protegidas y guiadas por esta vanguardia, aun cuando puedan pasar meses antes de que "las masas" retomen la confianza en ellas mismas y desmitifiquen el poder militar? El papel de un obrero portuario o ferroviario (los dos sindicatos que más trataron de resistir en Río) no es el de ir a hacerse matar en la calle, (sin armas y especialmente sin dirección, sin objetivos definidos), cuando sus dirigentes políticos han desaparecido o tratan con el Gabinete de Goulart las condiciones del repliegue.

Resumiendo: la violencia organizada, en su totalidad, pertenece al enemigo. La réplica popular, "la acción de masas", es fácilmente desmantelada por la violencia organizada del enemigo: en un instante el ejército pulveriza, por medio de un golpe de Estado, los partidos democráticos, los sindicatos, la combatividad y la esperanza de las masas; al respecto el golpe de Estado brasileño es ejemplar. ¿Qué hacer?

A la pregunta leninista el castrismo responde en términos casi semejantes a los de Lenin en 1902, precisamente en *¿Qué hacer?* En un régimen "autocrático" sólo una organización minoritaria de "revolucionarios profesionales", muy capacitados teóricamente y prácticamente entrenados "según todas las reglas del arte", puede hacer triunfar la lucha revolucionaria de las masas. En términos castristas: es la teoría del foco, del centro insurreccional del cual el Che Guevara ha expuesto las condiciones de desarrollo en *La Guerra de Guerrillas*. "Consideramos", dice el Che Guevara en el prefacio, que la revolución cubana a hecho tres aportes fundamentales a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América: 1º las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército; 2º no es siempre necesario esperar a que estén cumplidas todas las condiciones para la revolución: el centro insurreccional puede crearlas; 3º en la América sub-desarrollada

(8) Es el título de un artículo de Jorge del Prado ex secretario general del P.C. peruano, hoy líder de su fracción "prosoviética", aparecido en *Revista Internacional*, N° 5, de mayo de 1964. Se podrá encontrar allí, junto a todas las citas de Lenin y hasta de Jruschov que exige este género de defensa, una sistematización interesante del reformismo, y un ataque poco velado al castrismo confundido con el blanquismo.

el terreno de la lucha armada debe ser siempre el campo". En 1964, luego de cinco años de experiencias de "focos" en casi todos los países de América —cinco años que valen un siglo— ¿qué queda del foco? ¿Ha sido invalidado por los hechos, o por el contrario se ha templado, se ha fortificado en la prueba?

Un primer examen constata un fracaso casi completo, exceptuada Venezuela después de 1959, fecha a partir de la cual América entró en una fase intensiva de guerrillas de las que emerge, hoy, dolorida y enriquecida, capaz de crear las bases de una lucha armada victoriosa. Exceptuados los mil movimientos que abortaron o que no tuvieron una importancia real, recordemos todas las experiencias de núcleos insurreccionales en el campo:

— **Argentina:** Diciembre de 1959. Núcleo insurreccional de los "Uturuncos" (en quechua "hombres tigres") instalados en el noroeste de Tucumán por un grupo de peronistas revolucionarios influenciados por John William Cooke, que fuera el segundo de Perón en los últimos años de su gobierno y que es un partidario consecuente de la lucha armada. El grupo de los Uturuncos es obligado a desaparecer luego de algunos éxitos tácticos.

— **Paraguay:** En noviembre de 1959 se produce el trágico fracaso del "14 de Mayo", movimiento compuesto por jóvenes militantes salidos de la Juventud Febrerista y del Partido Liberal. El 20 de noviembre de 1959 una columna de 80 guerrilleros penetra por la selva del Norte de Paraguay. Algunos días más tarde no quedan sino una docena de sobrevivientes que escapan por milagro hacia la Argentina. Los otros cayeron muertos en el combate o bajo las torturas.

— **Paraguay:** Fracaso, en los primeros meses de 1962, de las guerrillas del F.U.L.N.A. (Frente Unificado de Liberación Nacional), que reagrupaba a la Juventud Febrerista y al Partido Comunista) instaladas en las zonas de San Pedro, General Aquino y Rosario. La razón del fracaso, en general, debe buscarse tanto en las dificultades militares como en un cambio de dirección del P. C., que abandona la

línea de la lucha armada por la del Frente con la burguesía nacional o con el Partido Liberal.

— **Santo Domingo:** Fracaso del desembarco emprendido durante el verano de 1960 por el movimiento "14 de Julio" bajo la dirección del comandante Enrique Jiménez Moya. Ningún sobreviviente.

— **Colombia, 1961:** fracaso del M.O.E.C. (Movimiento Obrero - Estudiantil - Campesino). En el Cauca, no lejos de Marquetalia, los dirigentes del M.O.E.C., organización "castrista" de extrema izquierda que reagrupa a numerosos disidentes del P.C., Antonio Larotta, Federico Arango y otros, son asesinados tanto por los "bandoleros" (bandidos de los caminos principales vinculados muchas veces al ejército) como por el mismo ejército luego de su rendición. Ellos se esforzaban por poner en pie una guerrilla política apoyándose sobre los viejos guerrilleros liberales de la guerra civil degenerados en "bandoleros".

— **Ecuador:** Fracaso de la guerrilla de U.R.J.E. (Unión Revolucionaria de la Juventud Ecuatoriana). Cerca de Santo Domingo de los Colorados, zona intermedia entre la costa tropical y las altas mesetas andinas, una cuarentena de jóvenes fueron cercados y capturados por los paracaidistas, en marzo de 1962. Sólo estuvieron 48 horas en la montaña.

— **Venezuela:** No es injusto incluir en esta lista el fracaso de los primeros núcleos de guerrilla, mal organizados, como el del Estado Mérida, en Los Andes, en marzo de 1962, y de la zona del Charal, estado de Yaracuy. Estos fracasos locales han sido ampliamente compensados por los acontecimientos posteriores.

— **Perú:** En Puerto Maldonado, sobre la frontera boliviana, fue liquidada la vanguardia de una importante columna. Los guerrilleros no tuvieron ni siquiera tiempo para entrar en acción. (Pablo Neruda compone en ese momento una oda a la memoria de Javier Heraud, joven poeta peruano muerto en Puerto Maldonado. Posteriormente se retractará, antes de las elecciones chilenas del 4 de setiembre, cuando insultará a todo lo que de leninista

- existe hoy en América y en el mundo).

—Brasil: No se puede hablar con propiedad de núcleos insurreccionales. En 1962 se instalaron en algunos Estados del interior núcleos de entrenamiento militar ligados al movimiento de Juliao, pero terminaron por desaparecer por falta del apoyo y de la dirección prometida por Francisco Juliao; este fracaso desencadenó una serie de escisiones en el seno de las Ligas Campesinas, las que mueren como movimiento político nacional hacia fines del año 1962.

—Perú: El movimiento desencadenado por Hugo Blanco, en 1961, en el valle de la Convención, desembocó lógicamente en un núcleo insurreccional. Falto de apoyo político, falto de una estrategia bien definida, de cuadros y de armas, Blanco no pudo pasar a la lucha armada y los campesinos pagaron las consecuencias de la terrible represión militar desencadenada en Octubre de 1962 contra los campesinos sindicados del Cuzco. Blanco fue capturado en mayo de 1963, aislado y enfermo, luego de cuatro meses de búsqueda.

—Argentina: Fracaso en febrero y marzo de 1964 del E.G.P. (Ejército Guerrillero del Pueblo). Dado el valor y la importancia de la organización éste fue uno de los más graves fracasos de "focos" guerrilleros. Desde hacía 6 meses el E.G.P. se preparaba para la acción en los departamentos de Salta y de Jujuy, en el Norte argentino, en donde fueron encontrados por la gendarmería importantes campos de entrenamiento y numerosas bases subterráneas de aprovisionamientos. El E.G.P. estaba compuesto por jóvenes disidentes del P.C. y, en mayor parte, por partidarios del "foco" y no por trotskistas como lo insinuó el P.C. argentino. Las cifras oficiales indican una docena de detenidos, seis muertos, algunos de hambre y otros fusilados. La guerrilla todavía no había entrado en acción.

No hay una sola tentativa de lucha armada que no exija un relato fiel de sus circunstancias y orígenes; razones elementales de seguridad impiden hacerlo todavía, ya que esos movimientos no

consideran como definitivos sus fracasos. Quisiéramos solamente extraer las lecciones generales, políticas, de esas experiencias y formarnos a partir de ellas una idea más precisa sobre las condiciones de desarrollo de un "foco".

Frente a tales fracasos, recordemos los territorios liberados o las zonas de combate que existen actualmente sobre una base sólida en América del Sud:

—Venezuela: Los territorios de Falcon y de Lara constituyen, desde hace dos años, las zonas que Douglas Bravo (comandante en jefe de la guerrilla) llamara zonas "estabilizadas" en octubre de 1963, y a pesar de la táctica adoptada de guerrilla en profundidad —implantación de un régimen político y social— no cesan de librarse encuentros militares. Junto a estas zonas, se organizó en julio de 1961 el nuevo frente de Bachiller al este y otro, al parecer en los Andes, al oeste.

—Colombia: Las zonas de autodefensa campesina, llamadas a menudo "repúblicas independientes": Marquetalia, Río Chiquito, Sumapaz, el Pato, cuya creación remonta a la guerra civil (1948 - 1958). Nacieron de una lucha armada local, llevada adelante por los campesinos, quienes una vez terminada la guerra por la reconciliación de conservadores y liberales, no abandonaron las armas y se organizaron en forma autónoma, bajo la dirección de jefes campesinos (dotados de una extraordinaria formación militar) miembros del Comité Central del P.C. Después de las elecciones de marzo de 1964, la zona de Marquetalia fue objeto de un ataque masivo y cuidadosamente preparado por el ejército y la aviación, encuadrados y dirigidos por oficiales americanos. El comandante guerrillero de la zona, Marulanda, se negó a librar una guerra de posiciones que hubiera tenido consecuencias desastrosas y abandonó el control de la parte habitada —un poblado sin importancia— al ejército. Este se encuentra en una especie de trampa ya que Marulanda y sus campesinos están empeñados en una terrible guerrilla de hostigamiento contra los soldados.

—Bolivia: Se puede incluir en esta lista, a pesar de la ambigüedad del combate, el

noreste boliviano tropical, en la frontera con Brasil, ocupada por importantes efectivos guerrilleros que pasaron a la ofensiva en agosto de 1964, y que actúan bajo el control del partido falangista. Este partido, representante tradicional del latifundismo de oriente, de la reacción de los Blancos (los "kampas") contra los Indígenas (los "coyas" del altiplano) adoptó, al parecer, una actitud antianqui y nacional a partir del fracaso de las insurrecciones falangistas de 1953 y sobre todo de 1959, año en que fue abatido Unzaga de la Vega, fundador del Partido. La Guerrilla oriental se caracteriza por una fuerte reivindicación regionalista, casi separatista para algunos, surgida de la rivalidad entre los intereses económicos de Santa Cruz y los de la capital "indígena" de La Paz. Sin embargo, algunos jefes guerrilleros son conocidos como auténticos revolucionarios (Valverde, etc.).

— **Bolivia:** Las minas bolivianas — toda la zona que rodea Oruro (San José, Huanuni, Siglo Veinte, Catavi) — constituyen por su importancia económica (el estaño es el único producto boliviano), social (los 26.000 mineros inscriptos en la F.S.T.M.B. (9) forman la base concentrada de la producción y del proletariado nacional) y político (nivel de conciencia y de organización), el "territorio libre de América" más importante y sólido del continente. Los mineros, artesanos y verdaderos vencedores de la Revolución de 1952 — la primera de América Latina —, se organizaron en milicias en cada una de las minas; aunque mal equipados en armamentos convencionales, están superentrenados en el empleo de la dinamita, a la que convirtieron en un arma terrible. Las grandes minas se encuentran separadas unas de otras por una distancia de 20 a 50 Km., pero los

campesinos indígenas de las zonas intermedias están igualmente armados y aliados a los sindicatos. El trotskismo fue completamente barrido de las minas desde que Federico Escobar y Ninavia, ambos comunistas revolucionarios, fueron colocados a la cabeza de los sindicatos de Siglo Veinte y Huanuni respectivamente. Recordemos la reacción de los mineros de Siglo Veinte, cuando en diciembre de 1963, Federico Escobar y Pimental fueron detenidos por haber cometido la imprudencia de salir de la zona libre para concurrir al congreso de Colquiri, abandonando su escolta de milicianos en el trayecto. Desde las primeras grandes masacres mineras de 1942, dirigidas por Patiño, los mineros pagaron con su vida cada huelga, cada reivindicación elemental (jornada de 8 horas). Desde la ruptura con el M.N.R. y Paz Estenssoro (1960), la lucha armada se ha convertido en la realidad cotidiana de la mina, siempre dispuesta a desembocar en una ofensiva estratégica: la marcha sobre La Paz. Bolivia es el país donde se dan las mejores condiciones objetivas y subjetivas, el único país de América del Sur en el que la revolución está al orden del día, a pesar de la reconstitución de un ejército íntegramente destruido en 1952. Es también el único país en el que la revolución puede revestir la forma bolchevique clásica, a base de "soviets" que hagan "saltar" el aparato del Estado mediante una lucha armada corta y decisiva. Testimonio de ello es la insurrección proletaria de 1952 (10).

(10) Este texto fue redactado antes de la insurrección boliviana de octubre-noviembre de 1964 al final de la cual desfilaron en La Paz los guerrilleros falangistas. Una vez más los mineros estuvieron en el centro del combate, seguido por los estudiantes y los obreros de La Paz y Oruro. La Junta Militar encaramada en el poder luego de la partida de Paz Estenssoro ha sabido evitar hasta ahora la "explicación" con el ejército que buscaban los sindicatos mineros. El Partido

(9) F.S.T.M.B.: Federación Sindical de Trabajadores de las Minas de Bolivia. Su presidente es Juan Lechin viejo dirigente del M.N.R. que rompió con Paz Estenssoro en 1962 debido a la entrega completa de Bolivia a U.S.A. realizada por éste último.

Por consiguiente, debido a razones de formación histórica verdaderamente únicas en América, en Bolivia la teoría del foco es, si no inadecuada, relegable en todo caso a un segundo plano. Si se deja de lado a Colombia, más industrializada y menos colonial que Venezuela, y en la cual la guerra civil confirió a la guerrilla rural un carácter "vietnamés", si puede decirse (los campesinos son cultivadores de sus tierras y guerrilleros al mismo tiempo), solamente la actual Venezuela respondería a las características del foco tal como lo concibe el Che Guevara. Al lado de la lista impresionante de fracasos que hemos presentado, es realmente poca. En realidad, el análisis rápido de las razones de esos fracasos muestra que son debidos a la imitación demasiado apresurada de un "modelo", el de la revolución cubana, sin que esas tentativas de guerrillas rurales pudieran reunir todas las condiciones del éxito. Condiciones que, gracias a esas experiencias, podemos enumerar mejor ahora que hace cinco años. La nomenclatura completa podría darnos un principio de definición del "castrismo". Así como el leninismo se consolidó después de la prueba de 1905, el castrismo se refuerza y precisa con este inmenso "1905" expandido que conoce América Latina desde la

Comunista dividido se había distanciado poco antes de sus mejores dirigentes y de su base principal, los mineros, que estaban en tren de reagruparse sobre posiciones marxistas leninistas abandonando a su reformismo o a su traición a una dirección pequeño-burguesa, "ruscheviana" y "antichina", completamente separada de las masas. La presencia de una vanguardia política constituida habría transformado, en opinión de todos los militantes, los resultados de la insurrección. Federico Escobar no ha dado ser liberado aún después de la partida de Paz Estenssoro. Es de esperar que se desate una gran represión contra el proletariado y las fuerzas democráticas.

victoria de la revolución cubana.

El error más grave sería considerar al "foco" como el resurgimiento de cierto blanquismo. Aunque se trate en un comienzo de un grupo ínfimo —de 10 a 30 revolucionarios profesionales enteramente consagrados a la causa y con miras a la toma del poder—, el "foco" no tiende de manera alguna a conquistar el poder por sí solo, mediante un golpe de audacia. No intenta tampoco conquistarlo mediante la guerra, o por una derrota militar del enemigo; cuenta sólo con poner a las masas en condiciones de subvertir por sí mismas el poder establecido. Ciertamente, es minoría, pero, a diferencia de las minorías actuantes del blanquismo, no pretenden unir a las masas después de la conquista del poder, sino antes, y hace de esa unión previa la condición *sine qua non* de la conquista final. Incrustada en el punto más vulnerable del territorio nacional, esta minoría será la mancha de aceite que, lentamente, propagará sus movimientos concéntricos a la masa campesina, a las poblaciones intermedias y finalmente a la capital. Evidentemente, el movimiento se realiza en ambos sentidos ya que, a partir de las mismas poblaciones, surge un movimiento de masas (huelgas, manifestaciones por la defensa de las libertades públicas, colectas, etc.) y un movimiento de resistencia clandestino galvanizado por las operaciones de la guerrilla rural. Este crecimiento que va de la minoría aislada a la minoría-núcleo de un movimiento popular para convertirse en el motor de la violenta marejada final, no es mecánico en el sentido de que existe aceleración por saltos de la influencia del foco; el primer contacto con el campesinado que rodea la montaña, en el centro de la cual se instala la guerrilla por razones de seguridad y protección natural es el más difícil de establecer y consolidar. Esos campesinos aislados, pequeños propietarios de descampados estériles (los "conqueros" de Falcón en Venezuela, o los indios aparceros del Norte argentino) son también los más difíciles de orientar y organizar, a causa de su misma dispersión, del analfabetismo, de su desconfianza primera frente a estos

desconocidos que sólo auguran, según creen, bombardeos, pillajes y represión ciega. Pero más tarde, cuando esta capa sea ganada, el foco guerrillero ya consolidado en cuanto a provisiones, informaciones, efectivos, irá al encuentro de los asalariados agrícolas de las "tierras bajas" (los obreros de la caña de azúcar del Norte argentino, a menudo "importados" de la vecina Bolivia, los desocupados de las poblaciones de Falcon, los obreros asalariados del litoral del Nordeste brasileño), vale decir, una capa social mucho más receptiva y materialmente preparado, por su concentración, su desocupación crónica, su total sumisión a las fluctuaciones del mercado capitalista. Finalmente, en las ciudades próximas, se producirá la ligazón con las pequeñas concentraciones obreras de las industrias de transformación locales ya politizadas, sin que sea necesario realizar el lento trabajo de aproximación indispensable en un principio en la montaña.

El segundo carácter del foco, que lo opone radicalmente al blanquismo, consiste en que no apunta a una victoria relámpago, ni tampoco a una rápida solución de la guerra revolucionaria. El foco quiere conquistar el poder con y por las masas, vale decir, con los campesinos pobres y medios, con los obreros. Ahora bien, esas capas sociales aisladas siempre de la vida política, necesitan una larga experiencia práctica para tomar conciencia de su condición de explotadas para organizarse y entrar en acción. Además, la aristocracia obrera de los "oficios" del siglo XIX y de nivel cultural elevado, que constituía el terreno preferido del blanquismo, en nada se asemeja a la América de hoy, a excepción de los sectores anarco-sindicalistas de Buenos Aires y sobre todo de Montevideo (donde existe una importante central sindical anarquista). Secuelas de la primera ola de inmigración italiana y española, su importancia por lo tanto no puede ser decisiva.

Blanquista por muchas razones, fue la Insurrección comunista brasileña de 1935, organizada por Prestes, miembro del Consejo exterior de la III Internacional que

había regresado clandestinamente a Río, proveniente de Moscú. Sobre la base de informaciones falsas e indudablemente de elementos provocadores infiltrados en el P. C. (el mismo secretario general) Prestes creyó en la oportunidad de una sublevación militar simultánea en algunas guarniciones claves del territorio. Ningún contacto fue establecido con la Alianza Nacional Libertadora, poderosa organización de masa del tipo del Frente Popular en la que los comunistas constituían la columna vertebral. Ningún trabajo de agitación previa fue iniciado. El complot estalló una buena mañana de noviembre cuando el tercer regimiento de Río se sublevó, pero éste no fue seguido por los otros regimientos implicados en la conspiración, comenzando una lucha fratricida entre ellos. En Natal, en Recife, se producen otros levantamientos pero su falta de sincronización permite que sean localizados y reducidos rápidamente. Las masas estupefactas no declaran ninguna huelga de sostén o de protesta contra la represión que inmediatamente inicia Vargas, muy satisfecho por haber encontrado ese pretexto. La preparación de ese golpe de mano, que instala de hecho el fascismo por un término de 10 años en el Brasil, no tiene nada que envidiar a las mejores novelas policíacas, y es asombroso que la El Internacional se haya aplicado a fondo en pleno período del Frente popular antifascista, en el éxito de la insurrección enviando sus mejores técnicos, sus mejores cuadros políticos entrados clandestinamente en el Brasil como Harry Berger, un alemán que diez años más tarde saldría de la prisión enloquecido por las torturas, Jules Vellès, Rodolfo Ghioldi (hoy dirigente de segundo plano del P. C. argentino) y otros.

El plan de insurrecciones militares puesto en práctica en Venezuela en 1962 conocido bajo el nombre de "plan de Caracas" y del cual sólo se produjeron las insurrecciones de Carúpano y de Puerto Cabeallo, es totalmente diferente: corresponde a una etapa de lucha más avanzada (acababa de producirse una serie de manifestaciones contra el voto de la delegación venezolana a Punta del Este, 25 muertos en 3

días, pues la policía tiene orden de "tirar primero luego verificar") y a un movimiento espontáneo entre los oficiales jóvenes y sub-oficiales del ejército y de la policía, no dirigido desde el exterior como en el caso brasileño. Pero sobre todo, la insurrección simultánea de las diferentes guarniciones nacionalistas en toda la extensión del territorio debía servir de señal para el desencadenamiento de acciones de masa en Caracas y otras ciudades. El plan fue descubierto por los servicios de espionaje del gobierno, que desplazó y encarceló a oficiales y regimientos peligrosos poco antes de la fecha prevista. Si Carupano y Puerto Cabello se sublevaron en mayo y junio de 1962 sólo fue, en verdad, por desesperación y por salvar el honor (militar), pues eran muchos los que se negaban a morir en prisión por sublevaciones que no se realizaron.

Los camaradas venezolanos concluyeron de este fracaso, que no se puede dar al ejército y ni siquiera a sus elementos más decididos y conscientes un papel exagerado, a causa de la resistencia de numerosos oficiales y suboficiales, dominados por la formación militar, a guardar un secreto, por ejemplo (la camaradería y la solidaridad de casta son más fuertes, a veces, que las oposiciones políticas) o posponer el honor militar, en suma, a adquirir la humildad revolucionaria. Los insurrectos de Carupano se negaron a batirse en retirada hasta los campos petroleros vecinos de Tigre —donde hubieran estado al abrigo de los bombardeos— y a disolverse para salvar los cuadros del futuro ejército popular (las F.A.L.N. se constituyeron poco después de Puerto Cabello), porque tal cosa hubiera significado retroceder ante las fuerzas gubernamentales.

Pero los "castristas" son conscientes, en este momento, que no se puede adoptar una actitud sectaria con respecto al ejército sin hacerse por ello ilusiones sobre el papel que podrían jugar estos elementos de vanguardia mientras permanezcan dentro de la estructura del mismo ejército sin integrarse con el "otro" ejército en formación, como en el caso de Venezuela (esta integración sólo debería producirse cuando el militar ha comprometido su se-

guridad por su trabajo de agitación en su regimiento). La propaganda enemiga se encarga, en efecto, de repetir a los militares de carrera que la Revolución "castro-comunista" quiere liquidar el ejército como tal, sin precisar el sentido en que es necesario entender "liquidar". En Venezuela, esta propaganda ha concluido por indisponer a ciertos militares de carrera, jóvenes suboficiales de extracción popular, simpatizantes de la revolución. Las F. A. L. N. se vieron obligadas a insistir en la prensa clandestina sobre la necesidad de un ejército de otro tipo para una Venezuela democrática, donde podrán encontrar su lugar los hombres honestos; explicando al mismo tiempo que no se trata de destruir físicamente uno por uno a todos los oficiales de carrera o quitarles el empleo, sino de destruir el ejército como aparato represivo al servicio de la clase dominante.

Para situar mejor la teoría del "foco" entre los conceptos políticos habitualmente empleados, relacionémosla con la teoría leninista del eslabón más débil, de la cual es una reinterpretación en condiciones diferentes. El foco se instala como un detonante en el paraje menos vigilado de la carga explosiva y en el momento más favorable a la explosión. Por sí mismo, el foco no cambiará una situación social dada ni tampoco una situación política sólo con sus combates. Podrá tener un papel activo solamente si encuentra su punto de inserción en las contradicciones en desarrollo. En el espacio: allí donde las contradicciones de clase son más violentas, pero menos manifiestas, más latentes y comprimidas, en el plano político: es decir, en el seno de las zonas agrarias feudales, alejadas de los aparatos de represión concentrados en las ciudades (Cuzco peruano, Salta en Argentina, Falcon y Lara en Venezuela, Sierra Maestra). En el tiempo: aquí está el quid. Ciertamente, un foco guerrillero no puede nacer en un momento de reflujo sino que debe ser la culminación

(11) "...la insurrección debe apoyarse en aquel momento de viraje en la historia de la revolución ascendente en que la actividad de la vanguardia del

de una crisis política (11). También es cierto que no se puede esperar "el momento" para ir a la montaña porque un foco no se improvisa en un mes. Para que la pradera se incendie es necesario que la llama esté allí, presente, a la espera. En otras palabras, el largo trabajo de implantación de un foco exige sea realizado en el mismo lugar, y sólo un foco políticamente implantado en una zona agraria puede pasar a la ofensiva llegado el momento. Tal fue la difícil situación de los militantes argentinos del Ejército Guerrillero del Pueblo, lo cual explica ampliamente su fracaso, aunque la causa inmediata fuera la infiltración policial en la organización. Parece que el E.G.P. pretendía implantarse de manera subterránea sin exponerse y sin pasar a la acción, consagrándose solamente al entrenamiento militar y a las tomas de contacto con la población campesina, ayudando a los enfermos, enseñándoles hasta a leer. Este trabajo duró cerca de un año, hasta el momento en que descubierta, la organización fue destruida por el rápido ataque de la "gendarmería". Según parece, el E.G.P. se aprestaba a pasar al ataque en el momento de la cosecha de la caña, en el verano de 1964, poco tiempo después de su disolución. Los campesinos vieron así las contradicciones de clase que los oponían al propietario de las tierras llevadas al rojo, más aun por el hecho de que algunos de ellos habían sembrado con la ayuda del E.G.P. en tierras que pertenecían jurídicamente a grandes latifundistas, que no dejarían de reclamar el 50 por ciento o más de la cosecha. Los campesinos hubieran podido negarse y los guerrilleros defenderlos (el mismo con-

flicto, en pro y contra del 50 por ciento, tuvo lugar este año en el Perú, en el momento de la cosecha como consecuencia de las invasiones de tierras producidas en 1963 en el Cuzco). Vemos por este ejemplo que no se puede crear de un día para otro nuevas condiciones objetivas que exigen para ser preparadas, el tiempo de un ciclo agrícola. Durante ese tiempo el foco insurreccional está expuesto a la delación o a la imprudencia. Cuando hay invasión de tierras desocupadas (como en Brasil o Perú) la cosecha aparece entonces como el ejemplo del momento en que la acción militar puede apoyarse en un conflicto social vivo, fácilmente "politizable". En el plano nacional, es evidente que un foco de guerrilla rural, que surja al otro día del retorno de Perón a la Argentina o de su eventual detención crearía las condiciones psicológicas de una insurrección de masas en Buenos Aires o, en todo caso, un movimiento de solidaridad masiva. En Argentina, donde Buenos Aires, Rosario y Córdoba agrupan ya más de la mitad de la población total (21 millones), la importancia del proletariado agrícola, en virtud de sus efectivos, de su dispersión, de su valor en la vida económica del país, es mínimo. Un foco guerrillero en el campo sólo puede tener un papel subordinado en relación a la ciudad, a Buenos Aires, donde el proletariado de la industria constituye la fuerza primordial. Nada podrá hacerse sin su participación activa. Sin embargo, al E.G.P. le faltaba un contacto organizado con el movimiento obrero o una ligazón política con los partidos y sindicatos de la clase obrera. Es por esto que la guerrilla solamente suscitó una expectativa neutra entre los obreros de Buenos Aires "para quienes todo lo que no es peronista está tan lejos como Marte". Entre los cuadros medios políticos y sindicales, entre los jóvenes peronistas de izquierda, el fracaso del E.G.P. produjo, por el contrario, discusiones profundas sobre la lucha armada y las formas que podría revestir en las condiciones argentinas; aunque sólo fuera por eso el balance de la guerrilla argentina seguirá siendo positivo.

pueblo sea mayor, en que mayores sean las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos débiles, mediatizados, indecisos, de la revolución". Tal es la tercera condición que diferencia al marxismo del blanquismo en opinión de Lenin. La primera es que la insurrección debe apoyarse en la "clase más avanzada" y la segunda, que ella debe apoyarse en "el ascenso revolucionario del pueblo". LENIN Obras completas, t. XXVI, págs. 12-13. Editorial Cartago.

Si "el terreno de la lucha armada, en la América sub-desarrollada, debe ser fundamentalmente el campo" (Che Guevara), ello no impide que se desarrollen en las ciudades focos secundarios, núcleos de discusión teórica, de agitación política, o ejércitos de reserva: las universidades. Sería muy largo analizar aquí por qué los estudiantes están en América Latina a la vanguardia de la Revolución. Son ellos siempre las primeras víctimas de la represión como lo mostró recientemente Venezuela, Panamá, Santo Domingo, y todos los países sin excepción. Citemos solamente la ruptura generacional y la presión demográfica (12), la importancia especial del factor "conciencia" en los países subdesarrollados en ausencia de masas obreras organizadas, la Reforma Universitaria (Córdoba, 1918) que se extendió prácticamente a todo el continente, confiriendo la autonomía a todas las grandes universidades, resguardándolas jurídicamente aun en nombre del liberalismo burgués, de la intervención del poder (resguardo teórico por cierto si se piensa en los ataques a la Universidad de Caracas y a su reciente ocupación por el ejército). De todas maneras, el hecho está allí: Caracas, Bogotá, Quito, San Marcos en Lima, la Facultad de Filosofía en Buenos Aires, la universidad de Montevideo (donde en setiembre de 1964, 300 estudiantes que habían realizado una manifestación contra la ruptura con Cuba sostuvieron un sitio contra la policía), de San Pablo, de filosofía en Río (de la que partieron los únicos disparos que fueron tirados en Brasil durante el golpe de Estado del mes de Abril), todos estos lugares indican la temperatura latente de la caldera. No la temperatura media del país, seguro, pero sí el índice de su temperatura futura. Una elección universitaria (donde el fraude electoral no puede correr), esen-

cialmente política, es un signo anticipado no sólo de las tendencias políticas que predominan en el seno de la Revolución, sino de la evolución profunda de las corrientes políticas del país. En 1959, el control de la Universidad de San Marcos en Lima fue arrebatado al APRA en beneficio de la izquierda marxista, mostrando bien el fin de un período histórico peruano e incluso continental, el de decadencia irreversible no sólo del APRA sino también de la ideología burguesa ex-progresista y el ascenso irreversible de una nueva generación de hombres y de ideas definitivamente ligadas al marxismo-leninismo y a la revolución cubana.

Si bien el foco universitario es un foco político y no militar (el arma estudiantil es sólo el cocktail Molotov en caso de necesidad), los peligros del "foco" no les son ahorrados. En primer lugar, la fijación de la agitación política en la Universidad, ese territorio reservado de la libertad, puede convertirse en una trampa. se fija el acceso en el lugar en que todo el mundo lo espera y se lo aísla del cuerpo social "sano". El foco se repliega sobre sí mismo, y se cocina en su jugo: esta es una prueba más de que el campo es el terreno para la lucha efectiva porque en la capital, el único territorio libre o liberable es la universidad autónoma, lo cual significa, en una etapa avanzada de la lucha, una victoria a lo Pírrro. En Caracas, el papel de vanguardia de la Universidad — único lugar donde se puede pegar un afiche, hablar en público, realizar manifestaciones, distribuir sin ocultarse un periódico revolucionario — se ha convertido en una trampa en ciertos momentos. La presencia simultánea de frentes rurales en acción, y de una guerrilla urbana en los barrios obreros, impidió, sin embargo, que la trampa funcionara plenamente. Pero la vanguardia estudiantil como el foco insurreccional en sus comienzos, debe en sus comienzos separarse de las masas: separarse en el tiempo y en el nivel de las formas de lucha. En el transcurso de una reunión sindical en la Universidad de un país del "Cono Sur", se enfrentaban una tarde en luchas oratorias (y no sólo ora-

(12) América del Sur tiene una tasa de crecimiento demográfico de cerca de un 3 % anual, superior a la de Asia y África. El Brasil, por ejemplo, doblará su población en veinte años. 1960, 60 millones de habitantes; 1980, 120 millones de habitantes.

torias puesto que había numerosos estudiantes armados en la sala) de una intensidad sin igual en Europa, comunistas, disidentes del P.C. —estos últimos repartidos en varios grupos—, trotskistas, independientes, populistas, etc. La asamblea sindical solo reunía a 300 personas de una facultad de más de 2.000. Un joven sociólogo me explicó el dilema: "Si se disminuye el tono o el nivel de la discusión, nos uniremos posiblemente a las masas, pero entonces será necesario disminuir la llama, se perderá en preparación teórica y práctica, posiblemente nos volvamos reformistas y perdamos de vista el objetivo final. Por el contrario, si mantenemos la llama alta, sin duda perderemos al principio e inmediatamente el contacto con la masa de los estudiantes de primer año, todavía poco politizados. Pero dentro de dos años, podrán unirse a nosotros y lanzarse a la lucha revolucionaria. Porque una crisis revolucionaria espera al país muy pronto y será necesario que podamos responder "presente" y que no nos sorprenda ninguna de las formas de lucha que exigirá la situación en un plazo muy corto. Será necesario fusionarnos con los sindicatos obreros, que soportan más mal que bien sus direcciones reformistas, y que tendrán el derecho de preparación que nuestro oficio supone. Por lo tanto, nosotros mantenemos bien alta la llama". Y sonriendo, quizás con amargura, agregó: "Somos las vestales de la Revolución..." A quienes sorprenda este lenguaje, pueden releer la Segunda Declaración de La Habana, y verán qué lugar se asigna a los "Intelectuales revolucionarios" citados siempre junto a los obreros como la fuerza dirigente de la Revolución campesina. El dilema expuesto aquí no es por otra parte general en América. El carácter radical y político de las luchas sindicales en el interior de las universidades corre paralelo, en otras condiciones, con la adhesión de la mayoría estudiantil. En la universidad de Caracas, desde 1960, la extrema izquierda amplía su plataforma de lucha... y su número de votos (13).

Todos los focos cuya lista hemos dado

han desaparecido. Deducimos entonces que la lucha armada no es en sí una panacea, ¿por qué razones? Resumamos sin entrar en detalles. La mayoría fueron liquidados por delación o infiltración de agentes policiales en las organizaciones, lo que nos hace recordar hasta qué punto la guerra de infiltración y de información pudo intensificarse desde 1959 gracias a los norteamericanos. El "golpe publicitario" de la hermana de Fidel es un ejemplo del talento o de los recursos financieros de la C.I.A. Si bien no es posible subestimarlos, este aspecto tampoco lo explica todo; el grupo de guerrilleros es siempre en sus comienzos muy restringido, justamente para minimizar los riesgos en caso de fracaso, ya que una sola infiltración puede repercutir fácilmente en el conjunto de la organización. Pero hay condiciones políticas más profundas que explican las causas de la infiltración y también por qué el movimiento es quebrantado una y otra vez. Es la ausencia de preparación política de los miembros de la organización o los defectos de esa preparación. Es la ausencia de preparación política en el mismo terreno donde opera la guerrilla, a falta de la cual el vacío se hará alrededor del foco, quien sufrirá de falta de información, de alimentación e incluso del conocimiento elemental de la geografía de la zona de operaciones. (Tal es el caso del M.O.E.C. en Colombia y de U.R.J.E. en Ecuador. La experiencia, venezolana, llevada adelante gracias a la colaboración activa de los habitantes, ofrece un modelo

- (13) En las últimas elecciones universitarias, el 7 de julio de 1964, los partidos revolucionarios recuperaron dos facultades, medicina y veterinaria, antiguos bastiones de la derecha. Los resultados fueron los siguientes: Acción Democrática (partido de gobierno): 993 votos; C.O.P.E.I. (partido demócrata cristiano): la derecha + los apolíticos): 3083 votos; P.V.C. + M.I.R. (infraestructura política de las F.A.L.N.): 5.426 votos. Vale decir, la mayoría absoluta en favor del principio de la lucha armada para la conquista del poder político.

de prudencia y de preparación política de una zona de operaciones. La zona de Bachiller, en el Estado de Miranda, a una hora de camino de Caracas, ha sido objeto de un trabajo clandestino de larga data (implantación de una infraestructura social, económica, sobre la base de las condiciones existentes) anterior al estallido de la guerrilla propiamente dicha. Y aun más, ésta no estalla en cualquier momento, sino en el momento preciso (julio de 1964) cuando el gobierno de Leoni demuestra en los hechos que "el gobierno de amplias bases" traicionaba sus promesas y que la represión retornaba con más fuerza en todo el país. El último factor es la falta de un aparato político de ligazón con las masas urbanas, único capaz de establecer relaciones con una acción de masas en la ciudad, legal si fuera posible, de ampliar a través de la propaganda el eco del foco rural, de difundir y hacer penetrar en las ciudades un programa de acción, un manifiesto político, de asegurar la financiación y el abastecimiento mínimo en armas, municiones y víveres a partir del resto del país, etc. La guerrilla argentina, paraguaya y peruana son ejemplos de ello.

Todas estas experiencias negativas han sido estudiadas por los camaradas latinoamericanos, quienes parecen haber extraído las siguientes conclusiones:

1. El reclutamiento, el entrenamiento militar, la preparación política del primer núcleo de combatientes debe ser mucho más severa que en el pasado.

2. La lucha armada comprendida como un arte —en su doble sentido de técnica y de invención— sólo tiene significado en el cuadro de una política concebida como una ciencia.

La importancia otorgada a la preparación política y a la organización del foco no puede dejar de tener una raíz política: debe estar determinada por una estrategia de conjunto y por la conciencia de los intereses de los explotados, que son los que están en juego. Sólo un partido reformista y sin base teórica considerará la constitución de un aparato armado como

un dominio aparte, secundario y regional, una simple medida de policía interna. El desarrollo de la lucha armada en Venezuela llevó al Partido Comunista a elaborar una estrategia de conjunto, fundada en el análisis teórico del doble poder (formal y real) en el interior del Estado semi-colonial, y de las contradicciones de clase principales y secundarias en el seno de una sociedad deformada súbitamente en 1920 por la explotación petrolera. No se trata de justificar a posteriori una práctica (esta estrategia y este análisis teórico fueron presentados en el III Congreso del P.C. de 1961, antes de la iniciación de los frentes rurales) sino de procurar un objetivo y un marco concreto a la lucha. Incluso en Colombia el Partido Comunista se encuentra frente a la alternativa de considerar como estrictamente regional y accidental la guerrilla de Marquetalia comenzada y dirigida por su líder campesino Marulanda: negándole cualquier porvenir, cualquier sentido en el interior de una estrategia de conjunto, haciéndola morir política y físicamente; o bien revisar las tesis dogmáticas sobre el tránsito pacífico, la alianza con el M.R.L. (Movimiento Revolucionario Liberal, fracción de izquierda del partido liberal orientada por una dirección burguesa), la defensa de las libertades democráticas, etc. y reinterpretar el conjunto de las vías de la Revolución colombiana.

La lucha armada no puede ser blandida en América Latina como una consigna, un imperativo o un remedio en sí, sino que debemos preguntarnos ¿la lucha armada de quiénes, cuándo, dónde, con qué programa, con qué alianzas? Tales son los problemas concretos que nadie podrá resolver en abstracto ni por encima de las vanguardias nacionales que deben llevar el peso de esas responsabilidades políticas. Dicho de otra manera, el foco no puede constituir en sí mismo su propia estrategia sin condenarse al fracaso. Hay un momento en que se debe determinar su lugar en el interior de una estrategia que acepta comprenderlo en su seno como un momento esencial. La cristalización en el tránsito pacífico de ciertos partidos latinoamericanos hizo que las corrientes

revolucionarias que se opusieron fueron llevadas en la práctica a considerar la lucha armada como un fin en sí misma. En realidad, no se es reformista porque se rechaza la lucha armada, sino que se rechaza la lucha armada (su posibilidad teórica raramente es puesta en duda, sólo se la hace pasar doctamente al rango de posibilidad teórica cuando las tareas reales son eludidas) porque se abandona el marxismo-leninismo. Si es verdad que cualquier análisis de las condiciones objetivas no concluirá por sí solo en la necesidad del desencadenamiento del foco, no hay lucha armada sin el análisis de sus condiciones históricas. Ahora bien, es innegable que frente a la desviación de derecha, positivista, de ciertos partidos comunistas, algunas organizaciones "castristas" o que así se autodenominan, han caído en el voluntarismo y en la mitología de la guerrilla rural. El castrismo nada tiene que ver con eso.

En sus actividades militares, el foco pone constantemente en juego un criterio político en la elección de las alianzas locales —con o contra los campesinos ricos—, de los objetivos o del principio mismo de ciertos ataques. Por ejemplo: atacar una columna formada por reclutas o hacer el vacío delante de ellos, sin entablar el combate, para no enajenarse los aliados naturales (los venezolanos no atacan en estos casos, solamente hacen sentir su presencia mediante letreros colgados en las ramas de los senderos de la selva). Pero también el foco en el momento de su eclosión tiene un presupuesto político: la elección del momento y del lugar implican la referencia a la totalidad de una situación política, al análisis dialéctico de sus leyes de desarrollo. El lugar que ocupe un foco rural en el conjunto de la lucha nacional no será jamás el mismo en un país que en otro. Un foco instalado en el Norte argentino, es decir, en un país con un proletariado industrial desarrollado y concentrado en la capital, no puede tener la misma importancia política, y por tanto las mismas tácticas militares, que un foco andino en el Perú, don-

de el 70 por ciento de la población vive de la tierra.

América conoció recientemente dos formas de lucha armada que se dieron por sí mismas su propia estrategia política. La primera, la más terrible, fue la guerra civil colombiana, desencadenada por el asesinato del líder liberal Gaitán el 9 de abril de 1948 y cuyas secuelas de bandolerismo y violencia sobreviven todavía: 200.000 muertos en diez años dice una publicación oficial; el partido liberal, que merece quizás más confianza, afirma que son 300.000. ¿Qué queda de este gigantesco cataclismo que alcanzó un nivel de crueldad sin igual? Algunas zonas estabilizadas de autodefensa campesina, las únicas precisamente que durante la guerra se procuraron una organización y una dirección política (es decir, una disciplina militar rigurosa). Salvo en las regiones de Galilea, El Pato, Sumapaz y el frente guerrillero sur de Tolima, donde el partido comunista instaló un comando único de las fuerzas campesinas y pudo crear un orden institucional, el resto del país, carente de organización y dirección, conoció la violencia anárquica sin otro fin que el de responder a la violencia del partido adversario (liberal o conservador). Pero el problema del poder, nunca fue planteado por los comunistas o los liberales de avanzada. En Boyacá, en 1952, una conferencia nacional de los guerrilleros no logró ningún resultado y los 13 "Comandos" existentes en el territorio no lograron ni fundirse ni coordinar su acción. Y si alguna vez hubo violencia "popular" nacida "desde abajo", surgida sólo en los medios rurales, sin que se necesitara la presencia "de intelectuales pequeños burgueses venidos de las ciudades", sin la "incitación artificial y extraña al medio campesino" para retomar las expresiones empleadas en el caso de la Revolución venezolana, fue seguramente esta explosión de jacqueries terroríficas que vivió Colombia hasta 1958. Fue necesario esperar hasta 1964 para que la cuestión del poder político sea planteado por la guerrilla de Marquetalia, la primera que se organiza, se propone objetivos, etapas a franquear, es

decir, que se da un sentido. La crítica del espontaneísmo costó mucha sangre y es seguro que si la guerrilla campesina de Marquetalia, carente de un aparato político de dirección nacional, no llega a combinarse con un movimiento de masa en otras regiones, no podrá sostener el peso de la represión.

Otra forma reciente de violencia de masa —y que prueba que el terrorismo no es sólo el espontaneísmo— fue la ola terrorista que sacudió la Argentina en el transcurso del año 1959 y comienzos del 60: terrorismo surgido espontáneamente de la base de los sindicatos obreros peronistas y de las juventudes peronistas para protestar contra la traición de Frondizi y la firma de los contratos petroleros, por obtener la devolución de la C.G.T. a los obreros y el retorno de Perón, etc. Se produjeron en el período 1958-1960 alrededor de 5.000 atentados. Fue este un movimiento de gran importancia, pero producto de grupos aislados, incluso de terroristas individuales, sin lazos entre ellos, sin un programa ni una dirección. El movimiento comenzó como una forma de apoyo a las huelgas, entonces ilegales; los militantes obreros depositaban las bombas en la empresa del patrón (en una huelga de panaderos contra la fábrica o la panadería misma, o contra las empresas del Estado, como teléfonos o electricidad) para obligarlo a cerrar o a manera de represalia. El movimiento se extendió rápidamente, convirtiéndose en actividad cotidiana, sin objetivos claros: bombas en las calles, bajo un auto, contra una fachada de inmuebles, no importa cual. Al final, algunos grupos de jóvenes obreros lograron proporcionar una orientación a esta ola de protesta espontánea y las bombas fueron depositadas en las Representaciones Imperiales, la Fundación cultural británica, el Servicio de Información norteamericano, pero la represión policial no tuvo dificultades en arrestar a los terroristas, que no tenían ninguna organización clandestina seria. Una dirección tradeunionista se apoderó de la CGT, reconstituida en 1961; el movimiento concluyó con la adopción del "Plan Conintes" y los

terroristas arrestados fueron víctimas de juicios especiales. Evidentemente, este terrorismo nada tiene que ver con el "terrorismo" venezolano, permanentemente dirigido contra la infraestructura económica del imperialismo (pipelines, pozos de petróleo, grandes depósitos de mercaderías, Misión militar yanqui) demostrando una vez más lo fundado de las afirmaciones de Lenin cuando sostiene que el terrorismo no puede ser empleado, salvo en el "asalto final", como forma de acción política regular y permanente. El terrorismo no es contradictorio con la lucha de masa en un clima de legalidad o de represión, pero puede volverse contradictorio si no intenta por todos los medios de terminarse políticamente (porque no hay terrorismo o lucha armada "limpia y clara", sin injusticias y sin errores, que solamente pueden ser corregidos en la misma práctica). En Argentina el terrorismo entró a partir de 1960 una caída de la combatividad de las masas obreras y una clara disminución de la acción revolucionaria.

El balance negativo de estas experiencias históricas no contradice la necesidad de la lucha armada entendida como la forma más elevada de la lucha política. Por el contrario, ella confirma nuevamente:

— Que la eclosión de un foco de guerrilla rural está subordinado a un análisis político riguroso: la elección del lugar y del momento de entrada en acción supone un análisis de las contradicciones nacionales, planteadas en términos de clase;

— Que un foco no excluye por definición las luchas de masa pacíficas, llevadas por los sindicatos, en el parlamento, en la prensa, aunque la experiencia venezolana muestra que las formas de lucha legal, precarias, no pueden durar largo tiempo cuando comienza la lucha armada.

En otros términos, la elevación de las formas de lucha popular, lejos de prescindir de un aparato y de tareas políticas "normales", debe acompañarse de un aumento del nivel de conciencia y de organización política. La oposición franca a la lucha armada que manifiestan ciertas

direcciones de partidos comunistas latinoamericanos (del Perú, Colombia, Argentina, Chile y Brasil) podría provenir más que de una falta de coraje o de un defecto de preparación material, de un bajo nivel teórico y político. Los dirigentes de esos partidos saben que, en caso de desencadenarse una "guerra del pueblo" (como los Cubanos llaman a la guerra de guerrillas) deberán ceder el lugar a una nueva generación de dirigentes formadas en y para la guerra, como es el caso actual de Venezuela.

3º La presencia de un partido de vanguardia no es sin embargo, un absoluto previo al desencadenamiento de la lucha armada.

Sobre este punto la Revolución cubana ha mostrado que en el estado insurreccional de la Revolución, si bien es indispensable tener una organización y una dirección política firmes (el 26 de Julio), se puede prescindir de un partido marxista-leninista de vanguardia de la clase obrera. Precisemos bien: en el estadio de la toma del poder, ya que la formación de ese partido se torna una condición imprescindible para la edificación de la sociedad socialista. Una lucha de liberación nacional, sobre bases anticolonialistas no puede ser llevada a cabo bajo la égida del marxismo-leninismo y de la clase obrera, sobre todo en un país colonial o semi-colonial, por razones evidentes: aristocratización de hecho de una clase obrera numéricamente poco elevada, carácter nacional de la lucha anticolonialista. En cuanto al partido, se formará y seleccionará sus cuadros a través de la promoción natural de la lucha de liberación, como ocurrió en Cuba. Dicho de otra manera es la teoría del partido de vanguardia que se opone al "foco" —partido cuya constitución debería preceder a cualquier tentativa de guerrilla o de lucha armada no parece responder a la realidad. Esto es claro en Argentina, donde todos los grupos, grupos y partidos de la izquierda revolucionaria aspiran a transformarse en el partido de vanguardia de la clase obrera "alienada" en la ideología peronista y hostil en su conjunto al partido comunista, en ra-

zón del antiperonismo sectario de este último que lo llevó más de una vez a allanarse con la reacción contra el peronismo, e incluso a participar en la intervención a los sindicatos al lado de los militares el día siguiente de la Revolución Libertadora de 1955. Pero la razón sin las masas y las masas sin razón no constituyen una oposición dialéctica, y la izquierda argentina ha rehusado su apoyo, aun moral, al E.G.P. mientras había decidido consagrarse enteramente a la evangélica tarea de penetrar en tal o cual fábrica, ofreciendo panfletos marxistas en las puertas de las mismas.

4º La organización político-militar no puede ser diferida. No se puede dejar al desarrollo mismo de la lucha el cuidado de ponerla en marcha.

Las condiciones post-cubanas —disminución del efecto de sorpresa en favor de la guerrilla y la mayor preparación política y militar de los enemigos— no permite en este punto el mismo empirismo que en Cuba. Un foco guerrillero no puede subsistir por regla general sin una organización de contacto entre la ciudad y el campo, no sólo para asegurar la ligazón política, sino también para asegurar el abastecimiento de armas, finanzas, reclutas provenientes de la capital o de otras regiones, material de propaganda, alimentos (porque la autosubsistencia absoluta de un foco contando sólo con los recursos extraídos de la montaña es un mito, sobre todo al comienzo de la acción) y finalmente, no puede subsistir sin una organización local, aunque sea apenas esbozada, en el seno de la población de las montañas (débil y dispersa) y en las zonas de contacto con el exterior, las "tierras bajas", cruciales para las líneas de abastecimiento e información. En la cúspide de la pirámide encontramos el núcleo del futuro ejército popular: un puñado de hombres expertos, móviles, en desplazamiento continuo para evitar su localización por el enemigo e incluso por los campesinos de los poblados vecinos (que podrían por imprudencia, hacerlos conocer), y también para multiplicar los

contactos con la población. Esta movilidad los hará aparecer como mucho más numerosos de lo que realmente son. Ciertamente, esta pirámide no se dará nunca antes de la instalación del foco pues entonces sería necesario esperar dos mil años para comenzar la revolución. La pirámide se construye por ambas puntas, base y cúspide, y ella no será jamás otra cosa que el proceso dialéctico de su destrucción y de su reconstrucción sobre una base más sólida. La organización de contacto montaña-ciudad y ciudad-montaña es evidentemente la más vulnerable a la represión porque esta forzada a trabajar en "territorio enemigo", en las pequeñas ciudades o poblados poco numerosos y fácilmente controlables. Es ahí donde se corren los mayores riesgos, donde en Cuba como en Venezuela la represión efectuó la mayoría de sus golpes. Razón de más para tener el mayor cuidado en la preparación y en el funcionamiento de esta organización piramidal. De esta manera, para comenzar con las operaciones se debe partir a la montaña cuando esta organización ya ha sido puesta en marcha, reduciendo todo lo posible, aunque sin poderlos eliminar, los riesgos de la improvisación forzada, ya que el margen de improvisación o de recuperación en el transecurso del camino disminuyó mucho después de Cuba.

5. En una América subdesarrollada, predominantemente rural, se puede propagar una duradera ideología revolucionaria entre las masas solamente a partir de un foco insurreccional.

A menudo se opone a la guerrilla la idea de que es necesario educar primero a las masas campesinas, formar la conciencia política de los explotados antes que nada. No se dice cómo, pero se afirma que es necesario como paso previo a la acción armada. En realidad, pareciera que las dos tareas se condicionan mutuamente, y sólo pueden ser emprendidas en forma conjunta: no hay "foco" que no tenga como objetivo inmediato la formación política de los campesinos de los alrededores, no hay movimientos reivindicativos y organizados del campesinado que

no deban ser sostenidos por la lucha armada si no quieren ser pulverizados por la represión.

Es cierto que en el Perú, Hugo Blanco logró más en algunos años de actividad concreta de formación de los sindicatos de "arrendiros" (campesinos que poseen el usufructo de una tierra perteneciente al latifundista, quien cobra su renta en trabajo) en el Vallé de la Convención, que todos los partidos de izquierda juntos desde hace treinta años. En el transcurso de dos años, 30.000 campesinos indígenas fueron inscriptos por primera vez en sus vidas en los sindicatos de defensa, estimulados por Hugo Blanco y un puñado de dirigentes. Pero cuando en el verano de 1961 los proletarios agrícolas y los campesinos deciden dejar de pagar la renta a los latifundistas, estos últimos obtienen rápidamente la intervención del poder estatal y del ejército, y las tropas son enviadas al Cuzco. Las regiones vecinas están prontas para entrar en acción contra los latifundistas por poco que puedan resistir los campesinos de la Convención. Pero los campesinos no poseen ningún medio de resistencia y algunas acciones anárquicas de su parte ofrecen el pretexto al ejército para que tome represalias masivas contra ellos. Hugo Blanco, hombre solo y sin residencia fija en la región, puede escapar a las persecuciones. Los campesinos se sienten traicionados: nadie los defiende contra el ejército. Entre la vida y el sindicalismo, eligen la vida, la renta será pagada nuevamente a los latifundistas. Blanco es abandonado a su suerte por los propios miembros de su organización sindical que a su vez se juzgan abandonados por él. Blanco no pudo pasar a la fase insurreccional del movimiento por falta de armas, de dinero, de dirigentes y sobre todo, por falta de sostén de parte de las organizaciones políticas nacionales que lo abandonan. Descubierto por el ejército en mayo de 1963, aislado y enfermo en una cueva de la montaña, prisionero luego en Arequipa, espera aún un proceso que el gobierno posterga por temor a una reactualización del "affaire Blanco". El trabajo de la sindicalización del Cuzco no ha sido sin embargo completamente barrido

por la represión. Nuevos sindicatos se forman, esta vez con el apoyo pleno de los partidos revolucionarios, las ocupaciones de las tierras sin cultivar fueron realizadas durante todo el año, y en las tierras ocupadas los campesinos se niegan nuevamente a pagar la renta al propietario que nunca soñó con hacerlas trabajar. Pero de la experiencia de Blanco, surge claramente el hecho de que en las actuales condiciones de brutal represión física la lucha sindical y política en zonas de feudalismo agrario entraña una regresión (temporaria en el mejor de los casos) de la lucha, desanima a los campesinos, compromete a sus ojos las ideas de liberación o de emancipación social de las que resultan los únicos perjudicados, ya que los propagandistas no han asumido con ellos y por ellos las consecuencias.

Con muy pocas diferencias, el mismo fenómeno se produce en el Nordeste brasileño. Las Ligas campesinas realizan un trabajo de agitación irremplazable desde su creación en 1951 por Juliao (14). Ellas consiguieron mejoras importantes tales como la suspensión del pago de la renta agraria en ciertos lugares, la extensión de las leyes sindicales a los obreros de la caña de azúcar del litoral, que de esta manera conquistan un salario mínimo obligatorio de 35.000 cruzeiros por mes, aunque

este aumento sea debido también a la suba del precio del azúcar en el mercado internacional, después del bloqueo de las exportaciones cubanas. Juliao, en realidad, nunca se ocupó demasiado de los asalariados agrícolas. ¿Pero qué pasó en el Nordeste después del golpe de Estado militar? El retorno al poder de los latifundistas, la expulsión de los miembros de las Ligas de las tierras o del "ingenio", la azucarera del patrón, con prohibición de trabajar en cualquier otra tierra. Los responsables de las Ligas fueron asesinados, apresados, torturados (Marcos Alvez, periodista del *Correio da Manhã*, pudo entrar en una de las prisiones de Recife y ver a los torturados, especialmente a dos responsables de las Ligas fueron asesinados, afásicos, gritaban en cuanto veían un uniforme militar). El salario mínimo de los obreros de la caña todavía no fue tocado (algunos oficiales del IV Ejército acantonado en Recife pudieron contener la ofensiva de los patrones de los ingenios), pero es sólo cuestión de tiempo. En otros términos: el Terror blanco. Y los campesinos sin medios de defensa, reciben los golpes una vez más. Después de la gran ola de esperanza, puede adivinarse su desconcertamiento.

Es un acto casi irresponsable y criminal lanzar hoy a esas masas campesinas, dispersas y analfabetas, fijadas al terreno y sin posibilidad de fuga (posibilidad de la que dispone el agitador político venido de fuera) a una lucha social o política que inevitablemente desencadenará una represión que solamente podrá enfrentar un "foco" entrenado y preparado. La guerrilla deberá batirse en retirada frente al avance de las tropas, pero podrá llevar la cuenta de los crímenes cometidos en la población campesina, vengarlos con excursiones relámpago liquidando a los oficiales declarados culpables por un tribunal de campesinos, quienes se sentirán defendidos y "cubiertos".

Los campesinos analfabetas, sin periódicos y sin radio, dormidos desde hace siglos en "la paz social" del régimen feudal, asesinados friamente por los policías privados de los latifundistas al primer ges-

(14) Las Ligas campesinas de Francisco Juliao transformadas en mito de exportación muy rentable, no tuvieron jamás la importancia política que se les asignó en Europa. La ausencia de organización y de disciplina, la incapacidad de Juliao de darles una ideología y una estrategia coherentes, la sobreestimación del papel revolucionario de los campesinos, impidieron a las Ligas transformarse en un movimiento verdaderamente político, como lo quería Juliao cuando en 1951 fundaba "el Movimiento Tiradentes", que fue un fracaso. Juliao pareciera haber presentado sus límites mejor que sus colaboradores, de los cuales no siempre supo precaverse. "El único título que deseamos conquistar, escribió un día, al final de estas tentativas, es el de simples agitadores sociales".

to de revuelta, no pueden despertarse, salir de su sopor, adquirir una conciencia política por un proceso de meditación, de reflexión y de lectura. Sólo llegarán a ellos por un contacto cotidiano con hombres que compartirán su trabajo, sus condiciones de vida y resolverán sus problemas materiales. Arrojadlos a la guerra revolucionaria, adquirirán la experiencia práctica de cómo resistir a la represión, y también la de una reforma agraria limitada en la zona liberada. La reconquista de una pequeña franja de tierras fértiles pertenecientes a un latifundista es una mejor propaganda por la reforma agraria que cien folletos ilustrados sobre los sovjoses de Ucrania. Las condiciones objetivas de vida de las masas campesinas en la mayoría de los países americanos permite sólo un tipo de propaganda y de formación política: la propaganda por los hechos y por la experiencia práctica de los mismos campesinos.

El problema es mucho más claro si se piensa en las comunidades indígenas, replegadas sobre sí mismas desde la colonización y periódicamente masacradas por los blancos. Desde el sur de Colombia hasta el Norte argentino, aguantan el peso fundamental de la explotación feudal. La mayoría de la población es indígena en Ecuador, Perú, Bolivia, vale decir, que por lo general no habla castellano sino aymará o quichua. ¿Qué contacto puede existir entre la élite política de Lima o de Guayaquil donde están concentrados los cuadros políticos del país y la comunidad de una meseta totalmente dominada por un cura feudal (que ejerce todavía en ciertas regiones del Ecuador el derecho a la primera noche con la recién casada)? Cualquiera que perturbe la paz de la comunidad es matado por la policía rural (algunas veces por los mismos indígenas fanatizados), con la bendición del cura cacique. El acceso a las comunidades indígenas debe ser disputado, pues, a las fuerzas represivas que poseen el control tradicional. Los "dirigentes campesinos" representantes del partido de gobierno y del poder central, los destacamentos de policías o del ejército, las autoridades eclesiásticas, los administradores de los lati-

fundios, o los mismos latifundistas, todos forman una capa homogénea, reforzada aún más por la diferencia de lengua. Anotemos que los mineros bolivianos pudieron penetrar con éxito en las poblaciones indígenas que circundan las minas, en el departamento de Potosí y que el gobierno ya no puede manejarlos como antes por un pedazo de pan o una botella de chicha. Los campesinos están armados aligen sus responsables en las poblaciones y se instruyen por intermedio de las emisiones en quichua de las radios de los sindicatos mineros. La Federación de los mineros dispone, en efecto, de 13 importantes emisoras repartidas en las 13 minas más importantes y administradas por una comisión sindical local. Estas posibilidades excepcionales de un trabajo de masa en el seno del campesino indígena próximo a los centros mineros, es consecuencia de una relación de fuerza favorable a los mineros quienes, sin embargo, pagan con sus vidas, en una lucha armada constante, el derecho a disponer de esas radios que se escuchan en todo Bolivia. Al gobierno no le queda otro camino que lanzar sus mercenarios contra los territorios mineros. El 28 de abril de 1964, 5 mineros fueron muertos defendiendo la radio de Huanani, cerca de Oruro, contra un ataque masivo conducido por las bandas de gobierno, que sólo pudo ser contrarrestado por una contraofensiva nocturna con dinamita y fusil, de todos los hombres aptos de Huanani. Estas radios son el fruto de la insurrección de los mineros de 1952 que condujo al M.N.R. al poder y permitió a los sindicatos obreros constituir rápidamente un aparato militar y propagandístico que actualmente deben defender armas en mano, contra ese mismo M.N.R. No se puede, pues, extraer argumentos del ejemplo boliviano para sostener que un trabajo de masa es posible sin lucha armada, sin medios de autodefensa por parte de los campesinos. Foco insurreccional y foco de propaganda política tienen una sola y misma función.

6. La subordinación necesaria de la lucha armada a una dirección política central

no debe provocar la separación del aparato político del aparato militar.

Esta conclusión, abstracta en sí misma, resulta de las múltiples experiencias de desinteligencia sobrevenidas entre la resistencia interior y una dirección política instalada en el exilio o en esa tierra de asilo que puede ser la capital de un país. La división del trabajo entre ejecutantes y dirigentes parece al principio obligatoria por las condiciones concretas de la lucha. Los dirigentes o un caudillo envían a las montañas un grupo de fieles o de adherentes devotos; los dirigen desde lejos para poder desligarse en caso de fracaso y salvar así su legalidad, actitud tradicional en América del Sur con la que rompe completamente el castrismo. Betancourt, jefe de "Acción Democrática", siguió en su exilio de Puerto Rico mientras los jefes de la resistencia interna, Luis Pineda y Alberto Carnevali eran asesinados por Pérez Jiménez, después del fracaso del plan insurreccional de 1951. Por el contrario, todos los dirigentes "castristas", a instancias de Fidel, dirigieron en persona el foco guerrillero. No hay un movimiento castrista en abstracto, hay dirigentes revolucionarios que en cada país retoman la tradición indeleble del caudillismo, imprimiendo su estilo a una organización nacional, después de haberla probado ante los ojos de todos los militantes.

El desdoblamiento conduce rápidamente a las disensiones entre el interior y el exterior. Regularmente los combatientes y sus dirigentes pertenecen a la nueva generación "cubana", y no han adquirido todas las manías de los políticos con frecuencia habituados a la vida burguesa, que corrompen la dirección de los partidos. De inmediato, la diferencia entre los dos mundos, el de la guerra revolucionaria y el de la lucha legal (o que aspira a serlo, como es el caso de los partidos comunistas que se encuentran fuera de la ley), creará divergencias políticas insuperables. Ahora bien, el centro de gravedad política se desplazará irreversiblemente hacia los del interior, en contacto directo con el pueblo y con el enemigo: ¿de donde extraerá la

dirección del exterior su autoridad y sobre quién la ejercerá? En el mejor de los casos, el barco se hundirá sin demasiados enfrentamientos. En Guatemala, los dirigentes de la guerrilla desautorizaron la actitud asumida por el P.C. guatemalteco en la reunión de los P.P.C.C. de América Central. Los representantes del P.C., concientes de que no representaban a nadie más que a sí mismos, debieron retirar sus firmas. Sería equivocado creer que los dirigentes revolucionarios en exilio en Cuba o en los países socialistas "dirigen sus tropas por telegrama". Si quieren conservar alguna representatividad deberán subordinarse a los nuevos dirigentes del interior y harán pocas declaraciones pretenciosas. Los otros forman los participantes habituales de los congresos internacionales, cuyas declaraciones de principio pueden leerse en la prensa.

Los peligros del desdoblamiento son de temer de ambos lados. Existen la tradición de los "políticos", flagrante en el caso de las guerrillas paraguayas (los dirigentes burgueses, liberales y febreristas, del movimiento "14 de Mayo" no vacilaron en denunciar a Stroessner los preparativos de los jóvenes del movimiento para no ser reemplazados por ellos) y en el de las guerrillas argentinas (los Uturuncos en 1959 fueron abandonados y sistemáticamente ignorados por la máxima dirección peronista, que aprovechó este hecho para alejar a John William Cooke, marxista-leninista peligroso, de la dirección del movimiento peronista). Pero existe también la desorientación política o los impulsos anárquicos de los "militares", quienes privados de cuadros o de directivas concretas, y sin una gran experiencia política personal, arriesgan comprometer el porvenir de la lucha armada. Para frenar estos dos peligros, la actitud castrista de fundir la dirección política y la dirección militar, análoga en esto a la tradición bolchevique y aún más a la china, parece irremplazable.

Sobre este punto la experiencia venezolana puede esclarecernos si tenemos en cuenta sus características específicas. En primer término, las E.A.L.N. resultan de

la fusión de un Frente único de partidos ya constituidos —el Partido Comunista y el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria, cuya dirección, sobre todo en el caso del P.C. es colegiada desde hace mucho tiempo— con personalidades independientes o provenientes de otras organizaciones y con militares (el Movimiento del 4 de Mayo, los insurrectos de Carúpano, el Movimiento del 2 de Junio de los rebeldes de Puerto Cabello). Todo esto, combinado con la dispersión de la lucha en muchos puntos del territorio, explica que no se pueda encontrar actualmente en Venezuela un líder nacional, un "Fidel venezolano". Además los dirigentes del P.C., Gustavo Machado, Jesús Farías, Pompeyo Márquez, son líderes excepcionales, cuyo prestigio popular no está en relación con el que gozan las direcciones comunistas de los países vecinos. Ellos están dotados de una larga experiencia de lucha y en estrecho contacto con la realidad nacional, al punto tal que a veces se hicieron sospechosos de "nacionalismo". Durante los diez años de dictadura policial perezjimonista, Pompeyo Márquez (Santos Yorma en la clandestinidad) no dejó de ejercer sus funciones de secretario del partido en el interior mismo del país donde organizó personalmente la resistencia. La dirección política, en este caso, no puede compararse en ningún modo con la existente en otros países.

Teniendo en cuenta esta situación, la dialéctica de las relaciones político-militares de la Revolución venezolana es rica en enseñanzas. Esta dialéctica podría descomponerse en los momentos siguientes:

1. En un primer momento, separación del nascente aparato para la lucha armada y de los organismos de dirección política. 1960-1961: separación del P.C. y de los grupos de autodefensa. 1962-1963: separación orgánica del Frente de Liberación Nacional, organismo de dirección política, y de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, "brazo armado del F.L.N".

El primer desprendimiento, cuando nace en 1960 la decisión espontánea de resistir a la creciente represión, no proviene de la

incompetencia de los dirigentes del partido en los problemas técnicos, de organización clandestina ni de las reticencias políticas, aunque es verdad que el partido combatió muy fuertemente los grupos armados que se formaron anárquicamente bajo sus alas. Las razones esenciales deben buscarse más bien en:

a) La decisión política de proseguir la acción parlamentaria y legal hasta el final, salvaguardando la prensa y los locales partidarios manteniendo hasta el último momento, a pesar de la represión, una acción sindical basada en las posiciones de clase. Esto duró hasta que el gobierno de Betancourt (octubre de 1963) destruyera las últimas libertades democráticas, suspendiera la inmunidad parlamentaria de los diputados y senadores del P.C. y del M.I.R. y los colocara en la más completa ilegalidad. Los diputados fueron conducidos directamente del Congreso a las prisiones.

b) La necesidad de suavizar al máximo la estructura vertical del P.C. (centralismo democrático), necesaria para su funcionamiento en tiempo de paz, pero mortal en tiempo de lucha clandestina. El mantenimiento de esa estructura de forma imposible en los hechos por la situación de urgencia creada por la aceleración de los acontecimientos, la dispersión debida a la regla del contacto mínimo propia de la clandestinidad y la desaparición de los organismos de dirección política como consecuencia de la represión.

c) Un imperativo elemental de seguridad. El nacimiento de una guerrilla rural requiere un nivel de maduración revolucionaria ya elevado y es por ello que es en las grandes ciudades donde hay que organizar la autodefensa, porque es allí donde la represión golpea primero (manifestaciones de masa dispersas a tiros, pillaje de los locales del partido, arrestos y fusilamientos de militantes, etc). Pero de los viejos militantes del P.C. que sobre todo en Caracas (donde el partido ocupó en 1958 el segundo lugar en las elecciones) no tenían ninguna razón para ocultarse en

siguió a la caída de Pérez Jiménez, la mayoría estaban fichados y eran fácilmente controlables. Un aparato de Estado cuyo contenido de clase no ha sido cambiado, no se deja ganar por esas euforias pasajeras y prepara siempre la guerra. De allí la necesidad de ubicar a estos compañeros en tareas legales y la necesidad de crear una organización de autodefensa compuesta por desconocidos o por personas menos marcadas políticamente, y en consecuencia menos vulnerables a la represión.

II. Se desarrolla pues un aparato militar urbano que aprende bien o mal a devolver los golpes y organizarse poco a poco en la práctica. Las acciones de autodefensa y luego de contraofensiva, intensifican la represión, que hiere cada vez más el aparato político de los partidos revolucionarios, más expuestos a causa de su acción semi-legal y mejor conocidos por la policía. La antigua organización del partido se disgrega (cierre de locales, destrucción de la imprenta, censura de los periódicos etc.) y los elementos menos decididos tienden a abandonar la lucha. El partido se repliega: períodos de crisis bien conocidos en todos los Movimientos de liberación, en el momento del pasaje a la lucha armada. Pero esta última crea nuevas tareas, acelera su ritmo para resistir el ritmo creciente de las acciones represivas obliga a avanzar llenando los vacíos, corrigiendo sobre la marcha los errores: a hacerles frente.

Durante este tiempo (año 1962), una rama de la organización urbana, guiada por un visión estratégica de largo alcance, prepara, organiza e inaugura "focos" de guerrilla rural. Pareciera que se tuvo la idea de inaugurar varios focos a la vez, con el objeto de dividir las fuerzas armadas, pues el año 1962 asistió a la eclosión de focos en seis Estados diferentes (Mérida, Zulia, Miranda, Lara, Trujillo, Falcon). El reverso de esta táctica aparece pronto: alimentar tantas zonas dispersas en hombres y armas, en abastecimientos de cualquier tipo, es imposible. Los focos, por otra parte, no tienen a menudo ningún nexo polí-

tico o militar entre ellos. Debido a la inexperiencia en este género de lucha, a una ausencia de preparación militar seria, o a un de precauciones en el mantenimiento de un secreto militar, muchas de estas tentativas en las que participan sólo estudiantes, terminaron trágicamente. Muchas de estas tentativas se revelaron también como marginales y no dependientes de decisiones políticas tomadas en la cúspide. Pero sobre la base de esas experiencias, y esta vez de manera responsable, grupos de obreros, campesinos e intelectuales revolucionarios, dotados de un sólido conocimiento del terreno, se van a las montañas. En la primavera de 1962 se constituye el frente de Charal, bajo el mando de un ingeniero, Juan Vicente Cabezas, y en el Estado de Falcon, el frente "Leonardo Chirinos" bajo el mando de Douglas Bravo, ex estudiante de derecho y ex obrero de fábrica.

III. En razón de las condiciones materiales y morales muy difíciles en las que debe operar la guerrilla urbana, esta última comienza a agotarse, cometiendo ciertos errores tácticos (ataque al tren del Encanto en octubre de 1963) que aprovecha el gobierno llevando la represión al máximo, fuertemente ayudado en esto por los servicios y el dinero yanqui, que afluye a Caracas. La sucesión de arrestos de responsables políticos, que permanecieron en la capital para asegurar la permanencia de la dirección política a pesar de las condiciones de seguridad de más en más precarias, y que culmina con la detención de Domingo Alberto Rangel, secretario del M.I.R. y, poco después, de Pompeyo Márquez, secretario en funciones del P.C. (enero de 1964) desorienta al aparato urbano. Desde entonces está probado que la guerrilla urbana, comprometida en una guerra civil casi frontal contra los policías, la guardia nacional y el ejército en el curso del verano y otoño de 1963, no está en condiciones de quebrantar el aparato represivo y malgasta tesoros de vidas humanas obteniendo resultados desproporcionados con el esfuerzo. No puede entonces revestir la importancia estratégica que

ciertos sectores "insurreccionistas" (especialmente entre la juventud del M.I.R.) querían otorgarle.

Durante este tiempo y al lado de la lucha urbana que ocupa el primer plano del escenario, los focos rurales se fortifican en silencio. Dirigentes y combatientes ganan rápidamente en experiencia política y militar. Y ¡oh sorpresa! los desmantelamientos periódicos de la organización-contacto Caracas - provincia - frente guerrillero no provocan de manera alguna el desmantelamiento de los focos, que refuerzan su capacidad de acción, sus bases de apoyo, su reclutamiento entre los campesinos. En consecuencia, los puentes pueden estar cortados entre el F.L.N. y los destacamentos rurales de la F.A.L.N. sin que esto les impida crecer y autoabastecerse. Los jefes guerrilleros, inalcanzables y cien veces muertos según la prensa, reaparecen y tienden a transformarse en mitos populares que movilizan a su vez las ciudades. Finalmente, la guerrilla rural aparece como el único aparato permanente, sólido, en crecimiento y fuera del alcance de cualquier represión armada.

IV En Caracas y en otras ciudades, los detenidos políticos que a fuerza de coraje y de ingeniosidad llegan a evadirse, los militantes y los dirigentes "quemados", arrinconados en una clandestinidad cada día más aleatoria, no tienen más que un recurso: unirse a las zonas estabilizadas o liberadas por los focos guerrilleros. Sobre la base de las estructuras existentes desde el comienzo de los focos, pero consolidadas por este ingreso continuo de sangre nueva, tiende entonces a realizarse la fusión de los dos aparatos de dirección política y de acción militar en la guerrilla rural. Un nuevo foco surge en el este de Caracas, en el Estado de Miranda, en julio de 1964.

En cuanto a la guerrilla urbana, no parece revestir más que un aspecto táctico de asalto sorpresivo u hostigamiento bastante secundario. En su lugar, se puede tratar de desarrollar una acción propiamente política, una campaña para la liberación de los prisioneros o el nacimiento

de nuevas organizaciones de izquierda.

7º El encuadramiento político de la lucha armada sólo es realizable en la campaña. Dicho de otro modo: entendida como forma regular de lucha revolucionaria, no hay "guerrilla urbana".

Aquí también la experiencia venezolana nos sirve de ejemplo. Ya se conocen los argumentos irrefutables del Che Guevara a este respecto: antes de atacar el eslabón más débil, un foco insurreccional debe cuidarse de las zonas urbanas como de los eslabones más fuertes de la cadena, es decir de los lugares donde están concentrados todos los cuerpos represivos y administrativos del Estado y donde las clases más desamparadas están integradas a la sociedad. Pero el éxodo rural a las capitales ha creado en las ciudades una contradicción social explosiva, cada año más difícil para las clases dominantes: la aglomeración de desocupados provenientes del campo en los "ranchos" (Caracas), las "barriadas" (Lima: 600.000 habitantes viven en las chozas de tierras construidas a orillas de Rimac), las villas miserias (Buenos Aires), etc. En Caracas, el tercio de la población, 350.000 habitantes, vive en los "ranchos", cinturón de colinas que rodea la ciudad, entrelazamientos de callejuelas, de plazas, pasajes, terrazas, donde la policía y menos aún el burócrata, no se arriesga ni en tiempos de paz. Cada año, 70.000 venezolanos se instalan en Caracas y más de la mitad lo hacen en los ranchitos. Esta realidad socio-económica explica por qué ha podido desenvolverse en Venezuela, por primera vez en América del Sud, una forma extraordinaria de guerrilla: la guerrilla urbana. El "ranchito" fue su base esencial de operaciones de reclutamiento. Mucho se habló en el extranjero de los asaltos sorpresivos de las unidades tácticas de combate: secuestros de militares enemigos, vuelos publicitarios, recuperación de fondos en los bancos, de armas, de documentos, sabotajes a las instalaciones imperialistas. Estas operaciones se desarrollan ordinariamente de día, porque exigen pocos participantes, que deben utilizar sus armas lo menos posible. La composición de estos comandos es

principalmente estudiantil o pequeño burgués (el "26 de julio" cubano tenía la misma composición social y sería ridículo emplear el calificativo "pequeño burgués", con el juicio de valor implícito que se le asigna en Europa). Pero existe otra fase de la guerrilla urbana, mucho más importante por el número de hombres que engloba: la guerra en los ranchitos. El reclutamiento es diferente: obreros, desocupados, jóvenes sin empleo, hijos de familias numerosas y miserables que componen la organización político-militar del barrio. Las relaciones con "el medio" frecuentemente son tensas, pero no llegan al rompimiento: hay acuerdos locales, pactos de no agresión y aun colaboración o regeneración de tráfugas del "medio" (situación análoga a la que hubo en la casbah de Argel durante la guerra). En el período más intenso de la lucha urbana, alrededor del verano y primavera de 1963, no había día sin encuentros armados en varios ranchitos simultáneamente. Cuando caía la noche comenzaban los disparos que terminaban al amanecer. Las operaciones eran hostigamientos a las fuerzas represivas, emboscadas, batallas libradas contra el ejército y aun ocupación total de un barrio que se convertía en territorio libre por algunas horas, hasta que la concentración de grupos armados se volvía insostenible y se disolvía. El fin era concentrar los cuerpos represivos en Caracas, dividirlos, fatigarlos, para acelerar su desmoralización y su liquidación (los casos de desertión fueron muy frecuentes en la policía durante esa época). Maniobras de distracción también cuando otras operaciones se llevaban a cabo en otros lugares, tales como evasiones individuales o colectivas de los centros de detención. Pero algunos meses después, el silencio envolvió a los ranchitos: esta forma de guerrilla urbana había desaparecido. No se crea que los grupos armados de los ranchitos habían sido liquidados y militarmente vencidos: en realidad este tipo de acción podía continuar mucho tiempo, pero parece que una decisión de las FALN puso fin a las operaciones. ¿Por qué?

Operando sobre una área determinable

y naturalmente limitada, la guerrilla urbana es fácilmente ubicable. No da lugar a elección de momento ni de lugar para el combate. La guerrilla está forzada a operar de noche (los ranchitos tienen un alumbrado público muy débil) por múltiples razones: seguridad de los combatientes que escapan a la identificación y seguridad también de los habitantes. La noche permite a las fuerzas populares aprovechar al máximo sus ventajas: el conocimiento del terreno, la movilidad, la dificultad para el enemigo de utilizar sus armas pesadas. Por el contrario, el día permitirá el allanamiento de las viviendas, las represalias masivas, la redada. La elección del terreno es casi imposible a los grupos armados porque no pueden desplazarse en las ciudades (las grandes avenidas están severamente controladas) para sorprender de improviso a una guarnición o destacamento militar. La operación comporta grandes riesgos pues la retirada es muy fácilmente bloqueable. Hay pues que atraer a los cuerpos represivos a las colinas, fuera de su terreno natural de acción. Así, al cabo de un tiempo, han comprendido la trampa y no se molestan más, prefiriendo abandonar los ranchitos al control nocturno de sus grupos armados que pierden una decena de hombres en cada incursión. Todas las estratagemas serán entonces buenas para atraer a los destacamentos policiales y del ejército a los ranchitos, por ejemplo el falso terrorismo: en una zona aparentemente calma, explota en lo alto de un ranchito una bomba poderosa, llega la columna de soldados que vienen a constatar los daños, pero se encuentra encerrada en una emboscada y debe pedir refuerzos, etc. Pero esta ubicación en los barrios populares indica rápidamente la táctica a seguir por las fuerzas gubernamentales: implantar guardias permanentes del ejército y de la policía, en número tal que el combate se vuelve desventajoso. Si bien todos los puestos policiales debieron ser evacuados de los barrios obreros (de los enormes monoblocks del 23 de enero, de Urdaneta, de Simón Rodríguez y de los ranchitos) en la primera fase de la lucha, poco después

se instalaron equipos con armamentos pesados en los puntos claves (sobre los techos, en las bocacalles, en las colinas) por parte del ejército y la guardia nacional y esto determinó prácticamente el fin de los combates urbanos. La vida de un militante es demasiado preciosa para los sacrificios inútiles y por suerte los revolucionarios no tienen el sentido de los combates de honor: los venezolanos no atacaron más.

En el plano militar, la guerrilla urbana no puede convertirse en guerrilla de movimientos y menos todavía en guerra de posiciones: deberá quedar limitada al hostigamiento, al sabotaje, donde deberá gastar fuerzas desproporcionadas con respecto a sus objetivos. "Dar el golpe y huir", divisa del guerrillero campesino, es imposible: sin base fija, un grupo armado urbano no tendrá posición de repliegue segura y se expondrá al liquidamiento por cercamiento, delación, imprudencia, etc. Esta ausencia de base social y económica sólida: si el poder no es tomado de un golpe por una insurrección generalizada, no hay reformas parciales realizables en una porción de territorio liberado. Si el guerrillero es un "reformador social" ¿qué puede reformar en una ciudad? ¿De qué realización puede valerse para atraer grandes cantidades de masas? Los pequeños grupos en que forzosamente debe desarticularse una guerrilla urbana (una U.T.C. tiene de 4 a 6 personas) no podrán nunca llegar a formar un nucleamiento permanente, localizado, dotado de cierto poder de fuego, concentrado, disciplinado y entrenado en la guerra convencional y en el manejo de armas pesadas. Desde el momento en que no puede pasar más allá del hostigamiento, una guerrilla urbana no puede transformarse en un ejército guerrillero y menos aun en un ejército popular regular, capaz de enfrentar finalmente al ejército represivo, fin de todo "foco".

Esta atomización obligatoria de los combatientes urbanos, abandonados a sí mismos, tuvo en Venezuela una gran importancia: llevaba en germen un riesgo muy serio de despolitización de los U.T.C., con

el surgimiento de acciones anárquicas, desordenadas, contrarias a la línea general del F.L.N. Teóricamente, los planes de toda acción importante debían ser elaborados por sus futuros ejecutantes (UTC o destacamentos), llevarlos a la dirección política y volver con su aprobación o no. Pero en la realidad no era siempre así: podía haber mucha urgencia, o defectos en un contacto o arresto inesperado de un dirigente. Por otra parte, la juventud, principal fuente de reclutamiento de los grupos de acción, no tienen en países semi coloniales la formación cultural que puede tener la de un país desarrollado donde la enseñanza primaria es realmente obligatoria. Y la mitad de la población venezolana tiene menos de veintidós años. Una formación política no se adquiere de golpe, sin ensayos ni tanteos: así se entiende como algunos U.T.C. han podido cometer ciertos errores, los cuales han sido siempre sancionados y corregidos por la dirección nacional (15). Así, un joven

(15) Esos errores políticos, hoy eliminados fueron en opinión de los mismos venezolanos, los siguientes: Extender las operaciones de sabotaje a las fábricas e instalaciones comerciales de los capitales nacionales, enemigos secundarios que se hubieran podido neutralizar, hasta atraer, aunque es difícil en la práctica distinguir capital nacional y capital imperialista pues la mayoría de las veces están muy entrelazados; haber atacado en algunas circunstancias a los efectivos de la policía municipal o de la policía de tránsito, arrojándolos así al lado de las fuerzas represivas activas; no haber tenido suficientemente en cuenta el valor irremplazable de la vida de un militante atacando objetivos muy secundarios, como el sabotaje al depósito de films de la Columbus, donde murieron quemados vivos dos combatientes de una U.T.C. en el incendio que ellos contribuyeron a crear; no tener en cuenta condiciones circunstanciales, como fue el caso del ataque a un tren custodiado por un destacamento de guardias nacionales emprendido con el fin de recuperar su armamento, en el curso del cual fueron eliminados algunos soldados que opusieron una

combatiente de un medio rural se formará políticamente mucho más rápido que un guerrillero urbano. Si para este último todo puede reducirse a una serie de operaciones "heroicas" aisladas de su contexto antes y después de las cuales deberá volver a la atmósfera normal de la vida urbana (con todas las facilidades a las que lo ha habituado la vieja sociedad), el guerrillero campesino estará inmerso en un contacto permanente y directo con el exterior, con los campesinos y con la naturaleza, y la operación propiamente militar sólo será en detalle o un momento más. Dicho de otro modo, la acción urbana es discontinua: para el guerrillero cada operación es suficiente por sí misma.

Lo esencial de un campamento campesino es crear y recrear sin cesar sus condiciones de vida: en la primera y más larga etapa de lucha, esa será su actividad principal y no el combate militar que debe por el contrario evitar. Sembrar, cazar, cosechar, recolectar, sobrevivir, es en la jungla americana un trabajo sacrificado y heroico. De este modo, el foco, en sus comienzos, no podrá sobrevivir sino en la medida en que obtenga el apoyo del campesino: el foco está soldado al medio congénitamente. Para los "bandoleros" colombianos del Tolima, el problema no se plantea: como no reproducen sus condiciones materiales de vida, el apoyo de la población le es indiferente: pillaje, robo, contribuciones obligadas les es suficiente. El foco rural está en contacto directo sin intermediario con la colectividad de la zona de operación para la limpieza de un pedazo de bosque a fin de cultivarlo, para el trabajo en común de la tierra, para la caza, etc. Esas condiciones materiales llevan ineluctablemente al foco a proletarizarse moralmente y a proletarizar su ideología. Así sus miembros sean campesinos o pequeños burgueses, el foco guerrillero se convierte en un ejército de proletarios. Es así como la guerra de guerrillas opera siempre una mutación profunda de los hombres y de sus ideologías: ese es el por qué, por ejemplo, hubo en Cuba un desacuerdo político entre los dirigentes del

ejército rebelde y los dirigentes de las organizaciones armadas, como Faure Chau-mou con el Directorio del "13 de marzo" y hasta con los dirigentes del Partido Socialista Popular, que no podían imaginar que la revolución fuera tan rápida hacia el socialismo. Y sin embargo la formación política y social de los dirigentes urbanos del "13 de marzo" y del "26 de julio" era la misma: "intelectuales pequeño burgueses revolucionarios". Del mismo modo en Venezuela, los que pasan de la lucha urbana a la lucha rural sienten un cambio de atmósfera humana de calidad en la organización y aun en el análisis político (16): el análisis a corto plazo en la montaña no existe. Todos los guerrilleros saben en ese momento que la guerra será larga y debe serlo, en las condiciones actuales de la relación de fuerzas, porque "nosotros no aspiramos a tomar el poder en una operación suicida para perderlo a las 24 horas. No nos precipitamos pero no retrocedemos más en relación con nuestros objetivos".

La proletarización rápida del foco rural ha dado a los combatientes seguridad y modestia. Paradojalmente, es casi imposible que se desarrolle en un foco rural, germen del ejército popular, una tendencia al militarismo, a la creencia de que todo se reduce a "echar balas", a "tirar", y que todo depende del éxito militar. Del mismo modo el romanticismo encontrará aquí difícilmente su caldo de cultivo. El

inesperada resistencia, en el mismo momento en que se desarrollan importantes conversaciones pre-electorales en el seno de los Partidos de oposición. Esta acción, montada hipócritamente sobre alfileres por el gobierno, sirvió de pretexto a la oposición legalista para rechazar una candidatura única de la izquierda en las elecciones presidenciales. La mayoría de los responsables de estas acciones fueron destituidos por el Estado Mayor de las FALN.

(16) Cfr. Reportaje sobre Falcon y Douglas Bravo, realizado con el nombre de Francisco Vargas en el número 6 de *Révolution*.

combatiente rural se educa día y noche por su contacto con el mundo exterior. El combatiente de la guerrilla urbana tiene de a vivir en su medio natural (la ciudad, el trabajo regular, los amigos, las mujeres, etc.) por su seguridad y la de la organización. Si para el primero el mundo exterior inmediato —el campo de maíz, la plantación de bananas pertenecientes a una familia de campesinos amigos, el charco de agua o el poblado a dos horas de marcha, etc.— es fuente de vida, o mejor dicho el único medio de vida posible, para el segundo, el mundo exterior será siempre combatido como el enemigo número uno, la puerta siempre entreabierta por donde vendrá la muerte o el arresto: es necesario desconfiar de las personas exteriores a la organización pues son ellas las que hacen correr el riesgo de infiltración, delación, imprudencia, relajamiento moral, confidencia. Soledad necesaria, fugacidad de las relaciones humanas, mutismo, enclaustramiento, todo esto simbolizado por la noche, el momento por excelencia de la acción urbana: distinción del día y la noche extraña en gran medida al guerrillero del "foco" que vive día y noche en la selva, es decir ni en el día ni en la noche, en la penumbra sin sol, tibio, y protector, usando, ya que la columna permanecerá invisible de día y de noche, de un avión como del sendero vecino. Nunca un guerrillero campesino utilizará por ejemplo los senderos y los caminos ya trazados de la montaña: él los abre a través de la espesura, haciéndose de propios caminos, disponiendo de resguardos invisibles. Una columna represiva, aun una patrulla, tomará obligadamente el sendero, demasiado recargada de equipaje e ignorando el terreno, para penetrar en la selva, facilitando así la emboscada o el control de sus desplazamientos. Prudencia defensiva (una huella de botas en el sendero permite saber la fecha y valor de un pasaje pues los campesinos caminan descalzos o con zapatillas), velocidad ofensiva (rapidez del ataque y ganancia de tiempo en la retirada) están del lado del guerrillero campesino. Pero por más entrecruzadas que sean las calles de un

ranchito, hay que atravesarlas, dirigirse a tal bocacalle, atravesar tal plaza, donde no es difícil ser esperado por una patrulla militar sólidamente instalada. La situación es distinta. Un cercamiento en la montaña, en la selva, nunca es infranqueable puesto que nunca es completo: la selva venezolana del Falcon tiene sus grietas, sus rocas, sus árboles, sus grutas: para bloquear un ranchito, es suficiente con bloquear tres entradas. Simple ejemplo, en el plano de la libertad de evolución, del carácter extremadamente vulnerable de un grupo clandestino armado en la ciudad.

Resumiendo, las condiciones materiales de acción de una guerrilla urbana (aislamiento de los militantes reunidos 24 horas antes de la operación, de la cual ignoran frecuentemente su naturaleza hasta último momento, empleo de seudónimos en el mismo interior de la UTC, imposibilidad de estrechar relaciones de amistad, ignorancia recíproca obligatoria, ignorancia también del responsable que da la orden, etc.) contribuyen a formar un cierto tipo de conducta y espíritu abstractos que pueden llevar al voluntarismo o al subjetivismo. Las condiciones técnicas materiales de una guerrilla urbana no son separables del contenido político de su acción pero repercuten directamente en ella. No se puede hablar de una sin hablar de las otras.

La extrema dispersión de los grupos vuelve difíciles la coordinación y el control de las acciones. La iniciativa táctica pertenece a los militantes. Como son clandestinos rinden cuentas sólo a los superiores de la organización y no directamente, como en el caso del foco rural, a los campesinos y sus familias. Pero si bien las formas de acción urbana son las más clandestinas, es también en la ciudad donde el contenido de cada acción repercutirá más en el exterior, y es aquí también donde corre los riesgos máximos de deformación por el poder de la propaganda enemiga, ya que la radio y la prensa se encargarán de confundir a la opinión pública. Los comandos venezolanos tienen la orden de no hacer uso de sus armas, salvo

en caso extremo de legítima defensa: los franco tiradores de los ranchitos, si pueden, apuntarán preferentemente a las piernas para poner fuera de combate sin matar. Las fuerzas enemigas tienen consignas y reflejos opuestos, la muerte y la tortura. Por su número y su método, las fuerzas represivas hacen correr a los grupos armados más grandes riesgos de eliminación física que en la montaña; los militantes deberán matar para no morir. La acción más simple, desarmar a un policía en la calle para recuperar su arma, revólver o fusil, tiene efectos imprevistos si el policía se resiste; en esos casos se preferirá que el militante revolucionario se deje matar o que haga uso de su arma? El dilema puede ser cotidiano pues las FALN no tuvieron jamás otras armas que las que sacaron al enemigo y es necesario tomar esas armas donde son más numerosas y alcanzables, en las ciudades, tarea por lo tanto de los militantes urbanos. De este modo, cada acción de auto defensa de ese tipo será bautizada de "asesinato" por la radio y la prensa y por supuesto la prensa clandestina y los otros medios de propaganda popular no llegarán nunca a contrabalancear esta intoxicación masiva, pues el enemigo está en su casa y hace su ley, lo que no puede hacer en la montaña, donde los campesinos saben a qué atenerse. En cambio, cuando un grupo de franco tiradores se apropia de un camión de carne perteneciente a un supermercado Sear's (cadena Rockefeller) y distribuye su contenido en un rancho hambriento, la televisión, la prensa y la radio se cuidarán muy bien de publicarlo.

Durante el verano de 1963, se constató en Caracas un cierto número de "neuróticos de guerra" entre los guerrilleros urbanos, que debieron ser relevados y licenciados por el estado mayor de las FALN. El ritmo de las operaciones y los riesgos corridos fueron tales que muchos fueron vencidos por los nervios sin serlo por la represión física. Neuróticos a los cuales un psiquiatra hubiera llamado maníaco depresivos: abatimiento, descorazonamiento, alternados con una excitación febril, de-

seo de provocar al enemigo al descubierto para liberarse de la angustia latente, de explotar, acabar con las inhibiciones a las que a la larga conducen las conductas de represión de lo clandestino. Este tipo de neurosis que no tuvo tiempo de hacerse sentir en la práctica llevada al desprecio de la vida, a la operación suicidio, al formalismo de la acción por la acción. En la época de Batista, entre los militantes de La Habana este género de accidentes no fue raro. Y pasa lo mismo con cualquier acción clandestina, sea cual sea.

Estas notas no podrían en ningún caso describir un estado general estadístico de la guerrilla urbana sino una tendencia, resultado de sus condiciones materiales de acción, explicando por qué la guerrilla urbana no puede convertirse en una forma de acción superior, viable a largo plazo. Pero en Venezuela sí se ha tratado de una guerrilla urbana, es decir de operaciones militares correspondientes a una situación objetiva de guerra, creada por el Estado semicolonial y el imperialismo y ligadas a una organización y a un programa políticos, expresando las aspiraciones populares. Nunca se ha cometido un atentado individual contra la vida de un enemigo político, así fuera Betancourt, lo que técnicamente no plantea problemas insuperables. El objetivo principal de las operaciones fue el ejército y también el potencial económico imperialista. Si por terrorismo se designa la acción individual sin relación con el desarrollo, organización y objetivos políticos de un movimiento revolucionario, inconsciente de las condiciones históricas y subjetivas de las masas, nada fue menos terrorista que la acción urbana de las FALN y nada lo fue más que la represión gubernamental.

8. La polémica actual con respecto al programa de la Revolución — revolución democrática burguesa o revolución socialista — plantea un falso problema y retrasa en los hechos el compromiso en la lucha concreta de un Frente unido ant imperialista.

Una de las mayores polémicas que dividen a las organizaciones revolucionarias es la que plantea el problema de la natu-

raleza de la revolución. Generalizando, a la tesis sectaria de influencia trotskysta de la revolución socialista inmediata, sin etapa previa, se opone la tesis, tradicional en ciertos partidos comunistas, de la revolución agraria anti-feudal, hecha con la ayuda pero en realidad bajo la dirección de la burguesía nacional. Entre las dos, muchos piensan que la revolución es un proceso indefinido, "sin etapas" separables, que si no parte de una reivindicación social, conduce inevitablemente a ella: tal parece ser la enseñanza de la Revolución Cubana. Pero ésta enseña también que el nudo del problema no está en el programa inicial de la revolución sino en el hecho de que ella ha resuelto prácticamente el problema del poder de Estado antes de la etapa democrática burguesa y no después. Cuba pudo convertirse en un Estado socialista sólo porque en el momento de realizar sus reformas democráticas nacionales el poder político estaba ya en manos del pueblo. Un análisis rápido del capitalismo latinoamericano permite ver cómo se ha ligado orgánicamente a las relaciones de producción feudal en el campo: en Colombia, los beneficios industriales tienden a reinvertirse en la tierra y las familias industriales son también las grandes familias latifundistas; en Brasil, para hablar de países de capitalismo nacional, la industria azucarera del Nordeste o el comercio del café de San Pablo están ligados al latifundismo agrario. Y sino ¿cómo explicar que ninguna burguesía nacional haya podido llevar a cabo una verdadera reforma agraria que debería sin embargo beneficiar a sus intereses por el alza del mercado interior que provocaría? En resumen, parece que en América del Sur la etapa democrática burguesa supone la destrucción del aparato de Estado burgués: sin esto, el proceso habitual del golpe de Estado militar está condenado a repetirse eternamente, del mismo modo que se repetirá el "arranque" revolucionario de las masas sin ninguna imagen segura en el curso de un proceso legal y constitucional de reformas democráticas (reforma agraria, voto de analfabetos, relaciones diplomáticas y comerciales con todos

los países, leyes sindicales, etc.) como pasó en Brasil desde Kubitschek, en Bolivia después de 1952, en la República Dominicana con Bosch etc. Estas polémicas no sirven más que para dividir al movimiento revolucionario y esconder a las masas el problema que condiciona a todos los otros: la conquista del poder y la eliminación del ejército, esa espada de Damocles que no dejará nunca de tratar de romper a todo movimiento de masas.

Si bien es mucho más difícil, después de Cuba, integrar una fracción importante de la burguesía nacional en un frente anti-imperialista, este último puede y debe ser el objetivo número uno. Pero este frente no puede, parece, constituirse más que en la práctica de una lucha revolucionaria y, lejos de contradecir la existencia de un foco armado y resuelto a luchar, implica una vanguardia agitadora que no puede en ningún caso esperar que ese frente esté plenamente constituido en el papel, entre los organismos de dirección, para desatar una lucha armada. Tal es quizás la más grande paradoja del "castrismo", su carácter a la vez radical (proyectar la toma del poder) y antisectario (nadie, ningún partido o ningún hombre puede monopolizar la revolución). Evidentemente, la paradoja no es más que otra de las que la práctica ha tomado como criterio y referencia fundamental de la "verdad". Hay en efecto un viejo lazo en América Latina entre el reformismo de ciertos partidos comunistas y su aislamiento: apelando sin cesar a la constitución de un frente nacional pero incapaces de asumir una alianza real porque no tienen una línea y una organización autónoma y fuerte. Si recordamos un discurso de Fidel en 1961, pronunciado delante de visitantes latinoamericanos, dos ideas parecen determinar el concepto castrista del Frente de liberación, el del "comienzo", de la iniciativa realista provocando una ruptura de nivel en la lucha política, el comienzo de la lucha armada (en Cuba el ataque al Moncada) y el de "práctica selectiva" de las alianzas y compromisos necesarios en el proseguimiento de la lucha. Dicho de otro modo, la revolución puede

darse al comienzo un programa mínimo antimperialista, basado en reivindicaciones concretas en relación con la condición campesina, obrera o pequeño burguesa. Cuando han sido agotadas todas las posibilidades de lucha legal, inaugurar la guerra revolucionaria sobre la base más amplia posible: "en la que el católico sincero debe ocupar el mismo lugar que el viejo militante marxista". La práctica misma de la lucha que nunca se puede determinar de antemano sino a medida que se la vive (por lo tanto nada de interminables discusiones teóricas sobre las formas de la futura Reforma Agraria, que no sirven más que para plantear divisiones y para retardar el advenimiento de las condiciones concretas de aplicación de una reforma agraria, et.), se encargará de reordenar las alianzas políticas y sociales, disolviendo algunas, creando nuevas. En otras palabras, las cuestiones concretas que la práctica plantea a los revolucionarios requerirá respuestas nuevas de parte de ellos. Cada fase de la lucha tiene su propio sistema de interrogantes y respuestas, nacido de la forma en que han sido resueltos los problemas de la fase precedente, y de nada sirve querer superar la práctica de un frente unido dividiéndolo en problemas que, llegado el momento, tal vez ni se plantearán. Ninguna actitud, ninguna elevación del nivel de la lucha por el poder o de la lucha después de la toma del poder, ni del nivel de los objetivos de la acción gubernamental pueden efectuarse si no vienen a llenar una exigencia histórica, una carencia conscientemente sentida por las masas. Cae de su peso que toda esta concepción resbalaría hacia el oportunismo si no tuviera como piedra angular la existencia de una vanguardia homogénea, sincera, intransigente sobre su objetivo final, sin ninguna náusea sectaria, sin modelo preconcebido, dispuesta a tomar aun los caminos más imprevistos para alcanzar su fin, templada y seleccionada por la lucha efectiva: una vanguardia cuyo "foco" es ya su garantía.

Esta confianza puesta en el valor radical de la práctica del "foco", la cual engendra los dirigentes, los cuadros del fu-

turo Partido, y su propio campo teórico, ¿no sería acaso el homenaje inconsciente del castrismo a su propia historia pasada, superada pero no renegada, ya que la autocrítica no hace sino ratificar una vez más el carácter creador e incompleto de toda práctica revolucionaria? Históricamente, lo que se llama el castrismo es una acción revolucionaria empírica y consecuente que ha encontrado en su camino al marxismo como a su verdad; lo contrario también es cierto: para un castrista honesto (un revolucionario que ha seguido a Fidel por la Sierra Maestra, o que ha combatido clandestinamente en la ciudad), el marxismo es una teoría de la historia justificada y verificada por su propia historia. Este encuentro es nuevo? No: hace 35 años, en 1930, otro gran "héroe" revolucionario americano, Luis Carlos Prestes, llevado al pináculo de la fama por la larga marcha de la "Columna Prestes" (30.000 kms. recorridos en tres años en el interior brasileño por un millar de hombres que rechazaban todas las fuerzas represivas lanzadas contra ellos), encontró también al socialismo científico como a su verdad. Si él le prestó en aquella época al marxismo, con la misma resonancia que Fidel, su leyenda de "Caballero de la Esperanza", con el mismo gesto él negaba a esta última todo valor dialéctico. En el Manifiesto de 1930, lanzado al pueblo brasileño desde Buenos Aires, donde se había exilado, reniega de su pasado, sus amigos, su leyenda y su nacionalismo, y propone la instauración inmediata de soviets de obreros en San Pablo. La adhesión de Prestes al marxismo en una época en que el socialismo no se había asegurado aun un lugar en el mundo, marcó también la ruptura de Prestes y el P.C. con la realidad brasileña, ruptura que quizá no ha sido aun superada, a pesar de sus grandes victorias electorales de postguerra: en el mismo momento Prestes partía para Moscú y era absorbido por el engranaje administrativo de la Internacional. Un contacto semejante con el marxismo es una electrocución, no una superación. Lo que da tanta fuerza a la Revolución cubana es la ausencia de un divorcio entre lo que es, socia-

lista, y lo que ha sido, nacionalista. Lo mismo puede decirse para el "castrismo": el hecho de no haberse separado de sus raíces históricas y americanas le asegura, al mismo tiempo, un lugar dentro del marxismo y al lado del leninismo. Fidel Castro nunca renegó de sus comienzos ni de lo que ha hecho. Él ha reinterpretado su trayectoria pasada de revolucionario no marxista prolongándola y transformándola desde adentro. Que el 26 de julio continúe siendo la fiesta de la revolución cubana, es el signo distintivo y la conquista del castrismo, o de las vías latinoamericanas al socialismo: esos días, visitantes que desembarcan del mundo entero en La Habana para festejar la victoria socialista conmemoran en realidad, un golpe "aventurero", el ataque al Moncada efectuado por un puñado de activistas, que hizo temblar de indignación a los "buenos marxistas" del Continente. Si se reflexiona bien sobre esto, quizá sea el hecho más emocionante, el más nuevo de la Revolución cubana: que, en el punto más alto de su genealogía, ella rinda homenaje todos los años como a su nacimiento absoluto a ese escándalo teórico e histórico que fue el asalto de Moncada.

Es esto lo que da a la simple historia de la Revolución cubana y de su continuo desarrollo, una gravitación pedagógica diez veces más efectiva para el Continente, que diez manuales juntos de marxismo. Negándose a desmembrarse en dos épocas distintas "nacional-democrática" y socialista, la Revolución Cubana permite indirectamente ver claro y favorecer las reivindicaciones nacionalistas "democráticas - burguesas", los combates y las formas de acción que desde un punto de vista sectario son "impuros" y que surgen aquí y allá en el Continente. El castrismo, lejos de condenarlos, de arrojarlos en el infierno de la "provocación", en el purgatorio despreciable del "pequeño burgués", los apoyará decididamente, porque si sus protagonistas son sinceros y decididos terminarán por poner en tela de juicio al imperialismo americano y por desembocar en el socialismo. Revelando a todos que el nacionalismo latinoamericano

implica la caída final del estado semicolonial, por lo tanto la destrucción de su ejército y la instauración del socialismo sin por otra parte agotar en eso todo su contenido, el castrismo justifica bien la definición de "nacionalismo revolucionario". Está ligado, por todas sus fibras, a la exigencia de dignidad tanto individual como nacional. Si se piensa en la forma en que han reaccionado, cuando "la crisis de los cohetes" en octubre de 1962, el P.C.U.S., los P. C. europeos y desgraciadamente la mayor parte de los P.C. latinoamericanos ante la "sabiduría khrushcheviana" y "la obstinación rebelde" de los dirigentes cubanos para rehusar "la inspección" de su patria, no existe aún ninguna razón para pensar que el nacionalismo revolucionario y lo que el mismo implica, haya sido comprendido en toda su estrictez.

Otra razón explica el predominio dado por el castrismo a la práctica revolucionaria, cuando ésta es sincera y dinámica, sobre sus rótulos ideológicos: la certeza de que en las condiciones especiales de América del Sur, el dinamismo de las luchas nacionalistas las hace desembocar en una adhesión consciente al marxismo. A diferencia de las guerras anticolonialistas de Asia y Africa, las luchas americanas de liberación nacional han sido ya precedidas de cierta experiencia de independencia política. La lucha contra el imperialismo, al principio, no es por lo tanto una lucha frontal contra fuerzas de ocupación extranjeras, sino que pasa por la etapa de la guerra civil revolucionaria; la base social es, pues, más estrecha, y la ideología, es, en compensación, mejor definida, menos mezclada con influencias burguesas; al menos tal sería la tendencia histórica. Si en Africa y en Asia la lucha de clases puede ser diferida por las necesidades del Frente nacional hasta después de la liberación, en América del Sur lucha de clases y lucha nacional deben, en definitiva, darse simultáneamente. El camino de la independencia pasa por la liquidación militar y política de la clase dominante orgánicamente ligada a la metrópolis económica por la "cogestión" de sus intereses. Por lo tanto, no se puede evidentemente poner las guerras de liberación nacional americanas

bajo la misma rúbrica que las del Asia o del Africa. El hecho de que el poder político pertenezca ancestralmente a un grupo nacional hace mucho más compleja la reivindicación nacional; la lucha política entre los diversos grupos de la clase dominante (el grupo agrario exportador, el grupo industrial proteccionista, etc.) aparece a todos los explotados como el juego principal, ocultando o desviando así la contradicción fundamental Nación-Imperialismo, para mayor beneficio tanto de U. S. A. como de la clase dominante. Las masas entrarán pues mucho menos fácilmente en la lucha política porque ellas no parecen hallarse directamente involucradas. Los Estados Unidos utilizan con una astucia ya centonaria esta pantalla gubernamental, nacional, que desvía lo más fuerte del descontento popular y que recibe los golpes más violentos, aún si la embajada americana llega a tener los vidrios rotos o es saqueada, renuncia bajo la presión de la insurrección y deja el lugar al enemigo interior, cómplice a pesar de él. (17). Por lo tanto es necesario especificar, cuando se habla de oposición a qué nivel se sitúa ésta: antigubernamental o antimperialista. Para poner el ejemplo de una oposición popular ampliamente mayoritaria, en Bolivia solamente los mineros, los maestros, la mayor parte de los estudiantes tienen posiciones irreductiblemente antimperialistas: los sectores de vanguardia del campesinado indígena, la pequeña burguesía insatisfecha, los latifundistas desplazados, la mayoría de los proletarios de las fábricas de la Paz, no tienen actualmente otras posiciones más que anti M. N. R., anti-Paz Estenssoro. Lo mismo pasa en el Brasil: no se cuentan en más de

un 5% del electorado los partidarios de los militares en el poder, abandonados como están por el grueso de la clase media; pero ¿cuántos de los 95% restantes quieren algo más que un cambio de gobierno?

Por otra parte el sentimiento de opresión no es inmediato ni localizado. Bandera, ejército, escuela, lengua nacional, nombres de calles, todo indica que la nación existe y el vago sentimiento de frustración o de humillación, nacido del hecho de que esta "nación" no pertenece en realidad más que a una ínfima minoría, no encuentra de inmediato contra quién descargar: no hay ocupación extranjera. Es difícil palpar la opresión: ésta es más "natural". La aparición de la lucha armada será entonces menos "natural", menos espontánea que en Asia o Africa. Exigirá un nivel más perfeccionado de conciencia de clase. La lucha armada o el "foco" tenderá pues a desplazarse de la ciudad hacia la campaña, ya que los campesinos están más adormecidos por el orden social natural. Allí, esas diferencias propias de un país semi-colonial, están reforzadas con las hipnosis del mundo feudal. El enemigo de clase pasa al estado de naturaleza, existe como las piedras del campo, ya que tiene todas las apariencias de la inmovilidad, mientras que la naturaleza pasa al estado político a través de la protesta religiosa. La naturaleza, no el latifundista, atraen la atención y la cólera de los campesinos. El "meiero" del Pernambuco brasileño, da invariablemente la mitad de la cosecha al latifundio llueva o caiga piedra, mientras que la sequía del "sertao" llega por oleadas imprevisibles y cambia de año a año. El cielo, las nubes, Dios, no el latifundista, serán pues considerados los responsables del hambre, la muerte del hijo, de la mujer. Es conocido el fanatismo religioso del Nordeste brasileño, de la campaña colombiana, de ciertas comunidades indígenas del Ecuador, etc., el cual es capaz de llegar hasta a la guerra (como la Gran Guerra de Canudos a fines del siglo pasado). En resumen, el factor subjetivo de iniciativa y de conciencia moral y política a la vez, expresado en el plano social por

(17) Los últimos acontecimientos de Bolivia son claros. Paz Estenssoro, sostenido desde hace algunos años por los EE. UU., había dejado de ser un buen negocio; se lo reemplaza entonces por Barrientos, el vicepresidente, el hombre del Pentágono mantenido en reserva desde hacía tres años como pieza de repuesto, e impuesto como vicepresidente a Paz Estenssoro a fin de asegurar una transmisión legal del poder en caso de insurrección popular.

el papel fundamental de los estudiantes, tendrá en América de Sur particular importancia especialmente a causa de las estructuras semi-colonialistas, y no directamente coloniales, de la explotación económica. Paralelamente, el nacionalismo tiene allí a transformarse radicalmente y definirse más rápidamente y con menos ambigüedad que en países coloniales.

El nacionalismo revolucionario, o "castrismo", de las nuevas organizaciones o frentes de acción surgidos en América Latina a partir de Cuba, no podría constituir una ideología particular, ni darse como tal. De entrada, eso es lo que distingue al castrismo de los nacionalismos mistificantes que le han precedido. La naturaleza clasista que aquél descubre en la base de la reivindicación nacional y en el curso de la guerra de liberación pone fin, al mismo tiempo, al tema nacionalista tomado como objeto de los discursos y como mito político. ¿Qué relación existe entonces entre el castrismo y los nacionalismos-ideologías? Hay varias: tomemos primero el caso del nacionalismo burgués que propone el desarrollo industrial nacional y la construcción del Estado nacional por la escapatoria de una industria pesada y de un proteccionismo comercial, tendencia clásica de las burguesías nacionales (Frigerio en la Argentina, Jaguaribe en Brasil, Zavala en Bolivia). Relación con el castrismo: la misma que entre capitalismo y socialismo, aunque Cuba es admirada por esos ideólogos por ser el único país que ha logrado liquidar el feudalismo, al que ellos también sueñan poder combatir. El nacionalismo revolucionario se distingue asimismo del "gobierno nacionalista y democrático" que reclaman en su programa la mayor parte de los P.C.: está orgánicamente ligado a la reivindicación socialista y quiere alcanzar la transformación del poder de Estado por medio de su conquista y de su destrucción bajo la forma burguesa. El nacionalismo castrista, contrariamente a aquel que frecuentemente antepone los P.C., no es defensivo sino radical. Por lo tanto juzga ilusorias y sin efecto las reivindicaciones parciales, las

transacciones o las conciliaciones de un eventual "gobierno nacional" que se ejercitaría en la revolución por partes y "sin que se note". Sus métodos de acción serán pues diferentes; no se detendrá durante mucho tiempo en la propaganda electoral, la colocación de afiches o las reuniones cumbres con los partidos políticos existentes, sino que preparará también las condiciones para una acción directa de ofensiva armada de las masas. Relación con el castrismo: la misma casi que entre la 2ª y 3ª Internacional, haciendo los cambios necesarios. El castrismo minoritario al principio, hoy ve afluir a él la parte más activa (sobre todo la juventud), la más valiosa para el futuro, de esos partidos comunistas.

Mucho más estrechas son las relaciones del castrismo con las dos formas más importantes históricamente del nacionalismo sudamericano, designadas hoy con el nombre de nacionalismo bonapartista: el peronismo en la Argentina y el populismo de Vargas en el Brasil. Hoy, ambas ideologías han comenzado su decadencia y dejan en el lugar que ocuparon antes un vacío que el castrismo llena poco a poco, subiendo también aquí de las organizaciones juveniles a los organismos directivos. Casi en la misma época estos dos movimientos llegan a ser, en los dos países, ampliamente mayoritarios tratando de aliar, y lográndolo durante cierto tiempo, proletariado y burguesía, bajo la dirección de ésta última. El antianiquismo de Vargas y Perón (teñido de simpatías fascistas) no les impidió intentar acomodarse con los Estados Unidos debiendo finalmente pactar. Actitud simétrica pero en oposición con la del castrismo que trata también de unir proletariado y burguesía nacional, pero esta vez bajo la dirección del primero y por lo tanto inconciliable con el imperialismo americano. El nacionalismo bonapartista, por otra parte, pretende realizar reformas de estructura partiendo de arriba, de un poder de Estado invariable, sin pasar por un movimiento de masa consciente. Eso no impide que en su momento, inmediatamente después de la Segunda Guerra mundial,

ese bonapartismo fuera aceptado y sentido como revolucionario por los trabajadores argentinos y brasileños que lo hicieron suyo: en ambos países estos regímenes han creado condiciones subjetivas irreversibles a partir de las cuales deberá desarrollarse la historia. El nacionalismo bonapartista ha retardado el advenimiento de un nacionalismo revolucionario de tipo castrista, engañando a la casi totalidad del proletariado, pero no lo ha hecho imposible. Pues una vez dividido el Frente unido burguesía-proletariado, éste comienza a modificar su ideología y sus reivindicaciones, abandonando poco a poco las direcciones políticas o sindicales heredadas de los regímenes anteriores, que hoy están en quiebra. Perón se salvó como mito político unificador de las masas gracias a su abandono del poder en 1955, ya que iba a tener que optar entre un régimen verdaderamente proletario o la traición pública de sus promesas: opción que no podía diferir por más tiempo en el momento de su caída por obra del ejército. La definición de clase del peronismo se ha visto retardada a causa de esto, pero finalmente ha terminado por aparecer a pesar de Perón: en general, la burguesía industrial no quiere saber nada con él y el proletariado argentino continúa esperando su regreso. Pero debido a todas las traiciones de la "burocracia sindical" de la C.G.T., principal fuerza de acción del peronismo, la idea de los procedimientos insurreccionales toma cada vez más fuerza en su base, en los sindicatos y principalmente en la juventud obrera peronista que ha vivido su propia experiencia política sin Perón después de 1955 (golpes de Estado peronistas de 1956 y 1960, terrorismo, Uturuncos, torturas, asesinatos, encarcelamientos, represión continúa desde 1955, huelga insurreccional "Lisandro de la Torre" en 1959, etc.) pero con Cuba como referencia y punto de comparación. Es evidente que el nacionalismo revolucionario ha ocupado poco a poco el lugar del peronismo tradicional, aunque conservando el nombre de Perón y el ambiente sentimental del movimiento: es evidente que tiene ya sus dirigentes y sobre todo centenares de jé-

venes cuadros medios formados en la lucha sindical; y que tiene ya su fisonomía propia de movimiento obrero esencialmente urbano, que relega a segundo plano los centros de guerrilla rural y en el que se mezclan las imágenes de Lenin, de Evita Perón y de Fidel en una composición todavía sin solidez.

Igual proceso en el Brasil o igual decantación: nada la simboliza mejor que la evolución personal de un "caudillo" como Brizola, el más grande líder popular y revolucionario del Brasil, arraigado como Vargas en su suelo gaúcho pero cuyo prestigio se extendió por todo el Brasil después de la crisis de 1961; ¿no debe acaso este prestigio entre las masas (que nadie, salvo Miguel Arrais en el Noreste, puede disputarle hoy) al recuerdo mismo de Vargas de quien es el heredero en segundo lugar después de Goulart? Brizola no ha cesado de perfeccionar su antiimperialismo, y su evolución, como él mismo lo afirma, no ha terminado. ¿Qué mejor ejemplo de nacionalismo revolucionario dinámico que el "brizolismo"? Con todos sus límites y sus peligros: el predominio del jefe irremplazable en contacto carismático con las masas, su violenta pasión nacionalista poco favorable para la organización, su dificultad para despersonalizarse, para elaborar un programa político y una estructura de partido, para entenderse con las otras organizaciones políticas y, en el caso particular de Brizola, la influencia de un pasado de político oficial (gobernador del Rio Grande do Sul durante cinco años y cuñado de Goulart) en contacto con las esferas dominantes (Brizola sin embargo rompió con Goulart en 1962). Pero también con su fuerza insuperable: su pasión, su amplia base popular, su coraje, su realismo, su odio profundo y razonado por el imperialismo, su honestidad etc. No es completamente imposible que Brizola encarne el rostro brasileño del castrismo en un futuro próximo.

Debe ser objeto de un estudio aparte la manera cómo cada nación americana sufre en este mismo momento sus viejas formas de nacionalismo y las formas de acción revolucionaria a él ligadas des-

briendo cada vez de una manera nueva sus raíces de clase y cómo cada pueblo se convierte en solidario del nacionalismo vecino y del mundo socialista. Es en las viejas luchas de la independencia nacional que el "castrismo", particular en cada país, toma esa pasión revolucionaria que constituirá su fuerza o su debilidad, si se contenta con ella. Fidel leyó a Martí antes de leer a Lenin; un "castrista" o un nacionalista revolucionario venezolano habrá leído la correspondencia de Bolívar antes de El Estado y la Revolución, un colombiano, los proyectos de constitución de Naríño, un ecuatoriano a Montalvo, un peruano habrá leído a Mariátegui y reflexionado sobre Tupac-Amarú. No olvidemos tampoco lo que el nacionalismo revolucionario debe a la acción y a la propaganda de los partidos comunistas que fueron los pioneros del antiimperialismo que se siguió a partir de 1920 y cuyo fracaso general, visible desde los días subsiguientes a la Segunda Guerra se explica sin duda por la impotencia de aquellos para retomar a fondo esas tradiciones nacionales, para encontrar raíces históricas concretas, para colocarse en una continuidad continental. Una dialéctica superficial haría entonces del castrismo una síntesis a posteriori de las dos corrientes nacional e internacional, nacionalista y comunista. Pero este juego correría el riesgo de dar al castrismo la consistencia de una ideología aparte, que no tiene, ni quiere tener. Porque no es una ideología, el castrismo no es un título, una vanguardia constituida, un partido o una sociedad de conspiradores ligada a Cuba. El castrismo no es más que el proceso de

recreación del marxismo-leninismo a partir de las condiciones latinoamericanas y a partir de las "condiciones anteriores" de cada país. No tendrá por lo tanto nunca dos veces el mismo rostro, de país a país: sólo puede vencer con la condición de sorprender.

Esperemos asimismo que hasta el rótulo "castrismo" desaparezca.

Pues el castrismo o el leninismo recuperado y adaptado a las condiciones históricas de un continente que Lenin desconocía, está en vías de pasar, se quiera o no, a la realidad de las estrategias revolucionarias. Si bien su aspecto puede cambiar en cada país sudamericano no está menos irrevocablemente establecida una cierta relación orgánica de la lucha armada y de la lucha de masas, bajo ciertas condiciones, cuyo "centro activo" es una forma superior. Pero este logro acarrea otros: cuando el poder de Estado sea conquistado por los explotados y los castigados de hoy en toda América del Sur, y ese día no es inmediato, las nuevas sociedades que se construirán tendrán también ese "clima" inseparable del castrismo, que es más que un clima: esa alianza de la lucidez más rigurosa respecto de sus propias obras y del lirismo "prometeico" de la acción revolucionaria que no se confunde con el falso ardor de la Apologética, alianza que está simbolizada ante nuestros ojos con tanta perfección mística por la reunión de dos hombres que están a la cabeza de la revolución cubana: el cubano Fidel Castro y el argentino "Che" Guevara.

REGIS DEBRAY

MARXISMO Y SOCIOLOGIA

INFRAESTRUCTURA Y SUPERESTRUCTURA EN EL ANALISIS DE LA ACCION SOCIAL

"El 'espíritu' nace ya tarado con la maldición de estar 'preñado' de materia, que aquí se manifiesta bajo la forma de capas de aire en movimiento, de sonidos, en una palabra, bajo la forma del lenguaje. El lenguaje es tan viejo como la conciencia: el lenguaje es la conciencia práctica, la conciencia real, que existe también para los otros hombres y que, por lo tanto, comienza a existir también para mí mismo".

C. Marx y F. Engels, La ideología alemana

0. Introducción

Este trabajo pretende sugerir algunos puntos de vista en relación con el estudio de los fenómenos superestructurales. No hay que olvidar que se trata de un campo de complejidad extrema y sobre el cual pesa una literatura predominantemente especulativa y colindante siempre con la filosofía. Aunque muchos de estos problemas son clasificados de ordinario como "sociología del conocimiento", se encierran en ellos cuestiones críticas para la teoría y la metodología de las ciencias sociales en general. Nuestro objetivo a largo plazo es más bien metodológico y empírico: explorar mediante qué métodos y técnicas se puede llegar a un estudio riguroso de las "dimensiones superestructurales" de por lo menos algunos procesos de los sistemas sociales globales. Tal actitud parece la más aconsejable en un tema como éste, que encierra el problema clásico de la significación y del "sentido de la conducta". La historia de dicho pro-

blema es la historia misma de la teoría sociológica. El desorden y la imprecisión que fácilmente se advertirán quizá puedan ser disculpados, entonces, si se tienen presentes las dificultades propias del tema. (1).

Aceptada la hipótesis de que hay una dimensión "significativa" de los hechos

- (1) El lector debe ser advertido que se trata del esquema inicial de un ensayo considerablemente más largo, y donde se analizan con cierto detalle aspectos metodológicos, muchos de los cuales aquí ni siquiera se mencionan.

La intención de desarrollar los puntos de vista expuestos fue acelerada con motivo del curso de Sociología Sistemática en el Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (1964 y 1965), cuyo dictado estuvo a cargo del prof. Miguel Murmis y del autor de este artículo. Corresponde señalar, sobre todo, que una buena parte de los argumentos que he tratado aquí de elaborar tuvieron como estímulo las objeciones

sociales que debe ser tomada en cuenta por los modelos sociológicos y que el problema del "sentido de la acción" no es un falso problema, la cuestión consiste en cómo puede estudiarse esa dimensión en lo que tiene de específico. Las notas que siguen se apoyan en el convencimiento de que el problema de la significación de la acción social no puede ser ignorado ni reducido a otra cosa, y que dicho problema debe ser llevado paulatinamente y en la medida de lo posible, del plano de las definiciones a un plano más "operacional". Desde este punto de vista, si se nos dijera que el modo en que hemos acotado la problemática contenida en la distinción marxista infraestructura - superestructura deja de lado aspectos muy importantes, esto no valdría para nosotros como objeción. En efecto, todo intento de delimitar problemas específicos dentro de conceptos muy abarcadores supone un necesario empobrecimiento —por lo menos en un primer momento del análisis— del campo semántico de la formulación original.

1. Infraestructura y superestructura

Enumeraremos ante todo ciertos aspectos fundamentales del problema; aunque sean en su mayoría sobradamente conocidos, parece conveniente tomarlos como punto de partida.

En la teoría marxista, cabe hablar en dos sentidos (por lo menos) de la relación infraestructura - superestructura. En un primer sentido, se trata del problema de la relación entre distintas "áreas de actividad social". Las hipótesis marxistas postulan una relación de determinación que va del área económica a las otras

áreas de actividad; de algún modo —que debe ser especificado— las formas de organización del área económica determinan "en última instancia" las formas de organización de las demás áreas, en diferentes grados (instituciones políticas, familiares, religiosas, jurídicas, etc.).

En un segundo sentido, se trata del vínculo entre áreas de relaciones sociales y "sistemas de ideas" (principios de la organización económica, ideologías políticas, reglas jurídicas, teorías religiosas, etc.), lo que Engels llama "las concepciones ideológicas en cada uno de los dominios". (2).

Ambos sentidos están implícitos en los textos marxistas sobre el asunto; el planteo general contenido en la primera parte de la carta de Engels a Schmidt del 27 de octubre de 1890 por ejemplo, corresponde sobre todo al primero (3); la citada carta a Mehring del 14 de julio de 1893 se ocupa casi exclusivamente del segundo. Lo que cabe considerar como "infraestructura" o como "superestructura" depende del sentido en que se establezca la distinción. Desde el primer punto de vista, la infraestructura correspondería al área económica considerada globalmente, y la superestructura a las restantes áreas de actividad; desde el segundo punto de vista la infraestructura abarcaría las relaciones sociales concretas, y la superestructura los sistemas ideacionales surgidos de aquéllas, en los distintos campos de la actividad social. En realidad, el uso de estos conceptos en muchos textos marxistas es menos sistemático. Engels por ejemplo, en carta a Bloch (21 de setiembre de 1890) habla de la infraestructura como la "situación económica" y la enumeración de las "diversas partes de la superestructura" no toma en cuenta la diferencia entre los dos sentidos indicados: "...formas

y observaciones críticas formuladas por Miguel Murmis en el transcurso de largas (y agitadas) discusiones en oportunidad de la preparación de dicho curso, discusiones que fueron para mí de un enorme valor.

Finalmente el lector tendrá en cuenta que si bien sería más correcto emplear las expresiones "infraestructura" y "superestructura" en plural, lo he hecho en singular para aligerar la redacción.

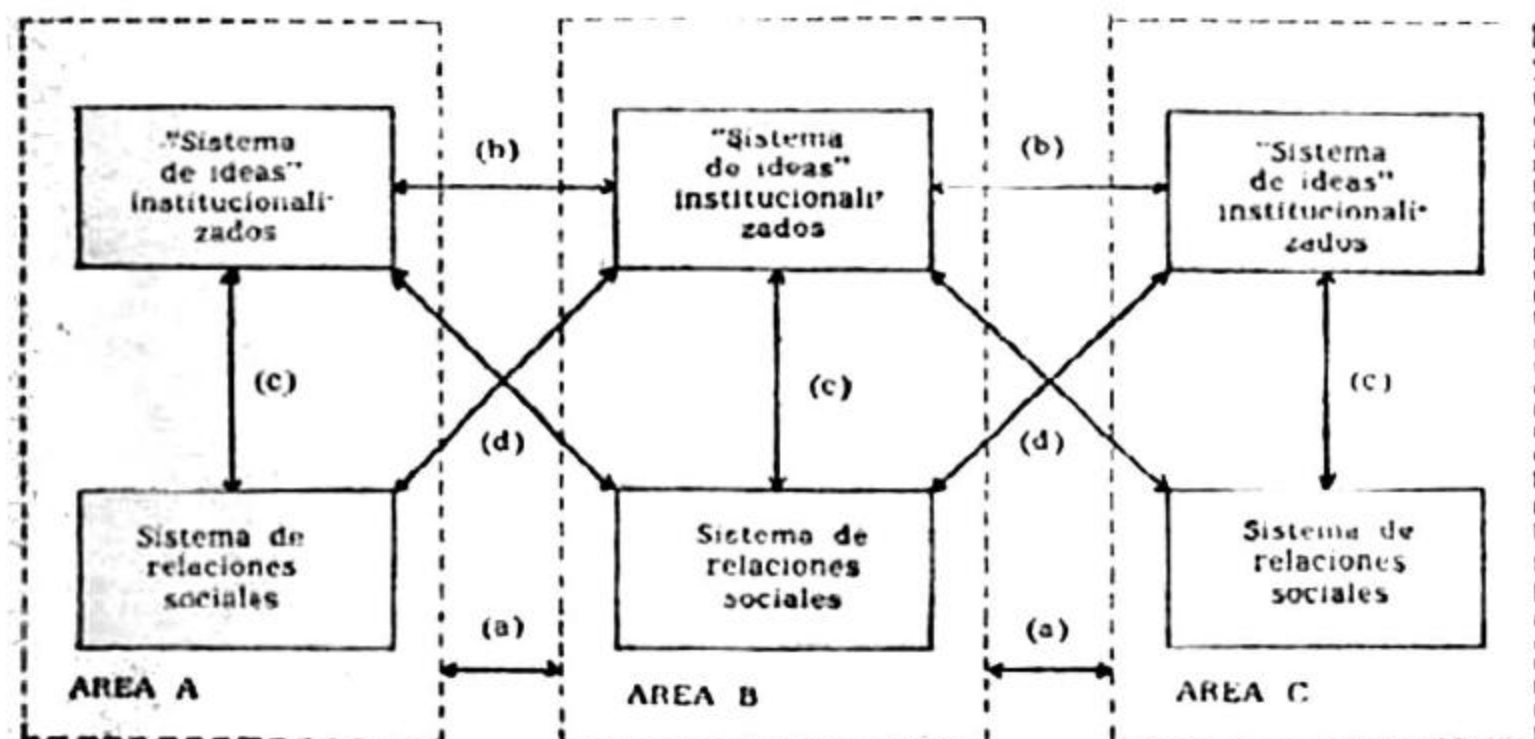
(2) Carta de Engels a Mehring 14 de julio de 1893, citado de K. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, Bs. Aires., Ed. Cartago, 1957, pág. 331.

(3) K. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, cit., pág. 310-314.

políticas de la lucha de clases y sus consecuencias, las constituciones establecidas por la clase victoriosa después de ganar la batalla etc. —las formas jurídicas— y en consecuencia inclusive los reflejos de todas estas luchas reales en los cerebros de los combatientes: teorías políticas, jurídicas, ideas religiosas y su desarrollo ulterior hasta convertirse en sistemas de dogmas..." (4) Esta es una de las ocasiones en que Engels conceptualiza la superestructura metiendo todo en un mismo saco. Si se adoptara el criterio implícito en el texto que acabamos de citar, la superestructura comprendería de hecho todo el sistema social menos la estructura económica.

Los dos sentidos mencionados nos permiten, analíticamente, considerar no menos de cuatro tipos distintos de problemas que en la literatura aparecen habitualmente asociados, sin otras aclaraciones, a la problemática general infraestructura-superestructura, o pueden ser, aproximados a ésta: (a) relacionados

entre áreas de actividad social, considerada cada una en forma global; por ejemplo, relación entre los fenómenos económicos y los políticos, entre "Economía" y "Estado" como complejos institucionales; (b) relaciones entre sistemas de ideas institucionalizadas de distintas áreas de actividad; por ejemplo, relaciones entre teorías económicas y creencias religiosas; (c) relaciones entre los sistemas de relaciones sociales concretas por un lado, y las ideas institucionalizadas por otro, en cada área de actividad; por ejemplo, vinculación entre el surgimiento de determinadas formas de intercambio y el desarrollo de la teoría económica; (d) relaciones entre los sistemas de relaciones sociales de un área de actividad, y los sistemas de ideas institucionalizadas de otra área; por ejemplo, vínculo entre el surgimiento de las formas capitalistas de organización económica y el sistema de ideas y valores del protestantismo.



CUADRO 1

Es evidente el carácter rudimentario de

un esquema semejante; con todo podemos tomarlo como base para desarrollar los principales puntos que nos interesan.

A partir de este conjunto de cuatro ti-

(4) Ibid., pág. 309.

pos de relaciones, podemos distinguir dos problemas generales: (I) naturaleza de los términos (sistemas) que intervienen en cada relación; i.e., cómo es conveniente conceptualizar el objeto que llamamos un "sistema de ideas" o el objeto que llamamos un "sistema de relaciones sociales". Este problema no es tan sencillo, dado el estado actual de la conceptualización en sociología. Por el momento —por ejemplo— empleamos el ambiguo concepto "idea"; es claro que no se puede ir muy lejos en el análisis, si no se introducen en ese punto otras precisiones. (II) Naturaleza de las relaciones que postulamos entre dichos términos. Se incluye aquí una serie de cuestiones de gran importancia: todo lo vinculado a las hipótesis marxistas sobre la determinación de la superestructura por la infraestructura, y la posibilidad de interpretar las relaciones en términos de vínculos causales o bien de distintos tipos de determinación, condicionamiento, correspondencia, interdependencia, etc. (5) Nos ocuparemos aquí exclusivamente de las relaciones (c) y (d) del esquema, es decir, de lo que hemos llamado —provisionalmente— "problema de la relación entre sistemas de relaciones sociales y sistemas de ideas institucionalizadas" (segundo sentido en que puede interpretarse la dicotomía infraestructura-superestructura) (6).

2. "Ideas" y acción social

En la literatura sociológica actual el

(5) Véase la lista de tipos de relaciones posibles enumerada en R. K. Merton, *Social theory and social structure*, Glencoe, Free Press, 1957. "The sociology of knowledge", cap. 12, pág. 461.

(6) Cuando se hable, en lo que sigue, de relación infraestructura-superestructura, se entenderá pues en el segundo de los dos sentidos señalados, salvo indicación expresa en contrario. El campo así delimitado incluye la "teoría de la ideología" tal como se ha empleado habitualmente esta expresión.

empleo de esa dicotomía no es frecuente. En su lugar hallamos por ejemplo discusiones sobre "la determinación social de las ideas", sobre todo en la sociología del conocimiento, y otros enunciados semejantes. (7) En la teoría sociológica heredera de los planteos weberianos, aparece el problema de la "relación entre las ideas y la acción social" como fórmula general que incluye la cuestión contenida en la dicotomía marxista. Vamos a analizar algunos aspectos de esta perspectiva, tomando como punto de referencia a Talcott Parsons, especialmente su ensayo sobre el papel de las ideas en la acción social. (8)

Para lo que nos interesa discutir por el

(7) Sin duda la mejor fuente a que puede acudir el lector de habla castellana para la sociología del conocimiento es la antología preparada por I. L. Horowitz: *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*, Bs. As., Eudeba, 1962, 2 vols. Contiene un amplio panorama de los textos que representan las etapas más importantes del desarrollo de esta disciplina, y su estado actual.

(8) T. Parsons, "The role of ideas in social action", *Amer. Soc. Rev.*, 3: 653-664 (1938). Reproducido en las dos ediciones de los *Essays in sociological theory*, Glencoe, Free Press, 1949 y 1954. Cf. en este ensayo las propias referencias del autor a las secciones correspondientes de su obra anterior, *The structure of social action*. Cf. también: "Belief systems and the social system: the problem of the 'role of ideas'" *The social system*, Glencoe, Free Press, 1951, cap. 8; y "Values, motives and systems of action", en T. Parsons y E. Shils (eds.), *Toward a general theory of action*, Cambridge, Harvard University Press, 1951, espec. págs. 162-172. Para la discusión que hacemos aquí es particularmente clara la exposición contenida en el ensayo "The supererogatory and the theory of social systems", *Psychiatry*, 15:15-25 (1952), reproducido en *Social structure and personality*, N. Y. The Free Press of Glencoe, 1964.

La discusión subsiguiente no pretende hacer justicia a la llamada "teoría de la acción" en su conjunto, tarea que

momento, su argumentación puede resumirse en los siguientes puntos:

(a) El problema ha sido clásicamente planteado en términos demasiado vagos: "si las ideas en general representan o no un papel importante en la determinación de la acción". Es preciso dividir la cuestión en diferentes partes.

(b) Esto significa que es necesario proceder a una clasificación de tipos de ideas, y analizar para cada tipo sus relaciones con la acción. Parsons ofrece la siguiente clasificación: ideas existenciales, empíricas y no empíricas; ideas normativas; ideas imaginativas. Las ideas existenciales empíricas son conceptos y proposiciones susceptibles (o considerados como susceptibles) de verificación mediante los métodos de la ciencia empírica. Las existenciales no empíricas son una categoría residual. Las ideas normativas son conceptos y proposiciones que se refieren a estados de cosas —existentes o no— enunciados "en el modo imperativo". Las ideas imaginativas agrupan los conceptos y proposiciones que se refieren a entidades que "ni se piensa que existen ni el autor se siente obligado a realizarlas".

La distinción entre ideas existenciales empíricas y no empíricas evidentemente corresponde a la distinción —tan importante en el pensamiento de Marx— entre ciencia e ideología.

(c) La relación de las ideas existenciales empíricas con la acción nos lleva al problema de la "acción racional". Esta no parece concebible sino en términos de un proyecto orientado a fines específicos, y realizado por un actor capaz de establecer los medios más eficaces disponibles para alcanzar dichos fines. Es claro el papel decisivo de las ideas en la determinación de la acción racional: la organización económica y todos los desarrollos tecnológicos manifiestan el poder de las ideas existenciales empíricas en la determinación de la acción social.

(d) De ahí que la distinción marxista entre "base material" e "ideas" no sea aceptable para Parsons. Citamos: "... la teoría marxista no cuenta con un concepto riguroso de las ideas ni con una clasificación

de los distintos géneros de ideas. De ahí que cuando aquellas ideas que habitualmente los marxistas llaman "ideologías" se comportan en forma diferente a las de la base científica de la tecnología, tienden a ignorar el hecho de que esta última también está compuesta por ideas y generalizan el comportamiento de las primeras, considerándolo el de las ideas en general".

A primera vista pareciera que la objeción de Parsons reposa en un malentendido: parece evidente que si comparamos la expresión "relación entre base material e ideas" con la frase de Parsons "la tecnología está compuesta también por ideas", el concepto idea tiene en cada caso una denotación diferente. Parsons habla de las ideas como componentes analíticos de toda acción humana; Marx habla de sistemas específicos de ideas institucionalizadas y sus relaciones con sistemas específicos de relaciones sociales, en una sociedad global. Si se reconoce que la dicotomía marxista se refiere a este último problema, no tendría sentido formular una objeción desde el punto de vista de los componentes analíticos de la acción (i.e., la teoría marxista estaría simplemente hablando desde un nivel de análisis distinto), a menos que se suponga que, en el marxismo, la expresión "base material" denota un nivel de organización de los fenómenos sociales que es enteramente ajeno a los procesos "ideacionales" de los actores. Esta interpretación del marxismo es insostenible, y hay numerosos textos para probarlo. (9) La

excedería por completo el objetivo de este artículo, que es exponer un determinado punto de vista sobre las cuestiones tratadas. Se tendrá también en cuenta que la conceptualización parsoniana en gran medida no hace otra cosa que elaborar y sistematizar ideas difundidas en numerosos autores, clásicos y contemporáneos.

(9) En particular las *Tesis sobre Feuerbach* y el fragmento que lleva el título de "El trabajo alienado" (*Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*). Cf. las citadas cartas de Engels; cf. también, por ejemplo, la re-

dicotomía marxista puede legitimarse a partir de la constatación que menciona el mismo Parsons: las ideas institucionalizadas bajo forma de sistemas conceptuales a nivel de la sociedad global "se comportan en forma diferente" a las ideas entendidas como componentes decisivos en la determinación de la acción social racional que está en la base de la tecnología y de las aplicaciones de la ciencia a la organización social, y esto justificaría el esfuerzo por someterlas a un estudio particular.

Pero la cuestión es bastante más compleja, y la oposición entre la sociología de la acción y el marxismo es en este punto mucho más profunda. Parsons piensa haber invalidado la distinción entre base material e ideas: su propio planteo incluye el problema que el marxismo quiso resolver, y proporcionaría entonces una respuesta más satisfactoria desde el punto de vista teórico.

Como ya dijimos, Parsons se coloca en un plano mucho más general: el que corresponde a la especificación analítica de los componentes de la acción social. Su modelo, pues, debe cumplir con un requisito fundamental: enunciar los componentes de la acción social (incluidas las ideas) en un nivel de abstracción tal, que se pueda dar cuenta satisfactoriamente de los hechos en cualquier plano de organización de la acción, y para cualquier modo de existencia de las ideas. Es preciso pues analizar más de cerca cómo está construido este modelo.

La constatación más importante en este sentido es que la teoría de la acción, no obstante su propósito de abarcar por igual todos los niveles de análisis de la acción social, es una generalización hecha a partir de uno de esos niveles en particular: la descripción de la acción social desde el punto de vista del actor individual. Este

es el punto de vista adoptado por Weber para definir los tipos de acción y es este mismo esquema weberiano el que Parsons reproduce al definir la acción racional: orientación hacia fines y selección de los mejores medios para alcanzar dichos fines. (10) La cuestión esencial surge cuando este modelo se aplica para conceptualizar el modo de existencia de las ideas en el plano de la sociedad global. En la sociología de la acción, la relación entre sistemas de relaciones sociales e ideas institucionalizadas (que es lo que está planteado en la distinción infraestructura superestructura), se conceptualiza en los términos del problema de la relación del actor individual con sus ideas. Que estos dos problemas sean equivalentes en el sentido que el primero se puede resolver en los términos del segundo, es lo que puede ser puesto seriamente en duda. La originalidad y la importancia de la teoría marxista me parecen consistir, en este punto, en haber negado la posibilidad de establecer, explícita o implícitamente, tal equivalencia.

Aclaremos esto a propósito de la acción racional. Es posible y necesario para el análisis de la acción social, elaborar un modelo "ideal" de la acción racional, y este modelo puede ser enunciado en términos de la estrategia de un actor: su representación de los fines, la selección de unos fines antes que de otros, la instrumentalización de los medios. Este es un esquema genérico de la acción racional, y este tipo ideal fue empleado de hecho por Marx antes de que Weber formulara los principios de su metodología. Pero lo que a Marx le interesa (a diferencia de Parsons) es la descripción de sociedades globales concretas, a saber, las sociedades capitalistas. Y la constatación primaria para estas sociedades es que el modelo (abstracto) de la racionalidad, tal como puede enunciarse a partir de la conciencia del actor, no es aplicable en el plano de la sociedad glo-

lación entre el modelo marxista del acto de trabajo y la exposición sobre necesidad y libertad y el papel de la inteligencia, en el *Anti-Dühring*.

(10) M. Weber, *Economía y sociedad*, México, FCE, 2da. edición en español, 1964, 1ª parte, I. parágrafo 2, vol. I, pág. 20.

bal: el concepto de racionalidad no denota procesos equivalentes en todos los niveles de análisis de la acción. Hay solución de continuidad entre la racionalidad definida en el nivel del actor (relación entre la conducta del actor y sus ideas "existenciales empíricas") y la racionalidad que descubrimos cuando nos colocamos en el nivel de análisis de la sociedad global (relación entre la acción social de colectividades y las ideas empíricas institucionalizadas). Naturalmente que esta solución de continuidad puede expresarse en términos de una desviación con respecto al modelo abstracto, pero la desviación misma no puede convertirse en teoría explicativa. En otras palabras: la conceptualización sociológica debe recorrer un circuito que, partiendo

del modelo de la acción racional, incluya como complemento indispensable una teoría de la alienación y un modelo de la falsa conciencia. Y estos son, precisamente, el capítulo y el modelo ausentes de la sociología de la acción. (11)

Conviene ahora generalizar las observaciones críticas hechas a propósito de la acción racional, formulándolas desde la perspectiva que queremos sugerir en este trabajo: a nuestro juicio, ellas son válidas para todos los aspectos de la teoría parsoniana sobre el papel de las ideas. Como referencia, he resumido en el Cuadro 2 las varias clasificaciones de Parsons a partir de la tipología de las orientaciones de acción. (12)

| TIPO DE ORIENTACION MOTIVACIONAL DEL ACTOR | TIPO DE PROBLEMA SITUACIONAL | TIPO DE "REGLAS" APLICADAS | ASPECTOS CULTURALES | |
|--|------------------------------|---|--|--|
| | | | TIPO DE SIMBOLOS (cultura objetiva) | ASPECTOS EN LA PERSONALIDAD (en correlación con la teoría psicoanalítica: Cultura internalizada) |
| Cognitiva | discriminación | reglas de validez de los juicios cognitivos | Sistema de ideas existenciales (ciencia - ideología) | Imágenes del Yo y de los objetos |
| Catéctica | gratificación | reglas de apreciación | Sistemas de símbolos expresivos (artes) | afectividad organizada simbólicamente (libido) |
| Evaluativa | selección | reglas de evaluación | normas morales | Superego |

Cuadro 2. Derivación de los aspectos de la cultura en la teoría de la acción.

(11) Dicho de manera ligeramente distinta: si nos limitamos a la perspectiva del actor individual, el modelo de la acción racional describe el fenómeno de la conciencia que cada uno tiene cuando persigue fines y escoge medios; a partir de la teoría marxista, se puede señalar cómo esta representación consciente es enteramente inadecuada para comprender el modo de existencia social de la racionalidad. La teoría de la alienación y de la falsa conciencia trata de elaborar los instrumentos conceptuales para estudiar estos hechos. El supuesto que está detrás de esta sociología de la acción puede inter-

pretarse como un mecanismo ideológico, y es central en buena parte de la problemática sobre el desarrollo económico.

(12) "Hemos dicho que los símbolos son vías de orientación controladas por objetos físicos externos. Ahora bien, así como una orientación particular puede ser primariamente catéctica, evaluativa o cognitiva... así también una vía de orientación (a way of orienting) (un objeto cultural) puede ser caracterizado por la primacía de tales modos de orientación" (Toward a general theory of action, op. cit., pág. 162, n. 4).

Como puede verse, la teoría de la cultura —es decir, la conceptualización de los fenómenos de significación en el plano de la sociedad global— deriva de la trilogía de orientaciones. "Los distintos elementos de la cultura tienen distintos tipos de significación. Los criterios para la clasificación de estos elementos deben buscarse en el paradigma fundamental de la acción". (13) Pero este "paradigma fundamental" es, más que ninguna otra cosa, un modelo psicológico: motivaciones, expectativas, orientaciones. La conceptualización de los fenómenos superestructurales aparece así derivada de ciertas clasificaciones psicológicas (muy próximas a una descripción fenomenológica de la conducta) (14) y depende de ellas.

Podemos preguntar: ¿qué estamos relacionando cuando vinculamos acción e ideas de un actor? De otra manera: ¿cómo hacemos para distinguir sus ideas (y sus orientaciones) de su conducta (puesto que para relacionar dos cosas es necesario poder distinguirlas)? Hay por lo menos dos grandes tipos de respuestas posibles, según la perspectiva que adoptemos. Desde una posición predominantemente conductista, se tenderá a reemplazar los conceptos de "idea" u "orientación" por otros cuya denotación sea más objetiva y en consecuencia se tratará de especificar observables de conducta. Por este camino, la relación entre acción-ideas se transformará en una relación entre conductas del actor (por ejemplo, entre conducta verbal y no verbal), con lo cual la distinción desaparece de hecho. Desde otro punto de vista se podrá sostener que los conceptos de "idea", "orientación", etc., denotan "construcciones hipotéticas" es decir, se refieren sólo en forma indirecta a la conducta

manifiesta. Naturalmente, el tipo de teoría psicológica que ha alimentado a la teoría de Parsons y a la sociología de la acción en general se ubica en esta posición. Aquí la relación entre acción e ideas implica una relación entre entidades observables por un lado (conductas) y entidades inferidas, no observables por otro lado (ideas). "Idea", "orientación" denotan entonces procesos internos de control.

En cualquier caso, siempre será necesario especificar observables: partimos de la conducta y debemos volver a ella. Y en cuanto intentamos hacerlo, advertimos que en la teoría de la acción, el proceso real de conocimiento aparece invertido: la conceptualización de los signos parece derivar de la tipología de las orientaciones, cuando en verdad el proceso real es el opuesto: va de los signos a los mecanismos internos inferidos. Y no puede ser de otra manera: o bien abrazamos confesadamente una psicología introspeccionista o bien el único camino para distinguir las orientaciones pasa por los observables de conducta, es decir, por la observación de la acción social como signo de los mecanismos internos que podemos hipotetizar en el actor. Esto es lo que hace todo sociólogo (Parsons también) cuando estudia la acción social: observa conductas significativas (incluidas las propias) y elabora "hypothetical constructs" de mecanismos o procesos internos. (15)

En suma: cuando la unidad de análisis es el actor en su relación con otros actores, o bien el problema de la relación entre acción e ideas desaparece o bien, si consideramos legítimo o necesario manipular construcciones hipotéticas (que es el criterio de Parsons y también el nuestro), cualquier conceptualización que hagamos de ellas no puede fundar sino que supone una teoría de los signos o de los

(13) Ibid.

(14) Como primera en la lista de fuentes para su concepto del "comprender", en el que basa su teoría del significado de la acción y por lo tanto su concepto genérico de "acción social". Weber menciona la *Psicopatología General* de Karl Jaspers. *Economía y sociedad*, cit. pág. 5.

(15) Este mismo proceso de la conducta como signo está en la base de todo modelo que quiera dar cuenta de la inter-acción, es decir, del ajuste recíproco de las conductas. No desarrollaremos aquí este punto; lo que acabamos de decir corresponde a la posición de observador y no de actor.

fenómenos de significación; necesitamos modelos de los procesos de significación para elaborar tipologías de orientaciones, expectativas, etc. —si creemos que son necesarias— y no a la inversa.

¿Cómo aparece el problema en el plano de la sociedad global? Aquí corresponde introducir una especificación muy importante: en dicho plano los "sistemas de ideas", los componentes de la superestructura, no son ni mecanismos inferidos de control interno, ni conductas observables; son, con respecto a los actores sociales, componentes del medio ambiente, elementos que tienen una existencia que no es hipotética ni tampoco se confunde con la conducta de los actores: son mensajes materializados. Su modo de existencia material habitual es lo que llamaremos un **texto**. (16) En el nivel de análisis de colectividades de la sociedad global pues, los "sistemas de ideas" son a la vez entidades observables y distinguibles de la acción social de esas colectividades: el comportamiento de veto de un grupo social en un momento determinado, no puede ser confundido con su "ideología" tal como la transmiten sus materializaciones lingüísticas.

Podemos ahora intentar una especificación de nuestro esquema inicial. Cualquiera sea el modo en que conceptualicemos los casilleros de la parte inferior del gráfico (grupos descriptos como sistemas y sub-sistemas de roles institucionalizados; sistema de relaciones sociales interactivas, etc.), se tratará de modelos que en última instancia remiten a observables de conducta: grupos de individuos haciendo tales o cuales cosas en determinadas situaciones

(emitiendo un voto o educando a los hijos o participando en una revolución social o intercambiando en el mercado los productos de su trabajo). Análogamente, cualquiera sea la manera en que conceptualicemos los casilleros de la parte superior ("sistema de ideas institucionalizadas") se tratará de mensajes que circulan a nivel social, consistentes en **textos** vehiculados por un soporte material (libros, panfletos, textos científicos, discursos televisados, películas, etc.). Se me permitirá, en este punto del análisis, formular la siguiente "definición operacional" de la relación infraestructura-superestructura: **relación entre sistemas de conducta observable de colectividades dentro de la sociedad global y mensajes socialmente institucionalizados bajo forma de "textos"**.

3 Superestructura y niveles de la comunicación

Es evidente que en la discusión anterior, uno de los puntos claves reside en la noción de "idea" y la concepción de los procesos simbólicos que está detrás de ella. Hasta aquí la hemos empleado siguiendo el ejemplo de la mayoría de los trabajos sobre estos temas, donde se la ha utilizado y se la utiliza sin descanso. Este aspecto exigiría por sí solo largas consideraciones: la noción de "idea" parece gozar de una especie de inmunidad; en contextos teóricos sumamente elaborados, donde numerosos conceptos sociológicos son sometidos a una reelaboración encarnizada, las "ideas" reaparecen como protegidas por una cierta ingenuidad. La verdad es que la ingenuidad deriva en este caso de la más venerable de las tradiciones filosóficas. De cualquier manera conviene tener presente que conceptos tales como "idea", "creencia" "opinión" y otros semejantes, arrastran irremediablemente consigo una concepción estática y "representacional" de los procesos de significación, que implícita o explícitamente se entienden como un repertorio de imágenes. En cuanto al problema que nos interesa, el resultado es que los fenómenos superestructurales se conciben como un

(16) En nuestro análisis, el concepto de **texto** posee un área denotativa sumamente amplia: todo conjunto de signos pertenecientes a un determinado universo del discurso delimitado por un código, sea cual fuere éste (la lengua, los códigos plásticos, las imágenes televisadas) y que es transmitido en una situación determinada sobre la base de un soporte físico distinguible de la conducta de los receptores.

enorme receptáculo de contenidos (ideas, valores, normas). Así conceptualizados, estos contenidos sólo pueden tener con la acción una relación mágica. (17).

En la actualidad —por obra sobre todo de la lingüística, la teoría de la comunicación y la multitud de disciplinas especiales surgidas del estudio de los sistemas de control— se están elaborando modelos cuya importancia para la sociología del conocimiento y para la sociología de la cultura en general no puede a mi juicio exagerarse. (18).

- (17) Parsons, con posterioridad al artículo lo sobre el papel de las ideas, ha preferido hablar más bien de "sistemas de creencias" (*belief systems*). En distintos lugares subraya la importancia del estudio de los mecanismos de la simbolización. "El simbolismo ha emergido casi como una especie de tema en contrapunto, a lo largo del análisis, y requiere una atención explícita mucho mayor de la que ha recibido (...) Con toda probabilidad, no hay ningún problema en el análisis de los sistemas de acción que no pueda ser considerablemente clarificado por una mejor comprensión del simbolismo... la importancia de la cultura es casi sinónimo de lo que en términos motivacionales llamamos a veces 'procesos simbólicos'" (*Toward a general theory of action*, op. cit., pág. 242). "Todos los sistemas de creencias —señala en *The Social System*— consisten naturalmente en símbolos" (Pág. 376). Con todo, la teoría de la acción carece de todo modelo explícito de los "procesos simbólicos" y no encontramos en ella mucho más de lo que aparece citado en nuestra nota 12.

- (18) En la sociología de la cultura, hay que mencionar un antecedente elaborado unos diez años antes del surgimiento de la cibernética; la admirable obra de Gregory Bateson, *Naven*, estudio antropológico de los latmul de Nueva Guinea (Stanford, Stanford University Press, 1936 y 1958). La segunda edición reproduce sin modificaciones la edición original (de 1936), y en un epílogo, el autor analiza sus propios planteos iniciales en términos de los desarrollos posteriores de la cibernética y la teoría de la comunicación.

En esta perspectiva las "ideas" son **sistemas de relaciones que deben especificarse en términos de sistemas de operaciones**. Hemos sugerido la posibilidad de considerar la llamada superestructura como un complejo proceso de circulación (emisión-transmisión-recepción) de "textos"; en efecto, un texto (un mensaje) no tiene sentido fuera de la especificación del sistema de operaciones sintáctico-semánticas que ha debido realizar la fuente para emitirlo y del sistema de operaciones sintáctico-semánticas que define la recepción por parte del destinatario. Creemos que un estudio riguroso de los fenómenos superestructurales exige pasar de una concepción "representacional" a una concepción "operacional" de la significación: de la noción de idea a la de signo, de la noción de orientación a la de comunicación.

No ganamos nada clasificando las ideas en "tipos" si esta tipología, en lugar de basarse en el estudio del comportamiento de los signos, establece clasificaciones arbitrarias: Parsons clasifica los contenidos de la cultura en tres grandes grupos (cf. Cuadro 2) porque su teoría psicológica cuenta con tres tipos de orientaciones. Estos grupos corresponden aproximadamente a las funciones referencial, expresiva y conativa de la comunicación pero los lingüistas nos han enseñado que las funciones de los signos son por lo menos seis. (19). Desde el punto de vista sociológico, lo importante es estudiar las modalidades específicas de comportamiento de los signos en los distintos niveles en que puede analizarse la acción social. (20).

- (19) Cf. Roman Jakobson, "Linguistique et poétique", en *Essais de linguistique générale*, París, Éditions de Minuit, 1964.

- (20) Una discusión del problema de los niveles de análisis de la acción se hallará en Silvia Sigal y Eliseo Verón, "Relaciones entre psicología: un análisis sistemático" (Comunicación al Coloquio "Psicología y Sociología", Bs. As., Instituto de Desarrollo Económico y Social, 1964). Una exposición más detallada de algunos aspectos de

No podemos exponer aquí en detalle, por razones de espacio, las principales líneas de esta perspectiva operatoria de los procesos de significación. (21). Hay con todo un aspecto que parece importante destacar: no es correcto hablar de "tipos de ideas" (existenciales, normativas, etc.) como si se tratara de una distinción que debe establecerse en cuanto a la **naturaleza** de los sistemas de signos. Las "normas" no son signos de **distinto tipo** que las "ideas existenciales empíricas": son, como éstas, signos, pero estudiados con respecto a otra **función**. Toda clasificación en conceptos, normas, valores, de los contenidos culturales —cualquiera sea la tipología empleada— es, desde el punto de vista semiológico, una clasificación **funcional**, una clasificación de procesos y no de entidades. No hay ideas existenciales por un lado, normas por otro: todo signo, aún aquellos en que la función denotativa es predominante, tiene una dimensión "normativa" en la medida en que ejerce un efecto sobre el receptor, y que este efecto no es aleatorio. En consecuencia, el estudio de la dimensión normativa de la cultura no consiste en realidad en el estudio de un tipo particular de símbolos, sino en el análisis de la función conativa de todos los sistemas de signos que se transmiten en la comunicación social. Habitualmente no ocurre así: sólo se toman en consideración los sistemas de signos con respecto a los cuales la función conativa se encuentra explícitamente institucionalizada en el siste-

ma social, y a estos sistemas se les da el nombre de "normas". Esta limitación es enteramente arbitraria: es como si el lingüista, en el análisis pragmático de la comunicación por medio del lenguaje, redujera el estudio de la función conativa a aquellas frases donde aparece explícitamente el verbo en modo imperativo. Tal limitación obedece también al punto de vista subjetivo y "conciencialista" en que se colocan por lo común los sociólogos de la acción: las normas se delimitan en relación con el "sentimiento de obligación" que despiertan en el actor ciertos mensajes transmitidos en la comunicación social. Pero es bastante probable que el efecto "normador" que opera en un plano inconsciente —y que por lo tanto es ajeno a todo sentimiento de obligación— sea, desde el punto de vista sociológico, tanto o más significativo que el derivado de aquellos sistemas de signos cuya función conativa está institucionalizada. (22).

(22) Esto es particularmente cierto con respecto al estudio de los fenómenos ideológicos: los mecanismos semiológicos que definen los procesos ideológicos son **metacomunicacionales**, vale decir, la información ideológicamente pertinentes opera por connotación y no por denotación, y debe tenerse en cuenta que los procesos metacomunicacionales son en buena medida sub-liminales. Es por esta razón que de la habitual "sociología de las normas culturales" no podrá derivar nunca una buena teoría de la ideología.

En E. Verón, "Comunicación y trastornos mentales"... loc. cit., se hallará una sistematización preliminar de la metacomunicación, en la que se distinguen tres tipos distintos de procesos metacomunicacionales, caracterizados allí con referencia a la comunicación lingüística. En Roland Barthes, *Mythologies*, (París, Editions du Seuil, 1957), se estudian procesos ideológicos de la comunicación de masas, a partir de los mecanismos de metacomunicación. Los trabajos de Barthes están muy ligados al análisis estructural de la mitología, tal como fuera formulado inicialmente por C. Lévi-Strauss (*Anthropologie Structurale*, París, Plon,

los modelos que supone la perspectiva sugerida en el presente artículo se hallará en: E. Verón, "Comunicación y trastornos mentales: el aprendizaje de estructuras", *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 10 (2): 77-85 (1964).

(21) Cf. para este punto George A. Miller, E. Galanter y Karl H. Pribram, *Plans and the structure of behavior*, N. Y., Holt, 1960. Contiene una discusión crítica de la teoría del reflejo y expone un modelo de la "conducta orientada" en términos de un sistema de operaciones basado en el mecanismo de **feedback**.

Hechas estas aclaraciones, debemos decir algo con respecto a la relación entre los niveles de la comunicación y la distinción infraestructura/superestructura.

De las varias clasificaciones de niveles de la comunicación nos interesa retener, para nuestros propósitos, la diferencia entre la comunicación a nivel **interpersonal** y la comunicación a nivel **grupal** (de la sociedad global). En el plano interpersonal, la comunicación opera por medio del funcionamiento simultáneo de tres "series" de información: la serie lingüística (auditiva), la serie paralingüística (volumen, tono, ritmo, etc.) y el lenguaje corporal: gestos, expresiones, posturas. (23). En el plano de la sociedad global la comunicación se redujo, durante un largo período del desarrollo de las sociedades industriales, a la transmisión de mensajes lingüísticos en transcripción gráfica. Aun en la actualidad —no obstante la enorme transformación del soporte material de los

mensajes sociales, sobre la cual volveremos en seguida— subsiste una diferencia importante con respecto al nivel de la comunicación interpersonal: hay una gran cantidad de mensajes que siguen siendo sólo lingüísticos. En la comunicación interpersonal no hay **ningún** mensaje que se reduzca a una sola serie. (24).

Cuando Marx o Engels hablaban de "superestructura" (en el segundo sentido de la distinción) pensaban en mensajes elaborados con el código del sistema de la lengua: "el derecho", "la filosofía", "las creencias religiosas", la "literatura" es decir, **textos lingüísticos**. Cuando hablan de la ideología alemana, esta expresión abarca, antes que otra cosa, los libros de los filósofos alemanes; cuando se refieren a la economía burguesa desde el punto de vista ideológico, piensan en los libros de los economistas burgueses. Esta constatación vale para los autores que posteriormente han trabajado en la sociología del conocimiento: la ciencia, la ideología política, la religión, son mensajes lingüísticos.

Ahora bien, a mi juicio estas consideraciones son de una importancia extrema: el estudio sociológico de la superestructura, de la "determinación social de las ideas", de las "raíces sociales" del conocimiento (sea cual fuere el planteo), **ha sido el estudio de los mecanismos de la significación que pueden operar en la comunicación lingüística**.

¿Cuáles son, en cambio, los mecanismos semiológicos que quedan agrupados en los casilleros inferiores de nuestro gráfico, es decir, en los "sistemas de relaciones sociales"? El ordenamiento de la organización social en áreas de actividad comprende una compleja red de sistemas de relaciones interpersonales ubicadas en marcos institucionales específicos. Cuando se estudian las "relaciones sociales" la conceptualización recorta procesos de la comunicación social en los que los códigos analógicos y otros muchos códigos paralingüísticos tienen una enorme importancia,

1958). Los procedimientos metodológicos pueden extraerse detalladamente de la última obra de Lévi-Strauss: *Mythologiques. Le Cru et le Cuit*, París, Plon, 1964.

Dicho sea de paso, sin esta idea de la normatividad como función conativa de todo signo, no me parece posible plantear con claridad hechos tales como la función ideológica que, en determinadas circunstancias, pueden cumplir sistemas de signos estrictamente denotativos, como los de la ciencia.

En lo que respecta a los "valores", se trata de estudiar los isomorfismos entre los sistemas de signos y los procesos afectivos en los actores (Parsons habla —véase el cuadro 2— de "afectividad organizada simbólicamente"). Es posible explorar isomorfismos en este sentido, si se tiene en cuenta que los "sistemas de valores" son también sistemas de relaciones o sistemas de "implicación" según la terminología de Piaget (véase su *Introducción a l'Epistémologie génétique*, París, PUF, 1950, vol. 3, espec. pág. 149 y ss.).

- (23) Para una exposición más detallada de las tres series, cf. E. Verón, "Comunicación y trastornos mentales..." cit.

(24) *Ibid.*

y acompañan siempre a la comunicación lingüística. Incluso es muy probable que esta última presente, en este nivel, diferencias estructurales sistemáticas con respecto al uso de los códigos lingüísticos en la comunicación a nivel de la sociedad global. (25).

Según nuestra interpretación la distinción infraestructura-superestructura —tal como se la ha utilizado en la historia de la sociología— separa hechos que, desde el punto de vista de la comunicación, presentan justamente diferencias fundamentales: el primer miembro de la dicotomía agrupa hechos de interacción en los que la comunicación paralingüística y los códigos analógicos tienen mucha importancia; el segundo miembro agrupa específicamente los mensajes sociales transmitidos por medio del sistema digital de la lengua. Desde este punto de vista, la distinción infraestructura/superestructura contiene una intuición que ha sido ampliamente confirmada por el estudio de las propiedades de los procesos de comunicación. En efecto, un sistema de comunicación donde interviene series informacionales de codificación analógica presenta mecanismos semiológicos y propiedades lógicas diferentes de las de un sistema que transmite series estrictamente digitales. Un solo ejemplo: el mecanismo de negación y, en general, la función metalingüística (que sin duda tiene gran importancia para toda transmisión de "contenidos ideológicos") sólo son posibles en mensajes codificados digitalmente. (26).

Voy a introducir aquí una comparación —aunque haya sido hecha reiteradamente, con muy distintos propósitos—: entre marxismo y psicoanálisis. En lo que respecta al problema que estamos examinan-

do, a saber la relación de la conducta con los fenómenos de significación, me parece que ambas teorías son rigurosamente paralelas, en distintos niveles de análisis. En ambas se plantea el problema de la existencia de varios planos de regulación de la acción, y se trata de establecer cuál es el plano que, en última instancia, determina los demás. En ambas pues, hay un problema de relación entre "infraestructura" y "superestructura", y la infraestructura es concebida como una cierta área funcional del sistema de acción que se estudia, que parece presentar la característica de ser más "básica" o "primaria" con respecto a las otras áreas: la sexual en un caso, la económica en el otro. En ambas teorías, la cuestión es delimitar un campo de significaciones cuyas formas de organización ejercen una influencia "en última instancia" decisiva, y se trata de comprender cómo dichas formas de organización se transfieren del área "básica" a otras áreas. Y en ambas teorías se afirma que (a) la representación consciente que los actores tienen de su propia actividad, en condiciones habituales deforma u oscurece los verdaderos determinantes y (b) que es tarea del análisis científico poner en descubierto los verdaderos niveles de regulación —sistemas latentes o inconscientes —más allá de dicha representación. Tanto para el marxismo como para el psicoanálisis el área primaria está en cierto modo "en el límite" entre naturaleza y cultura es decir, está vinculada al proceso de "socialización" de las necesidades biológicas.

Podemos añadir ahora un elemento más a este paralelo, con ayuda del trabajo ya citado de Bateson y Jackson. Estos señalan —desde el punto de vista de la teoría de la comunicación— que las leyes expuestas por Freud como aquellas que rigen el sistema inconsciente y el lenguaje de los sueños, corresponden precisamente a las características lógicas de los códigos analógicos y pueden derivarse de las propiedades de este tipo de procesos semiológicos. En función de nuestro análisis anterior, podemos señalar entonces que, tanto en el modelo marxista como en

(25) Cf. Basil Bernstein, "Some sociological determinants of perception", *British Jnl. Soc.*, 9: 159-174 (1958) y "A public language: some sociological implications of a linguistic form", *British Jnl. Soc.* 10: 311-326 (1959).

(26) Cf. Gregory Bateson y Don D. Jackson, "Some varieties of pathogenic organization" (mimeógrafo).

el psicoanalítico, la distinción entre una "infraestructura" y una "superestructura" contiene el problema de la relación entre sistemas analógicos y sistemas digitales de codificación. (27).

Señalamos más arriba que la problemática sociológica ha girado de hecho en torno a un tipo particular de comunicación social: los mensajes lingüísticos. En qué sentido puede esta circunstancia haber afectado la teoría general de la superestructura? A mi juicio, en un sentido muy importante.

En los tiempos de Marx (y toda la teoría de la ideología ha quedado profundamente marcada por el análisis marxista), de hecho la transmisión masiva de contenidos ideológicos sólo podía cobrar entonces la forma de textos lingüísticos. La transformación de la tecnología de la comunicación que ha tenido lugar posteriormente en las sociedades industriales ha afectado los modos de operación de los fenómenos superestructurales. Mi hipótesis es que dicha transformación no puede ser superficial: afecta la estructura misma de la comunicación de los contenidos ideológicos. Dicho de una manera más simple: la diferencia entre un proceso político en que la comunicación se establece predominantemente por medio de mensajes lingüísticos, donde el efecto opera gracias a los mecanismos semiológicos posibles en una serie digital no acompañada de otras series, y una situación en la que interviene en forma decisiva la televisión por ejemplo, no es una mera diferencia de "canales de comunicación": **es una diferencia en la estructura semántica de la información transmitida.** Los medios que influyen en forma creciente en el plano de la sociedad global (el cine y la televisión) son los que han hecho posible, por primera

vez, la transmisión masiva de mensajes para-lingüísticos y de contenidos codificados analógicamente. Los sociólogos de orientación marxista o simplemente aquellos más inclinados a emplear la dicotomía infraestructura/superestructura para conceptualizar los fenómenos de "la cultura" no parecen en general dispuestos a conceder mucha significación teórica a los procesos de la llamada "comunicación de masas". Es verdad que la mayoría de los estudios que se pueden encontrar bajo esta denominación son de una ingenuidad alarmante y sus conceptos han permanecido en general al margen de los progresos de la lingüística contemporánea. (28). Con todo, los hechos mismos me parecen de una importancia extrema: a mi juicio la mencionada transformación afecta las condiciones de desarrollo de los procesos y las formas de la conciencia de clase. Tal vez valga la pena reflexionar sobre la posibilidad de que algunos de los desajustes entre la teoría clásica de la ideología y de la conciencia de clase y el comportamiento político en las sociedades industriales contemporáneas puedan estar relacionados —al menos en parte— con la circunstancia de que las bases conceptuales de esas teorías fueron formuladas a través del estudio de sistemas de comunicación que más tarde se transformaron radicalmente. Lo cierto es que el estudio de las propiedades de los mensajes muy complejos (en que intervienen códigos analógicos y para-lingüísticos junto al código digital de la lengua), con las armas conceptuales de la semiología, está aún por hacerse. Es inútil subrayar su importancia para una teoría de la superestructura.

(27) Creo que esta cuestión merece una consideración detallada. Bateson y Jackson señalan que si traducimos información de un sistema analógico a un sistema digital, ella no puede ser transferida sin deformaciones sistemáticas que obedecen a propiedades intrínsecas de unos y otros códigos.

(28) En los últimos años, comienza a manifestarse una ligera influencia de la lingüística estructural (en forma muy tímida) en la técnica clásica para el estudio de la comunicación de masas: el análisis de contenido. Véase Ithiel de Sola Pool (ed.), *Trends in Content Analysis*, Urbana, University of Illinois Press, 1959.

4 Nota sobre el problema de la determinación

Nada hemos dicho del aspecto más importante del segundo de los problemas generales mencionados en el párrafo 1. Es claro que la perspectiva sugerida tiene consecuencias para el planteo de la cuestión de los determinantes infraestructurales de la superestructura. Tales consecuencias serán explicitadas en otro lugar. (29) Debe tenerse en cuenta que conviene distinguir cuidadosamente entre el problema de la causalidad o distintas formas de condicionamiento, y el problema de la génesis de los "sistemas de ideas". Muchos autores, al insistir en la influencia que las "ideas" tienen sobre la acción, creen estar refutando la hipótesis marxista sobre la determinación material de la superestructura. Semejante creencia sólo puede basarse en una confusión. Por un lado, está el problema de la influencia que los "sistemas de ideas" ejercen sobre la acción: este es el problema de la causalidad de que habla Parsons y es, en nuestros términos, el problema de la relación conducta — "textos" estudiado en la recepción, o sea el estudio de la función conativa de los mensajes en el plano de la sociedad global. El otro es el problema de la génesis, de la emisión de los textos. Cuando el marxismo afirma que los fenómenos superestructurales están determinados por la infraestructura, por la "base material", enuncia una hipótesis referida a este último problema: para comprender, no ya por qué un texto o un sistema de textos produce tal efecto en los receptores (pregunta que sólo se puede contestar mediante el estudio del texto mismo), sino por qué han sido emitidos estos mensajes con estas características y no otros.

(29) Cf. nota 1.

(30) Jean Piaget, *op. cit.*, págs. 193-194.

(31) En este punto, el análisis crítico de Lukacs sobre Max Weber (*La destrucción de la razón*, París, L'Arche Ed., 1959, vol. 2, espec. págs. 190-91 me parece esencialmente correcto, no obstante la mezcla de esquematismo, ingenuidad y mala fe que caracteriza el tono general de la obra.

debo proceder a la identificación social de la fuente. Y es evidente que no puedo explicar las características del actor social por la estructura de sus mensajes, sino sólo a la inversa. Podemos limitarnos a una cita muy precisa de Piaget, que suscribimos enteramente: "Así como la psicología ha llegado a comprender que los datos de la conciencia no explican nada causalmente, y que la única explicación causal debe remontar de la conciencia a las conductas, es decir a la acción, así también la sociología, al descubrir la relatividad de las superestructuras con relación a las infraestructuras nos lleva de las explicaciones ideológicas a las explicaciones por la acción: acciones ejecutadas en común para asegurar la vida del grupo social en función de cierto medio material; acciones concretas y técnicas, que se prolongan en representaciones colectivas en lugar de derivar de ellas a título de aplicaciones. El problema de las relaciones entre la infraestructura y la superestructura está ligado estrechamente, en consecuencia, al problema de las relaciones entre la causalidad de las conductas y las implicaciones de la representación". (30) No parece posible otra hipótesis para una sociología científica.

Es en este contexto que hay que estudiar la diferencia radical entre el concepto de acción social y el concepto de *praxis*. El problema resultará nuevamente distorsionado si, cuando pasamos a conceptualizar la acción, nos colocamos en la tradición weberiana (31) y definimos la acción social por su sentido, y este sentido lo reducimos al sentido hacia el cual "se orienta" conscientemente el actor: otra vez cerramos el círculo de la subjetividad, la sociedad —por un camino conceptual más o menos largo según los casos (puede ser extremadamente complicado como el de Parsons)— y la suerte de la teoría sociológica se decide en el plano de una psicología de la intencionalidad.

ELISEO VERON

Departamento de Sociología
Universidad de Buenos Aires

Marzo 1965.

EL METODO DIALECTICO EN EL ANALISIS SOCIOLOGICO

Intentaré explicitar en este artículo algunas implicaciones metodológicas de la utilización del método dialéctico en el análisis sociológico, procurando delimitar, sucintamente, las posibilidades y el alcance de esta técnica interpretativa en la explicación científica de la realidad social. Esta discusión se impone porque debido a motivos que no cabe esclarecer aquí, la sociología se constituyó como ciencia a partir de trabajos de investigación y esfuerzos de elaboración teórica que, en general, aprovecharon muy poco la contribución de Marx y de otros autores que intentaron utilizar el método dialéctico en el análisis de los fenómenos sociales. Por el contrario, en los círculos académicos más conspicuos se fue creando la convicción de que la interpretación dialéctica, por estar vinculada de manera inmediata a un punto de vista filosófico y a una actitud definida ante los problemas sociales, no es capaz de adecuarse a los cánones de explicación científica que imponen la ausencia de juicios de valor en los análisis sociológicos.

Entre tanto, en los trabajos de Marx, como en algunas obras de exégesis y ciertos trabajos de investigación (principalmente de historia) y también de elaboración teórica (basta citar a Freyer y a Mannheim), el análisis dialéctico no se confunde con una crítica de la sociedad a partir de posiciones valorativas previamente asumidas, ni se reduce a la técnica del desmascaramiento ideológico. Desde el punto de vista científico, por lo tanto,

el problema para la utilización de la interpretación dialéctica estaría en determinar los procedimientos metodológicos requeridos por ese tipo de enfoque y en la discusión de la compatibilidad de estos procedimientos con la problemática sociológica. Intentaré discutir algunas de estas cuestiones en sus implicaciones más generales, partiendo, en un comienzo, del análisis del concepto de **totalidad**. Para tal fin, recurriré, comparativamente, a otras modalidades de interpretación sociológica que también echan mano de procedimientos totalizadores, procurando destacar la especialidad y las condiciones de utilización legítima de la interpretación dialéctica en la sociología. A través del análisis del procedimiento totalizador en la interpretación dialéctica trataré de evidenciar los mecanismos teóricos por los cuales se obtiene, con la utilización de este método, el conocimiento científico. En otros términos, intentaré mostrar las condiciones metodológicas necesarias para la explicación científica de la realidad social impuestas por el método dialéctico de interpretación. En la parte final del artículo, esbozaré las características fundamentales de las posibilidades que el método dialéctico ofrece para la representación de los fenómenos estructurales y para el análisis de los procesos de cambio social. A guisa de observación final, destacaré que el método de interpretación dialéctica, para adquirir fueros de instrumento científico de análisis, necesita ser utilizado sin retirar de los datos el valor heurístico que

poseen: sin sólida base empírica el análisis dialéctico corre el riesgo de perderse en consideraciones abstractas desposeídas de valor explicativo real.

El concepto de totalidad no se refiere, o por los menos no se resume, en la dialéctica, a la reproducción de todas las condiciones, factores, mecanismos y efectos sociales que interfieren en la producción de un fenómeno, proceso o situación social. En la explicación dialéctica el concepto de totalidad es utilizado como un recurso interpretativo por el cual se busca comprender —como explícitamente lo escribiera Marx, en el posfacio a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*— no la identidad, el patrón de invariancia, sino las diferencias en una unidad, tal como son engendradas en una totalidad determinada. Desde este ángulo, por lo tanto, la importancia metodológica del concepto de totalidad no hace sólo a la necesidad, que él supone, de la retención y explicación de situaciones sociales globales; la aproximación totalizadora se transforma en una perspectiva de interpretación para el análisis de cada uno y de todos los fenómenos sociales. La totalidad así entendida presupone no sólo la existencia de diferencias en una unidad, sino también la existencia de "conexiones orgánicas" que explican, al mismo tiempo, el modo de interrelacionamiento existente entre las determinaciones que constituyen las totalidades y el proceso de constitución de las mismas. En otros términos, cuando se afirma que el análisis dialéctico en sociología asume una perspectiva totalizadora, de modo implícito se dice que busca descubrir las determinaciones esenciales, capaces de explicar tanto la formación de los patrones que rigen las formas de interacción social cuando las condiciones y los efectos de su manifestación.

La perspectiva totalizadora tiene, por lo tanto, en la interpretación dialéctica una intención heurística. Por cierto, también en otras modalidades de explicación sociológica se recurre a la noción de totalidad, y en algunas de ellas se lo hace con propósitos explicativos y no meramente descriptivos. Entre tanto, el problema no es-

tá en saber si la dialéctica, como la interpretación funcionalista o el enfoque "estructuralistas", etc., utilizan la noción de todo, sino que reside en determinar cómo, o sea, mediante qué requisitos metodológicos y con qué intenciones cognoscitivas se construyen las totalidades en las diversas formas de interpretación. Como el objetivo de la discusión, en la primera parte de este artículo, se reduce a la caracterización del procedimiento totalizador en la interpretación dialéctica, el análisis se ha de limitar a la comparación de ese procedimiento con técnicas diversas de interpretación, para destacar la peculiaridad de esta forma de concebir y explicar teóricamente la realidad social.

Así, también en el análisis funcionalista la noción de "todo" desempeña un papel de primera importancia. Para muchos funcionalistas el recurrir al concepto y a los análisis al nivel de los sistemas sociales globales o de las unidades funcionales totales se transforma asimismo en postulado para el análisis de las funciones sociales. Los autores que en nuestros días redefinieron los procedimientos interpretativos del análisis funcional no dejaron de subrayar la importancia que asume la definición precisa de las diversas totalidades o "unidades funcionales": "Del examen crítico de este postulado ("postulado de la unidad funcional") resulta que una teoría del análisis funcional tiene que requerir la especialización de las unidades sociales servidas por funciones sociales dadas, y hemos de admitir que los renglones de cultura tienen múltiples consecuencias unas funcionales y otras quizás disfuncionales"; (...) las conexiones funcionales, que eran descriptas sólo parcialmente en las concepciones teleológica y mecanicista, son descriptas sintéticamente en la concepción positiva de la función social. Por medio de ésta es posible, por lo tanto, llegar a la determinación completa de la función de los fenómenos sociales, lo que tiene una enorme importancia para el esclarecimiento de la red total de ramificaciones y de influencias de una acción, relación o instituciones sociales, como muy bien lo demostró Malinowski" (1).

De modo que, debido a las propias condiciones metodológicas del enfoque funcionalista, las "unidades funcionales" son definidas de modo de posibilitar el análisis de las relaciones de coexistencia o de interdependencia en las condiciones empíricas en que las "unidades funcionales" consideradas se manifiesta. Este procedimiento se impone porque la abstracción de las relaciones evidenciales por el método funcionalista depende de la definición precisa del universo empírico en que se incluye el objeto del análisis. Esta implicación metodológica tiene que ver con el hecho de que las totalidades requeridas por el análisis funcionalista, aun cuando la investigación no sea de orientación empirista, se caracteriza por la tentativa de aprehender las condiciones empíricas de producción de los fenómenos sociales.

Por otro lado, han sido empleado procedimientos globalizadores en gran parte de las tentativas de investigación sistemática de situaciones, procesos o fenóme-

nos sociales, sean o no funcionalistas sus autores. Una de las preocupaciones dominantes en las investigaciones de campo en las ciencias sociales ha sido justamente la descripción de situaciones globales, ya sea a través del análisis de un sistema social inclusivo (como en gran parte de los "estudios de comunidad"), o bien en la explicación descriptiva de procesos sociales, instituciones o grupos determinados. La antropología social inglesa, por ejemplo, desarrolló una serie de trabajos clásicos sobre grupos tribales, como *The Andaman Islanders* de Radcliffe-Brown, en que se reproducen las condiciones globales de existencia social, descritas y empíricamente explicadas en su complejidad, unidad y diversidad. En otras obras, como en *Argonauts of the Western Pacific* de Malinowski, se discuten todos los efectos de una determinada institución sobre el conjunto de cada uno de los aspectos particulares de la cultura y de la organización social de un pueblo (2). De modo que la preocupación por explicar la realidad social en las condiciones de sus manifestaciones empíricas es, en general, dominante en ese tipo de trabajo.

En la interpretación dialéctica, las relaciones que se procuran determinar en las totalidades también están referidas de manera inmediata a los procesos sociales reales, y también existe el propósito de reproducir lo real como concreto. Pero, en este caso, lo concreto aparece como el resultado de un proceso de conocimiento signado por un movimiento de la razón, que implica una elaboración mucho más compleja de la que corresponde a la abstracción de los patrones generales, aunque esenciales, que regulan la interacción en las condiciones empíricas de su manifestación. De igual modo, el descubrimiento que se realiza en las explicaciones descriptivas de las condiciones y factores cuyos efectos concluyen en la producción, en un

(1) El primer texto es de Merton, R. K.: "Manifest and Latent Functions", *Social Theory and Social Structure*, The Free Press, Glencoe, pág. 37. (Acaba de aparecer en español: *Teoría y estructura sociales*, trad. de Florentino M. Torner; Fondo de Cultura Económica, México, 1964; pág. 45. N. del T); el segundo es de Fernandes, Florestan: "O método de interpretação funcionalista na sociologia", *Fundamentos Empíricos da Explicação Sociológica*, Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1959, pág. 260. La propia concepción positiva de la función social, como F. Fernandes la define, supone la necesidad metodológica del análisis de una totalidad: "La función es entendida, lógicamente, como una relación de interdependencia entre una actividad parcial y una actividad total o entre un componente estructural y una continuidad de estructura, en sus partes o como un todo, representándose los elementos de esa relación, de modos diversos y en grados variables, bien como determinados, o bien como determinantes" (pág. 255). Para estos autores, las "totalidades sociales" son vistas en términos de grados variables de integración social, lo que evita la noción conservadora de sistema en equilibrio.

(2) Sobre el grado de generalización que se obtiene en este tipo de investigación, ver F. Fernandes: "A reconstrução da Realidade nas Ciências Sociais", *Fundamentos Empíricos de Explicação Sociológica*, cit., págs. 33-34.

determinado "orden", de un sistema, integrado o de una situación social dada, es insuficiente para los propósitos cognoscitivos de la interpretación dialéctica. En este último tipo de explicación, para que las relaciones que se procura determinar en una totalidad adquieran sentido heurístico, ellas no pueden ser aprehendidas conceptualmente como simples reproducciones en el pensamiento de relaciones empíricas, ni basta que la teoría sea capaz de descubrir los patrones que rigen las conexiones entre las relaciones. El punto de partida inmediato, o real, se transfigura en el análisis dialéctico, en una serie de mediaciones por las cuales las determinaciones inmediatas y simples (y por eso mismo parciales, abstractas) alcanzan inteligibilidad al circunscribirse en constelaciones globales (concretas). Por eso lo concreto fue definido, en la conocida frase de Marx, como "la síntesis de muchas determinaciones, la unidad de lo diverso". Pero la operación intelectual por la cual se obtiene la "totalidad concreta" entraña que el movimiento de la razón y el movimiento de la realidad sean vistos a través de relaciones recíprocas, y determinados en su conexión total. De allí que la interpretación totalizadora, en la dialéctica, en la interpretación totalizadora, en la dialéctica de categorías capaces de aprehender, al mismo tiempo, las contradicciones de lo real en términos de los factores histórico-sociales efectivos de su producción (y, en este sentido, categorías "saturadas históricamente", empíricas) y de categorías no definidas empíricamente, capaces de revelar las relaciones esenciales que aparecen de inmediato, como afirmara Marx, "mistificadas" (3).

Desde un punto de vista sociológico, eso significa que la interpretación dialéctica opera con relaciones que se manifiestan en dos planos. Existen motivos, fines y condiciones sociales que los agentes sociales se representan en función de las manifestaciones que asumen empíricamente. Es evidente que, en tanto representaciones sociales como en cuanto resultados efectivos de representaciones, esos fenómenos se expresan a través de regularidades objetivas que pueden ser verificadas y explicadas en el lenguaje sociológico (sin términos de conexiones estructurales, funcionales o de sentido). Pero, la explicación científica debe pasar del análisis de ese plano hacia el descubrimiento de las conexiones que las regularidades empíricas mantienen con las condiciones, factores y efectos **esenciales** que determinan realmente la dinámica y el sentido del proceso social. Es obvio que los motivos y factores que operan en el plano de las relaciones esenciales no caen de un modo necesario en el nivel de la conciencia social, o aparecen deformados.

Entre tanto, los dos planos de la totalidad concreta no son concebidos en forma teórica como si uno fuese la consecuencia irreversible o mecánica del otro, ni, mucho menos, como si los procesos sociales tal cual los agentes sociales los representan, se constituyen como meros "involucros" sin eficacia sobre las condiciones que realmente determinan el proceso social. Al contrario, las relaciones entre los dos planos son dialécticas y, en la construcción de las totalidades sociales, es necesario dilucidar las conexiones recíprocas que los mantienen como una unidad entre polos opuestos, diversos, pero integrados.

Este procedimiento metodológico se explicita en el análisis de la sociedad capitalista en *El Capital*. Por un lado, hay un movimiento de la razón hacia la determinación de las relaciones esenciales y la consecuente revelación de la forma inmediata que esas relaciones asumen en la realidad; se determina la plusvalía como con-

(3) Estas explicaciones se fundan en los siguientes trabajos de Marx: a) *El Capital. Crítica de la economía política*, trad. de Wenceslao Roces, Fondo de Cultura Económica, México, 1946, 3 tomos. (He tomado las citas de la segunda edición —1964— que ha sido corregida por Roces; a ella remiten los números entre paréntesis. N. de la T.). b) *Crítica da Economia Política* trad. de Florestan Fernandes

Editora Flama, Sao Paulo, 1946. c) *Misère de la Philosophie*, Editions Sociales, París, 1947.

cepto básico del sistema capitalista e **ipso facto** se revela su apariencia empírica bajo la forma de ganancia, y lo mismo sucede respecto a la cuota de plusvalía y a la cuota de ganancia "aunque la cuota de ganancia difiere numéricamente de la cuota de plusvalía, mientras que la plusvalía y ganancia son en realidad lo mismo e iguales numéricamente, la ganancia es, sin embargo, una forma transfigurada de la plusvalía, forma en la que se desdibujan y se borran su origen y el secreto de su existencia. En realidad la ganancia no es sino la forma bajo la que se manifiesta la plusvalía, la cual sólo puede ponerse al desnudo mediante el análisis, despojándola del ropaje de aquélla. En la plusvalía se pone al desnudo la relación entre el capital y el trabajo. En cambio, en relación entre el capital y la ganancia, es decir, entre el capital y la plusvalía, tal como aparece, de una parte, como el remanente sobre el precio de costo de la mercancía realizado en el proceso de circulación y, de otra parte, como un remanente que ha de determinarse más concretamente por su relación con el capital total, aparece el capital como una relación consigo mismo, relación en la que se distingue como suma originaria de valor, del valor nuevo añadido por él mismo. Existe la conciencia de que este valor nuevo es engendrado por el capital a lo largo del proceso de producción y del proceso de circulación. Pero el modo como ocurre esto aparece mistificado y como fruto de cualidades misteriosas inherentes al propio capital" (4).

(4) Marx: *El Capital*, tomo III, vol. I, pág. 79 (63). Los capítulos I y II de este volumen son esenciales para la comprensión del problema metodológico aquí indicado. En cuanto realidad (como apariencia) la plusvalía no es; en cuanto concepto, ella niega la apariencia que asume como realidad mistificada: "Partiendo de una cuota de plusvalía dada y de una magnitud dada de esta cuota, la cuota de plusvalía no expresa sino lo que en realidad es: una medida distinta de la plusvalía, en la que se toma como base el valor del capital en su conjunto y no simplemente el valor de la parte del capital de la cual brota directamente

La plusvalía no se inscribe como un dato de la realidad empírica, como la ganancia. Entre tanto, sólo a partir de aquél concepto es posible entender el sistema capitalista como una **totalidad concreta**: como en un movimiento de determinaciones esenciales (clase capitalista y clase proletaria produciendo determinaciones en condiciones determinadas de organización de las fuerzas productivas) que se objetivan bajo formas que al mismo tiempo las niegan y expresan (la ganancia, el mercado, la circulación y distribución de mercancías, etc.).

Por otra parte, lo real fenoménico no posee la significación de una construcción del espíritu despojada de contenido, sentido y eficacia. Al contrario, es un modo de ser determinado que se expresa en los dos niveles de la totalidad concreta, y mantiene relaciones dialécticas con las relaciones esenciales que no se objetivan empíricamente. Por eso, la concurrencia y las leyes del mercado en el sistema capitalista no son analizadas como simples formas mistificadas de existir y de tener conciencia de la vida capitalista, sino como formas reales que surgen en uno de los dos niveles del movimiento del capital considerado como un proceso total: "Aquí, en el libro III, no se trata de formular reflexiones generales acerca de esta unidad, sino, por el contrario, de descubrir y exponer las formas concretas que brotan del **proceso de movimiento del capital, considerado como un todo**. En su movimiento real los capitales se enfrentan bajo estas formas concretas, en las que tanto el perfil del capital en el proceso directo de producción como su perfil en el proceso de circulación no son más que momentos específicos y determinados. Las manifestaciones del capital, tal como se desarrollan en este libro, van acercándose, pues, gradualmente a la forma bajo la que se presentan en la superficie misma de la socie-

(el capital variable F.H.C.) mediante el cambio con el trabajo. Pero en la realidad (es decir, en el mundo de los fenómenos) las cosas ocurren al revés (...)", pág. 68 (62).

dad a través de la acción mutua de los diversos capitales, a través de la concurrencia, y tal como se reflejan en la conciencia habitual de los agentes de la producción" (5).

El movimiento de la razón, al elevarse de lo particular a lo general, recorre, pues, un circuito en el cual se desarrolla una dialéctica entre lo abstracto y lo concreto. Es así, y no recurriendo a un procedimiento metodológico empirista, que se constituye una totalidad concreta. Por eso Marx dice que lo concreto aparece como el punto de llegada cuando es el verdadero punto de partida: no hay mediación sin lo inmediato y viceversa. Entre tanto, si lo real, como inmediato, reaparece, mediatizado por la teoría, en la totalidad que lo circunscribe, y si las categorías son expresiones de relaciones reales (6), no deriva de esto que el punto de partida y el punto de llegada se definan por relaciones de identidad, o que sea posible pensar el objeto independiente de la teoría. En efecto, la mercancía, que es el punto de partida para el análisis del capitalismo, es también el punto de llegada. Pero, en el primer momento, ella es, como la **forma elemental** de riqueza en las sociedades capitalistas, un "objeto externo, una cosa apta para satisfacer necesidades humanas, de cualquier clase que ellas sean" (7). Recorrido el circuito de constitución y explicitación del "sistema capitalista", la mercancía se redefine como categoría histórico-social, niega la forma inicial que asumiera y se revela, después de explicitados los hilos que la vinculan a la totalidad del

sistema, como una forma de manifestación de la plusvalía: "La mercancía se presenta a primera vista como un valor de utilidad, como un conjunto de propiedades disfrutables. En virtud de su servicio social, entra en un juego de cambios, adquiriendo de este modo nuevas propiedades y una nueva forma de valor, cuya apariencia cuantitativa nada tiene que ver con el valor de uso originario. ...) Lo originario es negado en el fenómeno constituido por él. (...) Esta nueva sustancia, llamada valor, no es nada en sí misma, sino que por el contrario proviene de la propia relación de cambio y surge de ella como un ser autóctono, que niega finalmente la diversidad ilimitada de sus apariencias. En suma, se parte de la apariencia más sensible para alcanzar, en una serie de negaciones de sus etapas anteriores, una entidad que en sí misma no posee ninguna de las características de los momentos constitutivos" (8).

En un análisis de este tipo, lo real como punto de partida no es un **objeto empírico** sobre el cual se inclina el espíritu, concebido metafísicamente, razón y realidad, en forma estancada. El se da, como representación, a través de un esquema de significaciones que, a su vez, sólo tienen sentido con referencia a una realidad determinada. (9).

(5) Marx: *El Capital*, tomo III, vol. I, pág. 57 (45).

(6) La propia noción de valor, si en el sistema capitalista desarrollado, parece un concepto que desempeña, lógicamente, una función básica, es la expresión consciente de un proceso real que, como tal, aparece históricamente antes del pleno desarrollo del sistema capitalista (en la economía de trueques directos).

(7) Marx: *El Capital*, cit., tomo I, vol. I, pág. 39 (3).

(8) Giannotti, J. Arthur: "Notas para una análise metodológica de *O Capital*", *Revista Brasileira*, No 29, Sao Paulo, maio-junho de 1960, pág. 65. Ver también, sobre el mismo problema, pág. 69. (Hay traducción española de este artículo, con algunas modificaciones introducidas por el autor; en *Cuestiones de filosofía*, año I, 1er. trimestre 1962, págs. 33-43; las citas en págs. 37-38. N. del T.).

(9) "La propia ciencia histórica burguesa, intenta, es verdad, estudios concretos; al tiempo que acusa al materialismo histórico de violar la unidad concreta de los acontecimientos históricos. Su error está en pretender encontrar ese concreto en el individuo histórico empírico (se trate del hombre, de una clase o de un pueblo) y en la conciencia que es dada empíricamente (quiero decir, dada por la

En cierto sentido, por lo tanto, el análisis de las totalidades en la dialéctica tiene un punto de contacto con las corrientes "estructuralistas" que procuran elaborar, a través del concepto de estructura concebido como un modelo, un instrumento conceptual-metodológico para la determinación —y la consecuente explicación— de las condiciones básicas o nucleares que definen las posibilidades de interacción en una determinada sociedad. El procedimiento metódico para el análisis estructural, tal como es entendido, por ejemplo, por Lévi-Strauss y Nadel, lleva a la construcción de una matriz, por la cual son ordenados teóricamente los patrones y combinaciones posibles de patrones de comportamiento (10). Entre tanto, la similitud en el procedimiento es formal: en uno y otro caso los requisitos metodológicos para la generalización dependen de la elaboración interpretativa de categorías capaces de expresar determinaciones generales. A pesar de todo, la analogía no va más allá de esto. En verdad, la técnica de elaboración y representación de las

psicología individual o por la psicología (de masas). Pero, cuando ella cree haber encontrado lo que hay de más concreto, está lo más lejos posible de ese concreto: la sociedad como totalidad concreta, la organización de la producción en un nivel determinado de desarrollo social y la división en clases que ella produce en la sociedad". Lukacs, G.: *Historie et Conscience de Classe*, Les Editions Minuit, París, 1960. El trabajo de Lukacs aquí mencionado, así como el artículo sobre conciencia de clase, del mismo libro, son esenciales para un análisis del concepto de totalidad en la dialéctica.

- (10) Lévi-Strauss, Claude: "La notion de Structure en Ethnologie" *Antropologie Structurale*, Librairie Plon, París, 1958; Nadel, S. F.: *The Theory of Social Structure*, Cohen & West, London, 1957. Existen diferencias, que no cabe analizar aquí, en la manera como estos autores caracterizan el concepto de estructura en cuanto al valor heurístico y metodológico del enfoque "estructuralista".

totalidades a través del método dialéctico difiere de la técnica utilizada por los estructuralistas. Estos elaboran modelos que expresan relaciones vacías de contenido significativo, para aprehender así en forma interpretativa, como **patrones**, cualesquiera tipos de acción social concreta. El análisis dialéctico procura ya sintetizar en su procedimiento totalizador tanto lo que Marx llamaba **determinaciones generales** (los procesos sociales recurrentes) como las **determinaciones particulares** (los procesos emergentes), vislumbrando en éstas el elemento explicativo del sentido de las totalidades sociales (11).

Gracias a este procedimiento es posible explicar los fenómenos sociales en las condiciones reales de su producción sin que, al mismo tiempo, la técnica interpretativa imponga, como condición de validez, que el análisis se circunscriba de manera estricta a las condiciones sociales empíricamente dadas. En efecto, la **explicación** se obtiene cuando, en el mismo movimiento de la razón, los fenómenos son concebidos y analizados con referencia a lo singular y a lo general, en relación a lo cual lo particular no es sino una diferenciación. En otras palabras, al mismo tiempo que la interpretación dialéctica en sociología aspira a explicar los fenómenos sociales en términos de **hic et nunc**, sólo alcanza este tipo de conocimiento dialécticamente cuando es capaz de superar, a través de la razón, las limitaciones de **hecho**, **comprendiéndolo a través de un patrón**. Eso se hace, no obstante, sin que la explicación se reduzca a la investigación de las determinaciones generales y

- (11) Sobre las determinaciones generales y las determinaciones particulares que obran en las totalidades, así como sobre la explicación a partir de estas últimas, ver, especialmente, Marx: *Contribuição à Crítica da Economia Política*, trad. F. Fernandes, Editora Flama, São Paulo, 1946, págs. 203-204. Ver también *El Capital*, ya citado, tomo II, capítulos 1 a 4, y F. Fernandes: "Os Problemas da Indução na Sociologia", *Fundamentos Empíricos da Explicação Sociológica*, cit., cap. VI, esp., pág. 136.

sin que, mucho menos, se transformen los hechos en **consecuencias** de los patrones generales.

Esta técnica interpretativa no deja, es cierto, de limitar las posibilidades de generalización del conocimiento obtenido de aquellas situaciones que tienden a reproducir el mismo tipo de vinculación concreta entre las determinaciones esenciales (particulares) y las determinaciones generales, y, por otro lado, no deja de orientar el foco de análisis hacia los procesos de diferenciación y transformación de los sistemas sociales, pues es en las determinaciones particulares que el método va a buscar el nexo explicativo de las totalidades concretas. No obstante, estas limitaciones garantizan la posibilidad de alcanzar, al mismo tiempo, una explicación que trascienda los límites del conocimiento fáctico sin apelar a formas de análisis que implican por lógica la eliminación de las condiciones reales de producción de las actividades sociales.

De esta manera, se llega al resultado fundamental sobre las posibilidades de aplicación del método dialéctico en sociología. A través de él es posible ocuparse de los fenómenos sociales, tanto en función de lo que poseen de singular y concreto como en función de las normas generales que se manifiestan, como diferencias, en las singularidades. Por eso, **el método dialéctico permite el análisis de los procesos sociales recurrentes en conexión con los mecanismos regulares de cambio.** Como la interpretación dialéctica se ocupa, simultáneamente, de lo particular y lo general, se puede, sin riesgo de transformar la explicación obtenida en una forma ideológica de análisis, **explicar las relaciones, regularidades y modificaciones de los fenómenos sociales en las condiciones efectivas de su producción, concretamente situados.**

En lo que respecta a las posibilidades generales de utilización de la dialéctica en la sociología, cabe aun destacar que los presupuestos metodológicos, arriba aludidos, muestran que, a través de este método, los fenómenos sociales pueden ser captados interpretativamente, tanto como

resultados sin cesar renovados de la actividad humana creadora cuanto como efectos de normas estables que resultarían de la actividad humana anterior. El método dialéctico permite, por lo tanto, el análisis de la interacción social a partir de situaciones, condiciones, factores y efectos sociales que se repiten, produciendo configuraciones sociales estables y fijando patrones de interrelaciones. Desde este ángulo el análisis se torna estructural.

Pero, aun en este caso, no se confunde con el enfoque "estructuralista", pues el análisis estructural en la interpretación dialéctica parte de propósitos explicativos y de presupuestos sobre la realidad social distintos. Su legitimación metodológica depende de la explicación concomitante del proceso de constitución de los patrones de integración estructural. Con esta explicación se revela el sentido que los agentes sociales dan a las normas y se evidencia la cualidad de producto de la actividad social concreta que caracteriza toda estructura. El análisis no concluye nunca en la determinación de una constelación de significados expresados en normas sociales. Las conexiones estructurales deben, por lo tanto, ser representadas al mismo tiempo como producto "objetivado" de la actividad social, y en este sentido como un conjunto de patrones que motivan la acción humana (sistema cuya inteligibilidad se encierra en las relaciones recíprocas entre normas dadas), y como "proceso", es decir, como algo que la actividad humana está creando a través de la negación de un determinado estado de cosas y de la proyección de un devenir aún no configurado socialmente (el que, en este caso, vuelve explicable, en términos de sentido, el sistema producido y el que se está produciendo).

La explicación sobre el tipo legítimo de análisis estructural, en los trabajos sociológicos que utilizan el método dialéctico, lleva a la comprensión de los límites de aplicación de las investigaciones de conexiones funcionales en este tipo de trabajo. Sin recurrir a las relaciones de interdependencia entre una "actividad parcial"

y una "actividad total" o entre los componentes de la estructura social y su continuidad no es posible representar la actividad social humana organizada en **sistemas sociales**, ni por lo tanto explicarla como resultado de condiciones sociales dadas, aunque lo es en parte. También en este caso, la representación de la actividad social vista con conexión con el "funcionamiento" de un sistema de interacción ya constituido sólo se completa dialécticamente cuando se reeorna al polo opuesto, que es la actividad social que constituye los patrones de integración funcional. En el análisis dialéctico, el recurrir a las explicaciones estructurales y funcionales depende, por lo tanto, de la subordinación de estas técnicas explicativas a las representaciones fundamentales que el método dialéctico supone de la realidad social.

Este es el punto metodológico crucial para entender la especialidad de la utilización de la dialéctica en la búsqueda de conexiones estructurales y funcionales frente a los otros métodos aludidos en el presente artículo. En cierto sentido también sería posible, sin duda, analizar procesos sociales históricos o diacrónicos desde el punto de vista estructuralista y desde el funcionalista. Se sabe que Lévi-Strauss, por ejemplo, piensa que "el método histórico no es incompatible, de ninguna manera, con la actitud estructural", a pesar de que los fenómenos sincrónicos ofrecen una homogeneidad relativa que los torna más fáciles de estudiar que los fenómenos diacrónicos (12). Por otra parte, gracias a los esfuerzos de investigación y de sistematización teórica de autores como Merton, Florestan Fernandes y Talcott Parsons, la moderna teoría funcionalista redefinió los procedimientos de análisis e interpretación utilizados por sus precursores —que la habían constituido como un medio de investigación adecuado sólo para el análisis de fenómenos sincrónicos (13)—,

siendo ahora capaz de analizar, dentro de ciertos límites (14), fenómenos de secuencia.

No obstante, en el análisis de las secuencias funcionales y en la construcción de los modelos estructurales, si es posible en forma lógica mantener las condiciones de redefinición de los sistemas y si, por lo tanto, caben análisis diacrónicos, en ninguna circunstancia el propio proceso de modificación de las condiciones estructurales y funcionales es presentado de manera que se entienda la acción social humana como praxis que transforma por la negación, y que al transformar, necesariamente atribuye y niega **sentido** a un determinado universo. Por este mismo motivo la validez de las explicaciones funcionales y estructurales se restringe a aquellas situaciones de las cuales existe un inverso de significaciones sociales dado a un patrón definido de integración social total (15). En otros términos, el análisis funcionalista y el análisis estructural, tanto el definir la integración estructural y funcional como al considerar los procesos de alteración de un orden social cualquiera,

los diacrónicos, ver, especialmente, F. Fernandes: "O método de interpretação funcionalista na sociologia", *Fundamentos Empíricos da Explicação Sociológica*, ya citado, esp. págs. 284 y sigs. Sobre la "neutralidad ideológica" del funcionalismo, ver Merton, R. K.: op. cit., esp. págs. 38-47.

(14) "La manipulación de series causales continuas en relaciones de secuencia", por ejemplo, está excluida de los análisis funcionales, cf. F. Fernandes: op. cit., pág. 284.

(15) F. Fernandes: op. cit., págs. 271-272, discute desde una perspectiva correcta la elaboración del factor tiempo en el análisis funcionalista. También explica por qué el análisis funcionalista sólo puede luchar con significaciones dadas: "toma sociedades ya constituidas como objeto de investigación y las estudia buscando la forma de aprender cómo se realiza actualmente (o sea, en el lapso de tiempo considerado) el ejercicio de las actividades vitales para la existencia de las colectividades humanas" (pág. 272).

(12) Lévi-Strauss, Claude: "La notion de structure", ya citado, pág. 319.

(13) En lo que respecta a las posibilidades de utilización de método funcionalista en el análisis de los problemas de cambio social y de fenómenos socia-

acaban por tomar la acción social (de individuos o de grupos) sin sus tensiones dialécticas. En ellos anida la idea de una acción "que se hace a sí misma", a través de la negatividad, en condiciones concretas y determinadas; e, *ipso facto*, no cabe la discusión, en aquellas perspectivas, sobre el sentido de las acciones y sobre las transformaciones de sentido (16).

En la interpretación dialéctica, por el contrario, se procura poner en evidencia el **sentido** inherente a la acción humana y ésta se representa en una forma lógica que pueda aprehender la cualidad que posee de transformar a sí y a la naturaleza por la **negación** de la realidad constituida. Las consecuencias de estas peculiaridades metodológicas pueden volverse más claras a través de la comparación entre las condiciones por las cuales el proceso de **cambio social** se representa en la interpretación dialéctica por un lado y en el análisis estructural y funcional por el otro. En el enfoque estructuralista y entre los funcionalistas que apelan a la noción de **desequilibrio funcional** o a la idea de "disfunción" para explicar el proceso de cambio, éste acabó siendo visto en términos mecanicistas o a través del artificio metodológico que consiste en la representación de la estática y de la dinámica social como dos estados del flujo social. Algunos funcionalistas, pretendiendo escapar a las críticas que ven al funcionalismo como solidario con la visión conservadora del mundo, establecerán categorías capaces de redefinir la noción de equilibrio recurriendo a la idea de funciones que se neutralizan

por disfunciones. No obstante, unas y otras son concebidas como "fuerzas", externas a la actividad negadora del hombre, de cuyo juego aparece una resultante: "En todo caso dado, una cosa puede tener consecuencias funcionales y disfuncionales, originando el difícil e importante problema de formular cánones para valorar el saldo líquido del agregado de consecuencias" (17).

En el análisis dialéctico, por el contrario, los requisitos metodológicos permiten, como es obvio, explicar la actividad social en términos de conexiones de sentido. Además, en este tipo de interpretación, no hay necesidad, lógicamente, de obrar en términos de procesos estancos o mecánicos cuando se trata del pasaje de fenómenos sincrónicos o diacrónicos. De hecho, la sincronía y la diacronía se insertan, en la dialéctica, como polos cuyo circuito reproducido sin cesar origina, al mismo tiempo, la simultaneidad y la sucesión: "Considerado en su conjunto, el capital aparece, pues, simultáneamente y coexistiendo en el espacio en sus diferentes fases. Pero cada una de sus partes pasa constantemente y por turno, de una fase a otra, de una a otra forma funcional, funcionando sucesivamente a través de todas. Estas formas son, pues, formas fluidas, cuya simultaneidad se halla determinada por una sucesión. (...) estos procesos especiales no son más que momentos simultáneos y sucesivos del proceso total. Es la unidad de los tres ciclos, y no la interrupción de que hablábamos más arriba, la que realiza la continuidad del proceso total. El capital global de la sociedad posee siempre esta continuidad, y su proceso representa siempre la unidad de los tres ciclos" (18).

La reproducción de las formas de interacción es la que lleva a la transformación (basta pensar en el ciclo del capital total en conexión con las crisis). Esto se hace evidente cuando se recuerda que el cir-

(16) Los estructuralistas más lúcidos, como Lévi-Strauss, saben que, "en la mitología como en la lingüística el análisis formal coloca inmediatamente una cuestión: "la del **sentido**", "Magie et Religion", *op. cit.*, pág. 266. Pero en este caso hay una escisión metodológica entre el momento del análisis formal y el análisis del momento del sentido. Por otro lado, se sabe que los especialistas preocupados en la construcción de **modelos** están empeñados en conservar también las relaciones de significación, pero los resultados de estos esfuerzos son aún poco concluyentes.

(17) Merton, R. K.: *op. cit.*, pág. 51 (pág. 61 de la citada edición española).

(18) Marx: *El Capital*, cit., tomo II, pág. 112. 93-94).

cuito dialéctico no se resuelve en una identidad y cuando se piensa el cambio, no en función de fuerzas opuestas que producen una resultante, sino en función de "tensiones" entre determinaciones humanas que, al cambiar incesante y simultáneamente el sentido que poseen, transforman de modo recíproco sus cualidades, recreándose. Por eso, el análisis de las condiciones de coexistencia, a través del método dialéctico es, al mismo tiempo, el análisis de sus propias condiciones de sucesión.

Dentro de esas posibilidades el artificio metodológico funcionalista parece pobre para interpretar las conexiones funcionales que se establecen en una misma sociedad, cuando ella se configura en constelaciones sociales diversas en distintos momentos históricos. El artificio se reduce a la búsqueda de grupos de conexiones válidas para cada fase histórico-social, vistas discontinuamente. Entre un patrón estructural u organizativo y otro hay un hiato: el método funcionalista es ciego para comprender la transformación en sus implicaciones globales. Supone requisitos para la elaboración metodológica que suprimen la historicidad peculiar del comportamiento humano (la negatividad), y no es capaz de presentar las vinculaciones recíprocas y contradictorias entre la simultaneidad y la sucesión, que expresan el movimiento de la historia.

En contraposición, en la interpretación dialéctica el flujo social es presentado como un **continuo**. Sociológicamente, este tipo de presentación puede ser elaborado, ya que la acción es vista al mismo tiempo como resultado motivado por condiciones exteriores y como **praxis** (19), y porque los sistemas sociales no son concebidos como "sistemas fechados", sino como "sistemas abiertos". El curso de las modificaciones sociales, en la medida en que la acción también es **praxis**, va a depender de

los propósitos socialmente definidos por los grupos sociales y de la capacidad de organización y de modificación que los agentes sociales sean capaces de desarrollar. El cambio estructural no es presentado, pues, como un momento de desequilibrio de un sistema dado hacia la recuperación del equilibrio en otro tipo de sistema. Por el contrario, resulta de la tensión entre acciones humanas creadoras y de las contradicciones que se forman en el interior de la propia estructura social. De tal manera, siempre se lo encara como una estructura que está en modificación gracias a las contradicciones sobre las cuales reposa y gracias también a la acción humana. Así los procesos de cambio son analizados dialécticamente como resultantes de la propia actividad humana concreta que, en el proceso incesante de realizar los patrones estructurales y funcionales de integración, los niega, provocando tensiones y contradicciones sociales cuya solución (superación) consiste en la creación de nuevas formas de existencia social.

Finalmente, cabe destacar como uno de los requisitos fundamentales para la utilización del método dialéctico en sociología que las "totalidades sociales" reconstruidas por el análisis dialéctico deben ser tratadas como **totalidades singulares**: "El marxismo aborda el proceso histórico con unos esquemas universalizadores y totalizadores. (...). Pero en los trabajos de Marx, esta perspectiva en ningún caso pretende impedir o volver inútil la apreciación del proceso como totalidad **singular**. Cuando Marx estudia, por ejemplo, la breve y trágica historia de la República de 1848, no se limita —como se haría hoy— a declarar que la pequeña burguesía republicana traicionó al proletariado, su aliado. Por el contrario, trata de mostrar esta tragedia en sus detalles y en su conjunto. Si subordina los hechos anecdóticos a la totalidad (de un movimiento, de una actitud), quiere descubrir ésta a través de aquéllos. Dicho de otra manera, a cada hecho, además de su significado particular le da función reveladora; ya que el principio que dirige la investigación es buscar

(19) Sobre el concepto de **praxis** ver Karl Marx: "Treses sur Peuebach", en Karl Marx y Friedrich Engel; *Etudes Philosophiques*, Editions Sociales, París, 1951, especialmente las tesis I y

el hecho, una vez establecido, se interroga y se descifra como parte de un todo; y es **sobre él**, por medio del estudio de sus faltas o de sus 'sobre-significados' como se determina, a título de hipótesis, la totalidad, en el seno de la cual encontrará su verdad. De tal manera, el marxismo vivo es **heurístico**: en relación con su búsqueda concreta, sus principios y su saber anteriores aparecerán como **reguladores**. Nunca se encuentran **entidades** en Marx: las totalidades (por ejemplo, "la pequeña burguesía" en el 18 Brumario) están vivas; se definen por sí mismas en el marco de la investigación" (20).

Desde esta perspectiva es posible la utilización del método dialéctico en forma heurística, porque lo real no es dado **a priori**, sino que se constituye por el esfuerzo analítico de la investigación. Con esto se evita la creación de nuevos Franksteins que, en caso contrario, acabarían siendo criados, como muchas veces lo fueron, en nombre de un método que deseaba acabar con ellos. En este punto el paradigma para el análisis sociológico puede ser tanto Marx como Max Weber, en *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*. En cualquiera de los dos casos el método no es empirista, sino que en ambos la interpretación toma un momento analítico, que condiciona las posibilidades de globalización. Sin sólida base empírica el análisis dialéctico en sociología se pierde, en cuanto análisis creador, en un formulismo abstracto tan lamentable como cualquier otro tipo de escolástica, y acaba por transformar "la significación en intención, el resultado en objetivo realmente buscado".

Por lo tanto se hace patente que, si, por un lado, la interpretación dialéctica en sociología parte de una actitud totalizadora y universalizante, por otro lado, en nom-

bre de estos principios, nada justifica la tentativa de muchos marxistas de transformar el proceso de conocimiento en mero rastreo de hechos y situaciones empíricas capaces de probar la **verdad** contenida en los esquemas abstractos de determinaciones generales. Es claro que existen determinaciones comunes, y que ellas cumplen funciones definidas en el análisis dialéctico. No obstante, el conocimiento de los procesos históricos sociales depende, como vimos, no de esas determinaciones en sí mismas o de su verificación particular (que supondría la identidad entre lo común y lo singular), sino de las relaciones entre lo general y lo particular en una totalidad concreta.

En otros términos, es necesario encarar los hechos particulares a través de una perspectiva capaz de volverlos factores creadores en la interpretación sociológica. El cuidado en la determinación precisa de los hechos o situaciones y en los requisitos de los hechos o situaciones y en la construcción "analítica" (21) de las totalidades sociales permite que los requisitos de aplicación del método dialéctico referentes a la naturaleza de las totalidades como "totalidades en proceso de producción", constituidas a través de la **praxis** social, sean antes cumplidos en las descripciones e interpretaciones llevadas a efecto. Se trata de explicar los procesos, las situaciones y los sistemas no desde el punto de vista de la historia transcurrida, donde todo parece haberse dirigido hacia finalidades engendradas por condiciones dadas, sino desde el punto de vista de la historia como realización de la actividad humana colectiva. Realización, es cierto, en la cual los fines buscados y los resultados conseguidos no coinciden, y donde

(20) Sartre, J. P.: "Question de Méthode", *Critique de la Raison Dialectique*, Librairie Gallimard, París, 1960, pág. 27. (En la traducción española de Manuel Lamana: "Cuestiones de método", *Crítica de la razón dialéctica*, Buenos Aires, Losada, 1963, pág. 32. N. del T.).

(21) Está claro que la referencia a la construcción "analítica" de las totalidades es relativa. Todo el procedimiento dialéctico de interpretación o de análisis supone la realización del circuito abstracto-concreto ya indicado. Sólo me refiero al procedimiento heurístico que evita la "deducción" de lo real a partir de totalidades abstractas, definidas **a priori**.

la necesidad creada por los hechos ya establecidos indica, en sus grandes líneas, el curso probable de la acción, pero que sin referencia directa a la actividad significativa de los hombres en la labor común

se torna opaca para la comprensión científica.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Traducido del portugués por Jorge Lafforgue

MUNDO CONTEMPORANEO

INTRODUCCION AL PROBLEMA DE PARTIDO UNICO EN AFRICA NEGRA

I

El continente africano ha atravesado, después de la segunda guerra mundial, una ráfaga de independencia política que interesa a los observadores más calificados en el campo de las ciencias sociales. Es así que desde la fecha de la independencia de Ghana (ex Costa de Oro) en 1957 hasta la de la minúscula Gambia — enclave costero en el Senegal— en este año de 1965, son más de treinta los Estados que han alcanzado formalmente la calidad de tales según los requisitos modernos. Digo "formalmente" porque muchos de los ex territorios franceses, por ejemplo, continúan dependiendo económicamente de la todavía metrópoli, en lo que se conoce con el nombre de neocolonialismo.

Tampoco son comunes los propósitos relativos al desarrollo económico planificado y a los problemas del llamado "socialismo africano", ni las concepciones sobre el panafricanismo que sustentan los líderes y estadistas más conocidos (pienso en un Kwame Nkrumah, presidente de Ghana, y en un Léopold Sédar Senghor, presidente del Senegal). Incluso subsisten conflictos en la terminología: sólo por comodidad hablaré de "África negra" (o del Sur del desierto del Sahara) en oposición al "África árabe" (al Norte del Sahara), pues, no ignoro los múltiples puntos de contacto entre ambos sectores del continente (1).

II

Los Estados africanos que acceden a la independencia se encuentran abocados a impostergables tareas, a la lucha en varios frentes contra los tres implacables enemigos que Jomo Kenyatta, uno de los hombres clave de resistencia al colonialismo británico y actual Primer Ministro de Kenia, definió como el hambre, la pobreza y la ignorancia. De ahí que por lo general siempre se haga hincapié en el sentido de misión nacional, de empresa comunitaria —en la jerga de ciertos especialistas en ciencia política—, que requiere la acción de gobierno en los nuevos países si se de-

-
- (1) Resulta casi excesivo proseguir con una enumeración de los grandes temas del África libre o en vías de serlo. Sólo me corresponde remitir al lector interesado en ellos a algunos libros introductorios en castellano: *Perfiles africanos*, de Ronald Segal, Buenos Aires, Eudeba, 1964 (verdadero diccionario político); *Historia del África* (desde sus orígenes hasta 1945), de Charles-André Julien, Buenos Aires, Eudeba, 1963; *La historia empezó en África* (El pasado de un continente), de Basil Davidson, Barcelona, Garriga, s/f; *África ambigua*, de Georges Balandier, Buenos Aires, Sur, 1964. Sobre los aspectos del partido único y de las variantes socialistas africanas, no existe material recomendable en nuestro idioma. Tampoco ha sido traducido el pensamiento marxista sobre tan arduas cuestiones.

sea proyectarlos a la escena mundial y hacer de sus contemporáneas entidades políticas, Estados modernos, desarrollados, socialistas (aunque más no sea que difusamente), donde las desigualdades económicas, sociales y raciales no pertenezcan sino al pasado imperialista y dominador tan reciente.

Por ello la intelligentsia nativa que en buena parte ha impulsado el proceso independentista, buscó con afán los medios para lograr aquellos fines básicos, interpretando y llevando a la práctica los deseos de las masas locales, teniendo esto en vista, pienso que puede resultar de alguna utilidad la breve descripción de uno de dichos medios, que ha proliferado con notoria intensidad en la mayoría de los Estados africanos que, de hecho o de derecho, lo han adoptado como esqueleto o marco de su estructura política: el régimen o sistema de partido único (2).

Conviene aclarar de entrada que la temática del partido único adquiere preponderancia a partir de la década del treinta en nuestro siglo, sobre todo con la proliferación de los ejemplos fascista (la Italia de Mussolini), nazi (la Alemania de Hitler), comunista (la U.R.S.S. de Stalin) y los casos menores como el turco, el portugués o el español. No puedo desarrollar aquí la falsa equiparación que con el rótulo pseudocientífico de "totalitarismos de izquierda y de derecha" han pretendido elaborar algunos autores, en base a semejanzas formales, entre el nazismo (desesperado recurso del gran capital en la primera posguerra) y el comunismo (destinado precisamente a combatir el gran capital y su forma agresiva de imperialismo). Lo único que pretendo señalar es la existencia de formas de partido único en los mencionados regímenes.

Mihail Manoilescu en *Le parti unique* (Institution politique des régimes nouveaux) (París, Les Oeuvres françaises 1936), desde un punto de vista corporativo y antiliberal; y Maurice Duverger en *Los partidos políticos* (México - Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1957, especialmente pp. 280-304), desde un enfoque tenuamente social-demócrata, han presen-

tado dos variantes interpretativas sobre los partidos únicos que prefiero llamar "tradicionales" o "clásicos". Fundamentalmente por obvias razones cronológicas, en estas obras no se efectúan ninguna referencia a la situación en África y a las formas "nuevas" del partido único que hoy se observan en ese continente.

III

Uno de los puntos fundamentales que debe analizarse al referirse a estos regímenes políticos, es el de las relaciones entre el partido único y el concepto de democracia. El tema excede ampliamente los límites de este artículo, pero conviene al menos disipar ciertos equívocos frecuentes. Si al concepto de **democracia** se le otorga un mero sentido formal, electoralista, la cuestión deja de ser seria. Lo más frecuente en ciertas argumentaciones especiosas, relativas al caso de Cuba en América Latina en los últimos años, ha sido la exigencia de que se celebraran elecciones para "legitimar" el poder en manos de quienes resultaran vencedores.

¿Son, entonces las elecciones periódicas (así, sin otros calificativos) un elemento esencial, definitorio, para hoy y siempre, del concepto de democracia? ¿Y qué quiere decir "elecciones periódicas", más exactamente? Comicios en que son vetados partidos presuntamente mayoritarios (el peronista) y presuntamente peligrosos (el comunista). Comicios en los cuales no se permite a los electos asumir sus funciones y se anulan los resultados de la "voluntad popular" (18 de marzo de 1962, en la Argentina, con subsiguiente deposición del presidente Arturo Frondizi). Comicios para practicar **recuentos globulares** de las fuerzas en pugna, pero que no afectan en la práctica los límites del sistema (14 de marzo de 1965, en la Argentina, de

(2) Para un análisis detallado de medios y fines en la política africana, cfr. mi **Partido único y socialismo en África**, a editarse este año por Jorge Alvarez en Buenos Aires, donde se amplían muchos aspectos apenas esbozados en el texto de la nota.

renovación parlamentaria). Comicios que provocan golpes de Estado preventivos para no dar paso al candidato más votado (Victor Raúl Haya de la Torre, en Perú, a mediados de 1962), siempre "en defensa de la democracia". ¿Vale la pena seguir?

Consideraciones análogas pueden formularse respecto a otros elementos que se pretende adherir de una vez por todas, a algún inmutable y vacío esquema de democracia: existencia de una oposición (¿y cuando esa oposición, como ocurrió en Ghana durante los primeros años de vida independiente, recurre al terrorismo y al atentado personal en lugar de cumplir con las reglas del juego parlamentario?), libertades públicas (¿y cuándo se viola repetidamente una disposición constitucional por simples edictos policiales, como sigue sucediendo?), separación de poderes (¿y la crisis repetida del parlamentarismo, la politización del poder judicial, el predominio del poder ejecutivo?), etc., etc.

Democracia es mucho más que esos breves legalistas: es, por lo menos, la aspiración a mejores condiciones de subsistencia, a más amplios desarrollos de las potencialidades humanas de los grandes sectores populares, brega en la que están empeñados los políticos africanos. No todos, claro está, y es bueno aclararlo para evitar interpretaciones bucólicas, pero sí ciertos y determinados dirigentes que han comprendido que su fuerza y autoridad proviene de su vinculación con las masas, y de la interpretación de las aspiraciones de éstas. Entonces, resulta fácil comprender que el partido único, tal como se va elaborando —un *continuum*, no una etapa clausurada— en determinados Estados africanos, reúna en sí las características de verdadero movimiento nacional donde se nuclean los mejores talentos de un país y sus masas más entusiastas. ¿Qué lejos estamos de un partido de élites a la europea! Tampoco, estrictamente, se aplica la concepción de Lenin del partido como vanguardia esclarecida del proletariado, por obvias razones socioeconómicas, pero las enseñanzas del gran revolucionario figura entre las más estudiadas por los estadistas de avanzada en África negra

(Nkrumah, Sékou Touré entre otros), aplicándolas a sus propias circunstancias. Todavía es muy pronto para anunciar un juicio definitivo sobre la experiencia emprendida.

Quiero destacar a esta altura que a los problemas comunes de gobierno que pueden darse en cualquier Estado, se añaden en África otros de magnitud considerable, tales como la viabilidad misma de dichos Estados (a veces rodeados de "fronteras" artificiales instauradas por el colonialismo) o el difícil campo de las relaciones internacionales (lucha de influencias capitalistas y comunistas). Ante tanta confusión, ante tanta diversidad de puntos de mira, era lógico que, al estructurarse, los Estados africanos tendiesen a una fuerte centralización de funciones y a la consolidación de partidos únicos o fuertemente dominantes, y que les preocupara en menor grado la existencia o no de "oposición" en el sentido occidental de la palabra.

I V

El refrán vuelve a sernos de aplicación: no es oro todo lo que reluce. Al lado de los nuevos partidos únicos que se van construyendo con sentido aproximadamente socialista y moderno (Ghana, Guinea, Malí y en escala descendente Kenia, para el África negra), figuran venerables reliquias de tinte oligárquico tradicional, como es el caso del Partido Whig Auténtico (**True Whig Party**) del perpetuamente "reelecto" presidente de Liberia, William Tubman. Se trata de un practicón del nepotismo que haría enrojecer de vergüenza a los Somozas y Trujillos latinoamericanos, y representa a la élite racial de los américo-liberianos que desde fines del siglo XIX han controlado el país a discreción.

El Partido Democrático de la Costa de Marfil (**Parti Démocratique de la Côte d'Ivoire**) que responde al liderazgo de Félix Houphouët-Boigny, ha logrado éxito en su intento de neutralizar o absorber los elementos opositores a la conducción oficial, para practicar una ideología antisocialista y protectora de los intereses de los plantadores ricos a quienes está ligado desde la cuna

Houphouët-Boigny, presidente de esta "república indivisible, democrática y social", como afirma su Constitución. A principios de 1955 se hizo conocer un proyecto de este buen amigo de Francia, propugnando una alianza de países no-socialistas para demostrar las ventajas del sistema capitalista a que ha volcado definitivamente sus preferencias el primer magistrado de la Costa de Marfil (3).

Estos son apenas dos ejemplos de cómo una clasificación ("partido único") puede conducir a una carencia de sentido si no se examina de cerca su correlación con la realidad, pues entiendo por partido único del tipo aludido como moderno en el contexto africano, a un movimiento que, de hecho o de derecho controla la vida política del respectivo país y tiene como preocupación el desarrollo económico y el mejoramiento social de la gran masa de sus habitantes, practicando para lograrlos alguna forma de socialismo. Comprendo lo genérico y poco preciso de la definición, pero creo que puede ser suficiente por el momento. Los ejemplos: el Partido de la Convención del Pueblo (*Convention People's Party*) en Ghana; la Unión Sudanesa (*Union Soudanaise*) de Malí; el Partido Democrático de Guinea (*Parti Démocratique de Guinée*) y,

en menor grado, la Unión Progresista Senegalesa (*Union Progressiste Sénégalaise*) y la Unión Nacional Africana de Kenia (*Kenya African National Union*).

V

Los partidos políticos de este tipo cumplen funciones importantísimas de integración social, mediante la absorción totalizadora del individuo en su esfera de influencias. En casos ya aludidos de fronteras artificiales, o donde los sistemas tribales predominan con tintes separatistas, el partido único se ha convertido en guía y motor de la supervivencia estatal en el mundo de hoy, con su marcada tendencia a los agrupamientos —y bloques— de tipo regional-político-ideológicos.

Desde los tiempos previos a la independencia, los partidos en formación (bajo la apariencia a veces de movimientos de liberación nacional, "Congresos" o asociaciones culturales) han reclamado la representación de la comunidad frente a la administración colonial que era el símbolo de la sujeción personal. Grandes sectores de la población comienzan a ver en dichos partidos, y en sus líderes carismáticos que apelan a tradiciones autóctonas (4), la au-

(3) A fines de 1964 la situación de los distintos países de África negra con relación al partido único era la siguiente: a) Estados con sistema monopartidista: Alto Volta, Chad, Congo-Brazzaville, Costa de Marfil, Dahomey, Ghana, Guinea, Kenia, Liberia, Malí, Mauritania, Níger, República Centroafricana, República Unida de anTzania (comprende a Tangañica y Zanzíbar), Senegal y Togo; b) Estados con sistema hipartidista o multipartidista: Camerun, Conge-Leopoldville, Gabón, Gambia, Malawi (ex Niasalandia), Nigeria, República Malgache, República Somalí, Ruanda, Sierra Leona, Uganda, Urundi y Zambia (ex Rhodesia del Norte). No incluimos en la lista a la República Sudafricana y a Rhodesia (ex Rodhesia del Sur), donde una minoría blanca domina a la población negra. Tampoco a Etiopía donde no existen partidos políticos bajo el paternalismo de Su Majestad Imperial Haile Selassie.

(4) "El mito del héroe salvador y constructor de la nación ha tenido, en numerosos lugares, un papel considerable. Baste citar a Houphouët-Boigny (que debió proscribir un culto sincrético del cual era Dios), Sékou Touré (representado como San Jorge acuchillando a la hidra del colonialismo), Nkrumah ("redentor", "puerta del porvenir africano"), Boganda (la carta electoral se llamaba el amuleto de Boganda), el "rey" Kasavubu, el profeta-mago Kenyatta.

"El pasado, reconstruido según determinadas perspectivas, es una rica fuente de mitos. Así, la nueva Ghana se declaró heredera de la antigua Ghana (situada en una región del todo diferente), el antiguo Egipto ha sido proclamado negro por un senegalés. Hay en Ghana imágenes populares que muestran a los negros enseñando a los antiguos griegos filosofía y medicina. Los intelectuales exaltan, en forma poética por lo general, la *négritu*.

téntica carnadura de sus anhelos de autonomía interna y externa. Por eso ha podido decirse que África los partidos han "legitimado" al Estado naciente, y no a la inversa como ocurriera en Occidente: el Estado es quien "legitima" a los partidos políticos mediante estatutos, reglamentaciones detalladas...

El oponerse a la administración colonial, el intentar suplantarla en las funciones que tradicionalmente cumplen los gobiernos, no hará sino aumentar el arraigo y la influencia del partido entre la población. Ahí lo ha visto Ruth Schachter: "La identificación del partido de masas con la comunidad antes de la independencia se destacaba no sólo por el patrocinio partidario de bailes, festivales, canciones, recepciones, por la organización partidaria de bodas o funerales, sino también por la existencia de un sistema informal de seguridad social a cargo del partido que resultaba en la protección de afiliados indigentes, asesoramiento jurídico para militantes presos, pago de las recetas médicas para los enfermos, comida y alojamiento para las familias de las viudas de afiliados, así como hospitalidad automática para los viajeros auspiciados por la organiza-

ción. En ocasiones, el partido de masas podía contar con trabajo voluntario y libre incluso para la construcción de puentes, caminos y escuelas, basado en la buena voluntad popular que los dirigentes del Partido Democrático de Guinea y la Unión Sudanesa llamaron inversión humana —*investissement humain*—, e incluyeron en sus inventarios de recursos económicos" (5).

Luego de la independencia, muchas de esas funciones serán transferidas al Estado que surge, pero el partido no dejará nunca de verse favorecido en la opinión pública por sus actividades precursoras.

El "nuevo" partido único africano cuyas características intento delinear, es fundamentalmente un partido de masas, de estructuras fuertes, con enlaces verticales, por lo común organizado en células de preferencia a los comités, que cuenta con una (o más) personalidad dominante al tope de su jerarquía, y que lleva implícitas en sí connotaciones que en los países de democracia llamada occidental, son más bien propias del concepto de Estado.

Los límites de este artículo impiden considerar el aspecto básico de la democracia interna y la ideología socialista, que se esgrimen como esenciales a la estructura y fines del partido único en África. Apenas si he pretendido esbozar algunos de los caracteres más inmediatos de este tipo de agrupaciones. El complejo tema queda apenas propuesto.

ALBERTO CIRIA

Buenos Aires, marzo de 1965.

de, la cultura negra y el africanismo" (Hubert Deschamps, *Les institutions politiques de l'Afrique Noire*, París, Presses Universitaires de France, 1962, pág. 117).

- (5) "Single-party systems in West Africa", en *Comparative Politics* (A Reader), editado por Harry Eckstein y David E. Apter, The Free Press of Glencoe, 1963, pp. 701-702.

LAS DIFICULTADES ESPECIFICAS DEL SOCIALISMO EN AFRICA

Las repúblicas africanas de lengua francesa acaban de festejar el tercer aniversario de su independencia o están a punto de hacerlo. Un período de euforia ha podido, durante dos años, dar la impresión de estabilidad política; la liquidación física del presidente Olympio cayó como una bomba... A partir de entonces la opinión pública comenzó a habituarse a estos trastornos que sólo si se exagera un poco podrían ser calificados como resoluciones. El último en orden cronológico presenta un rasgo que no deja de ser inquietante: el jefe del estado mayor del ejército del Dahomey se convierte en jefe del gobierno.

¿Queda con esto inaugurado el cesarismo africano? Después de haber sido balcanizada, ¿se halla Africa en vías de ser sudamericanizada?

René Dumont afirma que en el plano económico "Africa ha partido mal". ¿Acaso también en el plano político está dejando pasar su oportunidad?

Muchas repúblicas, aunque ellas lo nieguen se han dejado seducir por las sirenas del neocolonialismo, la oligarquía dirigente extranjera ha sido reemplazada por una oligarquía autóctona que ha conservado las antiguas superestructuras. El "queso" simplemente ha cambiado de mano. Bajo la presidencia de hombres "providenciales", apoyados por partidos que ellos han moldeado a su conveniencia, los regímenes burgueses con sus injusticias sociales se hallan siempre en pie.

Y sin embargo, después de haber visto cómo el R.D.A., partido único para las

antiguas federaciones del Africa Occidental Francesa y el Africa Ecuatorial Francesa, militaba desde su fundación en 1946 en favor de la libertad y la justicia, se tenía el derecho de esperar que se llegaría en estos países a una transformación profunda de las estructuras y que un joven socialismo africano, que expresaría una voluntad de renovación total, sucedería al sofocante capitalismo colonial. Ahora bien, de este pulular de repúblicas sólo dos, Guinea y sobre todo Malí, han intentado romper con el pasado y edificar sociedades nuevas. En este último país en particular se ha hecho un esfuerzo real para construir un régimen en el que los explotadores están eliminados, donde los medios de producción pertenecen al Estado, donde los intercambios económicos y las empresas que interesan a la colectividad (transportes, minas) se hallan efectivamente en manos de ésta; en una palabra, se ha intentado implantar un sistema en el que los principios básicos del marxismo ocupan un lugar por cierto tímido aún, pero no obstante real.

Muchos otros gobiernos se jactan de preocupados por lo social y pronuncian también ellos la palabra "socialismo", pero no se trata sino de un lindo rótulo destinado a permitir el paso a la mercadería dudosa que entregan a sus administrados y a presentar como un éxito africano las facilidades inmediatas que el neocolonialismo brinda a costa del sacrificio del futuro... pero de este futuro se cuidan muy bien de hablar.

Uno tiene pues el derecho de preguntarse

por qué estos países nuevos han aceptado tan dócilmente las doctrinas políticas y económicas más retrógradas, por qué de los actuales trastornos no se sigue el cambio profundo de las estructuras, y cuáles son las razones por las que en los países más sinceramente progresistas, como Malí, el socialismo continúa siendo aún la doctrina de una élite mucho más que la fe entusiasta de un pueblo, y resulta de una opción razonada de un puñado de dirigentes más bien que del empuje irresistible de la base.

Hay dos tipos de respuestas simplistas que me parece deben tanto la una como la otra ser desechadas: por una parte, la de los nostálgicos de la colonización, para quienes el africano término medio echa de menos las facilidades del régimen colonial, se convierte fácilmente en un aprovechador y no será nunca capaz de construir un régimen viable "sin los franceses". Por la otra parte, la respuesta a la cual podría dejarse inducir una izquierda dogmática o mal informada, que carga todos los males sobre los hombros del imperalismo, el cual, por cierto, continúa actuando bajo la máscara de una generosa asistencia financiera, pero sería incapaz por sí sólo, si no hubiera encontrado un terreno favorable, de una empresa tan vasta, tan fácilmente aceptada. Esta respuesta, en efecto, no permite explicar los tres hechos siguientes, que no podríamos dejar de mencionar.

En primer lugar, los jefes de Estado que han permitido al neocolonialismo implantarse en sus países, han militado sin embargo sin desmayos durante diez años por la independencia. Cualesquiera sean sus errores doctrinales o sus inclinaciones de clase, no podría considerárselos como vulgares testaferros que venden deliberadamente su país al extranjero. Un hecho confirma este punto de vista: cuando son eliminados, como en el caso de Fulbert Youlou, sus sucesores no emprenden una reforma profunda de las estructuras, sino más bien correcciones de detalle.

En segundo lugar, en los países que se han independizado de primera intención de la dominación capitalista, el socialismo

se instala con extrema prudencia, superando lentamente muchos obstáculos interiores, contentándose con aplicar las consignas económicas del marxismo sin tratar de profundizar o de difundir los conceptos filosóficos del materialismo dialéctico, aún cuando estos conceptos sean admitidos por los dirigentes.

En tercer lugar en fin, en todos estos países sólo la fracción instruida de la población participa de manera efectiva en la vida política y en la construcción nacional, y oculta por otra parte con su entusiasmo la apatía real de las masas, dispuestas el 100% a votar por el gobierno como fue el caso del reciente referendun senegalés. Francia está en buenas condiciones para saber que un "sí" tan unánime no es un criterio de madurez y de clarividencia políticas.

Hay pues que admitir que, además de la ingerencia extranjera, existen factores locales, actitudes específicamente africanas, reacciones afectivas en el sentido más amplio, que motivan esta indecisión para establecer estructuras efectivamente progresistas.

Son estos factores que yo quería estudiar aquí; determinarlos me parece indispensable para comprender la situación actual, para indicar la posibilidad de corregir los errores ya cometidos, para hacer quizá posible esa unidad africana de la que todos hablan con tanto más amor cuanto que la saben irrealizable por el momento, y sobre todo para poder creer en el porvenir del África sin que esta confianza tome el aspecto de un acto de fe puramente gratuito.

En una primera aproximación estos factores pueden ser clasificados bajo tres rubricas: factores políticos, factores económicos y factores sociológicos y psicológicos. Pero llevando un poco más allá el análisis se comprueba que las dos primeras categorías conducen a la tercera y que únicamente el estudio de ésta nos permitirá comprender los mecanismos profundos. Trataremos pues brevemente los dos primeros grupos de factores para insistir sobre el terreno.

Factores políticos

Dos elementos fueron determinantes para el futuro inmediato del África independiente: la ausencia, por una parte, de una doctrina común a las diferentes repúblicas, y, por la otra, lo repentino de la accesión a la independencia y las improvisaciones a que ello dio lugar.

En efecto, el R.D.A. fue esencialmente un instrumento de combate con objetivo limitado: la obtención de la independencia resumía su programa. Esto respondía por su parte a una causa psicológica: siendo el R.D.A. el movimiento de una élite africana, traducía el imperativo sentimental de ésta de hacer cesar la supremacía del amo blanco para liquidar el maniqueísmo colonial y alcanzar la dignidad de hombre.

Nada se había previsto para el período que seguiría a la independencia. Ahora bien, ésta fue concedida en una forma sumamente repentina, lo cual fue por lo demás expresamente buscado por el antiguo colonizador para impedir a los dirigentes disponer del tiempo necesario para orquestar sus programas y provocar así una balcanización ideológica que viniera a agravar la balcanización territorial.

Prácticamente, la independencia sobrevino con la brutalidad de un hecho revolucionario, pero sin haber estado precedida de la larga maduración de un período verdaderamente prerrevolucionario o de una lucha por la libertad como en el caso de Argelia. Fue necesario pues improvisar, y la primera consecuencia fue la promoción de los antiguos jefes de partido al rango de jefes de Estado, lo cual confirió a su personalidad, a su psicología, una importancia dominante en la conducción del país. Ahora bien, es perfectamente evidente que el porvenir concebido por un Modibo Keita, maestro de izquierda, amante del riesgo y dispuesto a derribar estructuras, no se armonizaba con el de un Senghor, poeta y profesor de gramática, más calmo y conservador por temperamento, y menos aún con el de un Houphouët-Boigny, heredero de una familia rica y ya aburguesada, que no podía ser sino el cam-

peón de un neocolonialismo africano. Era inevitable, en esta África completamente nueva, sin opinión pública fuertemente estructurada, que las particularidades psicológicas de estos jefes se reencontraran en los gobiernos que ellos habrían de formar, puesto que sus ministros eran elegidos en general de entre sus antiguos compañeros de lucha, sin que ninguna fuerza política exterior a su grupo viniera a frenar esta forma de elección amical que sería un error confundir, al menos en la mayoría de los casos, con el nepotismo o el favoritismo.

Factores económicos y sociales

Dos factores fueron esenciales y continuaban siéndolo. Uno de ellos tuvo y conserva un papel preponderante en las opciones de los equipos dirigentes; el otro explica la indiferencia de las masas ante estas opciones en el momento en que ellas fueron hechas y, en la actualidad, la discreción de las reacciones populares, tanto para aprobar como para combatir. Se trata, por una parte, de la desigualdad de las riquezas locales según los territorios (puertos, minas, agricultura), desigualdad que permitió o no, según el caso, que se formara antes de la independencia una burguesía autóctona; y, por otra parte, de la ausencia de toda organización de las masas populares: en ninguna parte existía un proletariado industrial, en ninguna parte el campesinado tenía conciencia de clase.

Los equipos dirigentes, en su gran mayoría, están constituidos por antiguos funcionarios. Estos maestros, médicos, veterinarios, jefes de escritorios, tesoreros, que la administración colonial había formado para que la sirvieran, han constituido una especie de *intelligentsia* que era la única capaz de tomar en sus manos el destino del país. Pero en tanto que en las regiones desheredadas este personal, reclutado en el seno de la masa subdesarrollada, conservaba el contacto con el pueblo y era con más facilidad atraído por las doctrinas sociales, en las otras regiones, al contrario, tenía en general un origen que se podría desde ya calificar como pe-

queño burgués, y manifestaba naturalmente las aspiraciones y las repulsiones de esta clase, calcadas de los amos coloniales bajo cuya égida había podido constituirse.

El esquema: país sin riquezas, inteligencia pobre y que acepta un presente difícil en vistas a un futuro próspero para el conjunto del pueblo del cual ella no se ha separado || país rico, inteligencia ya aburguesada que defiende su propia prosperidad inmediata olvidando que sus intereses se separan de los de la masa, se comprueba más o menos en todas partes, salvo en Alta-Volta, país pobre y sin embargo invadido por el neocolonialismo, pero donde los dirigentes están impregnados de un catolicismo retrógrado que les presenta al socialismo como la vía del demonio!

La situación, a partir del momento de la independencia, tiende a evolucionar: el africano de base comienza a salir de su letargo. Los gobiernos burgueses, valiéndose del vino, de un lenguaje pseudosocialista o del catolicismo, hacen todo lo posible para impedirle que resuelva sus contradicciones, pero no logran sofocar los primeros estallidos de la conciencia popular, tímidos anuncios de la gran revisión que tendrá que hacerse algún día. Los gobiernos socialistas se esfuerzan al contrario por activar este despertar popular, pero éste va más despacio de lo que ellos desearían porque es necesario modificar no sólo estructuras, sino todo un mundo de pensamiento: es necesario modificar esos factores psicológicos que son la clave de toda transformación africana real.

Factores sociológicos y psicológicos

Discretos, matizados, profundamente enraizados en el africano, estos factores psicológicos son a la vez los más importantes en el plano local y más ignorados por el observador extranjero.

Esquemáticos y deformados, ellos han permitido y permiten aún hoy a los racistas considerar a los africanos como un rebaño, del cual basta ser el Panurgo para mantenerlo en la esclavitud. Subestimados o mal interpretados por los amigos del África, estos factores llevan al desconocimiento

de la realidad local, a la interpretación errónea de las posiciones políticas, a una cierta decepción frente a la lentitud de la evolución social.

Estos factores complejos están ligados a la historia y a las condiciones de vida. Pertenecen tanto al dominio de la psicología y al de la sociología como al de la etnología: no son inherentes a una naturaleza especial del hombre africano, que estaría dada definitivamente y que haría de él un ser aparte. Las actitudes del africano son en el momento actual diferentes de las nuestras porque él ha sido formado por una civilización diferente que lo ha marcado profundamente. Es precisamente característica del racismo considerar estas diferencias como una especie de *factum* y clasificarlas de acuerdo a una escala de valores arbitraria que relega al último puesto todo lo que no es el modo de pensamiento del blanco. Es pues necesario reconocer a estos factores una importancia considerable en la situación original: la de una superestructura residual de un mosaico de sociedades, arcaicas pero armoniosas en el contexto en que fueron elaboradas, y que la conquista europea destruyó sin suministrarles elementos para que se renovaran —renovación que, por otra parte, si hubiera sido posible en los hechos, habría estado en su espíritu condenada al fracaso puesto que se hallaba fagocitada por el maniqueísmo colonial. En efecto, si el régimen colonial resbaló sobre la masa campesina sin modificarla psicológicamente, no ocurrió otro tanto para esa élite que se formó en contacto con el europeo y que fue marcada por este contacto casi sin que ella se diera cuenta, entremezclando una aceptación inconsciente con repulsas razonadas y hallándose de este modo sumergida en situaciones conflictuales. Lo que acaba de afirmarse no es una mera ocurrencia nuestra. En el plano médico, por ejemplo, no se encuentra, entre la masa campesina, ninguna patología psicosomática, en tanto que en los ambientes urbanos, y más en especial entre los sujetos que han pasado su adolescencia en la vecindad frecuentemente traumatizante de los europeos, los síndromes conflictuales, por

inadaptación, y la patología puramente funcional que éstos acarrearán, son extremadamente frecuentes.

Es por las razones expuestas que yo querría, antes de examinar en detalle el mecanismo de los factores políticos y económicos citados precedentemente, abordar en este artículo el estudio de las factores humanos que son fuente de estas dificultades que encuentra inevitablemente todo socialismo africano.

Estos factores son de dos órdenes; tenemos por una parte sobrevivencias arcaicas, entre las cuales hay que distinguir las de orden ético y metafísico y las de orden social e histórico; tanto las unas como las otras son mantenidas por el aislamiento intelectual del campesino africano, inmerso en un analfabetismo cuya importancia sería erróneo subestimar; y, por otra parte, debemos contar los hábitos, a veces buenos pero frecuentemente malos, que el africano ha contraído como consecuencia del contacto con el colonizador y con una civilización moderna mal asimilada.

Sobrevivencias éticas o metafísicas: Tenemos en primer lugar lo que yo llamaría el "espíritu bíblico". Una breve anécdota permitirá comprender qué entiendo por esto.

En una aldea de una región muy tradicionalista, un anciano de por lo menos ochenta años, sin hijos, había repartido sus campos, por amistad, entre algunos paisanos jóvenes sin consultar al jefe de la aldea. Este último reacciona violentamente y a título de sanción pública, no vacila en hacer recoger por sus hijos la cosecha de un tamarindo perteneciente al anciano. Protestas del anciano, encuesta del jefe de distrito y justificación del jefe de aldea: "—Este hombre me ha insultado al no consultarme: él no tenía derecho a repartir sus tierras puesto que es extranjero. —¿Extranjero?, pregunta el jefe de distrito. Pero si ha nacido en esta aldea... —Sí, pero su padre no era de aquí... —¿A quién pertenecen entonces sus campos? —A la aldea, y por lo tanto a mí, como el agua del río o los pájaros de los árboles". Fue muy difícil hacer comprender al jefe de la aldea que el "extranjero" era tan

malí como él, y que la autoridad moral que él se atribuía siguiendo una tradición milenaria no podía ser reconocida por la ley.

Por cierto que los jefes de aldea no tienen todos una concepción de su función tan intransigente, pero es posible reconocer en todos actitudes semejantes, en distintos grados. El establecimiento de consejeros elegidos al lado del jefe tradicional y, sobre todo, la existencia, en el seno de cada aldea, de un comité político compuesto por elementos jóvenes del partido, hacen desaparecer sólo paulatinamente estas sobrevivencias del tiempo de los patriarcas.

Si bien estos elementos politizados aceptan, por lo demás con bastante timidez, ir contra el pasado en lo que concierne a la vida material de la aldea, no ocurre aún otro tanto en lo que toca al dominio religioso y menos aún en lo que toca al dominio de lo demoníaco. El africano de la era atómica es todavía un ser profundamente metafísico. Es por otra parte muy comprensible que, pobre y débil, enfrentando a una naturaleza desmesurada, —calor humano, sequía desoladora, o por el contrario vegetación locamente exuberante, tornados cataclísmicos— haya sentido y sienta aún la necesidad de aferrarse a reflejos fantásticos, el suyo propio, evidentemente, y el de las fuerzas hostiles que él simboliza bajo la forma de demonios. Y estos demonios son también imágenes de él mismo: fuertes y débiles, poderosos para quien ignora el rito que los conjura, ridículamente ineficaces para el que conoce el gesto protector. ¿No son acaso, estos demonios, semejantes al africano, que, protegido por su fetiche, se siente bastante fuerte como para atacar al león con su lanza, pero que morirá ocho días más tarde de tétano porque en el curso de la caza se ha lastimado un pie, cuando hubiera bastado una inyección de suero...?

Este sentido de lo maravilloso no es atributo exclusivo del campesino analfabeto. A medida que la sociedad evoluciona, el fetichismo cede terreno a religiones más elaboradas: el islam al norte, el cristianismo al sur, pero lo maravilloso persiste tro de cincuenta años, militante del R.D.A.

desde el primer día, buen musulmán pero sin fanatismo, hizo la siguiente reflexión a propósito de Gagarin: "De vera que hace falta coraje para dar la vuelta al mundo en un cohete... Qué habría hecho Gagarin si se encontraba allá arriba con Dios?" y esto en el curso de una charla sin mayor orden, en la que minutos antes mi interlocutor me había anunciado con satisfacción que había comprado en la librería popular una valija entera de libros marxistas.

No es necesario decir que los intelectuales "de izquierda", si bien aceptan las aplicaciones económicas del socialismo, no quieren de ninguna manera oír hablar de las consecuencias filosóficas del materialismo histórico. Es cierto que uno de los conceptos más importantes, el de la alienación, les es prácticamente desconocido debido a que es inconcebible en el ambiente original en que viven. El campesino no vende su trabajo, sino que consume directamente los frutos de éste y, lo que no puede consumir, muy a menudo lo intercambia. El trueque no ha desaparecido en el monte. El cultivador trueca una medida de mijo contra una calabaza de leche que le trae el criador. La mujer que va al mercado lleva los productos de su quinta para venderlos pero en seguida compra productos manufacturados: azúcar, tela de algodón, hilo..., y de este modo los signos monetarios no hacen sino resbalarle por las manos y la operación se reduce aún en este caso a un verdadero trueque. Puesto que el trabajo produce siempre bienes palpables, no podría ser alienante.

Es por eso que los raros líderes africanos que son verdaderamente marxistas están obligados a disimular su posición ideológica, a concurrir a veces a oficios religiosos, e incluso a frenar la aplicación práctica del socialismo para no espantar a la masa, a la que medidas demasiado radicales podrían hacer caer en el temor de verse llevar hacia un modo de vida en el que lo divino habría perdido su lugar.

SOBREVIVENCIAS HISTORICAS Y SOCIALES: En la mayor parte de las repúblicas, el hecho nacional ha suprimido constitucionalmente las etnias, pero apenas hay país en el que las haya hecho desaparecer

en la práctica.

El apellido recuerda ya, de manera permanente, la pertenencia a una etnia, a veces incluso a una aldea. Los señores Dolo, Togo, Coulibaly, Touré, Tall, estudiantes en París, son, para sus camaradas franceses africanos de cualquier parte. Pero, de vuelta al país, sus etnias los reincorporan: Dolo es un dogón de Sangha, Togo un dogón de Kani-Bozon, Coulibaly nació en algún punto del país bambara. Touré en el codo del Níger, y en cuanto a los antepasados de Tall, su distribución geográfica es más caprichosa debido a que eran guerreros nómadas y han dejado descendientes desde Foyta, en el Senegal hasta Macina.

Si estas etnias fueran simples rótulos la dificultad no sería grande; pero son mucho más que eso: son un tipo físico, una lengua, una manera de pensar y sobre todo, ellas hacen revivir un pasado. Muchos imperios, apoyados alternativamente sobre diversas etnias se han sucedido en Africa y ellos no han sido olvidados. Todos recuerdan que sus antepasados han reinado sobre tales o cuales vecinos. En el Malí se canta todavía la **Malinké Soundiata**; el recuerdo de Omar Tall, que se hizo saltar sobre un barril de pólvora antes que rendirse, llena aún a sus descendientes de un indiscutible orgullo, pero también los Sonraís, los Mossis, los Kasonkés, para no hablar sino de una región muy limitada, tienen cada uno su página gloriosa.

Ocorre, en muchos puntos de Africa lo que ocurría en Córcega bajo la Tercera República: se era pietrista o landrista por razones sentimentales que no tenían nada que ver con la verdadera política. Si no fuera porque temo herir a algunos buenos amigos, mencionaría a una ciudad en la que la rivalidad entre peuls y dogones paralizó toda iniciativa constructiva durante varios años. Fue necesario que un miembro del buró político nacional, que pertenecía por lo demás a una tercera etnia, lo cual facilitaba su papel de árbitro, viniera a recordar a los habitantes que eran todos malfes.

Estas rivalidades no sobrepasan en general el nivel de la aldea; pero frenan ne-

cesariamente el progreso económico y político en la base.

El hecho parece por otra parte convenir a ciertos gobiernos, que tienen tendencia a alentar las discriminaciones raciales por razones probablemente análogas a las del gobierno francés, que no hizo nunca nada por suprimirlas. Es bastante curioso, en efecto, comprobar que en el Malí, país socialista, ningún organismo político se refiere a la etnicidad, en tanto que en Costa de Marfil, país capitalista, muchas secciones, burós, lugares de reunión, conciernen exclusivamente a tal o cual grupo étnico. Dividir para reinar es siempre un excelente principio cuando se desconfía del pueblo.

Es evidente que esta "microtomización" de la masa es un obstáculo importante para una toma de conciencia de clase e incluso para un simple trabajo comunitario. Ciertos países como el Malí, han atacado resueltamente el problema, quitándole toda base geopolítica. En efecto, la antigua división territorial en cantones, al frente de los cuales se hallaba un jefe tradicional, cuya autoridad se ejercía sobre veinte o treinta aldeas, mantenía la división étnica, favorecía la pervivencia del culto del pasado y de las rivalidades entre razas. Los cantones y sus jefes han desaparecido: los antiguos círculos han sido divididos en cinco o seis unidades en función de la densidad de la población, de las particularidades geográficas, de la ubicación de los mercados, pero nunca en función de las etnias. Al frente de estas nuevas divisiones se halla un jefe de distrito, que es funcionario del gobierno y por lo tanto reemplazable, y que se esfuerza por demostrar que un Sonrai o un Bambara es tan buen malí como un peul o un Dogón... pero la demostración no convence todavía a todo el mundo.

La división en etnias no es por otra parte la única que viene a dificultar la cohesión de las naciones africanas: la división en castas contribuye a su vez a fragmentar la homogeneidad del grupo étnico. Esta división era en efecto un elemento esencial de la mayor parte de las sociedades africanas y correspondía a una elab-

boración social avanzada. Sería un error confundir simplicidad bíblica del modo de vida con primitivismo de estructura. Cada casta desempeñaba su papel, las interdependencias estaban claramente definidas, y las prohibiciones rituales no impedían los intercambios amicales. El noble no olvidaba que el hierro del herrero, hombre de casta inferior, lo había convertido en hombre el día de su circuncisión, y el joven noble era el amigo del hijo de su herrero, para el que a menudo él buscaba una esposa, haciéndose cargo de los gastos de su casamiento. El griot, trovador africano, era el chantre de las epopeyas gloriosas... La paradoja está en que estos elementos, que fueron positivos, se han convertido ahora en negativos y retardatarios debido a que el contexto ha variado: el herrero no posee más su aureola religiosa porque ya no es él quien extrae el hierro, él se contenta con recuperarlo y trabajar el hierro viejo; el griot, que no tiene ya "gestas" que cantar, se ha convertido muy a menudo en una especie de chantajista que lleva de un lado a otro los chismes. Privadas de sus cuadros, estas sociedades se hacen trizas, y las reliquias de las horas de grandeza que han vivido se han tornado ahora un freno que es necesario hacer desaparecer, con la nostalgia quizá de ese mundo que el imperialismo no había aún alcanzado a pudrir.

Ante el extranjero la decencia exige que se vele públicamente el problema, puesto que, oficialmente, las castas no existen más; lo cual es cierto sólo a partir de un determinado nivel: la escuela hace sentar uno al lado del otro los hijos del griot, del herrero, del noble, del antiguo esclavo; la función puede hacer de un griot un jefe de distrito o un ministro. Varios países de África tienen el derecho de decir que la cartera de ministro se halla ya, para todo ciudadano, cualquiera sea su casta, en su cartera de escolar. ¿Pero en la base, en el plano de los problemas cotidianos, del trabajo, de la aldea, del casamiento, de las relaciones humanas?

La división en castas, sobrevivencia de un pasado en el que respondía a una nece-

sidad social, no puede mantenerse sino en la medida en que sobrevive la sociedad que le ha dado nacimiento. Ahora bien, la base, como he mostrado arriba, se halla aún muy cerca del pasado, y es por lo tanto normal que las superestructuras de este pasado se encuentren en ella todavía vivaces. Por eso hay aún muchas regiones en las que el noble no podría casarse con la hija del griot, ni el herrero aspirar a otro oficio que el de sus mayores. Si bien el noble bambara no se deshonra porque cultive su campo, muy otra es la situación para el noble peul, que debe abandonar a su esclavo estas bajas tareas; pero el noble peul ordena él mismo sus vacas, gesto que un bambara no se dignaría realizar.

Resulta pues extremadamente difícil para un marxista europeo apreciar la complejidad de los problemas sociales africanos: en Europa la solidaridad obrera ha liquidado tanto el corporatismo como el regionalismo y ha explicitado claramente las nociones de clase. En Africa, el campesino noble bambara que escarba penosamente un suelo pobre, el esclavo peul que realiza el mismo gesto con la misma especie de azada, la daba, el herrero que ha fabricado esta herramienta que no cambia desde hace siglos, el peul que los ve trabajar, despreciándolos, en tanto cuida su rebaño de vacas raquílicas, todos estos hombres, tan pobres unos como otros, sometidos a las mismas fuerzas adversas, a la misma injusticia, no se sienten solidarios e incluso ignoran que podrían serlo.

He insistido mucho en esta fragmentación porque me parece un factor decisivo: la sociedad africana no está constituida por clases, sino por micro-organismos juxtapuestos que carecen de todo denominador común que los lleve a presentar un frente unido: no hay policía a la cubana, ni usurero a la china, no hay latifundista a quien se deba entregar la mitad de la magra cosecha ni ricos extranjeros para prostituir sus hijas. Por opuesto que se sea al principio de la colonización, es preciso reconocer que la presencia francesa no fue envilecedora y suficientemente tiránica como para imponer la unión en la

rebelión.

De este modo, cada pequeño grupo ha continuado su existencia propia, indiferente a la balcanización del Africa, al régimen que le proponían los gobernantes. Es por eso que la primera tarea a que deben abocarse los dirigentes socialistas es la de soldar estos pequeños mundos cerrados para hacer de ellos una masa decidida a liberarse de las falsas fatalidades: la edificación de un verdadero socialismo no puede comenzar sino después de esta primera etapa.

Siendo la emancipación social un combate, las mujeres deben participar de él como en otros tiempos la esposa africana, que animaba con sus gritos al guerrero y le preparaba la comida de los vencedores. ¿Cumple ella actualmente este papel? Dejemos de lado a una Hawa Keite, figura tan familiar de cuanto congreso por la emancipación de la mujer se realiza, y a todas esas estudiantes africanas que se han hecho tan parisinas; pongamos igualmente aparte a un puñado de enfermeras, de maestras, de parteras: ellas no forman ya una masa anónima. Ocupémonos de la esposa del campesino en su aldea perdida en el monte. En este cuadro patriarcal, la mujer se ha conservado la esposa perfecta de antaño... Ella estuvo siempre muy lejos de la silueta que marmarracheaban los racistas de ley: una máquina para machacar mijo y hacer chicos, que venía en la jerarquía social un poco después del borrico puesto que llevaba cargas menos pesadas. Esta es sólo una burda caricatura para uso de imbeciles. La mujer africana trabaja en general muy duro, es madre varias veces, pero su papel, siempre discreto pero real, no acaba allí. Ella no aparece en las discusiones públicas, pero su voz se hace sin embargo sentir en ellas: sobre todo si es madre, su opinión pesa mucho en la casa. La poligamia no impide a la mujer que se la respete y en la gran mayoría de los casos, ella lo merece.

Consciente desde la infancia de lo que será su papel de madre y de esposa, la mujer africana es profundamente adicta a la estructura que la ha formado. Ella cons-

tituye por eso un factor de estabilidad, pero en período de evolución corre el riesgo de transformarse en un freno. Así, tal abuela exigirá que su nieto vaya a la escuela coránica de la aldea, de la cual saldrá inadaptado para la vida moderna, y no a la escuela de la cabecera del distrito donde el niño olvidará la religión. Tal madre viuda exigirá que su único hijo, ya funcionario importante, tome como esposa una joven de la aldea, perfecta según las normas del pasado, pero que no responde en absoluto a los proyectos matrimoniales del interesado. Tal otra se opondrá a una operación quirúrgica, así deba morir el paciente. Y estos vetos son observados, al precio de casos de conciencia extremadamente penosos para los jóvenes.

Sin embargo, si uno se toma el trabajo de informar a la africana del interés que presenta para su familia una innovación que se le propone (y no que se le impone), ella puede convertirse en un factor de progreso: por ejemplo, rechazará más fácilmente que el hombre la medicina del hercicero y adoptará la del dispensario. Me ha ocurrido incluso ver a madres llevar a su hijo a la consulta casi a escondidas del marido.

La mujer africana, que vive para y por su familia, se ha contentado pues hasta aquí con seguir el grupo al que pertenece, la casta y la etnia. En ningún caso su influencia ha podido ser suficiente para imponer una opción mayor. Y es bajo este ángulo que he considerado que debía incluir en este párrafo sobre las supervivencias del pasado que frenan el progreso del país, el estatuto de la mujer.

Así pues, hasta la independencia, los africanos, paralizados por sus tabúes de castas, confinados en sus etnias, cegados por sus religiones, incomunicados, por la falta de lengua escrita, con otras formas de pensamiento y de vida, han vivido en circuito económica e intelectualmente cerrado. Y este aislamiento no les pesaba, sino que al contrario, lo deseaban y lo mantenían, ya que sólo venían a romperlo el cobrador de impuestos para tomar su dinero, el administrador para enviarlo a trabajos forzados, el oficial para convertirlos

en soldados. El temor de los inconvenientes que le acarreaba el mundo exterior favorecía el aislamiento, y el aislamiento favorecía el temor de lo desconocido... un círculo vicioso que las élites no han logrado aún romper completamente. El africano del monte se ha conservado muy desconfiado: puesto que una confianza otorgada un poco prematuramente les ha valido a veces desgracias, ellos esperan, prudentes. Es en este espíritu que, durante mucho tiempo, han puesto mala cara a la escuela. El colonizador había intentado por cierto hacer un ligero esfuerzo de escolarización, pero chocaba con la desconfianza de las masas y dispuso así de un excelente pretexto para no insistir demasiado y no instruir sino el mínimo de sujetos para reclutar entre ellos los funcionarios subalternos necesarios para el funcionamiento de la administración colonial. El analfabetismo sigue siendo un obstáculo importante para la evolución. La difusión de las consignas del gobierno de las órdenes del Partido, es imposible sirviéndose del panfleto, del diario o del cartel, y los responsables deben así recorrer el monte de aldeas en aldea, de donde se sigue pérdida de tiempo y de energías. Hasta la independencia y desde siglos atrás, sólo se había modificado ligeramente la metafísica africana, pero el progreso de las religiones elaboradas no constituía un factor de evolución social. La escuela coránica no llevaba al joven musulmán a un embrión de cultura árabe, y la lengua no tenía mucho más utilidad práctica que el latín de los misioneros. Si es cierto que las escuelas de éstos tenían una utilidad práctica indiscutible aunque muy limitada, no lo es menos el que la doctrina no invitaba mayormente al fiel a librarse de orden establecido por un Dios Padre que se parecía mucho a un gobernador de colonias.

Después la situación ha evolucionado en función directa de la sinceridad con la que los gobiernos trabajan por la educación del pueblo: lucha contra el analfabetismo, politización de la masa, emancipación de la mujer, son los medios esenciales de acción. El estudio de lo hecho y lo

por hacer constituiría él sólo la materia de un artículo. Digamos sin embargo que el éxito se perfila, y que actualmente casi todas las aldeas del monte mali reclaman una escuela y un dispensario. Tal reclamo hubiera sido inimaginable antes de la independencia.

FACTORES PSICOLOGICOS INDIVIDUALES. Estos factores deben ser a su vez divididos en dos grupos: los que están ligados a actitudes tradicionales y los que se explican en función del pasado reciente.

Los primeros son en sí mismos cualidades positivas, pero su hipertrofia los convierte a veces en un obstáculo al rigor que debe caracterizar a una sociedad socialista. Se trata, por una parte, de la gestileza y el espíritu de camaradería, por otra parte, del apego a la familia y al ambiente de origen.

Al africano le gusta hacer un favor... e irá a veces hasta más allá de lo lícito para favorecer a un amigo. Su gentileza lo inclina un poco demasiado a perdonar a los culpables: sufre sinceramente al ver castigar a un amigo, incluso si el castigo está perfectamente justificado, y este sentimiento no está manchado de ninguna segunda intención sospechosa. El africano no espera crear un precedente de indulgencia para él día en que él mismo haya cometido un delito, sino que, mucho más humanamente, piensa en la familia del amigo culpable, en su miseria, desea verlo salir muy pronto de la prisión y da por seguro que la administración confiará de nuevo un puesto a tal funcionario inescrupuloso cuya familia recuperará así el bienestar al que tiene derecho puesto que ella no es culpable. Yo no invento este procedimiento: él me ha sido claramente expuesto por uno de mis amigos.

Modibo Keita decía un día: "El pueblo mali, en su benevolencia, no desea castigar los culpables, sino reeducarlos..." Esta afirmación tiene el consentimiento de todo un pueblo para el cual un rigor excesivo se convertiría bien pronto en impopular. Desgraciadamente, el socialismo no se construye únicamente con los buenos sentimientos, y un perdón otorgado demasiado pronto termina por convertirse

en un estímulo a la facilidad.

En cuanto al apego al ambiente original, a las tradiciones, a la familia cuyo juicio se teme mucho más que el de los superiores jerárquicos, resulta de todo ello la dificultad de aplicar prácticamente medidas decididas a nivel de gobierno. La mendicidad, por ejemplo, ha sido prohibida recientemente en el Mali; ahora bien, ella tenía un valor ritual para los alumnos coránicos. Del momento que el imam de Bamako había caucionado la prohibición, esta práctica debería haber desaparecido. Pero un funcionario que se esforzaba por hacer aplicar esta medida en su aldea sería severamente juzgado, y él es el primero en dar su parte de arroz o de mijo al que viene a salmodiar ante su puerta el ruego tradicional: rehusarse a hacer este don es una vergüenza; ¡al diablo la disciplina socialista!

Estas buenas cualidades que se convierten en defectos tienen consecuencias limitadas en un régimen socialista, pero éstas se hacen catastróficas en un régimen burgués. Es tentador, cuando el sistema político y económico se funda en la injusticia, hacer degenerar la camaradería en tráfico de influencia, aceptar la comisión por los servicios prestados, institucionalizar la coima y hacer deslizar el régimen hacia la más franca corrupción.

Dos causas vienen a facilitar aun este deslizamiento.

Por una parte, el desprendimiento demasiado brusco de una sociedad tradicional hace que se pierda una ética sin dejar a otra el tiempo de reemplazar a aquélla. Al abandonar el conjunto de su mundo, el africano abandona sin discriminación lo que era lo mejor de ese mundo y debería haber sobrevivido en su nueva vida: en particular la honestidad y la rectitud. En la mayoría de los grupos étnicos el robo y la mentira son vergüenzas mayores. El "evolucionado" que ha quedado a mitad de camino, que ha cortado sus raíces sin plantar otras nuevas, comienza demasiado a menudo a marchar por mal camino. Esto puede de paso servirnos de lección: si es cierto que el imperialismo es criminal al ahogar deliberadamente el despertar del

Africa, no hay tampoco que forzar el ritmo de la evolución: la vieja sociedad debe dar a luz libremente a la nueva que la sucederá.

Por otra parte, el peligro de corrupción aumenta aun por el hecho de que el africano de las clases dirigentes desea aprovechar ampliamente de las facilidades costosas de la vida moderna, incluso en los regímenes que tratan de construir el socialismo, lo que parece bastante contradictorio. Esta tendencia está directamente ligada a un pasado reciente, y es indispensable analizarla claramente si se quiere comprender el comportamiento inconscientemente antisocial de ciertos africanos.

Vestirse con ropas europeas que cuestan muy caras, estar encima muy orgulloso de haber podido pagar un precio exorbitante, tener una hermosa casa, un coche, una heladera, tomar whisky (si no es musulmán e incluso si lo es, a condición de borrar la falta mediante un ayuno estricto durante el Ramadan), no son cargas para la conciencia de muchos africanos que se creen socialistas, y que saben muy bien que el promedio de las entradas anuales es de alrededor de 12.000 francos C.F.A. (*Comptoir français d'Afrique*), o sea alrededor de 240 francos franceses, por habitante. Ganar en una semana tanto o, frecuentemente, mucho más que el campesino medio en un año, no les da la impresión de pertenecer a una clase privilegiada. Esta inconsciencia tiene su origen en motivaciones complejas.

Por lo pronto, el africano enriquecido puede muy fácilmente desembarazarse de estos accesorios costosos: a menudo, por ejemplo, visita a su familia que ha permanecido pobre y comparte con ella la vida frugal del monte; el privarse de su lujo no lo hace sentirse infeliz, y por eso no piensa que los que viven sin ese lujo sean desheredados. No habiendo cortado los lazos que lo unen a la masa y pudiendo reencontrar su lugar en ella sin dificultad, el africano enriquecido cree sinceramente que pertenece siempre a ella. Esta opinión está por lo demás corroborada por la opinión de la familia y, a través

de ella, de la aldea, ya que una y otra se alegran del triunfo de uno de sus miembros y lo incitan a perseverar en éxitos que les reportan siempre también a ellos algunas migajas. Puesto que la base no tiene conciencia de clase, los elementos aburguesados no se ven obligados a tomar a su vez conciencia de que ellos están en vías de constituirse como clase. Como lo he mostrado ya, del momento que la masa no está estructurada y que las interpenetraciones entre elementos evolucionados y tradicionales, entre ricos y pobres, son constantes, esa neoburguesía incipiente no se da cuenta de que está en vías de calzar las botas de los antiguos señores blancos y de asegurarse sus prerrogativas.

Este hecho explica la penetración tan fácil del neocolonialismo en la mayoría de las repúblicas africanas: con un poco de dinero y de material, el neocolonialismo ha encontrado un terreno dispuesto a recibirlo. Sin subestimar el papel de los bancos, de los consorcios comerciales, del imperialismo en todos sus aspectos, la victoria del neocolonialismo ha sido posible porque éste encontraba una complicidad, no políticamente buscada pero económicamente consentida por esas élites para las cuales el dinero y la facilidad habían tomado importancia primordial en cuanto el deseo de independencia había sido satisfecho con la obtención de una bandera y de un himno nacional.

Incluso en los países donde dirigentes lúcidos han elegido la independencia, verdadera pero austera, encaminando su régimen hacia el socialismo son muchos los que miran con envidia a los países en que el dinero corre a raudales, y estarían muy dispuestos a convertirse en los beneficiados de una situación semejante en su propio país. Basta para convencerse con leer el reciente discurso de Modibo Keita, particularmente severo para con las élites bamakenses.

Esta actitud está en oposición completa con la simplicidad fundamental del africano. Es preciso pues tratar de desmontar su mecanismo.

Para los racistas impenitentes es fácil, evidentemente, decir: "Estos dirigentes

africanos no aman sino el dinero, y están dispuestos a hacer marchar a los otros a su gusto con tal de que les resulte rendidor: del momento que se les da un poco de autoridad, abusan de ella y se les importa poco de que el pueblo se muera de hambre si ellos tienen todo lo que les hace falta...". Estas características se aplicarían a la perfección a los mismos que las imputan a los africanos: se creería que se describen a sí mismos todos los "petits blancs" que durante años han aprovechado abusivamente de un vago galón, de un empleo subalterno en una administración colonial o de un comercio exageradamente fácil, puesto que todo estaba organizado para asegurar su éxito en perjuicio de los africanos, cuya competencia estaba legalmente eliminada.

Durante todos los años que duró el período colonial, los africanos de la inteligencia han sufrido un sofocamiento disimulado, un ostracismo matizado pero eficaz, injusticias cotidianas. El aspecto humano de éstas, más humillante que el aspecto económico, ha hecho que la segregación colonial llevara a esos africanos a un error de interpretación de los factores sociales. La colonización ha sido la obra de una clase: la burguesía de dinero necesitó nuevas tierras para invertir su capital. Ella utilizó un personal europeo del cual estaba segura: militares, funcionarios seleccionados, pequeños burgueses ambiciosos; aparte algunas raras excepciones, el personal colonial era reaccionario, encarnaba ideales burgueses, trataba de ganar el máximo posible de dinero, se organizaba una vida completamente ajena a los africanos, evitando la segregación *de jure* pero realizándola *de facto* gracias a la disparidad del poder adquisitivo. Este personal constituía en África una verdadera clase burguesa de origen exógeno. Los africanos han sufrido la segregación sin comprender su mecanismo, y muy pocos de entre ellos han comprendido que se trataba en realidad de la opresión de una clase y han sabido reconocer a través de la personalidad del opresor su calidad de burgués. La inmensa mayoría no ha visto sino el "blanco": la opresión apare-

cía entonces no como la de una clase, sino como la de una raza, y este error ha traído como consecuencia la confusión de los valores sociales. Lograda la independencia, el reemplazo del blanco en sus funciones implicaba el acceso a las ventajas de que éste había gozado y de las que el africano creía haber estado excluido únicamente a causa de su color, cuando en realidad había estado privado de ellas únicamente a causa de un sistema económico. No se daba cuenta de que al aceptar estas ventajas aceptaba al mismo tiempo las prerrogativas de una clase y ejercía contra sus compatriotas, la injusticia que el blanco había ejercido contra él y cuya verdadera naturaleza no había sabido reconocer. Ignoraba que, al reparar una injusticia de la que había sido víctima, creaba otra de la que era beneficiario. Y en los países donde no ha habido dirigentes lo bastante lúcidos para hacerle abrir los ojos, el neocolonialismo rápidamente infiltrado se esfuerza por mantenerlo en esta óptica falseada. La crítica de los racistas es demasiado a menudo justa, pero es porque ellos manejan todavía los hilos de estas gentes que se han deformado con su contacto.

De hecho la frecuente tendencia a aprovecharse de las facilidades que se ofrecen; es una consecuencia de la colonización y traduce, quizá con exceso de entusiasmo y una cierta torpeza, las reacciones muy sanas de un ser que toma conciencia de sí mismo y que, frustrado hasta entonces de todo, trata de aprehender más ampliamente el mundo: es una necesidad de un hombre libre y consciente de serlo. El hecho no debe pues ser interpretado como una tara orgánica de la raza, sino como una afirmación de vitalidad, exuberante y torpe, pero que basta con educar y orientar para transformarla en deseo colectivo de mejorar la suerte de todo un pueblo.

Este deseo de apropiación del mundo no es por otra parte una particularidad sólo de la élite, sino que comienza lentamente a extenderse a la masa, confirmando su vitalidad profunda. ¿Quién, en el monte, no tiene su linterna eléctrica, que vence a la noche? En cuanto se tiene un poco de

dinero, se sueña con la radio a transistores: prueba de que el aislamiento secular comienza a pesar y que se busca conocer al mundo. Todos los jóvenes quieren una bicicleta: deseo de desplazamientos más rápidos, reducción de la distancia por la velocidad, victoria una vez más sobre la naturaleza hostil.

Este aspecto positivo tiene, es cierto, una contraparte que los colonialistas saben explotar muy bien: el africano se convertiría fácilmente en un consumidor de aparatitos. Infantilismo, imitación del blanco, dicen los racistas; al contrario, debe verse en ello la reacción normal de un ser que se ejercita en descubrir un universo para el que no supimos o, más exactamente, no quisimos prepararlo, con la esperanza de mantenerlo siempre ajeno a él y hacer de este modo necesaria y por lo tanto benéfica y humana la dominación del blanco. Al hipocresía burguesa había logrado así salir airoso de la difícil prueba de justificar la colonización.

Todos estos errores individuales están pues muy conectados con el pasado reciente. Ellos constituyen una reacción accidental a este pasado reciente, reacción que no cierra por cierto el porvenir al África, pero no por eso deja de ser un serio obstáculo a su progreso.

* * *

Tales eran y son todavía las dificultades profundas contra las que choca el socialismo africano. Tres consecuencias elementales resultan de allí.

Por una parte, la instauración revolucionaria del socialismo en un país africano que ha accedido a la independencia sin lucha es actualmente imposible.

En segundo lugar, la construcción del socialismo razonada y buscada por un gobierno, es posible pero difícil, y exige de sus responsables un esfuerzo constante y una lucidez sin desmayos. Mal es la prueba de que semejante experiencia es viable.

Finalmente, la estafa de la independencia convertida en denominación neocolonialista por intermedio de una burguesía autóctona es una amenaza que debe temerse aun por muchos años.

¿Quiere esto decir que el futuro de África está definitivamente comprometido? Por cierto que no. Como he tratado de mostrar en el estudio de los factores individuales, el africano está actualmente lleno de contradicciones, las que no podrán ser resueltas sino por un nuevo salto hacia adelante. Este salto será fácil en los países en los que la política ha sabido preparar el futuro ofreciéndole la posibilidad de una evolución regularmente progresiva en una perspectiva claramente definida. Pero corre el riesgo de ser tumultuoso y sangriento en los países donde los gobiernos han puesto el cerrojo a las puertas del futuro, que un día los pueblos harán saltar. Examinar en detalle las condiciones y las posibilidades del éxito del socialismo africano excedería el marco de este artículo, pero el simple estudio de los obstáculos con que tropieza permite ya concluir que ninguno de ellos es insuperable y que la torpeza de muchos gobiernos que se oponen a la fuerza potencial de las masas creará situaciones revolucionarias que permitirán transformar la engañosa independencia política en una verdadera liberación social.

R. DEPINAY

(Aparecido en *Les Temps Modernes* N° 215:
La traducción es redaccional;

AFRICA NEGRA ¿HA PARTIDO MAL?

PAUL NOIROT

Africa Negra ha partido mal (1), la última obra del célebre agrónomo René Dumont, ha suscitado en Francia y en África numerosas reacciones, favorables o contrarias, que demuestran el interés de la discusión que hoy deseamos presentar a nuestros lectores.

Participarán en la discusión, además de René Dumont, Jean Bénard, profesor de economía política en la Facultad de Poitiers; Jean Dresch, director del Instituto de Geografía, profesor en la Sorbona; Jacques Charrière, colaborador de nuestro amigo Charles Bettelheim; Paul Delanoue, nuestro especialista de cuestiones africanas; nuestro colaborador vietnamita Nguyen Nghe; Paul Amar, corresponsal en París de *Alger Républicain*; Albert Paul Lentin, del cual nuestros lectores han apreciado muchas veces los estudios sobre el Maghreb; y dos amigos del África negra, Dieng Amady Aby, estudiante y presidente de la *Fédération des Etudiants d'Afrique Noire* en Francia (2), y Camara Ibrahim, alto funcionario de Guinea.

Esta es la primera cuestión a plantear: Un cierto número de africanos, tanto dirigentes como miembros de organizaciones populares, tiene la impresión de que este libro, aun siendo, como afirma el mismo profesor Dumont, el libro de un amigo, en lugar de estimular los esfuerzos para hacer de África un país no más subdesar-

llado, parece en cambio, en algunas partes, desalentar estos esfuerzos.

RENE DUMONT

Quisiera que alguien de nuestros amigos africanos precisara esta crítica desde el momento que, evidentemente, al escribir mi libro mi objetivo fue advertir que África se encontraba frente a una situación difícil, que los dirigentes de la mayoría de los países africanos de hoy seguían esquemas ya superados. He deseado indicar los límites de estos esquemas, y aquello que me parecía la mejor manera de escapar de ellos, con el fin de ayudar a los africanos a acelerar su desarrollo.

CAMARA IBRAHIMA

Un libro como **Africa Negra ha partido mal**, era tanto más esperado en África por cuanto advertíamos el peligro de ver a nuestros países transformados, como ha dicho también el profesor Dumont, en una serie de pequeñas colonias similares a las de América Latina. Y esto explica por qué el libro se ha difundido tanto entre nosotros, suscitando una impresión tan fuerte, y por qué es esencial comprender con exactitud cuál es su importancia.

El aspecto más importante de este libro es que torna posible a los africanos de cualquier país la reflexión sobre un cierto número de problemas. Y se trata de problemas que —al menos en ciertos países africanos— se ha buscado cuidadosamente evitar, a tal punto que en ciertos ambientes de jóvenes, particularmente de estudiantes, muchos de los elementos negativos presentados por el profesor Dumont eran vistos aisladamente o interpretados como si significaran al fracaso absoluto de África. En consecuencia, creo

(1) *L'Afrique noire est mal partie*, Editions du Seuil, París.

(2) Al menos, hasta el XV Congreso de la FEANF, realizado en París del 26 al 29 de diciembre de 1962.

que este libro, si permite a los africanos reflexionar, si permite a todos los amigos de los africanos facilitar "una buena partida" no habrá fallado en sus objetivos.

Por mi parte, tengo la impresión de que esta obra referida a todo un continente con orientaciones diferentes, no se basa siempre en un estudio científico de la situación. En particular me parece que están presentes solamente aquellos elementos que, por el momento, son los más evidentes. Por otra parte, se advierte que el profesor Dumont se refiere más particularmente al campo que conoce mejor, el del desarrollo agrícola. Pero nosotros sabemos, por ejemplo, que no se puede hoy hablar en Africa de problemas económicos, cualesquiera ellos sean, sin plantear la cuestión del neocolonialismo, sin hablar de este disfraz de las antiguas potencias coloniales; disfraz en nombre del cual, muy frecuentemente, los Estados son librados de la necesidad de reflexionar sobre el por qué, como dice el profesor Dumont, se está dispuesto a equilibrar sus balances, suministrarles subvenciones, abrirles créditos, etc.

Y también ¿cómo callar un problema tan importante como el Mercado Común, y sus consecuencias para Africa?

De allí entonces que frecuentemente las críticas esenciales se confundan con las críticas particulares, y la orientación política de los distintos Estados africanos no sea claramente analizada.

Ni siquiera las fuerzas susceptibles de destruir las viejas estructuras tienen la relevancia que merecen, a pesar de ser un hecho de extrema importancia, dado que la primera condición para la evolución de un país que quiera romper con el sistema colonial es sustancialmente la voluntad de su pueblo de destruir todas aquellas relaciones pasadas que lo colocaron en un estado de inferioridad. Me parece, por ejemplo, que hubiera sido necesario un estudio sobre los partidos políticos, sobre las tareas de los sindicatos, o sobre los puestos realizados para destruir las viejas estructuras comerciales, elementos todos que no aparecen en el libro con la claridad necesaria.

El estudio de las relaciones entre los estratos sociales en Africa llega a la conclusión de que ha surgido una burguesía. Es verdad. Si esto se basa en la diferencia de los ingresos, en el abismo que separa la élite actual de los campesinos, en el estado de atraso en que es mantenido el campesinado, parece que un estrato tiende a acapararse los beneficios ofrecidos por la nueva situación. Pero creo que a este respecto el análisis debería basarse sobre un estudio mucho más científico.

para verificar si la situación actual es permanente, o se trata sólo de dificultades pasajeras.

Mi tercera constatación es la siguiente: el profesor Dumont ha escrito un libro que deberá ser seguido necesariamente por un segundo, escrito por él o por africanos, como Dumont mismo lo plantea por otra parte. Concluyendo **Africa Negra ha partido mal**, uno se pregunta: si todo ha sido demolido, hecho pedazos, ¿qué debemos hacer?

Es cierto que al final del libro el profesor Dumont describe cuáles posibilidades deja abiertas para la evolución de Africa en la perspectiva de la unidad continental. Pero pienso que la unidad africana no podría ser un remedio completo. El problema es esencialmente de orientación política. Y yo creo que para realizar esa unidad africana de la cual naturalmente comprendemos la necesidad, pero que no se podrá realizar a partir de un simple y puro plan sentimental, será preciso lograr una cierta identidad de puntos de vista en el plano político, en el plano de las orientaciones comunes.

Cuando leo, por ejemplo, que el profesor habla en su libro de la "rebelión de Guinea", me pregunto verdaderamente si piensa en las consecuencias de tal punto de vista. Cuando se les dice a Estados que tienen miedo de atreverse, a Estados que piensan que Africa no puede hacer nada sin Europa, cuando se les dice a esos Estados que Guinea está "en rebelión", yo me pregunto dónde encontrarán luego el coraje de atreverse. Recordando "la aventura de Guinea" habría sido necesario analizar concretamente la situación particular de éste país. Guinea jamás pensó lanzarse a la "aventura". Ha afirmado su voluntad de ser soberana, sin por esto destruir toda posibilidad de colaboración con los demás. Y creo que precisamente en la medida en que se pueda decir a los Estados africanos: "Guinea en este o aquel sector económico ha cometido tal o cual error, pero este error está condicionado por esta o aquella debilidad inherente a la situación concreta de Guinea", en la medida en que se les pueda decir eso, los demás países podrán atreverse... Por el contrario, el modo con el que el profesor Dumont presenta la situación de Guinea puede dar razón a los Estados africanos que optaron por no seguir, sino directamente convalidar una cierta idea, muy de moda también en Francia, que presenta la Guinea separada de la "madre patria".

Nosotros pensamos que Guinea puede

ofrecer a Africa el ejemplo de un país que contando con sus propias fuerzas, conociendo sus puntos débiles y sus propias insuficiencias, se atrevió a romper con la vieja metrópolis y tomar en sus manos su destino. Y creo que esto es muy importante en un período en el que los Estados africanos conciben su desarrollo ligándolo, en primer lugar, precisamente a las viejas metrópolis.

JEAN DRESCH

Un primer problema es el de saber si hubiera sido posible que las cosas anduviesen mucho mejor. Me es muy fácil comprender que los africanos no queden satisfechos de verse criticados: a nadie, por otra parte, le gusta. Pero la contribución verdaderamente útil de la obra de Dumont es la de esclarecer concretamente un cierto número de defectos que señalaron los primeros pasos de las naciones africanas independientes. Gravita sobre los Estados africanos una pesada herencia en primer lugar de arcaísmo y en segundo de innovaciones de tipo colonial. Pienso que el peso del arcaísmo mantenido por la colonización es inmenso, y que la misma colonización, como lo ha demostrado Dumont, no permitió la creación de una economía al mismo tiempo nacional y socialista.

Esta creación debía comenzar en condiciones extremadamente difíciles: sin administración, o con una administración desorganizada por la partida de los administradores coloniales, sin equipamiento suficiente, sin técnicos, también ellos en su mayor parte repatriados, ¿podría hacer las cosas mucho mejor de lo que las hizo?

Considerando la cuestión desde este ángulo es preciso disculpar al menos los errores inevitables de los gobiernos que, en sustancia, trataron de meterse en el pellejo de los colonizadores. El poder está en las manos de una burguesía que se ha formado precisamente bajo la colonización; que adquirió, lo cual es natural, los hábitos de los viejos colonizadores, olvidando empero las reglas y tradiciones que constituían la fuerza de la administración y de la técnica europeas.

El hecho de que esta burguesía se haya visto tentada de imitar a aquellos que abandonaron las riendas del poder, es una condición favorable para la introducción de nuevos métodos de explotación, definidos justamente neocoloniales, vale decir, la conservación de influencias menos directas, pero con frecuencia mucho más

pesadas, y que provienen siempre de los antiguos países colonizadores.

JEAN BENARD

Para comenzar, pienso que se debe reconocer en el libro de Dumont una serie de hechos absolutamente exactos que pueden ser observados por quienes hemos estado en Africa e intentamos ayudar a los africanos a encarar su desarrollo.

En lo que a mí respecta, me interesó el acento particular que Dumont hace recaer sobre el factor humano. En su obra, aparecen dos grandes temas: el problema agrícola, del cual Dumont es un eminente especialista, y también el problema humano de la formación de los cuadros y de la mejor manera de usarlos. Sin duda, es éste un problema particularmente grave, terrible en Africa.

¿Pero cómo pueden formarse los cuadros en una sociedad que quiere desarrollarse, y desarrollarse rápidamente? Pienso que son tres los caminos posibles.

La primera es la clásica solución de la formación de una burguesía nacional. Ella presupone un desarrollo necesariamente lento, puesto que si los Estados africanos están políticamente descolonizados, esto no es cierto aún desde el punto de vista económico. En consecuencia, las burguesías nacionales emplearán un cierto tiempo para constituirse, sobre todo en los Estados menos favorecidos desde un punto de vista geográfico y económico como los Estados del interior. Por lo tanto, no me parece razonable contar con una rápida formación burguesa de los cuadros.

La segunda solución sería la formación administrativa de los cuadros, y en este caso la prioridad se daría a la constitución de administraciones modernas cuyos funcionarios tuviesen el sentido del servicio público junto al de la eficacia económica. Pero también en este caso numerosos obstáculos se oponen a una rápida formación. El primero es que la mayor parte de los Estados africanos tienen fronteras y por lo tanto, una autonomía ante todo artificial. Los grandes conjuntos creados por la colonización se pudieron destruir sin que se formasen inmediatamente otros, sobre bases realmente africanas. En segundo lugar, es necesario un largo período de tiempo para que una administración adquiriera solidez y el sentido de la distinción entre interés general e intereses particulares, que en Africa son intereses étnicos o tribales. La administración francesa nació bajo Luis XIV, pero logró verdaderamente su plena eficacia sólo doscientos años más tarde.

Otra fórmula es la de las organizaciones populares de masa animadas por una ideología o, si preferimos, por una teoría política y social coherente y revolucionaria. Sin este impulso, al mismo tiempo popular e ideológico del Estado, no veo como se podría salir de la situación. De una manera quizás más brutal, más explícita aún, esto es en cierto sentido lo que dice Dumont cuando hace notar que la misma Administración anterior había terminado por degenerar. Lo mismo ocurre con los partidos, comprendidos también los partidos únicos, que son la norma en África. Con mucha frecuencia (aparte de Malí, Guinea y Ghana) los partidos únicos no son más que asociaciones sobre la base de los intereses comunes de sus dirigentes. Caso extraño, se encuentran allí los peores hábitos del parlamentarismo burgués. Para formar rápidamente cuadros válidos, los Estados africanos tienen necesidad de un género de partido completamente diferente, de una verdadera y real vanguardia política, sostenida por las masas populares y animada por una teoría innovadora.

PAUL DELANOUE

Yo también pienso que hay una parte positiva muy importante en el libro del profesor Dumont, y es la concerniente a lo que se llama "esquemas superados". No se puede negar que África, en el momento actual, sufre de una serie de deficiencias en el campo agrícola como, por ejemplo, el hecho de que los cultivos no estén adaptados a las condiciones climáticas, a las necesidades de los hombres, al mercado internacional; y desde este punto de vista el libro está lleno de sugerencias concretas, precisas, útiles en los distintos campos de la economía y de la técnica de los que trata. Pero considero que el libro no es suficiente, que yerra a veces y, como ha dicho Noirot, es de una naturaleza tal como para desalentar todo esfuerzo, en cuanto al modo de escapar de los esquemas convencionales.

Las primeras partes del libro, por ejemplo "África no es maldita", "Si África padece es a causa de los hombres", son a mi entender, excelentes. El profesor Dumont ha puesto de relieve con exactitud la importancia histórica de la trata de esclavos, luego del sistema colonial y de sus supervivencias, esto es, de la persistencia de la economía de la trata en el extenso estancamiento económico de África. Pero cuando se plantea el problema de saber quién está destinado a mejorar este estado de cosas, quién mejorará el curso de la evolución de África, el libro, a mi en-

tender no es capaz de alentar las fuerzas que verdaderamente pueden operar este mejoramiento. Bénard tiene razón en sostener que sólo un movimiento popular, obrero y campesino está actualmente en condiciones de poner en movimiento los recursos de este continente y mejorar el destino de los hombres. Pienso que las fuerzas que guiaron la lucha anticolonial deben hoy guiar la lucha por el mejoramiento económico, y que son esas las fuerzas que debemos estimular. Para poner en práctica las sugerencias más importantes del profesor Dumont es necesaria una política previa. Por ejemplo, la utilización racional de las enormes posibilidades energéticas presupone una cierta unidad africana. ¿Pero qué fuerzas pueden promover esta unidad?

En su obra Dumont analiza algunos aspectos de la evolución del Malí y de Guinea. ¿Por qué estos países han realizado mayores progresos que los otros? Porque el movimiento contra el colonialismo estaba animado por fuerzas populares, por una más vasta conciencia de las masas. Y aquí me atengo a cuanto han dicho Dresch y Bénard, vale decir, que realmente por esta vía África encontrará la posibilidad de cambiar las condiciones de los africanos. No basta limitarse a denunciar aquello que no camina, a decir que la burocracia es corrompida, que existe un número de parlamentarios, de ministros que acaparan una parte demasiado grande de los recursos de África, que los campesinos están descontentos y que hacen inevitable rebeliones campesinas: es preciso mostrar cuáles son las fuerzas que deben dirigir estas rebeliones.

A esta altura, a mi entender, habría sido necesario un rápido análisis del movimiento africano, obrero, campesino, intelectual; y no sólo bajo el aspecto polémico como ha sido hecho —por ejemplo— a propósito de los estudiantes, sino bajo un aspecto positivo. Está fuera de duda que este movimiento africano es extremadamente joven todavía busca su camino y sufre influencias que tratan de aislarlo de todas las otras fuerzas progresistas del mundo; pero pienso que facilitando realmente el desarrollo de sus ligazones con los otros movimientos progresistas, obreros, campesinos e intelectuales, ayudarán a África a encontrar el camino para mejorar su situación.

Finalmente, un rápido examen del problema de la escuela. Es verdad que muchas críticas sobre la escuela africana son justas y como educador tengo un interés particular por este problema. Los progra-

mas y los métodos son calcados demasiado frecuentemente de los programas y métodos de las metrópolis, tanto en las viejas colonias inglesas como en las francesas y quizás también en aquellas de otros países. Es seguro que el carácter intelectualista típico de la escuela francesa es más nocivo aún aplicado a la escuela africana. Sin embargo, creo que entre nuestros colegas aplicados a la enseñanza existen personas conscientes que tratan de conciliar la preocupación por una cultura elevada con la necesidad de una adaptación a la realidad africana. Es preciso no contraponer estos dos elementos sino fundirlos y a veces me parece que el libro es injusto frente a los esfuerzos realizados por los educadores africanos; en particular sería necesario estimular el actual movimiento popular por la obligatoriedad de la escuela y la liquidación del analfabetismo y al mismo tiempo, desarrollar la adaptación a las realidades concretas de Africa.

RENE DUMONT

El mío es ciertamente un libro limitado, y no tengo la pretensión de resolver todos los problemas. Es insuficiente en lo que respecta al estudio de los partidos políticos, de los sindicatos, y en el análisis de las orientaciones políticas. La razón es muy simple: no soy un sociólogo ni, más generalmente, un técnico en todas estas cuestiones. Por ello me limité a mencionar el problema del Mercado Común, por cuanto no he estudiado a fondo sus mecanismos.

Acerca de mi manera de interpretar la "rebelión de Guinea", debo precisar que el 22 de setiembre de 1958 me encontraba en Tananarive, en un restaurant vietnamita; y levanté mi vaso de alcohol de arroz, tibio al punto justo, a las 22 horas, y digo la hora con la aproximación de pocos minutos, brindando por la independencia de Guinea y por la ciudad de Tananarive, que había votado mayoritariamente por el "no". Bajo la mesa había un micrófono de la Prefectura de policía (lo supe después, pero mi comportamiento no hubiera sido distinto si hubiese sido informado antes; de todos modos es interesante saber que aquellos señores pudieron tener de inmediato el texto completo de todo lo que había dicho, lo cual parece haberles interesado vivamente).

El análisis de la situación de Guinea que he realizado es sobre todo el análisis de un técnico, de un agrónomo y quisiera que los demás Estados africanos supiesen que para avanzar en el camino del

socialismo, y para triunfar, es necesario respetar un determinado número de condiciones. A mi entender, si la implantación de sociedades nacionales, si la colectivización del comercio con el exterior son obviamente de extrema utilidad, diría casi indispensables para que los beneficios comerciales sirvan a la edificación de la economía nacional y no sean más exportados por las sociedades comerciales, de ello se deduce la preventiva necesidad de disponer de cuadros que tengan la competencia, honestidad y devoción necesarias.

Por consiguiente, lo que quiero decirles a los países africanos es que realicen de inmediato las condiciones necesarias para el pasaje al socialismo. Según mi manera de ver, el socialismo se encuentra en una posición mucho más difícil si se ha aventurado demasiado lejos y se ve obligado a retirarse, que si avanzó con mayor prudencia asegurándose las espaldas, preparando las condiciones del éxito y evitando las derrotas. Esto es lo que quisiera decir a los otros Estados africanos, citando el ejemplo de Guinea como una indicación de aquello que no se debe hacer. Y lo hice sin condenar la experiencia de Guinea. Por otra parte, desde hace dos años pienso que la orientación de este país está en dirección de realizaciones económicas razonables, en el sentido de que no exige más de lo que el país está en condiciones de realizar.

Malí y Guinea, dicen Uds., han realizado progresos mayores que los otros. Los había esperado de tal manera que debí lamentar que no se produjesen ya que, hasta hoy, no veo ninguna prueba de un desarrollo más rápido, más tangible de estos países, en el campo de la producción, y particularmente en el campo de la producción agrícola.

En lo referente a la escuela el objetivo que me propuse es, con otras palabras, el de una cultura elevada y adaptada a la realidad africana. Pero un movimiento popular volcado a liquidar el analfabetismo, similar a aquel que tan bien ha triunfado en Cuba y en el que participaron secundarios, colegiales, estudiantes, en Africa no lo he visto. Acabo de regresar de la Unión Soviética donde desde la edad de diez años los niños, durante un mes, recogen el algodón: esta es una tarea adaptada a sus posibilidades y suministra un excelente ejemplo que por desgracia no es seguido en la escuela africana.

Se me ha reprochado también no haber tomado suficientemente posición en el plano económico y político. Esto depende

de una razón esencial que tendré mucho gusto en ilustrar. En primer lugar, no estoy en posesión de la verdad económica, y aún estoy buscando el camino socialista para la agricultura. Fui a estudiarlo en la Unión Soviética, en China, en Cuba, y retornaré al Viet Nam septentrional y a China. Existen numerosas formas de desarrollo económico y no soy capaz de decidir y de saber cuál es la mejor también para África.

Si tengo vacilaciones sobre las mejores formas de la estructura económica, ellas se acentúan en lo que respecta a las de orden político. Indicar a los africanos los detalles de camino político a seguir, me habría parecido, ante todo, un acto de paternalismo político, y esto es lo que quise evitar.

JACQUES CHARRIERE

En primer lugar quiero felicitar a Dumont por el título de su obra, que es un óptimo hallazgo periodístico y resume claramente el análisis del libro. Pienso no obstante que existe en él una cierta ambigüedad. Cuando se dice que África negra arrancó mal se alude a un fenómeno que presenta dos aspectos bien distintos. Considero que no se pueden reagrupar bajo un mismo juicio, en una misma crítica, Guinea y Malí y los otros países.

En este sentido se plantean dos problemas: por una parte, se puede investigar por qué los países colindantes con Guinea y con Malí se han empeñado en un camino capitalista, y por otra parte —y es la cuestión más importante— se puede inquirir sobre la evolución actual de Guinea y de Malí y preguntarse si en lugar de una "partida equivocada" no sería más justo hablar de una detención de la evolución en el camino al socialismo, o si se prefiere, de una disminución.

Lo que podría reprochar a Dumont es no suministrar un análisis, ni siquiera un principio de análisis, de las causas que condujeron al desarrollo actual o al insuficiente desarrollo actual en el camino al socialismo en Guinea y Malí. La crítica es estéril y se remite solamente a la buena voluntad "de los mejores". Pienso que para poder realizar algunos pasos adelante sería necesario examinar no solamente, como dice Delanoue, los movimientos populares obreros o campesinos, sino también los mecanismos que permitirán a las fuerzas populares reponerse de esta partida equivocada. los elementos sociales, estructurales, políticos, históricos que hacen que por el momento las fuerzas populares tengan una influencia cada vez menos importante; estas fuerzas no pue-

den crecer de improviso, y es indispensable un análisis sociológico sobre todo de las estructuras sociales actuales y de las nuevas estructuras sociales, como ellas se presentan en Guinea o en Malí después de la opción socialista. En estos países se han efectuado profundas transformaciones; en particular, el Partido Democrático de Guinea es un partido político, un instrumento de dirección que no se encuentra en ningún otro país del África Negra. Y sin embargo, el estancamiento es evidente.

PAUL NOIROT

A esta altura de la discusión, dos son las ideas que me parecen importantes. La primera es que ha dado un fuerte relieve a la duración inevitable, sino a la imposibilidad actual, de un real desarrollo por la vía capitalista. La segunda es la necesidad, para poder "decolar", de quemar las etapas y de poner en movimiento las fuerzas populares. Desde este último punto de vista el problema es el de lograr interesar profundamente, totalmente a las masas (en cierto sentido individuo por individuo) en el desarrollo económico, para acelerar su ritmo para asegurar una rápida expansión del progreso técnico. El problema no se plantea tanto en el plano de la administración y de la formación de los cuadros administrativos, ni solamente en el plano de la formación de técnicos en todos los sectores sino, más generalmente, a nivel de la conciencia popular y, en particular, de las masas campesinas. Frecuentemente en Asia, y sobre todo en China, se ha insistido y con justeza a mi entender, en la necesidad de destruir las estructuras ideológicas ligadas a las estructuras pasadas, a las estructuras económicas y a las administrativas. Mientras el campesino no esté convencido por sí mismo de poder hacer un determinado número de cosas, y no sólo de poderlas hacer sino también de estar interesado en hacerlas, en los límites de su vida misma y no en una perspectiva de 50 o 100 años, es imposible asegurar una rápida evolución cualquiera sea la calidad de los cuadros administrativos.

NGUYEN NGHE

Personalmente no tengo un conocimiento directo de África pero puedo dar algunos datos extraídos de nuestra experiencia vietnamita.

Considero que el profesor Dumont tiene razón en iluminar claramente las dificultades, esto es, en desalentar a los dilettantes. No se puede renovar un mundo

de campesinos con dilettantes. Nuestros dirigentes tienen la costumbre de concluir sus discursos con una breve frase que siempre aparece, como una letanía, en los documentos políticos: "La revolución es larga, es dura, es compleja, pero es necesariamente victoriosa". He aquí, aproximadamente, lo que nosotros pensamos. ¡Por ello, nada de dilettantes! Y aquí, en París, tengo la costumbre de decir a nuestros estudiantes: "Entre la aldea vietnamita del 1955, vale decir, de la postguerra y la sociedad francesa actual hay más de 300 años de diferencia en el nivel de evolución. A nosotros nos toca recorrer este camino en diez, veinte o treinta años. Pero es preciso colmar trescientos años de retraso. Cuando salgáis de aquí seréis ingenieros o médicos, y partiréis para Hanoi llenos de entusiasmo. Y allí les dirán, ganaréis 20, 25.000 francos viejos al mes, tanto como para pagarse con sus economías, una bicicleta al finalizar el año".

Así es preciso ver las cosas. Y por ello ¡nada de dilettantes! Los dilettantes no pueden remover el mundo de los campesinos. Entre nosotros las experiencias más importantes han logrado lo que acostumbramos llamar, política de los "tres junto": comer junto, vivir junto, trabajar junto a los campesinos. El militante no va al campo para pronunciar discursos. Toma una carretilla y trabaja el terreno con el rastrillo... Después de algunos días el campesino comienza a hablar con él, recordando los males de su vida, pasada, y se le puede explicar así qué es la explotación el atraso...

Se puede iniciar así una movilización amplísima de los campesinos, individuo por individuo. Para dar una idea de las condiciones en las que se puede realizar esta política se puede citar el ejemplo de los jóvenes estudiantes de la ciudad que durante la reforma agraria y la guerra iban a trabajar entre los campesinos. Los campesinos de nuestra tierra tienen la costumbre de pintarse los dientes de negro con una tintura indeleble; la operación es dolorosa y dura semanas enteras. ¡Pueden imaginarse lo que esto significaba para una joven de la ciudad, orgullosa de sus dientes blancos, cuando se veía obligada a teñírselos para uniformarse con el ambiente campesino!

Si no existen militantes para realizar este trabajo de los "tres junto" creo que no se puede hacer nada. Soy contrario a la repetición de ciertas fórmulas, como por ejemplo "inversión - trabajo": se tiene la impresión de poseer entre las manos un "sésamo ábrete". Prefiero la expresión "modernización del mundo campe-

sino" que implica contemporáneamente una evolución histórica en muchos planos y en muchos campos; no existe sólo el problema de la técnica, de la gestión, de la mentalidad... es todo un mundo a cambiar, a remover.

El aspecto técnico es evidente, porque es preciso cambiar la técnica. Es evidente también el aspecto concerniente a la gestión y a la organización: es preciso saber hacer las cuentas y el mundo campesino tradicional es un mundo que no sabe lo que esto significa. En los equipos campesinos tradicionales se ayudan unos a otros dándose recíprocamente una mano en el trabajo, luego se bebe una taza de té o se come algo, y se sigue adelante. Pero un equipo moderno de ayuda recíproca no puede funcionar de esta manera.

Finalmente, es preciso romper con los viejos modos de pensar. Entre nosotros se dice: es preciso que el campesino aprenda a tener el coraje de pensar, de actuar, y esto implica una revolución histórica. En nuestro país esta revolución se ha desarrollado del 1940 hasta hoy, a través de la guerra, la reforma agraria y la cooperación agrícola. Y desde el primer momento son los militantes con ideas modernas, venidos de la ciudad, los que renuevan el mundo de los campesinos. Y después, naturalmente, se forman militantes campesinos que aprenden también ellos a pensar de manera moderna en cómo renovar el campo.

RENE DUMONT

Considero que todo lo que nos ha dicho nuestro amigo vietnamita es extremadamente importante. Comer juntos, vivir juntos, trabajar juntos, he aquí lo que quise aconsejar en mi último libro a mis amigos, y particularmente a mis amigos estudiantes africanos. Igualmente esencial me parece la idea promovida por Noirot, sobre la necesidad de destruir el viejo modo de pensar, de hacer comprender al campesino que puede actuar. La iniciativa rural en el Senegal ha iniciado este tipo de trabajo, pero en escala insuficiente. Es preciso hacer comprender al campesino que su destino está en sus manos porque, en las convicciones del campesino africano, lluvia y buen tiempo, sol y sequía se alternan sin que se pueda hacer nada; son las potencias sobrenaturales las que mandan para el campesino primitivo. Las potencias sobrenaturales y también el gobierno que, por otra parte, para ciertos campesinos, es también una potencia del mismo género, sujeta a cambios de humor, que un año da dinero y al año siguiente

lo reclama porque su estado de ánimo ha cambiado.

DIENG AMADY ABY

El libro del profesor Dumont es de gran interés para nosotros porque plantea problemas sobre los cuales constantemente tenemos ocasión de discutir. Por ésto, debemos decir francamente al profesor Dumont que su libro está lleno de consideraciones justas y de otras que, desgraciadamente, son con frecuencia parciales. Además, quizás porque viaja mucho o por otras razones menos explícitas, muestra la tendencia a transferir ciertas experiencias históricas (China, Cuba, Vietnam, URSS, Argelia, etc.) a situaciones completamente diferentes. Doy un ejemplo: en su libro se afirma que la competencia técnica es hoy un elemento de primer plano en China. Pero no dice que los chinos han realizado una gran revolución que transformó radicalmente las relaciones sociales en su país. Así, el problema esencial que deben afrontar ahora es la construcción de una nueva sociedad que exige la formación de numerosos cuadros técnicos.

Se trata de saber, por lo tanto, cual es actualmente, la cuestión fundamental a resolver en Africa negra. ¿Es el de la competencia técnica o es el problema de la transformación de las relaciones sociales impuestas por las viejas o nuevas formas de colonización, que impiden poner la competencia técnica al servicio del pueblo africano?

En cuanto a nosotros, estudiantes africanos, pensamos que debemos luchar sobre todo por transformar radicalmente las estructuras económicas y sociales, creadas y mantenidas por quienes detentan las nuevas formas de colonialismo. Me parece absurdo, por ejemplo, preconizar inversiones si no se han creado primero las condiciones políticas y sociales más favorables. La experiencia de los distintos países africanos del grupo de Brazzaville testimonia los fracasos de las inversiones humanas. A nuestro entender es más grave aún el hecho de que el profesor Dumont no siempre haya considerado atentamente el significado y la importancia de la colonización, en el sentido de que para él, prácticamente, la colonización sólo cometió "errores" y no fue en su misma esencia, un sistema de explotación. La colonización que el profesor Dumont llama "obra humana, muy imperfecta", no tuvo el objetivo de desarrollar a Africa por sí misma, sino de desarrollar fundamentalmente un cierto número de sectores de los que extraía beneficio para el sistema. Las rea-

lizaciones (puertos, vías de comunicación, escuelas, hospitales, etc.) fueron hechas no en beneficio de los africanos, sino por las exigencias de la explotación colonial. Afirmar que en ella existen factores positivos puede ser peligroso en la medida en que se separa aquello que los apologetas del sistema colonial presentan como factores positivos de los factores totalmente negativos. La colonización es un todo único. Y creo que esta es una actitud frecuente entre las personas de buena fe que quieren luchar contra ciertos efectos de la colonización rehusando sin embargo poner en discusión sus fundamentos.

Otra crítica que dirigimos a la obra del profesor Dumont es que, leyéndola, parece que la colonización pertenece enteramente al pasado, en tanto nosotros afirmamos que la explotación continúa existiendo aunque bajo nuevas formas. En esta explotación están interesados un cierto número de africanos que constituyen por lo demás esa burguesía parlamentaria y burocrática denunciada por Dumont; y hubiera sido mejor insistir sobre las vinculaciones de esta burguesía con el sistema imperialista. No se puede hablar de ella sin hablar de sus apoyaturas externas. Creo que si no se denuncia esa necesaria ligazón se corre el riesgo de hacer creer a los franceses que los hombres que dirigen la mayor parte de los Estados africanos trabajan efectivamente en interés de Africa. Y se corre el riesgo así de arribar a la falsa conclusión de que estos Estados disponen de una independencia real en tanto todo prueba lo contrario (presencia de bases militares extranjeras, mantenimiento o consolidación de los grandes monopolios extranjeros, liquidación de las libertades democráticas, etc.).

El fracaso de esta burguesía no es el fracaso de la independencia, sino el fracaso de la independencia formal mantenida por el sistema imperialista. Si esta situación no se presentase tan claramente, la conclusión lógica sería la incapacidad de los africanos para gobernarse por sí mismos. El sistema colonial no podía, por necesidad de supervivencia, crear una burguesía industrial, pero para mantener su dominio, tenía necesidad de funcionarios; lo que reprochamos a algunos de nuestros dirigentes actuales es conservar, en vinculación con los círculos imperialistas, bajo una nueva forma, la situación pasada, vale decir, un mecanismo administrativo asfixiante.

RENE DUMONT

El mío es evidentemente un libro par-

cial, el libro de un agrónomo, de un técnico y ahora me he dado cuenta, lo cual me desagradaba bastante, que la última frase de la primera edición fue omitida porque se encontraba dentro de un fragmento que tenía, se me ha dicho, un tono paternalista. Suprimí sin vacilar esa "Carta a un joven africano", pero lamento haber dejado de lado la frase final en la que decía aproximadamente: "este libro es un punto de partida que invita a la discusión, es un llamado a mis amigos africanos a responder y a efectuar estudios en este campo, en el cual mi trabajo no pretende haber agotado la cuestión".

He denunciado la explotación, he denunciado la colonización, había comenzado a denunciarla ya en 1931, hace más de treinta años, pero adosar ahora todas las culpas a la colonización me parece verdaderamente excesivo. He visto, por ejemplo, un médico africano en Brazzaville que se negaba a ir a la selva adonde iban los médicos europeos. ¿Es éste un resultado de la colonización? ¡Y cuando pienso en lo dicho por nuestro amigo vietnamita, en los salarios de los dirigentes, de los ingenieros, de los médicos del Vietnam Septentrional! A mi entender, a la explotación de la burguesía y del sistema imperialista se agregó en Africa la explotación de la burguesía parasitaria de la administración pública, y esta es una forma de burguesía menos eficaz para una evolución de cuanto lo fue la burguesía europea del siglo XIX, porque se conforma con succionar. Cuando los estudiantes africanos se rehusan a tomar posición por la reducción de los salarios de los funcionarios, son de hecho solidarios, a mi entender, con esta burguesía parasitaria, y entre los antiguos funcionarios que me reprochaban, hace seis o siete años, no serlo bastante, he vuelto a encontrar a algunos instalados en las cómodas poltronas de la clase privilegiada!

PAUL AMAR

Creo que se debe tener presente que el libro del prof. Dumont no es una enciclopedia sobre Africa. Es el libro de un agrónomo francés. Y esto explica por qué los hechos que no se refieren a cuestiones agrarias son considerados de una manera menos precisa. Es el libro de un francés, y creo que el profesor Dumont ha dicho muy honestamente que no quiso dar consejos políticos, en primer lugar para no ser acusado de paternalismo, y luego para que no se pudiese decir que se había mezclado con cuestiones que no le corresponden. Considerado bajo este aspecto y podemos decir, teniendo en cuenta estos li-

mites, creo que el libro es útil en cuanto suministra un primer balance tanto en el plano de la técnica agrícola, como en cierta medida, en el plano social. Uno de los fenómenos más interesantes que el libro alumbra es el nacimiento y la importancia de la nueva burguesía parasitaria en la mayor parte de los países de Africa.

Esta burguesía parasitaria me parece que adquiere cada vez más el aspecto de un cuerpo extraño sobre el continente africano, mantenido por el extranjero que lo necesita. Y el extranjero lo necesita para continuar teniendo a los países africanos bajo su dominio.

Uno de los aspectos del libro que podría ser criticado es la impresión que suscita de que el pasaje al socialismo depende en primer lugar de soluciones técnicas. El pasaje al socialismo exige en primer lugar una revolución política. Cualesquiera sean los consejos en el plano agrícola, económico, industrial y financiero que se puedan dar a Houphouët-Boigny o a Fulbert Youlou, no veo cómo estos hombres políticos y los personajes que lo circundan o los sostienen podrían orientar a sus países hacia el socialismo. Si ciertas cosas se han realizado en el Vietnam, si los estudiantes van al campo, si los médicos aceptan ganar solamente 250 francos al mes, etc. esto ha ocurrido en primer lugar porque existió una revolución política.

RENE DUMONT

Perfectamente de acuerdo. Pero una vez hecha la revolución, el problema técnico deviene de capital importancia y las insuficiencias técnicas arriesgan comprometer a la misma revolución. Vean por ejemplo cómo los errores económicos, los salarios que sobrepasan las posibilidades de producción, los errores técnicos y la desorganización amenazan gravemente a los jóvenes Estados independientes que marchan hacia el socialismo. Ellos deben saber que aproximándose al socialismo deben estar listos para dirigir una economía planificada que es más difícil de dirigir que una economía capitalista, que tiene mecanismos que funcionan más o menos bien (no haré aquí un elogio); pero si se hacen saltar estos mecanismos, es preciso de inmediato tener conocimientos superiores. Es evidente que quien les hable es un técnico con su deformación profesional. Es verdad que él no subestima el problema político, pero exige a los políticos no subestimar el problema técnico, para no correr el riesgo de peligrosas sorpresas. ¡No olvidemos las dificultades agrícolas de los países socialistas!

PAUL NOIROT

Entre las ideas expresadas, existe una que fue repetida varias veces y que me parece muy importante para un crítica fundamental al libro del profesor Dumont. ¿Cuál es la responsabilidad del imperialismo en la errónea partida de África? Y cuando digo la responsabilidad del imperialismo, no aludo solamente a sus responsabilidades pasadas, a la colonización, a la trata de esclavos que muy bien recuerda el profesor Dumont. Me refiero también a las responsabilidades presentes. El análisis de ellas pone evidentemente que se efectúe una distinción entre situaciones políticas diferentes y Charrière lo hizo notar correctamente. No se pueden considerar con el mismo patrón Estados como Malí y Guinea que destruyeron hasta cierto punto sus ligazones con el imperialismo, y Estados que aún hoy son gobernados más o menos directamente, aunque por interpusita persona, por los representantes de la vieja metrópoli.

Pero me parece que éste es sólo un aspecto del problema; el otro podría ser resumido así: no obstante todos los esfuerzos técnicos realizados por el campesino de Senegal, Togo, Costa de Marfil, Madagascar; no obstante todos los mejoramientos técnicos destinados a asegurar una mejor administración de Togo, Costa de Marfil, Madagascar, Camerún, etc., permanece siempre el hecho de que las ligazones económicas de la mayor parte de los países del continente africano con las viejas metrópolis son tan asfixiantes y de naturaleza tal que todo esfuerzo dirigido a un desarrollo independiente está gravemente limitado, sino destinado a fracasar.

Con el Mercado Común y con la integración del Occidente europeo, los países africanos constreñidos a la "asociación" serán automáticamente obligados a mantener las monoculturas y las monoproducciones, encontrándose ligados a las viejas metrópolis por contratos que los conducirán finalmente a mantener en lo esencial sus economías en el cuadro ya trazado por la colonización.

Si no se tiene en cuenta esta realidad, no sólo para el presente sino también para el mañana, se corre el riesgo de caer en el tecnicismo y de dar a los africanos la impresión de que la causa primera de su situación es la corrupción de algún funcionario o la incompetencia de algún técnico.

ALBERT PAUL LENTIN

Yo creo que se debe ser prudente sobre el valor relativo de los problemas. Cuando se dice que el problema de los salarios no es fundamental estoy de acuerdo, también yo pienso que dentro de un plano puramente económico no es un problema fundamental. Pues no son las remuneraciones, por más elevadas que ellas sean, recibidas por altos funcionarios, las que arruinan la economía. El problema más grave es el psicológico. Y retornamos por lo tanto a lo que se decía al comienzo de la discusión, vale decir, a establecer que si se quieren romper las viejas estructuras mentales, si se quiere cambiar el hombre y no sólo la situación general en la que vive, la distancia enorme entre una clase de burgueses parasitarios por un lado, y una masa rural miserable que continúa empobreciéndose, por el otro, constituye un fenómeno muy grave. Entre otras cosas porque esta masa está carcomida por el fatalismo, porque tiene la impresión de una explotación que continúa y se desahienta; había creído que su suerte mejoraría con la decolonización y se da cuenta en cambio, que no mejora.

CAMARA IBRAHIMA

Si hace un momento dije que el problema de las remuneraciones no es importante, lo dije no tanto por lo que hacía al mismo problema, sino para afrontar un análisis de conjunto. En efecto, ¿por qué en esta o aquella zona las remuneraciones son exageradas? ¿No es quizás porque el contexto político permaneció casi sin cambios y el orden del pasado fué mantenido? Estas remuneraciones abusivas son la consecuencia de la supervivencia de viejas estructuras. Por ejemplo en Guinea, entre las dificultades que hemos encontrado y que afortunadamente pudimos resolver, estaba la necesidad de reducir tales tratamientos privilegiados. Una vez, por ejemplo, los ingenieros, cuando estaban en África, percibían además de la remuneración que era una vez y media superior a la de sus colegas franceses, una indemnización como técnico. Hemos logrado hacer comprender a nuestros cuadros jóvenes que podía existir una única categoría de técnicos, que ellos tenían derecho sólo a una remuneración como ingenieros, y que no podían pretender premios que habían sido instituidos en otras épocas precisamente para acordar privilegios a la administración colonial. En Guinea, en todos los sectores de la administración, hemos llevado las remuneraciones a un nivel muy razonable: el embajador de Guinea en París, por

ejemplo, debe percibir una remuneración igual a la de un segundo secretario de embajada africana. Un ministro de Guinea que viene a Francia en misión oficial dispone sólo de 50 N.F. de viático diario. En Ginebra nos vimos obligados a alojar a nuestros delegados de a dos o tres por habitación.

Cuando afirmaba que el problema de las retribuciones era de por sí un problema secundario, lo hacía porque lo esencial es remontarse a las causas que dependen únicamente del hecho que, como muy bien lo afirmaba recién nuestro amigo, Africa no es libre porque el capitalismo tiene interés en ver a ciertos hombres en el poder. Para mantenerlos se les acuerda un cierto nivel de vida y se les hace admitir fácilmente la necesidad de llevar el mismo tipo de existencia que sus predecesores de la época de la ocupación colonial. Creo que en un libro como éste habría sido mucho más útil remontarse a las causas antes que extenderse hablando de sus efectos, porque es así como se iluminan las conciencias. Por otra parte algunos países pueden, mediante decretos oficiales, asegurar la reducción del sueldo de sus diputados a 500 N.F.: si la deshonestidad persiste, esos mismos diputados pueden fácilmente ganarse 1.000 N.F. por bajo cuerda. El problema no es éste.

El problema es lograr efectivamente hacer entender a la gente que sólo puede distribuirse aquello que se acumula. Sobre la base de nuestro balance, sobre la base de las exigencias de nuestra acumulación nacional, reduciendo las "tijeras" salariales a los fines de asegurar un mínimo a aquellos que fueron hasta ahora los más duramente explotados, esto es, los campesinos, tratando de hacer comprender a los funcionarios que por el momento y durante un largo tiempo no será posible aumentar sus retribuciones. Es inevitable que los países que plantean correctamente el problema de esta manera, encuentren la oposición de los funcionarios que siempre fueron, en realidad, los privilegiados. En Guinea, un funcionario medio, un encargado de expedición con un certificado de estudios, después de tres o cuatro años percibe un salario de 180 o de 200 N.F., vale decir más que la renta anual de un campesino.

Existe otro problema planteado por el profesor Dumont en calidad de técnico y que conduce a un círculo vicioso: el de la formación de hombres capaces de administrar y de gobernar. El profesor Dumont recomienda algunas precauciones. Creo que esas precauciones pueden ser tomadas. Pero no se puede detener la vida de una nación. Por ejemplo, nosotros nos

encontramos un día en la imposibilidad de vivir con las viejas estructuras. Subvertimos esas estructuras y en su lugar colocamos otras; pero esto lo hicimos con los hombres que disponíamos. No podíamos actuar de otra forma, y estos hombres, por desgracia, o estaban profundamente marcados por los viejos hábitos de la época colonial, o bien eran técnicamente no preparados. Muchos de ellos se mostraron por debajo de su responsabilidad. No lograron asumirlas, pero, contrariamente a cuanto afirma el libro, nunca llegamos a pensar que la experiencia fuera un fracaso.

Resumiendo, pienso que Africa podrá extraer beneficios de una obra como la de Dumont sólo en la medida en que el conjunto del análisis sea colocado en el contexto político que le es indispensable. Africa no es libre y existen demasiados intereses externos que impiden que rompa con sus viejas estructuras. En la medida en que los Estados africanos comprendan la necesidad de tomar en sus manos todos los elementos de su vida política y económica, podrán hacer frente a la situación y encontrar las soluciones aptas para corregir los distintos errores puestos de manifiesto por el profesor Dumont.

JEAN BENARD

Quisiera subrayar que muchos de entre nosotros han insistido en la necesidad de suministrar esclarecimientos políticos sobre la situación de Africa negra de lengua francesa y de valorizar, a la luz de esta situación política, las críticas aportadas por el libro de Dumont. Fui uno de los primeros en empeñarme en esa dirección, puesto que ya dije que para resolver el problema humano de la formación de cuadros era necesario poner el acento sobre la importancia de la organización de las masas y de la ideología política que las anima. En consecuencia, estoy de acuerdo sobre esta preeminencia del factor político; pero creo que se debe insistir mucho, aún a costa de una aparente paradoja, sobre la importancia del factor económico. Algunos de nosotros, poniendo el acento continuamente y en toda ocasión sobre la preeminencia del factor político, nos olvidamos de los problemas técnicos y económicos. Si el libro de Dumont no tuviese otro mérito que el de recordarnos la importancia de estos problemas, ya sería un libro notable. Porque cuando no se hace otra cosa que hablar de los problemas políticos se cae en el vacío o en abstracciones que conducen al fracaso. Pero con ello estoy muy ejos de afirmar que todos los países africanos que avanzan por un ca-

mino socializante, se pierdan en charlatanerías o estén condenados al fracaso.

Limitémonos sobre todo a dos ejemplos concretos. Se dijo que para comprometer verdaderamente a África en el camino del desarrollo y de la renovación era necesario transformar las estructuras económicas y sociales y escapar al imperialismo. Tomemos el caso de estructuras comerciales o también industriales. Guinea y Malí, con resultados diferentes y fórmulas a veces diversas, se lanzaron a la nacionalización de las empresas públicas. ¿He aquí cómo se concretiza la lucha contra el imperialismo colonial y el capitalismo privado? Muy bien. Sólo que, afirmando así con mucho coraje sus preferencias políticas, descuidaron con frecuencia las necesidades económicas, las "leyes objetivas" en el sentido marxista del término. Se desperdiciaban así los esfuerzos cuando no se dispone aún de un número suficiente de cuadros administrativos generales, ni de cuadros técnicos.

Considerado en sí, cada una de estas medidas son válidas y pueden tener un interés económico; pero cuando se las adiciona, la suma supera, y de lejos, las posibilidades no sólo financieras, sino humanas, en cuadros técnicos, políticos y profesionales del país. La dispersión y no la concentración de los esfuerzos se convierte en la regla. En lugar de basarse en el éxito, aunque sea un éxito limitado, y de preparar el porvenir, se marcha hacia una derrota en toda la línea.

Como segundo ejemplo, se habló de los salarios y vuelvo sobre el argumento. Aquello que me sorprende y preocupa, en cuanto economista, no es la jerarquía de los salarios. Si esta jerarquía de los salarios recompensara una jerarquía de los esfuerzos y de las capacidades no habría nada que objetar. La máxima del socialismo es "de cada uno según su capacidad, a cada uno según su trabajo" y no "según sus necesidades". Con mayor razón en África, que aún no alcanzó el estadio del socialismo, debe recurrirse a una jerarquía de las retribuciones.

Pero en la realidad esta jerarquía es frecuentemente establecida sobre la base de relaciones étnicas, políticas, familiares, es en resumen, la herencia de la vieja administración colonial. Se asiste además a un rápido aumento del volumen global de los salarios en dinero en países que están aún, en gran parte, en el estadio de una economía de subsistencia. Se advierte entonces que la mayoría de las entradas está constituida por salarios y que estos salarios son distribuidos sobre todo por el Es-

tado y por sus apéndices, las empresas públicas. Ahora bien, en la medida en que la administración económica del Estado y de las empresas públicas no es una gestión rigurosa que proporcione la recompensa de los esfuerzos, este aumento provoca una presión inflacionaria.

Esto ha ocurrido en Guinea, esto amenaza repetirse en Malí, esto se verificará ciertamente en otros países. Esa presión cae fundamentalmente sobre el comercio exterior, haciendo aumentar la exigencia de productos de consumo importado. El dilema es por ello el siguiente: o satisfacer esta exigencia, lo cual agrava el déficit externo, frena el desarrollo reduciendo la posibilidad de importar medios de producción, y tarde o temprano conduce al yugo del imperialismo; o bien intentar limitar la presión de la exigencia racionando las importaciones de bienes de consumo, evitando al mismo tiempo la fuga de capitales, pero es preciso entonces controlar severamente las propias fronteras, cosa difícil para Estados jóvenes, poco poblados y con territorios muy vastos.

No olvidemos finalmente que si se lograra controlar las relaciones con el exterior éstas harían recaer en lo interno el estado de crisis financiera, política y social que nace de la inflación. La planificación consiste por lo tanto no sólo en plantearse objetivos audaces, sino en introducir rigurosas prioridades y en hacer respetar los equilibrios indispensables.

Estos fenómenos frecuentemente son olvidados por quienes plantean la primacía de la política, pues aunque tienen razón en plantearla yerran cuando no prestan atención a las leyes económicas y a quienes, como los economistas, se las recuerdan.

PAUL DELANOUE

Pienso que es muy peligroso considerarse en sí mismo el problema de la administración. Los capitalistas han sabido formar cuadros capaces, técnicos de valor que saben dirigir una empresa nacional. Pero es verdad que los capitalistas, con frecuencia, utilizan la capacidad de los técnicos para meter sus manos en la economía africana. Aquello que caracteriza hoy las relaciones del imperialismo con África, es que ha sabido dar muestras de una extraordinaria capacidad de maniobra. El libro de Dumont habla a los africanos como si África hubiese verdaderamente conquistado su independencia, y esto no es cierto. ¿Quién realizará, por lo tanto, las reformas económicas? ¿Quién estará en condiciones de organizar una buena admi-

nistración? Pienso que esa es precisamente la tarea de los militantes que se forman en la lucha, el objetivo preciso de las organizaciones, de los partidos políticos y de las organizaciones sindicales. Un hombre político no es necesariamente un buen administrador. Pero el hombre político sabe encontrar entre los técnicos el hombre capaz de administrar las empresas en interés del movimiento político. En consecuencia, creo que los políticos se deben atentamente de los problemas económicos pero que, en definitiva, la política permanece siempre como la cuestión fundamental.

El problema de las clases sociales en Africa se plantea de una manera original en relación a todos los demás países del mundo. Ello no obstante, los Estados Africanos tienen el máximo interés en estudiar todo aquello de positivo realizado en la Unión Soviética, China, Cuba. Y desearía que los gobiernos africanos, aun aquellos armados de buenas intenciones, no obstaculicen, como a veces lo hacen, el libre desarrollo de las relaciones internacionales entre las organizaciones de los trabajadores, entre las organizaciones sindicales. Es este un problema un poco particular. Nuestros amigos africanos dicen: Africa tiene sus problemas. Estoy de acuerdo que el verdadero problema de Africa es el de su independencia real, de una independencia efectiva, teniendo en cuenta esta relación original entre las clases sociales. Pero los problemas que se plantean los trabajadores, en el sentido más vasto, obreros o campesinos, si tienen también un aspecto específico son sin embargo problemas comunes a los que tienen los obreros en otros países. De allí el interés y la importancia de las relaciones sindicales, políticas y culturales internacionales.

NGUYEN NGHE

Quisiera ofrecer un pequeño ejemplo, extraído de nuestra experiencia sobre las relaciones entre política y técnica.

En Viet Nam, cuando se crea en una aldea una cooperativa, si considerasen el problema desde el punto de vista del técnico para formar el núcleo dirigente de las primeras cooperativas se escogería a los campesinos que ya tuviesen experiencia de producción, contabilidad, etc., vale decir, campesinos que hubieran conocido ya desde antes la prosperidad. Esto no se ha hecho: se dio precedencia a la política.

Para crear las primeras cooperativas, para escoger los dirigentes de estas cooperativas, se recurrió, al menos en su mayor parte, a campesinos pobres. Y entre

los campesinos medios y prósperos se escogieron aquellos que han tenido un pasado revolucionario. ¿Por qué? Porque la cooperación agrícola es una revolución y no una simple técnica de producción; ella exige la voluntad de destruir el pasado y de construir algo nuevo. Y esta voluntad es de los campesinos pobres, no de los ricos. Es evidente que ellos tienen menos experiencia de producción y que no saben mantener una contabilidad, pero estas son cosas que se pueden aprender y se aprenderán. Esto significa el primado de la política.

Una vez creada la cooperativa, es preciso ocuparse del problema técnico y del problema administrativo. Consideremos el ejemplo del abono animal. El abono animal, entre nosotros, proviene fundamentalmente de los chiqueros. Existen dos tipos de chiqueros; los instalados directamente sobre el suelo y aquellos que tienen un piso de madera a doble fosa.

Estos suministran un abono de mejor calidad. Existen comités directivos de cooperativas que pagan al campesino, el mismo precio por el abono de los buenos y malos chiqueros, con el pretexto de que solamente los campesinos medios y prósperos tienen chiqueros de doble piso. Esta es una mala aplicación de la política de clase. En este caso se debería haber aplicado otro principio: el primado de la producción.

Otro ejemplo: el de nuestros estudiantes en París. Nosotros tenemos una patria dividida en dos. Para el Norte los más importantes son los problemas técnicos, para el Sur aquellos políticos. En el Viet Nam meridional se trata de expulsar a los norteamericanos, y es absurdo hablar de técnica o de evolución mientras ellos existan. Por lo tanto, un estudiante en París está terriblemente lacerado: si quiere realizar una acción política, requiere tiempo. No se pueden siempre superar los exámenes, proseguir los propios estudios, en el plano técnico se ve siempre aventajado por los demás.

Si no me convierto en un buen ingeniero, dice uno, de aquí a algunos años volveré a Hanoi, me encontraré ante una fábrica que deberé dirigir y tendré que saber con certeza qué hacer. Y este no es un problema simple. ¿Pero cuál es la solución? No existe, o mejor, existe una solución que comprende dos elementos; realizar buenos estudios y al mismo tiempo realizar una acción política. Y encontrar el tiempo para una cosa y la otra. Para lograr este fin debe organizarse, no perder tiempo en el café, levantarse temprano, trabajar más que los demás. Nuestra patria es así.

Es muy, muy duro vivir en una situación revolucionaria en la que sea necesario, al mismo tiempo, asimilar el progreso. El primado de la política debe ser entendido en este sentido, que sólo la solución de los problemas políticos abre horizontes técnicos. Pero esta política es preciso concretarla en acciones técnicas y con métodos técnicos. Esta es nuestra experiencia.

JACQUES CHARRIERE

Una última palabra. Creo que todo cuanto se ha dicho es muy importante para África. Hace un rato se inquiría sobre la preeminencia del factor político, y Bénard recordaba la importancia de lo económico. En realidad, lo dicho aquí muestra cómo, en cualquier ocasión, no es posible separarlos, y cómo toda decisión política tiene un aspecto técnico y cada puesta en práctica de un problema técnico exige una conciencia política. Y se llega así a qué, para países como Guinea y Malí que escogieron el camino de la evolución, los problemas técnicos imponen continuamente problemas políticos de nuevo tipo.

RENE DUMONT

Una última respuesta. Noirot dijo que el Mercado Común haría conservar el monocultivo. Ahora bien, una parte importante de los créditos del Mercado Común están destinados actualmente a subven-

cionar la diversificación de las producciones. Creo que se debe negociar con el Mercado Común como he aconsejado, de modo que sus créditos sirvan para la construcción de una economía sólida y por lo tanto independiente. Según Lentin no son las remuneraciones elevadas percibidas por los altos funcionarios (y agrego los políticos) las que arruinan la economía. Es verdad que ellas arruinan la economía, en primer lugar reduciendo los recursos disponibles para las inversiones productivas; luego, se ha calculado que un tercio de estas entradas elevadas eran destinadas a productos importados, generalmente bienes suntuarios, lo cual disminuye la posibilidad de adquirir medios de producción; ¡pero son destinados también a alcohol! Me propuse subrayar estos factores precisamente porque han sido subestimados.

Deseo en cambio subrayar mi adhesión general a las intervenciones de Bénard Dresch, y particularmente de Nguyen Nghe. Los estudiantes de Guinea de retorno de China, me decían: los chinos trabajan verdaderamente mucho. Los estudiantes de la escuela de Katigabuo contratan asalariados para trabajar los campos de sus cooperativas. Los estudiantes ingleses, de visita en Israel, rehusan trabajar en los Kibbutz. Mientras los estudiantes africanos desprecian el trabajo manual, continuaré preocupado por el porvenir de África aunque se proclamen revolucionarios.

(Esta Mesa Redonda sobre el libro de René Dumont *L'AFRIQUE NOIRE EST MAL PARTIE*, fue organizada por el periódico francés *DEMOCRATIE NOUVELLE*.)

EL PENSAMIENTO SALVAJE

de Claude Lévi-Strauss

Lévi-Strauss se empeña en reducir la materia antropológica mediante el uso de los instrumentos conceptuales elaborados, en primer lugar, por la lingüística; a un cuando reconoce también sus antecedentes en la psicología de la forma, en la antropología, en la economía, etc. En su obra coexisten, en forma a veces no muy precisa, un nivel metodológico y un nivel ontológico. El primero hace a la aplicación de los modelos estructurales (con las consecuencias cognitivas que se derivan de ello) a la suma de datos etnológicos; mientras que el segundo pertenece al campo de la filosofía. El paso de un nivel al otro está justificado de derecho, pero, al mismo tiempo, obliga a un tratamiento crítico distinto ya que es legítimo sostener que el éxito en el plano científico no avala necesariamente un planteo filosófico. En resumen: nos interesa discutir la concepción materialista (metafísica) a la que llega Lévi-Strauss a causa de lo que considero una extensión no justificada de sus descubrimientos científicos al plano filosófico.

Desde 1949 (1) Lévi-Strauss había sometido los sistemas de parentesco a un análisis que se vinculaba directamente con los adelantos ocurridos en la lingüística estructural. Tanto la lengua como los sistemas de parentesco se le aparecían como modalidades de una función y ambos podrían ser englobados bajo el común denominador de una ciencia general de la comunicación (2). Este reconocimiento primario de unidad en una nueva realidad

habría de ser, posteriormente, fruto de elaboraciones extra-etnológicas fundamentales en las que tanto la lengua como los sistemas de parentesco aparecerían como la condición de todo orden cultural (3). No se trata, por consiguiente, de un aspecto exclusivamente metodológico (el método estructural) sino que es principalmente el objeto el que funda la unidad última de las ciencias del hombre: un mundo de estructuras que median los órdenes de la naturaleza y de la cultura y sirven de clave para su inteligencia (un verdadero esquematismo concreto que es comparable, aún cuando no se los pueda asimilar, al trascendental abstracto del pensamiento kantiano). Desde el comienzo Lévi-Strauss extrae las consecuencias fundamentales de esta vinculación que realiza con la lingüística al nivel de la comunicación, u ontológico, y al nivel de la indagación o metodológico: por una parte constata que diversos órdenes de la vida social poseen una naturaleza similar a la del lenguaje, y, por la otra, aplica los principios analíticos de la lingüística estructural a los fenómenos de la cultura (sistema de parentesco, arte, totemismo, mitos, etc.). Es natural que la lingüística adquiriera el rango de primer modelo. Esto lo afirma categóricamente: "La fonología no puede dejar de jugar, frente a las ciencias sociales, el mismo rol renovador que la física nuclear, por ejemplo, jugó en el conjunto de las ciencias exactas" (4). La empresa es promisorio, casi como concretar el viejo y nunca alcanzado sueño de tra-

(1) Lévi-Strauss, *Les structures élémentaires de la parenté*, Presses Universitaires de France, París, 1949.

(2) Idem, pág. 611.

(3) Idem, pág. 612/613.

(4) Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale*, Plon, París, 1958, pág. 39.

tar a lo social con el mismo rigor y la misma objetividad que a la naturaleza. El haber encontrado ese terreno firme y el haber posibilitado a las ciencias sociales que se liberaran del subjetivismo ha sido, según Lévi-Strauss, el principal mérito de la lingüística. Sobre las posibilidades de esta objetividad traslúcida volveremos en detalle más adelante.

Conviene analizar, aún cuando sea en forma sumaria, los conceptos de la nueva lingüística que influenciaron en forma fundamental el pensamiento de Lévi-Strauss.

Ferdinand de Saussure había establecido que la lingüística es parte de una ciencia mucho más general, la semiología, que estudiaría "la vida de los signos en el seno de la vida social". El mundo humano aparece, entonces, como un sistema infinitamente complejo de signos que sirven para comunicarse entre emisores y receptores. El conjunto de los signos que estudia la lingüística son esencialmente un instrumento del hombre y los lingüistas no han podido desentenderse de esta función original (la dicotomía del signo lingüístico que se nos presenta por una parte como significativo y por otra parte como el significado es una de las claves del pensamiento saussuriano): frente al lenguaje nos encontramos con un sistema integrado por signos que en cuanto significantes son arbitrarios ya que no están determinados por un correlato objetivo en tanto que tal signo, vale decir que poseen un valor exclusivamente posicional y desinteresado del significado en cuanto se lo considera en sí, pero, no obstante, en cuanto sistema este conjunto de signos posee una estructura determinada que se puede analizar sin referencia a su sentido trascendente.

Otra distinción fundamental es la que se establece entre la lengua y la palabra. La lengua es el conjunto de signos que sirven para la comunicación dentro de una misma comunidad lingüística mientras que la palabra es el acto concreto de la lengua, el uso que se hace de la lengua para la comunicación efectiva: "la lengua es un sistema del cual todos los términos son solidarios y en el cual el valor de uno no resulta sino de la presencia simultánea de los otros" (5); en tanto que la palabra es el acto de la lengua (entre una y otra no existe una relación mecánica sino una dialéctica ya que ambas se presuponen y al

mismo tiempo se niegan). La lengua se nos muestra como un sistema estructurado a-temporal y la palabra como la temporalidad, como la superficie viviente del sistema. La estructura está allí, en esa opacidad semi-natural que escapa a la caducidad de lo puramente vivido, como si su misión fuese la de conservar al hombre rescantándolo del flujo del acontecer presente.

Las corrientes estructuralistas de la lingüística (a las cuales se refiere permanentemente Lévi-Strauss) han explicitado los principios generales de una ciencia de las estructuras a partir de la idea final enunciada por Saussure en sus lecciones (6): "la lingüística tiene por único y verdadero objeto la lengua considerada en ella misma y por ella misma". Afirmaba así la necesidad del análisis immanente del objeto y sentaba uno de los principios fundamentales del estructuralismo. Hjelmslev lo ha enunciado con toda claridad al sostener que "El estudio immanente debe preceder y es la condición del estudio trascendente del objeto sea cual sea" Pero este estudio immanente es el estudio immanente de un sistema que se nos presenta como una totalidad estructurada y que como tal involucra una referencia constante al orden de la permanencia ya que debe reconocerse como tal en medio del fluir de lo vivido (7). De allí que en última instancia el análisis tenga por objetivo encontrar el "sistema subyacente" que se exterioriza en la palabra como flujo de lo vivido. Se tratará de extraer de este flujo, de este verdadero reino del acontecimiento, el esquema (o las leyes) de un sistema que como una gran red criba el mundo de la naturaleza y el mundo humano

(5) Maurice Leroy, *Les grands courants de la linguistique moderne*, Université Libre de Bruxelles, Presses Universitaires de Bruxelles, 1963, pág. 68.

(6) Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general*, Losada, Buenos Aires.

(7) "Si hay un sentido en hablar de una entidad **lenguaje** esto quiere decir que el lenguaje no se reduce a los acontecimientos, a las fluctuaciones, a los cambios, en resumen a los **procesos**, los cuales sólo son accesibles al nivel de la experiencia vivida, sino que existe una constancia que no está fundada en ninguna realidad exterior al lenguaje, una constancia que hace de una lengua una lengua, sea cual sea esta lengua, y hace que una lengua particular sea idéntica a sí misma en todas sus variadas manifestaciones". (Hjelmslev, 1953, pág. 8)". Citado por Nicolás Ruwet, *Esprit* N° 322, París, pág. 566.

trasvasando dos órdenes de realidades en una unidad que, gracias al análisis estructural, comenzamos a ver no como un **noumen** sino como una inmensa realidad inconsciente que se hace a la luz. Como si encandilados por la riqueza siempre imprevista de las olas recién ahora comenzaríamos a extraer de las profundidades el mecanismo del propio mar: un mecanismo que no solamente funda el orden de los acontecimientos sino que aparece como la mediación fundamental entre el mundo de la naturaleza y el mundo humano. Las leyes lingüísticas (y Lévi-Strauss extenderá su validez a la antropología) designan un nivel inconsciente de la realidad humana y en este sentido **primero** un nivel a-histórico que aparece como una segunda naturaleza: un inconsciente categorial, combinatorio. Este es un concepto "clave" para entender la obra de Lévi-Strauss ya que su esfuerzo primordial es el de desentrañar **del cúmulo caótico de datos empíricos el orden invisible, el sistema que los rige.**

Frente a la lengua (por ejemplo frente a una lengua exótica) el investigador se encuentra como frente a un gran sistema desconocido cuyo significado es puesto entre paréntesis para que se muestre en sí mismo como tal sistema (8). Esta es la tarea de por lo menos una de las principales corrientes de la lingüística contemporánea, y es la que más nos interesa en relación a la antropología estructural. Desde este punto de vista la lengua aparece como un sistema relacional. Señala Ruwet que "allí donde la experiencia común no reconoce sino acontecimientos y cosas el análisis estructural describirá una red de relaciones". Las relaciones aparecen como primeras frente a los términos de las mis-

mas. Por eso los estructuralistas se dedican a "un examen atento de las relaciones que unen los elementos del discurso y sus búsquedas han tendido a determinar el valor funcional de estos diferentes tipos de relaciones" (9) y agrega Leroy en el mismo texto "Es uno de los mayores méritos (de la lingüística estructural) el haber distinguido de manera clara que en lo que hace al lenguaje $A+B$ es diferente de $B+A$ y que el todo es más que la suma de las partes". Es ilustrativa la comparación que hace Saussure (y que retoma Hjelmslev) con el juego de ajedrez: en el juego de ajedrez el movimiento de una pieza modifica el equilibrio del todo; cada pieza arrastra, en un cierto sentido, al todo (así como en la lengua cada elemento moviliza la totalidad); cada pieza se define por sus relaciones con las otras piezas del juego y las piezas en sí son arbitrarias: cada lo mismo usar un trozo de madera con figura de caballo o cualquier otro material con o sin forma pero que cumpla el papel del "caballo" ya que lo importante es el sistema, vale decir el juego como tal (las reglas, el sistema). En la lengua ocurre algo semejante: los sonidos son arbitrarios en sí y lo fundamental es el sistema de relaciones. "La lengua no es un conglomerado de elementos heterogéneos sino un sistema articulado en el cual todo se relaciona, todo es solidario y cada elemento extrae su valor de su posición estructural". (10)

Una última observación: el estudio relacional (estructural) de una lengua pertenece evidentemente al plano sincrónico, al plano de las coexistencias y no al de las sucesiones. "La historia —señala Ricoeur— es segunda y aparece como una alteración del sistema" y por la misma razón ya Saussure había afirmado que "en sí mismo el sistema es inmutable" aún cuando se produzcan mutaciones determinadas, y, el mismo Saussure, afirma que "Los hechos de la serie sincrónica son relaciones, los hechos de la serie diacrónica son acontecimientos en el sistema" (11). Por consiguiente la diacronía sólo es inteligible como comparación de los estados pre y post de un sistema y sólo dentro de un sistema los acontecimientos muestran su razón; más aún (y esto es de suma importancia desde un punto de vista metodológico para todas las ciencias humanas)

(8) Frente a esa masa amorfa que es una lengua ajena a la propia y con la cual mantiene un contacto en exterioridad, vale decir asignificativo, el investigador tiene por tarea ver "como se puede introducir algún orden en una mezcla de sonidos y ruidos extraños. Su tarea consistirá en descubrir identidades y diferencias y no en encontrar justificaciones objetivas de identidades y diferencias... No tendrá conciencia de ninguna realidad más allá de la representada por su cuerpo de enunciados. Al orden que logre finalmente establecer allí lo llamará la «estructura de la lengua». André Martinet, *Lingüística estructural*, art. aparecido en *Cuatro artículos de lingüística estructural*, Universidad de Buenos Aires, 1962, pág. 17/18.

(9) M. Leroy, *idem*, pág. 90.

(10) Ullmann, *Précis de sémantique française*, Berna, 1959 (citado por M. Leroy).

(11) *Esprit*, pág. 599.

únicamente en una totalidad estructurada se tiene acceso al **sentido** del acontecer. Sin pretender aquí examinar detenidamente el problema debemos señalar nuestra oposición a P. Ricoeur cuando privilegia en sentido absoluto la sincronía ("la diacronía no es significativa sino en su relación a la sincronía y no a la inversa") ya que toda sincronía es en cierta medida una diacronía más lenta, más pesada, y, desde un punto de vista de mayor generalización la sincronía encuentra su sentido, paradójicamente, dentro de una diacronía: aún una estructura como la estructura que condiciona nuestro ser en el mundo (por ejemplo, y para atenernos a Lévi-Strauss, la corteza cerebral) es una sincronía-diacrónica. Con lo cual queremos decir que no estamos frente a realidades estáticas sino frente a una eminente dialéctica de las temporalidades.

Lévi-Strauss, en su libro *Anthropologie Structurale* (12) afirma que el interés que pueden presentar para el antropólogo los estudios sobre estructura social radican en que ellos "nos ofrecen la esperanza de que ciencias más avanzadas que la nuestra en este sentido, puedan ofrecernos modelos y métodos de soluciones" (pág. 304). De inmediato, luego de señalar la estrecha vinculación con la lingüística estructural, nos dice que "El término «estructura social» no se refiere a la **realidad empírica** sino a los modelos que se construyen según ella" (pág. 305), inscribiéndose, por consiguiente, dentro de una metodología. Se trata, entonces, de saber cuáles son las características de esos modelos específicos que se denominan **estructurales**. En las págs. 305/6 del citado libro las enuncia: "En primer lugar una estructura ofrece las características de un sistema. Consiste en elementos tales que una modificación cualquiera de uno de ellos entraña la modificación de todos los otros. En segundo lugar, a todo modelo le pertenece un grupo de transformaciones de las que cada una es un modelo que corresponde a la misma familia, de manera tal que el conjunto de esas transformaciones constituye un grupo de modelos. En tercer lugar las propiedades indicadas permiten prever cómo reaccionará el modelo en caso de modificaciones de sus elementos. Finalmente el modelo debe ser construido de forma tal que su funcionamiento pueda volver comprensible todos los hechos observados". A partir de los hechos recogidos sis-

temáticamente y sin que ninguna teoría "prescriba cuales poseen mayor importancia y cuales son menos significativos" se construyen los modelos que explican el funcionamiento de esos hechos (el mecanismo **no-visible** que los rige). Entre los inúmeros modelos posibles el modelo "verdadero" será aquel que "siendo el más simple responda a la doble condición de no utilizar sino los hechos considerados y de dar explicación de todos" (pág. 307). Pero descartado el problema epistemológico se produce un paso significativo que nos lleva a otro nivel de análisis de la realidad humana. Una vez que, según las prescripciones establecidas, se elabora el "modelo estructural" sobre la base de la totalidad de los datos accesibles, corresponde preguntarse: ¿de qué nos hablan esos modelos estructurales? ¿de una estructura en las cosas? ¿de un mecanismo mental? En este punto es posible comenzar el análisis de la filosofía de Lévi-Strauss, de ese esfuerzo denodado por descubrir las claves del laberinto que es el mundo del hombre.

El objetivo primero es hacer una **psicología** (pero no nos engañemos con el término; se trata de una filosofía a partir de una psicología concreta, vale decir de una psicología desentrañada de los objetos culturales que son **psíquicos** objetivados. Marx ya había señalado que "la historia de la industria y la industria tal como existe objetivamente, es un libro abierto de las **facultades humanas** y una **psicología humana** que puede captarse sensiblemente" (13): comprender el funcionamiento del cerebro humano a partir de la comprensión estructural de su mundo simbólico. No se trata, por consiguiente, de un estudio antropológico en el sentido estricto de estudio de pueblos exóticos y de la sistematización de los resultados de un tal estudio, sino de las consecuencias filosóficas que se derivan de la antropología: "trato de extraer de tales observaciones (las propiamente antropológicas, O.D.B.) un cierto número de proposiciones que sean aplicables en forma general y a un nivel propiamente **filosófico**, a la interpretación del fenómeno humano en cuanto tal" (el subrayado me pertenece, O.D.B.) (14). La

(12) Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale*. Ver el capítulo "La noción de estructura en antropología" editado por la Universidad de Buenos Aires.

(13) Carlos Marx. *Manuscritos económico-filosóficos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962, pág. 141.

(14) Paolo Caruso, *Entrevista a Claude Lévi-Strauss*, en la revista *es Aut - Aut* N° 77, Milán, 1963. Roland Barthes, en *Les sciences humaines et l'oeuvre de Lévi-Strauss*, en "Annales". París, 19 année, N° 6, sos-

etnografía y la antropología son dos ciencias complementarias cuyo objeto fundamental es comprender el funcionamiento de los pueblos exóticos y, a través de esa comprensión, llegar a generalizaciones de orden filosófico aplicables a todos los hombres. En este sentido la antropología (en general las ciencias humanas) han transformado, en lo que va del siglo, nuestro conocimiento del hombre: han tematizado el mundo de las relaciones reales entre la naturaleza y el hombre, poniendo en evidencia todo ese mundo de "estructuras" que se presentan como un segundo orden de naturaleza intercalado entre una naturaleza "bruta" y lo humano "puro", una especie de tamiz por el cual se produce el acceso dialéctico de la una a la otra, y hace que la estructura ejemplifique con exactitud el nuevo status ontológico que ha erosionado los términos de sujeto-objeto suplantándolos con la descripción de una realidad que los implica a ambos como momentos de una praxis (15). La lingüística, la antropología la psicología social, la economía, nos muestran una estratigrafía humana que hasta ayer mismo nos era desconocida. Ayer podíamos entender al hombre como el centro de exteriorización total (o praxis) que explayándose en toda la gama de sus posibilidades (desde el trabajo manual al trabajo científico o artístico) creaba la realidad humana. Hoy sabemos que no bastan las consideraciones generales y que es necesario, a partir del mundo vivido (del mundo pre-conceptual), explicitar la praxis concreta que crea las formas culturales, incluido el hombre. Pensábamos que por una parte teníamos la naturaleza y por la otra el hombre, y de pronto nos encontramos frente a realidades cuyas forma de existencia son esencialmente dicotómicas pues aparecen como el momento privilegiado en que la naturaleza se humaniza y lo humano se muestra como naturaleza. Como si toda esa ma-

tiene que "Todo el mundo ve hoy... que este pensamiento aunque ejerciéndose cada vez más concretamente sobre un material etnográfico, tiene una perspectiva general; es a la vez un método y una filosofía...", pág. 1085/86.

- (15) Maurice Merleau-Ponty, *Signes*, Gallimard, París, 1960, pág. 149 y 155. En este sentido hay inconsecuencia en Lévi-Strauss pues por una parte se impone la superación de la antitesis sujeto-objeto y por la otra la reintroduce en forma tajante y mecánica.

ravillosa construcción de lo natural, de lo social, de lo histórico... estuviese tejida sobre un cañamazo (la "meta-estructura" como la llama Merleau-Ponty) a través del cual brotase el sentido más profundo de una realidad que se nos da como un equilibrio inestable, como una ósmosis o una verdadera dialéctica. El intento de Lévi-Strauss se inscribe precisamente en la empresa de arrojar luz sobre esas zonas que a manera de intermedios nos mantienen sobre la naturaleza como entes culturales.

No obstante en su concepción se mezclan una cantidad de elementos no-armónicos que trataremos de desentrañar. Su intento queda preso, a mi entender, en la contradicción entre historicismo y trascendentalismo, entre relativo y absoluto, entre materialismo e idealismo. Al tratar de contemplar todas las culturas a un mismo nivel, sin posibilidad de una valoración desde un punto de vista privilegiado, ya que todos los puntos de vista son igualmente privilegiados, nos da una visión plana del mundo (una especie de relativismo a la inversa). Lévi-Strauss desearía poder mirar el mundo como un dios (16): olvidando así que somos esencialmente una determinada mirada que no podemos dejar de lado para ser la mirada y que aún en la comprensión de la más remota cultura, aún deslizándonos por dentro de ella, somos una baba que resbala por sobre ruinas, aún pegados a ella no somos sino esta mirada y no hay engaños posibles, ni aunque nos aferremos a esos parámetros que privilegia Lévi-Strauss y que parecen condensar una estabilidad y una generalidad que abarcan todo lo humano: la riqueza de las culturas supera todo esquematismo. Morgan o Malinowsky o cualquier antropólogo de campo viviendo con los primitivos, hablando, sufriendo con ellos, incorporados a sus tribus, le son sin embargo extraños. No extraños en cuanto a la conformación cerebral pero sí extraños en cuanto cultura, la cual es esa relación hombre-naturaleza que está siempre presente y que no se puede reducir exclusivamente al mecanismo mental (a la gran lógica que aplica la mente humana a partir del caos conque le toca enfrentarse). El "pensamiento salvaje" en última instancia es el pensamiento universal desgajado del mundo que le es inherente, vale decir reducido a puro mecanismo, a la actividad binaria o dicotómica que caracteriza al hombre trobiano, al parisien contemporáneo y, en cierta medida, a las calculadoras electrónicas. La visión de dios estaría dada, pero a mi entender es

- (16) Aut-Aut, *idem*, pág. 34.

una falsa visión de dios. El deseo de encontrar una estructura trascendental concreta puede ser, en última instancia, una generalidad no comprensiva; puede también ser, y a pesar de Lévi-Strauss, otra forma de ese "canibalismo" cultural o de ese antropomorfismo que todo lo deglute con categorías hipostasias a su ser histórico y convertidas en canon de una visión omnicomprensiva de la realidad.

En una entrevista con Paolo Carusso (17) al preguntársele en qué consiste su marxismo Lévi-Strauss le responde: "Se puede reducir a un cierto número de proposiciones elementalísimas; que el hombre es en el mundo, que el hombre piensa el mundo y que entre todos los sistemas de constricciones mentales que trato de describir en base a la observación de los sistemas sociales encarnados, los primeros que encontramos provienen del hecho de que el pensamiento humano no se manifiesta en el absoluto sino siempre en relación a un cierto orden de constricciones que son, en primer lugar, externas". Y más adelante agrega que "Hoy podemos observar no tanto el contraponerse de un hombre, por una parte, y del mundo por la otra, sino a un hombre que se encuentra ya objetivamente mediado respecto al mundo por los mismos instrumentos de que dispone para pensar el mundo; es decir, por ejemplo, de la estructura de su cerebro, y, por lo tanto, la primera de las constricciones a la que está sometido no es la del 'mundo' sino la que resulta de la anatomía, de la fisiología". Este es el punto inicial: el cerebro humano, un cerebro humano ("estructura de la corteza cerebral y de su modo de funcionamiento") que impone formas que son comunes a todo espíritu humano, ya sea "occidental o exótico, cercano o lejano, primitivo o civilizado" (18). Es claro que inmediatamente se impone la comparación con la lingüística, con el psicoanálisis y con el kantismo. Ya desde *Tristes tropiques* aparecen estos antecedentes que con el tiempo iban a tomar cada vez mayor relieve especialmente en el análisis del mundo de lo inconciente, puesto que no hay un conocimiento directo de las constricciones e imposiciones de la actividad cerebral, sino que estas sólo son experimentables "bajo una forma simbólica, como traspuestas en los términos de un código específicamente psicológico". Se trata, entonces, de descifrar los mensajes que nos llegan ocultos ya sea en los sueños o

en la conducta (psicoanálisis), en el lenguaje (lingüística) y en las costumbres, las creencias, al arte, los mitos, la religión, la vida social (antropología) (19). Llegar a descubrir, a partir de análisis de los fenómenos culturales, el funcionamiento de ese mecanismo mental, es el objetivo último de las ciencias humanas en general. De allí que los hechos, la empiria, sean simplemente el comienzo del trabajo de develamiento a que se enfrenta en nuestro caso concreto, el antropólogo (20). Es en este ámbito donde Lévi-Strauss planteará el problema de la objetividad de las ciencias humanas.

No es casual que, en razón de las tesis precedentes, su pensamiento se vincule al kantismo. En su entrevista con Carusso dice lo siguiente: "¿En qué consiste en el fondo la revolución filosófica kantiana? En la tentativa de tomar como punto de partida del conocimiento los límites mismos del conocimiento, o bien de apoyar toda la filosofía sobre el inventario de las constricciones mentales. Esto es lo que trato de hacer yo..." pero con la diferencia de que en lugar de moverse sobre una reflexión íntima (egológica) el antropólogo "trata, en cambio, de situarse en los límites más lejanos posibles, en la sociedad más diversa..." para encontrar allí el común denominador concreto (no especulativo) de todo pensamiento y de toda reflexión (21). No puede sorprendernos, enton-

(19) Idem, pág. 162.

(20) En este sentido Lévi-Strauss reconoce una de sus mayores deudas con el marxismo en cuanto "Marx ha enseñado que la ciencia social no se construye sobre el plano de los acontecimientos, así como la física no se construye a partir de los datos de la sensibilidad: el fin es construir un modelo, estudiar sus propiedades y las diferentes maneras en que reacciona en el laboratorio, para aplicar seguidamente esas observaciones a la interpretación de lo que ocurre empíricamente y que puede estar muy alejado de las previsiones" (*Tristes tropiques*, Unión Générale D'Editions París, 1962, ver especialmente el cap. VI).

(21) En la revista *Esprit* reafirma este parentesco con el kantismo; se trata, en uno y otro caso, aun cuando por caminos diferentes, de "extraer las propiedades fundamentales y obligatorias para todo espíritu humano, sea cual sea".

(17) Idem.

(18) Revista *Cuestiones de filosofía*, N° 2, Buenos Aires, pág. 161.

ces, la afirmación que hace en un texto por varios motivos significativo, de que "la etnología es, en primer lugar, una psicología" (22). En resumen: lo que se busca mediante el análisis estructural son los mecanismos de la actividad inconciente del cerebro del hombre que imprime determinadas formas a una materia (23). Lo que está en juego es un sistema clasificatorio que se expresa a través de los objetos animales, vegetales, sociales, etc. y que permiten captar "el universo natural y social en forma de totalidad organizada" (24). El análisis de los diferentes sistemas que constituyen una sociedad muestra que ellos son fruto de la aplicación de un cierto número de leyes lógicas que funcionan en toda sociedad. La búsqueda de las invariantes es la búsqueda de los elementos concretos que nos muestran esa lógica humana en acción.

Si la actividad inconciente del espíritu consiste en plasmar un contenido mediante el uso de "formas" que son iguales para todo espíritu (cualquiera sea éste), se concluye conque es posible fundar válidamente el conocimiento del mundo cultural de los más diversos pueblos a partir de ese inconciente: "Todas las formas de vida social son nuestras en el sentido de que todos tenemos el mismo inconciente" (yo subrayo, O.D.B.) (25). Nos encontramos como frente a un gran "juego" (la cultura) cuyo mecanismo recién comenzamos a descifrar mediante el estudio de todas las formas culturales conocidas, las cuales expresan la unidad de las leyes formales que reglan todas las combinaciones posibles. Este es el camino que se les abre a las ciencias sociales para superar el problema de la subjetividad y lograr su transformación en ciencias exactas. Lévi-Strauss lo

dice expresamente: "En el fondo lo que me interesa es buscar si, en el ámbito tradicionalmente denominado 'de las ciencias humanas' es posible descubrir un número de relaciones rigurosas como aquellas que regulan las ciencias naturales" (26). Salvado así el abismo de la subjetividad mediante la referencia a un punto común en el que se articula todo el mundo cultural, es posible estudiar a las más diversas sociedades como "nuestras" ya que en ellas activa el mismo mecanismo lógico expresándose, es cierto, por medio de materiales distintos, lo cual, por otra parte, ha creado la ilusión de una actividad cualitativamente distinta (ejemplos de esta confusión serían Lévy-Bruhl y, más cercano, J. P. Sartre). Partiendo de la idea de que es "necesario comprender al ser por relación a sí mismo y no por relación a mí" Lévi-Strauss tratará de descubrir relaciones desprovistas de sentido y de construir modelos teóricos que las expliquen; en otras palabras, tratará de elaborar más allá de lo subjetivo una ciencia.

En lugar de una mentalidad "pre-lógica" o de una mentalidad "primitiva" nos encontramos con un monismo de la mente (27) común tanto a los hombres "civilizados" como a los "primitivos", y a este pensamiento (que es "una especie de propiedad constante del pensamiento humano" (28)) Lévi-Strauss lo llama el pensamiento salvaje. Ya en *Anthropologie Structurale* se planteaba el problema del mecanismo mental que construye el mundo humano señalando que tanto la lógica del pensamiento mítico como la del llamado pensamiento positivo son igualmente exigentes y que las diferencias entre una y otra se refieren "menos a la cualidad de las operaciones que a la naturaleza de las cosas sobre las cuales versan esas operaciones", agregando esta frase reveladora de una temática que posteriormente desarrollaría con amplitud: "Puede ser que un día descubramos que la misma lógica es la que actúa

(22) C. Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964, pág. 193.

(23) "El error de Mamhardt y de la escuela naturalista fue el de creer que los fenómenos naturales son aquello que los mitos tratan de explicar: siendo que, más bien, son aquello por medio de lo cual los mitos tratan de explicar realidades que no son de orden natural sino lógico". Claude Lévi-Strauss, *idem*, pág. 142.

(24) *Idem*, pág. 198.

(25) Marc Gaboriau, *Anthropologie structurale et histoire*, en *Esprit*, *idem*, pág. 584.

(26) *Aut-Aut*, N° 77, pág. 36; y *Anthropologie structurale*, *idem*, pág. 66/67.

(27) En el prefacio a la obra de Mauss, Lévi-Strauss nos dice que "El inconciente es el término mediador entre yo y otro... él nos pone en coincidencia con formas de actividad que son a la vez nuestras y de otros, condiciones de todas las vidas mentales de todos los hombres y de todos los tiempos".

(28) Entrevista de Lévi-Strauss con André Perinaud, en *Arts*, mayo de 1962.

en el pensamiento mítico y en el pensamiento científico, y que el hombre siempre ha pensado bien. El progreso no habría tenido entonces a la conciencia por escenario sino al mundo, donde una humanidad dotada de **facultades constantes** se habría encontrado, en el curso de su larga historia, continuamente en contacto con nuevos objetos" (29). Partiendo de la idea de que "toda clasificación es superior al caos" (30) la tarea del antropólogo será la de encontrar ese mecanismo por medio del cual el hombre introduce un orden determinado en el mundo: las más simples y aún arbitrarias clasificaciones son siempre el comienzo de un **orden** si es que nos fijamos no tanto en el producto o en el resultado, cuanto en la actividad que se plantea ordenar y realmente ordena un material desprovisto de orden. Admitir, por grosero que sea, que un grano en forma de diente preserva contra las mordeduras de las serpientes o que un jugo amarillo es un específico contra los trastornos biliares, tiene, sin embargo, más valor que la indiferencia a toda conexión y señala la irrupción del orden propiamente humano. La distinción entre pensamiento mítico y pensamiento científico no implica dos tipos distintos de pensamiento (31) sino de planos de actividad de un mismo pensamiento; de ese pensamiento que ya sea denominado mítico, analítico o dialéctico, reconoce que son expresiones de un mismo **pensamiento salvaje**, de un pensamiento que está más allá de sus modos de ser y que se nos presenta, tomando una frase de Comte, como "el estado normal de nuestra inteligencia", de **toda** inteligencia. La característica fundamental de este pensamiento es su proceder

por pares de oposiciones y por contrastes, de inaugurar lo que Lévi-Strauss llama "dialéctica de una dicotomía" comparándolo con el accionar binario de las máquinas electrónicas (32).

El hombre (esta inmensa máquina cibernética) aparece así enfrentando a un caos natural, a un mundo de cosas y de hechos que son la materia prima con la cual debe trabajar vale decir instaurar un orden, clasificar, dividir: volver habitable. Ese mundo heterogéneo es el material de su actividad pensante. Tomemos como ejemplo la "botánica": en todos los pueblos llamados primitivos hay una gran organización del mundo vegetal basada en oposiciones morfológicas que se perciben directamente bajo la forma de principios de organización que lentamente han ido introduciendo en el desorden un orden estricto. La complejidad y la minuciosidad de estas clasificaciones son asombrosas. Pero la actividad clasificatoria no se detiene aquí sino que impregna todo el mundo socio-cultural y los campos más diversos aparecen como producto de esa actividad ordenadora, de esa fabulosa actividad clasificatoria por medio de la cual el hombre (primitivo o no) divide, cataloga, separa, en una palabra: organiza su mundo. El antropólogo tiene que construir a partir de los hechos el **modelo** del mecanismo que rige esa clasificación. Estamos de lleno en el campo de la psicología y de la lógica

(29) *Anthropologie structurale*, idem. pág. 255.

(30) *El pensamiento salvaje*, idem. pág. 33.

(31) Sería injusto, no obstante, achacarle a Lévi-Strauss una homologación estricta entre el pensamiento mítico y el pensamiento científico (en la revista *Esprit* aclara este tema señalando que el pensamiento mágico actúa a un nivel de sobresaturación, mientras que el pensamiento científico moderno opera a un nivel de constante apertura: "yo creo haberlo dicho casi textualmente en el primer capítulo cuando señalé que el signo es un operador de la reorganización del conjunto mientras que el concepto es un operador de la apertura del concepto...").

(32) En la entrevista con A. Perinaud dice: "Me parece admirable que disciplinas tan alejadas, las más separadas en el abanico de los conocimientos humanos —la teoría de las máquinas electrónicas, por una parte, y por la otra la reflexión sobre las formas del pensamiento exótico y bien diferente del nuestro— se ligen como si tanto estudiando las máquinas, haciendo la 'etnografía de las máquinas' y 'la matemática del pensamiento primitivo' se llegara a las mismas constataciones". En la misma entrevista Lévi-Strauss rechaza la crítica de Sartre a su fórmula "dialéctica de una dicotomía", en razón de que, según él, Sartre sostendría que la dicotomía pertenece a la razón analítica y no a la dialéctica (en realidad no comprendemos los motivos de este rechazo ya que es evidente que la pura dicotomía, si bien puede ilustrar respecto a los mecanismos del pensamiento, pertenece a un nivel distinto del dialéctico aun cuando es comprendida por la dialéctica).

(33), de una gran lógica original que nos da la clave del mundo del hombre, de este mundo que en última instancia se nos muestra como un producto de la actividad clasificatoria del cerebro. Lévi-Strauss ha tratado incansablemente de patentizar el mecanismo íntimo de esa lógica y a partir de ella de explicar fenómenos tales como el parentesco, la magia, el totemismo. Los especialistas, esencialmente los etnólogos y etnógrafos, podrán discutir los elementos ejemplificatorios conque Lévi-Strauss avala sus tesis y la explicación que ofrece de problemas particulares. A nosotros nos interesa discutir aquí las ideas que se derivan de dichos trabajos concretos, aún cuando también inciden sobre ellos, pues consideramos que pertenecen a un orden distinto de problemas.

El último capítulo de *El pensamiento salvaje* está en gran parte dedicado a polemizar con el Sartre de la *Crítica de la razón dialéctica* en relación al significado de la dialéctica, lo cual equivale a decir sobre los fundamentos del conocimiento propio de las ciencias humanas. No se trata de estar ni con Sartre ni con Lévi-Strauss, sino de realizar el esfuerzo crítico que nos permita extraer los aportes fundamentales al conocimiento que tanto uno como otro han realizado y que se inscriben dentro del proceso de constitución de una ciencia general de la sociedad. Con lo cual no planteamos un eclecticismo sino la necesidad crítica que es immanente al proceso del conocimiento. Aquí sólo podemos referirnos a algunos de los problemas suscitados.

En relación al problema de la objetividad en las ciencias sociales la solución que ofrece Lévi-Strauss es mecanicista. El mis-

mo lo reconoce, sin extraer, claro está, las consecuencias que se derivan de un tal mecanicismo. El reconocimiento del cerebro humano como fundante de esa gran lógica que es posible evidenciar detrás de cualquier orden cultural, no agota, ni mucho menos, el problema del mundo humano. Al instaurar una dicotomía rigurosa (aún entrando en contradicción con otros postulados expresos) entre ese mecanismo inconciente de la mente y el mundo que ese mecanismo crea (la cultura) establece un abismo difícilmente superable entre ambos órdenes: por una parte una máquina cibernética-humana y por la otra el mundo creado por esa máquina, que es segundo en relación a la máquina misma. El problema aparece cuando dejamos de considerar el cerebro por una parte y su secreción por la otra, y vemos una unidad, una totalidad que sólo es escindible especulativamente. En este caso tanto el problema de la objetividad como en general todos los problemas culturales se plantearían en relación a rigurosos niveles de análisis asentados sobre una concepción monista y crítica de lo humano, pero no en un monismo exclusivamente anatómico-fisiológico (el cerebro y sus modos de funcionamiento). En este esquema que va del cerebro a los objetos culturales y de estos a la manera en que funciona el cerebro, desaparece la libertad como momento de la praxis humana. Suponiendo un conocimiento exacto del modo de funcionamiento del cerebro y de los códigos conque este trabaja en las distintas culturas podemos conocer aquellos niveles de la sociedad en que este mecanismo actúa en forma rigurosa pero no aquellos donde las motivaciones individuales, los valores (los proyectos) juegan un rol esencial. La acusación a Sartre de "canibalismo intelectual" (es decir "de considerar que todas las otras formas de pensamiento o de sociedades humanas no tienen sentido sino en relación a las nuestras y que solamente las nuestras pueden otorgarle ese sentido que ellas mismas no poseen" (34) se funda en este absolutizar un aspecto de un fenómeno total: si Lévi-Strauss tuviera razón no se ve cómo podría negarse una cultura a sí misma. Dejando de lado lo exagerado de la interpretación que hace de Sartre (pues Sartre no niega sentido a las sociedades que no son nuestra sociedad sino que se trata del sentido que ellas tienen para nuestro pensamiento o nuestra sociedad, lo cual es una cosa distinta: no se ve como acceder a un sentido en-sí de otra sociedad) lo cierto es que en ella subyace una

(33) "Es perfectamente cierto que una consecuencia —por otra parte aún no claramente enunciada— del estructuralismo moderno debía ser la de rescatar la psicología asociacionista del descrédito en el que ha caído. El asociacionismo tuvo el gran mérito de esbozar los contornos de esta lógica elemental que es como el más simple común denominador de todo pensamiento y sólo le ha faltado reconocer que se trata de una lógica original que es expresión directa de la estructura del espíritu (y detrás del espíritu, sin duda, del cerebro) y no un producto pasivo de la acción del medio sobre una conciencia amorfa". Claude Lévi-Strauss. *Le totémisme aujourd'hui*, Presses Universitaires de France, París, 1962, pág. 130.

(34) Ver la entrevista con A. Perinaud.

interpretación positivista respecto a la objetividad en el campo de las ciencias humanas (35).

El problema de la objetividad en las ciencias humanas no es un problema de buena o de mala voluntad; no se trata de que uno quiera ver o no las cosas como un dios o un habitante de otro planeta, sino de la imposibilidad real, insuperable, que tenemos de ser dios o marcianos. La estructura cerebral y su funcionamiento no agotan el problema del mundo cultural ya que al hombre no puede caracterizársele únicamente por sus circunvoluciones cerebrales sino, y esencialmente, por el resto (la cultura), que es, como decía Marx, su propio cuerpo. Cuando Lévi-Strauss critica a Sartre porque este se niega a reconocer una naturaleza humana, lo hace teniendo en cuenta este substratum anatómico-fisiológico cerebral; pero cuando Sartre se niega a encerrar al hombre en una "naturaleza humana" tiene en cuenta no sólo el substratum cerebral sino toda la cultura y más aún la posibilidad real de trascender, mediante el proyecto de una praxis siempre presente, esa cultura (lo cual implica su propia transcendencia). Por otra parte la acusación de que todo aquel que se encierra en la conciencia (el ego) no puede luego salir de ella (y esta crítica va dirigida a Sartre por cuanto éste habría, según Lévi-Strauss, cambiado su propio ego por un "ego social", pero conservando todas las taras de lo egológico) no creo que sea pertinente ya que todo estudio,

todo esfuerzo de comprensión, se inscribe, mal que nos pese, dentro de una cultura (de ese ego social) y tal vez el verdadero canibalismo sea el de querer entender como un dios, por sobre las culturas, cuando en realidad es una cultura determinada la que "entiende". Sartre acepta las estructuras generales pero respeta la contingencia de cada cultura mientras que Lévi-Strauss al querer mirarla como un dios las resuelve en su propia cultura (la riqueza empírica y el conocimiento de Lévi-Strauss pueden confundir en cuanto al esquematismo de su filosofía). Su aporte principal es haber puesto el acento, mediante el estudio de las invariantes culturales, en las estructuras comunes a todo ser humano y en haber tematizado, a través de las obras, los mecanismos subyacentes que ordenan el mundo cultural. Y Sartre no niega esta empresa, no niega que se puedan descubrir estratos de una realidad social que sean válidos para distintos pueblos: este es un problema epistemológico de las ciencias del hombre y no se le pueden fijar límites desde fuera del propio conocimiento científico. Pero la discusión surge porque tales estructuras no agotan la cultura de esos pueblos, vale decir que las estructuras comunes a los trobriandeses, los griegos de la época de Pericles, los parisinos o los soviéticos actuales, no explican, precisamente, el mundo cultural total de esos pueblos (y por otra parte, las generalizaciones absolutas constriñen lo comprensivo a su mínima expresión: decir que todas las culturas son obras de un mismo mecanismo mental es casi como no decir nada si no especificamos dicho mecanismo, los códigos en que trabaja y los límites concretos de su actividad como actividad encuadrada dentro de esa absoluta comunidad). Es a partir de esas estructuras más o menos generalizadas que el mundo del hombre pareciera ir liberándose (fluidizándose) hasta el acto de la propia negación (libertad, proyecto) de dichas estructuras, englobando en un único proceso dialéctico la historia del hombre. Es como si desde ese "fondeadero" (Merleau-Ponty) histórico, desde esas cárceles de "larga duración" (Braudel) el hombre alcanzara (o pudiera alcanzar) fragmento a fragmento un mundo inédito que sólo le es accesible por el libre ejercicio de su praxis. Esta dialéctica entre el sometimiento y la libertad no puede explicarse a partir de uno sólo de sus términos. Lo cual no quiere decir que se niegue el análisis estructural, sino que se trata de situarlo: no nos sorprende, por ejemplo, que al nivel estructural (eminentemente sincrónico) actúe con eficiencia la razón analítica y que el estudio estructural

(35) Dice Lévi-Strauss: "Soy un teólogo en cuanto sostengo que lo importante no es el punto de vista del hombre sino el de dios, o cuando trato de comprender al hombre y al mundo como si estuviera completamente fuera de juego, como si fuera un observador de otro planeta y tuviese una perspectiva absolutamente objetiva y completa" (*Aut-Aut*, No 77, pág. 34). Y Sartre, por su parte, sostiene todo lo contrario en un texto de su *Crítica*: "El supremo engaño del positivismo es que pretende abordar la experiencia social sin *a priori*... Pero es perfectamente absurdo introducir por analogía el desprecio del antropomorfismo en antropología... La simple inspección del campo social hubiera debido hacernos descubrir que la relación con los fines es una estructura permanente de las empresas humanas" (J. P. Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, Losada, Buenos Aires, 1963, T. 1, pág. 136).

aparezca dentro de las ciencias humanas como lo más próximo posible de las ciencias naturales (y esto no únicamente en antropología sino también en economía, etc. (36)); la razón dialéctica se nos muestra esencialmente en el proceso histórico y en consecuencia engloba como uno de sus momentos no sólo el ámbito estructural sino también a la razón analítica, que sólo puede ser comprendida en relación a una dialéctica de la totalidad. Estamos con el estructuralismo cuando sostiene que existen niveles de la realidad que sólo pueden ser pensados en términos lógicos y no históricos concretos, y esto de hecho y no de derecho (37), pero nos negamos a considerar como central y excluyente al nivel estructural, viéndolo, en cambio, englobado dentro de una dialéctica de la totalidad, en la cual la estructura aparece como la parte más pesada y casi inmóvil.

Tampoco es satisfactoria la distinción que hace Lévi-Strauss entre razón analítica y razón dialéctica como una "tensión" en el seno del pensamiento humano. Merece que explicitemos la discusión entablada con la última obra de Sartre a este respecto. Para Sartre la razón "...es cierta relación del conocimiento y del ser" (ver la Crítica... pág. 11). La relación del conocimiento con la naturaleza nos da un

tipo de razón (vale decir de inteligibilidad) y la relación del conocimiento con la historia (vívica) nos da otro tipo de Razón (dialéctica). Vale decir que hay un sujeto cognoscente, una razón cognoscente si se quiere, y un mundo natural y otro humano a conocer, implicando cada uno de estos mundos la posibilidad de un tipo de racionalidad o Razón. "...el fin de mi investigación será, pues, establecer si la Razón positiva de las ciencias naturales es también la que encontramos con el desarrollo de la antropología, o si el conocimiento o la comprensión del hombre por el hombre implica no sólo unos métodos específicos sino también una nueva Razón, es decir, una nueva relación entre el pensamiento y su objeto..." (idem pág. 11). Recordemos que para Sartre sólo el marxismo puede darnos los fundamentos de toda antropología: en un importante párrafo de las *Cuestiones de Método* (idem pág. 146) recuerda que así como la mecánica clásica utiliza el espacio, el tiempo y el movimiento sin interrogarse sobre ellos mismos, así "...las ciencias del hombre no se interrogan sobre el hombre: estudian el desarrollo y las relaciones de los hechos humanos y el hombre aparece como un medio significativo (determinable por significaciones) en el cual se constituyen hechos particulares (estructuras de una sociedad, de un grupo, evolución de las instituciones, etc.)". De lo que se trata es de encontrar, más allá de los diferentes métodos que oponen a etnólogos, sociólogos e historiadores, la verdadera contradicción que los separa y que concierne "...al sentido de la realidad humana antes que en la diversidad de métodos" (idem pág. 146, yo subrayo). El problema desaparecería si pudiésemos establecer conceptualmente una esencia humana común a todos los hombres ("Sería imposible encontrar una naturaleza humana común a los muria —por ejemplo— y al hombre histórico de nuestras sociedades contemporáneas. Pero inversamente se establece o puede establecerse una comunicación real y, en ciertas ocasiones, una comprensión recíproca entre existentes tan distintos (por ejemplo entre el etnólogo y los jóvenes muria que hablan de su guthul). Para tener en cuenta esos dos caracteres opuestos (no hay naturaleza común, la comunicación siempre es posible), el movimiento de la antropología suscita de nuevo, y con una nueva forma, 'la ideología' de la existencia" (idem 147). En esto Sartre asume la concepción marxista del hombre y frente a Lévi-Strauss, que privilegia con carácter absoluto un monismo fisiológico, afirma un hombre que se hace a sí mismo y que sólo puede ser entendido como el conjunto de

(36) Pierre Vilar, *La notion de structure en histoire*, en *Sens et usages du terme structure*, Mouton y Co., The Hague, 1962: sostiene el carácter científico del "pensamiento sociológico estructural" (que incluye la historia) desde un punto de vista marxista; pero es su posición confusa y, a nuestro entender, más próxima al positivismo que al marxismo.

(37) Según Sebag no se trata, en esta polémica, de negar que el hombre es el productor de todo lo humano: "y esta tautología excluye que se haga del estructuralismo una teoría extra-antropológica de origen del sentido: son los hombres los que crean las lenguas, los mitos, las religiones o las sociedades..." (Lucien Sebag, *Marxisme et structuralisme*, Payot, París, 1964, pág. 114 y sgtes.). Este texto, si bien reconoce el funcionamiento autónomo de las estructuras, excluye expresamente el pasaje a una autonomía ontológica, de allí que nos parezca errónea la crítica que se le hace en la revista *Aut-Aut* ya citada (pág. 104) con una referencia trunca y no comprensiva de este párrafo.

sus relaciones sociales. Por lo cual no existe un Saber como fundamento sino un hombre como fundamento del Saber entendido como momento de su praxis. La dialéctica es el hombre y no otra cosa; es la irrupción del hombre la que crea la dialéctica: de allí que la razón dialéctica sea la fundación de la realidad humana como totalidad totalizante inteligible. Y en este sentido envuelve unitariamente los órdenes del ser y del conocer, la dialéctica está en las cosas y en el conocimiento de las cosas a partir del orden inaugurado por el hombre ("Si nos negamos —dice Sartre— a ver el movimiento dialéctico original en el individuo y en su empresa de producir la vida, de objetivarse, habrá que renunciar a la dialéctica o hacer de ella la ley inmanente de la Historia" (idem, pág. 139). "Por el contrario, la dialéctica es un método y un movimiento en el objeto; ella se funda, en el dialéctico, en la afirmación de base que concierne, al mismo tiempo, a la estructura de lo real y a nuestra praxis: afirmamos juntamente que el el proceso del conocimiento es de orden dialéctico que el movimiento del objeto (sea el que sea) es él mismo dialéctico y que estas dos dialécticas son sólo una" (idem pág. 166, 67). La razón dialéctica es la racionalidad que es fruto de las modalidades de la praxis humana: el orden que inaugura la praxis es la dialéctica. Sartre afirma que "el pensamiento es a la vez del ser y conocimiento del ser" (idem, pág. 170); vale decir que el pensamiento está sometido a la dialéctica y es, a la vez, "conocimiento de la dialéctica como Razón, es decir, como ley del ser" (idem 171). En este terreno debe plantearse la discusión; la dialéctica lo penetra todo, es el modo del todo humano: vale decir que hay un conocimiento que en su aplicación al mundo se maneja con determinadas categorías (analíticas), pero que en cuanto momento de una totalidad, de una praxis, es englobado en ese mismo conocimiento a un nivel superior (dialéctico). No hay, por consiguiente, dos instrumentos cognoscitivos: dos razones, sino una única razón que es dialéctica en cuanto inaugura un orden dialéctico ontológico (social), pero que a su vez, desgarrada de este *status*, crea en su proceso histórico las categorías de una razón dialéctica que pertenecen al orden del conocimiento: la primera como momento de la segunda, la cual, a su vez, es la dialéctica ontológica interiorizada, dándose **sus propias luces**. La razón dialéctica "supera el marco de la metodología, dice lo que es un sector del universo, o, tal vez, lo que es el universo entero..." (idem, pág. 167), pero sin entender, por esto, que la dialéctica es un destino, algo

que se nos impone desde fuera, sino que, por el contrario, ella es "la experiencia misma del vivir, ya que vivir es actuar y sufrir, y ya que la dialéctica es la racionalidad de la praxis" (idem, pág. 187).

Lévi-Strauss acusa a Sartre de oponer algunas veces la razón analítica y la razón dialéctica como si opusiera el error a la verdad (38) y otras de considerarlas como complementarias, como "caminos diferentes que conducen a las mismas verdades". Sin embargo es una constante en el pensamiento sartriano el reconocer la preeminencia de la razón dialéctica (ver *Crítica...* pág. 167, entre otras) e integrar la razón analítica como primer momento de una razón sintética y progresiva. En las págs. 191 y 192 de la *Crítica* desarrolla esta dialéctica que se establece entre ambos tipos de razón: y la razón dialéctica se nos muestra por una parte como la inteligibilidad de la razón positivista y por la otra como su propia inteligibilidad. La razón positivista no puede fundarse sin esta recurrencia a la dialéctica. A este respecto se puede leer todo el acápite 9 (págs. 206 y sigtes. de la *Crítica*). Por ejemplo: "Así la Razón analítica, como esquema universal y puro de las leyes naturales, sólo es el resultado de una transformación sintética o, si se prefiere, sólo un determinado momento práctico de la Razón dialéctica..." y "Más lejos veremos —si tiene éxito nuestra experiencia— que la razón dialéctica sostiene, dirige y vuelve a inventar sin cesar a la Razón positivista como su relación de exterioridad con la exterioridad natural". Creo que, además de confusiones y afirmaciones que no se ajustan a las tesis sartrianas, hay un punto de partida radicalmente distinto: Lévi-Strauss se instala de entrada más allá del *ego* ("Quien empieza por instalarse en las pretendidas evidencias del yo ya no sale de ahí" y más adelante "De hecho Sartre queda cautivo de su *cogito*: el de Descartes permitía el acceso a lo universal, pero a condición de ser psicológico e individual; al sociologizar el *cogito* Sartre cambia solamente de prisión" (39) y no reconoce los esfuerzos desmitificadores de las corrientes filosóficas que tematizando científicamente al *ego* tratan de fundar toda investigación científica como empresa esencialmente humana. Una cosa es pretender escapar al *ego* y a lo que él llama el *ego social* de Sartre, por pura negación, y otra lograrlo de hecho (la pretendida ob-

(38) El pensamiento salvaje, idem, pág. 335.

(39) Idem, pág. 361.

jetividad de Lévi-Strauss es una subjetividad escondida). En este sentido hacemos nuestra la crítica que le hace P. Caruso: "Pero la anatomía del cerebro, la fisiología, etc. se ejercen sobre el cuerpo en cuanto forman parte del mundo, en cuanto son objeto: las constricciones que encontramos aquí son constricciones del mundo". Ellas presuponen un observador, un experimentador, y, por eso, otro punto de partida —aquel metodológico-reflexivo constituido por el *cogito*— distinto al punto de partida obvio constituido por la realidad como 'ya dada', como 'anterior', a toda búsqueda y observación ejercitada sobre ella. En suma, Ud. adoptará el término dialéctica siempre y especialmente en su acepción lógico-instrumental como un tipo de racionalidad entre dos posibles, y jamás en el sentido de implicar en el sistema experimental al experimentador y al campo de experimentación: en resumen, en el sentido que el marxismo, de algún modo, ha heredado de Hegel" (40). Lévi-Strauss no ha superado la contradicción entre una investigación concreta y una filosofía mecanicista. Su búsqueda de una psicología omnicomprendiva, de esa gran lógica que se transparenta en todo el mun-

do cultural, encierra grandes posibilidades de análisis (como lo demuestran sus libros, prodigiosamente ricos y sugerentes) pero al encerrarla en una concepción estrecha, mecánica, la priva de su verdadero sentido: no aparece como un momento de la praxis sino como algo *dado*, como una constricción insuperable. Al privilegiar la estructura cerebral por sobre el proyecto de una praxis transformadora del mundo queda preso en un mundo cerrado, alienado y sin posibilidad de rescate. El mismo, y no sin amargura, lo reconoce: "Yo, en cambio, veo evolucionar la humanidad no en el sentido de una liberación sino de un sometimiento progresivo y siempre más completo del hombre al gran determinismo natural" y "El porvenir de la humanidad será el de una siempre más completa esclavitud a la 'fatalidad' de su naturaleza" (41). En abstracto ni una cosa ni la otra; pero la historia, especialmente de este siglo, nos muestra pueblos, hombres "concretos" que por sobre las condiciones naturales, por sobre "su" naturaleza, imponen la voluntad (que siempre es una "idea" en marcha) de liberarse de la esclavitud material y social, de alimentarse, de vestirse, de crear. Claro está que esta construcción que un mundo auténticamente humano, desalienado, no es idílica sino contradictoria y desgarrada.

OSCAR DEL BARCO

(40) Aut-Aut, N° 77, pág. 33/34.

(41) Idem, pág. 32/33.

Quaderni rossi 5

Intervento socialista nella lotta operaia

- 1 Intervento socialista nella lotta operaia: l'inchiesta operaia di Marx (Dario Lanzardo)
- 31 Giornali politici fabbriche del Biellese (Pino Ferraris)
- 49 Note per un lavoro politico socialista (Giovanni Mottura)
- USO SOCIALISTA DELL'INCHIESTA OPERAIA (del seminario tenutosi a Torino, 12-14 settembre 1964)
- 67 Intervento di Raniero Panzieri
- 77 Informazioni, valori e comportamenti operai (Vittorio Rieser)
- 105 Rapporto tra scopi e strumenti dell'inchiesta (Liliana Lanzardo)
- 134 Schema di intervista
- 142 Trasformazioni della classe operaia in alcune analisi sociologiche (Bianca Beccalli)
- 173 Indagini recenti sulla classe operaia

I «Quaderni rossi», fondati da Raniero Panzieri, sono pubblicati dall'Istituto Rodolfo Morandi

Escusivista per la distribuzione: La Nuova Italia, piazza Independencia 29, Firenze

LOS QUE MANDAN *de José Luis De Imaz*

"Entendemos por minoría del poder los círculos políticos, económicos y militares que como conjunto intrínseco de camarillas que se trasladan e imbrican, toman parte en las decisiones que por lo menos tienen consecuencias nacionales. En la medida que se deciden los acontecimientos nacionales, la élite del poder está constituida por quienes lo deciden."

W. MILLS. *La élite del poder F.C.E.*

El libro del profesor José Luis De Imaz (1) quiere ser un estudio objetivo y desapasionado sobre los titulares del poder en la Argentina. A partir de una descripción personal de los que mandan, explicar históricamente el fracaso de una conducción (léase de una generación), pasando por las relaciones de poder que condicionan precisamente esa conducción.

Como en el estudio de Mills, se estudian los sectores que "deciden" pero a su diferencia De Imaz no los estudia correlativamente, en sus interacciones, sino aisladamente, y, por otra parte, cada estudio institucional se realiza solo a nivel personal, personalísimo, diríamos. La Sociología es el camino escogido para que las conclusiones tengan validez científica, superando a la vez las "ideologías", cuya interferencia en este tipo de problemas es previsible, y los juicios de valor no menos previsibles y no menos nefastos.

Esta intención manifiesta del autor condiciona una crítica que se vea a sí misma

como el comienzo de una discusión y no como el fin de toda discusión.

De allí que sea preciso aceptar los términos de este estudio, aunque solo sea provisoriamente, para que libro y crítica se sitúen —formalmente— al mismo nivel. Ciertamente la crítica ideológica es posible y necesaria en dos dimensiones: señalando primero la ideología manifiesta y apasionadamente defendida por el autor, y evidenciando a continuación sus contradicciones internas y con la praxis social. No hace falta ninguna tortuosidad, ningún proceso de intención para señalar esta ideología pues ella es explícita, los capítulos sobre "aclaración para civiles y epílogos para militares", "la iglesia" y el final "Argentina sin élite dirigente" lo probarían de manera fehaciente. Acotaciones, puntos de partida no explicitados, sugerencias a lo largo del libro complementarían muy bien un análisis ideológico fundado solamente en el texto (2). Pero nuestra intención no es, insistimos, ni el análisis ni la crítica ideológicas, sino la crítica sociológica a un libro que se pretende sociológico, aunque eventualmente —y secundariamente— el análisis sociológico revele que el autor, pese a sus manifestaciones, pese a su deseo en el mejor de los casos, no ha podido desprenderse ni de su ideología ni de sus juicios de valor. Es que, para que un estudio sea científicamente legítimo, no basta declarar la intención de que lo sea, ni el respeto por los hechos: es preciso que se desarrolle dentro de los límites y con el método de la ciencia que se invo-

(1) Los que mandan Eudeba. Buenos Aires, 1964.

(2) A veces pareciera que los únicos que tienen ideología son los marxistas. Los no marxistas salvan toda complicación señalando simplemente, que no tienen ideología.

ca. Este es el punto central de esta crítica.

I — El análisis sociológico

Dejemos de lado obviamente, toda discusión acerca de "qué es la sociología", pero aceptemos en cambio que ella es o quiere ser una ciencia, y en consecuencia admitamos —exijamos— para el análisis sociológico lo exigible a todo juicio científico que se pretenda tal (3), por una parte, y dejemos también la ya algo envejecida polémica entre sociología "especulativa" y "sociografía" o sociología "empirista", admitiendo que como consecuencia de lo ya afirmado el requisito de verificación, de "respeto a los hechos" tiene total y absoluta validez (4). Comencemos pues por las hipótesis que nuestro autor propone: en la Argentina no hay "élite" sino mandones (pág. 1 y capítulo final), y la segunda no es ya una hipótesis sino una interrogación (desdoblable naturalmente); "si hay una fractura entre el poder económico y el poder político, hasta cuando podrá prolongarse y dentro de qué niveles" (p. 3). Curiosamente y a manera de aclaración el autor agrega: "Prestigio y poder son pues, los otros dos términos del análisis a lo largo de toda la investigación" como si esto se desprendiera de la afirmación anterior, sin advertir que corresponde a dos niveles y a dos perspectivas de análisis diferentes, salvo que poder se sobreentienda como "poder económico" pero esto no está de ninguna manera explicitado. Pero no tiene mayor importancia pues el autor olvida esta segunda hipótesis y se ocupa únicamente de la primera, salvo referencias incidentales y no sistematizadas, en algún capítulo y que cierra el libro ya transformada en tesis sociológica. Lamentablemente, los términos de la hipótesis no están definidos, lo que origina una confusión casi insuperable; en efecto sólo al final del libro (p. 236) se avanza una definición pero ella no concuerda con la múltiple utilización del término que se ha hecho antes. Según la necesidad de los distintos capítulos, se habla de "élite funcional" y "élite real", o "élite nominal", o "clase dirigente" o "clase política". Esta observación no es puramente académica, por el contrario, perjudica la comprensión aproximadamente exacta de los puntos de vista del autor en cada tema, y nos deja

frente a incoherencias difícilmente salvables; v.gr. en pág. 6 se sostiene que en el país no hay élites, y en pág. 12 al referirse a los dirigentes políticos 1936/41 se sostiene que "se trataba de toda una clase dirigente. Una de las pocas bien cohesionadas que ha tenido el país, funcional..." y luego en pág. 21 este título "año de nacimiento de las élites conservadoras". ¿Elite y clase dirigente se confunden o élite y conservadores se identifican? Más aún, se usa aquí el término "clase dirigente" y algunas páginas más allá se critica rudamente esta expresión de Mosca, subrayando su inutilidad.

Así pues, señalemos esta primera dificultad derivada de la falta de precisión en los términos que constituyen el meollo del trabajo. Examinemos ahora el método utilizado.

"Este análisis" —dice el autor— "abarca 25 años. Pero no he querido imponerle un límite fijo. Cuando era necesario se han rastreado las causas antes y cuando ha sido posible se proyectaron los resultados más allá del límite arbitrario" (p. 5). El lapso analizado es pues arbitrario. "Había que imponerse un período y un cuarto de siglo pareció suficiente. Lo que en cambio es fijo e inamovible (5) es el método".

¿Pero en qué consiste este método fijo e inamovible?

"se definió cuáles iban a ser las instituciones a estudiar en todos los órdenes: político-administrativo, militar, religioso y laboral. Y después se resolvió que el análisis se centraría en las personas que ocuparan las más altas posiciones institucionalizadas realizadas..."

Así pues lo que el autor llama método fijo e inamovible consiste en: a) delimitar las instituciones. b) proceder al análisis de las carreras de quienes ocuparon las más altas "posiciones institucionalizadas", sin embargo lo que no parece fijo es el criterio con que se eligieron estas instituciones.

Señalemos respecto al método:

- 1 El lapso estudiado es doblemente arbitrario: en lo que respecta a su elección y en el caso omiso que se hace luego de esta elección.
- 2 La elección de las instituciones no es menos arbitraria y este punto es capital porque marca todo el análisis. Aquí se percibe claramente que no existen los "hechos" que mandan, como lo sostiene el autor, sino que hay una cierta manera de tomar esos hechos que condiciona los resultados

(3) Certeza, exactitud, universalidad y sistematización.

(4) cfr. Gino Germani *La sociología científica*.

(5) El subrayado es nuestro.

del análisis. Pero ya volveremos sobre esto. El autor reconoce expresamente "la arbitrariedad de esta elección", cada exclusión resultó de una evaluación subjetiva" nos dice y luego, como explicación, "el autor no puede prescindir de sus vivencias" ¿cómo pretender a la vez la objetividad mas cruda como se sostiene a lo largo de todo el libro, ¿cómo insistir en que los hechos mandan, si la elección de los "hechos" está condicionada por las vivencias del investigador?

Así entonces, disgustado (puede que legítimamente) ante la actitud de la Suprema Corte de Justicia que reconoce al Dr. Guido como presidente de la República, ante la inanidad de estos jueces que se niegan a defender al presidente constitucional Frondizi, el Dr. Imaz los excluye de su análisis. Sin embargo el período analizado 1936/61 podría bien indicar a la Suprema Corte (y a la justicia) como parte importante de los que mandan. A la inversa de los sindicatos, por ejemplo (6). Son estudiados los políticos profesionales, pero no el parlamento, ámbito natural de actuación de un político profesional. También el parlamento no es parte (importante) de los que mandan. Ahora, en estos años, agreguemos. Finalmente también por causa de sus vivencias actualísimas, el autor pasa por alto los intelectuales, cuyo rol es discutible ciertamente, pero olvida completamente a los estudiantes y a su organización: la Federación Universitaria. Cuando se piensa la importancia de la Federación Universitaria en el período 1943/46 el hecho resulta por lo menos sorprendente y seguramente significativo de la orientación de las "vivencias" del autor.

- (3) Los dirigentes analizados son seleccionados en un período de tiempo arbitrario y en función de su pertenencia a instituciones arbitrariamente escogidas, según las vivencias del autor, con la ayuda de procedimientos —agreguemos— no menos arbi-

- (6) De alguna manera la suerte del peronismo y del país se jugaron en la célebre entrevista entre el General Avalos y representantes de los partidos políticos y de la F.U.A., estos últimos pedían que el poder pasara a la Suprema Corte.

trarios y completamente caseros. Un amplio "quien es quien", complementado con historias de vidas y entrevistas personales (suponemos), no ofrecen garantías de "objetividad".

Con una hipótesis de términos no explicitados, con otra enunciada y luego abandonada, elección de tiempo e instituciones arbitrarias y procedimientos dudosos mal puede esperarse un resultado científicamente óptimo.

Es que ciencia y hechos se identifican para el autor, olvidando que los hechos existen a través de su percepción y que deformados dejan de ser ciertos aunque sigan siendo hechos.

Es preciso compartir —¿y cómo!— esta preocupación por "desmitificar" que menciona el profesor De Imaz, pero en esta persecución de mitos —productos de ideologías y abstracciones— se corre el riesgo de remistificar, de crear nuevas mistificaciones y paroxismo de la ironía en nombre de la verdad, de la ciencia, de la "demistificación". Más que método científico, es el sentido común el que orienta al autor en su búsqueda, el que fundamenta sus postulados, el que define su área de investigaciones. Y este "conjunto de postulados no razonados y de experiencias apresuradamente generalizadas" como decía el viejo Marc Bloch (7) no constituye de manera alguna ni prueba ni fundamento de un análisis científico. Es precisamente la negación o por lo menos la puesta entre signos de interrogación del sentido común el comienzo de todo análisis riguroso.

Y es a partir del sentido común (forma de ideología como es obvio), que el autor cultiva el respeto "de los hechos". Los hechos no sólo prueban, sino que también mandan son también los jueces Pero qué

"el objeto mismo de la investigación científica consiste en determinarios y "si esto no fuera sino el principio o "primer paso de la ciencia bien podrían pasarse por alto los pasos siguientes. La determinación científica "de los hechos es no obstante una larga y dificultosa tarea; no sólo por "ser esos frecuentemente inaccesibles, "sino también porque lo que tomamos "de ordinario, por un hecho puede ser "una mera ilusión. Nuestras ideas preconcebidas y predisposiciones nos "hacen ver cosas que no suceden en "realidad y, al mismo tiempo, por carecer de la reflexión previa adecuada

- (7) Marc Bloch: *Introducción a la Historia* F. C. E., México.

"otras veces no logramos advertir muchas cosas obvias que sí ocurren. El problema de cómo liberarse de la ilusión y ver lo que realmente sucede con la naturaleza, exige esa utilización permanente y ardua de la razón que conocemos con el nombre de método científico".

Esto no lo sostiene un sociólogo "especulativo" sino Morris Cohen en un libro —Razón y naturaleza— cuya versión castellana está prologada por el prof. Gino Germani. Esto no es ni ideología ni defensa de la "teoría" en contraposición de los hechos, sino puntualización de las condiciones de legitimidad de la sociología como ciencia.

Y una acotación: Este culto de los hechos tiene sí consecuencias ideológicas: la aceptación de la realidad lisa y llanamente, deriva a veces en su justificación o en la justificación de estrategias políticas que so pretexto de "realismo" no son sino maneras de conservar el orden existente. Los hechos mandan, porque los que mandan han decidido que manden en última instancia.

II — LOS HECHOS

Hemos debido superar dos dificultades: este es un libro no precisamente unitario, ni en su concepción ni en su desarrollo, y sus capítulos, más que capítulos parecen una recopilación de trabajos diversos (y a veces con no idéntica perspectiva). En segundo lugar la extensión de los temas abarcados exige una impropia tarea para su síntesis y para su examen.

Hemos querido superar esta doble dificultad, examinando primero la estructura metodológica del libro y luego aun a riesgo de simplificar, analizar sus capítulos, pero este riesgo que no ha sido salvado por el propio autor no nos resulta un cargo ni, pensamos, invalida las observaciones que se siguen.

II. 1. PRESIDENTES, MINISTROS GOBERNADORES

Aunque la muestra ofrezca aquí algunas dudas (el universo ha sido una vez más arbitrariamente reducido por el autor) examinemos las afirmaciones que sostiene:

1. — El autor distingue tres "elencos gobernantes en el período analizado": la "élite conservadora de 1936/41", la nueva clase política que se consolida a partir de 1946 (el peronismo) y una tercera que se perfila a partir de 1956 (8).

"la nueva clase política la integraban individuos accedidos a través de canales distintos. No había en 1946 ni valores comunes, ni otro régimen de lealtades como no fuera el de los militares y los gremialistas para con sus respectivas instituciones" (p. 14)

Es exacto que los nuevos dirigentes acceden por canales distintos pero es erróneo que no tengan valores comunes. El hecho de acceder por canales diferentes, ¿por qué ha de implicar necesariamente ausencia o disimilitud de valores? No tenía ciertamente los valores de la antigua elite pero tenía los suyos y muy particulares: el valor "justicia social", vg., que servirá de marco de referencia al peronismo durante un largo período. Un análisis de contenido de los discursos de Perón así lo probaría (9). Pero preferimos no insistir demasiado porque el autor mismo abona nuestra objeción unas páginas más adelante

"Desde el punto de vista ideológico, el elenco gobernante era en 1946 un bloque. Como volvería a ocurrir en 1951. No había más que una ideología en el poder. Lo que ocurría es que en 1946 no estaba todavía bien perfilada, y en 1951 tenía un cuerpo de doctrina un orden valorativo propio y abundantes signos, slogan y símbolos los partidarios". Esto en la página 33. Había o no había? Y si tenían valores eran una clase dirigente o simplemente mandaban?

El elenco dirigente que sucede al peronismo es aun más difícil de cernir. Puesto el autor en un análisis puramente político, sin referencias a actores sociales, encontrar una clase política en el vacío que se abre a la caída del peronismo es realmente una tarea que no le envidiamos. Los cambios sucesivos de elencos de 1955, 56, 58, 62, 63, desafían al más valiente de los investigadores a encontrar coherencia a sistematizarlos, insistimos, cuando se analizan en términos políticos simplemente y a través de la carrera de los "líderes institucionalizados".

(8) Un error tipográfico (o de clasificación?) hace que la búsqueda de este tercer elenco anunciado al comienzo, sea muy larga.

(9) Como así también si se empleara la misma técnica con los discursos de dirigentes sindicales y políticos.

De esta triple división de los elencos que nos han gobernado y del estudio de la extracción social y la edad de los gobernantes, el autor concluye que:

"la mayoría de los dirigentes provienen de las clases medias... la primera minoría de las clases altas y la segunda minoría de la clase obrera..." (p. 29).

Y en consecuencia de ello, "se desprende que la sociedad argentina es una sociedad abierta".

Estas dos generalizaciones pueden difícilmente ser sostenidas: la primera porque la pertenencia a uno u otra clase es determinada en cada uno de los períodos y la segunda, porque no guarda relación sencillamente

2 — La segunda aportación del profesor Imaz consiste en incorporar —sin ninguna salvedad— la tesis de Almond acerca del poder, pero quizás con más ortodoxia que el propio autor citado agrega:

"todo sistema político en toda sociedad cualquiera sea su grado de desarrollo tiene por función articular intereses... e incorporar intereses entre otras funciones".

A pesar de que el autor sostiene que esta es una adquisición "laboriosa" de la sociología, a nosotros nos parece un punto de vista. Cabe preguntar al respecto si en cierto tipo de sociedades subdesarrolladas, donde los intereses "a articular" son desproporcionados, esta "función" es verificable o si por el contrario la "función" consiste en "subyugar" unos intereses a otros. (Extrasociológicamente conviene recordar aquí la fábula del tiburón y las sardinas, referida a la organización socio-económica de los habitantes marinos).

3. — Finalmente y pese a la reiterada promesa de estudiar solamente los líderes formales, por una vez se aparta del método y completa el panorama con la introducción de la categoría "líderes informales" obviamente útil para la comprensión de las relaciones de poder. A falta de definición he aquí unos ejemplos: Rogelio Frigerio, Eva Duarte de Perón y Ricardo Balbín. Señalamos que este es el único punto del libro en que el autor se aparta del sentido común. Las consecuencias son terribles para la categoría "líder informal".

II. 2. LOS MILITARES

Con buen tino el profesor De Imaz sos-

tiene "que resultaría irrisorio estudiar el rol de las Fuerzas Armadas, exclusivamente dentro del marco normativo formal" y a cambio "que lo que interesa saber es qué tipo de intervención tienen los militares, dentro de qué modalidades y por qué diferentes razones".

En nuestro país el autor descubre estos niveles de intervención:

- a) ejercicio directo del poder formal (1943 - 1955 - 1962);
- b) contralor indirecto con derecho a veto (durante la presidencia de Frondizi).
- c) contralor indirecto e incompleto sobre la autoridad civil (al comienzo de la presidencia de Frondizi).
- d) dos formas mínimas que trascienden lo instrumental para ceñirse a lo estrictamente personal" la intervención militar durante el peronismo y el "profesionalismo durante el gobierno "de Justo".

Llamar a esto una tipología, primera salvedad, es bastante temerario; es apenas una descripción de los últimos 30 años y de valor dudoso. En cuanto al contenido, más adelante se sostiene que los militares constituyeron uno de los pilares del peronismo (p. 49); y sin embargo, este hecho, referido a un período clave de la historia nacional, es percibido por el autor como una forma "mínima" de intervención.

En segundo lugar, ocurre que esta forma mínima de participación en el poder durante 12 años tiene como fundamento una "mancomunidad de intereses", "mancomunidad" que en cuanto a su real envergadura y más allá de toda apariencia formal fue básicamente de tipo personal". Nunca como en este punto era importante señalar qué se entiende por "interés":

"Como institución durante ese lapso (el peronismo) las fuerzas armadas no fueron poder strictu sensu. Un hombre surgido de sus filas regía los destinos del país y por ese hecho les resultó posible obtener facilidades presupuestarias, y ampliar y modernizar el armamento" (p. 49).

¿Eran estos los intereses? ¿En qué consistieron las facilidades presupuestarias? ¿Era un interés común la modernización del armamento? Todo esto no puede constituir ni siquiera el comienzo de una explicación del rol de las Fuerzas Armadas durante el peronismo, cualquiera sea la interpretación que se dé a estos escasos párrafos sobre la cuestión. Esta forma de participación "menor" es de vital importancia para comprender la orientación de las fuerzas armadas. Puede que el manifiesto deseo de "salvar el honor" de los militares

obligue al autor a pasar por alto este período no explicitado (10).

La otra forma menor de intervención — la prescindencia— consecuencia de la "ideología profesionalista"; aparece casualmente con el General Justo. Al igual que durante el peronismo, las Fuerzas Armadas constituyen el soporte del régimen y sin embargo al igual que durante el peronismo las Fuerzas Armadas pese a que constituyen el soporte del régimen, no tienen una intervención importante a juicio del autor; la ideología profesionalista en última instancia no es sino una manera de disfrazar ese sostenimiento de una ideología en sentido estricto.

Esto en cuanto a los distintos tipos de participaciones (que ni son tantos ni muy diferentes); pero ¿por qué intervienen y sobre todo, en nombre de qué intervienen? Los estudios de origen, extracción y medio familiar permiten afirmar que en la Argentina no hay "casta militar".

Si por una vez el autor se apartó del sentido común, también ahora por una vez el autor se separa de su norma invariable de no definir los conceptos y se ocupa de establecer explícitamente qué es una casta "strictu sensu" y desde luego que da muy claro que en la Argentina no hay "casta militar". Es posible que así sea, pero lo cierto es que el autor no nos da los elementos de prueba, sociológicamente hablando.

El origen y la extracción parece probarlo exhaustivamente. Pero cabe preguntarse si esto agota el problema. En efecto, si reemplazamos la palabra casta por la de un grupo cerrado, con intereses propios y con representantes de intereses ajenos (y obviamente complementarios), el problema aparece de nuevo a saber: cuál es la naturaleza de la institución en los países subdesarrollados. Y la respuesta no puede llegar por la vía del estudio del actor sino del contenido de la acción y de su orientación, vale decir insistiendo más sobre el elemento socialización que sobre el elemento socializado. Sobre todo si se tiene en cuenta que las Fuerzas Armadas como la iglesia en los países subdesarrollados son canales de ascenso social, es decir, que la incorporación del individuo a esta clase de instituciones le significa una ruptura —incluso física o morfológica— con su ambiente de origen. Así se explica que cuando el autor analiza la orientación modernista en la iglesia la correlación positiva (+ joven + modernista

y — ejercicio parroquial + modernista) tenga que ver más con la situación temporal en el proceso de socialización y con su inserción en la situación que con su extracción. Insistimos: el acento debe recaer —para una explicación válida— en el estudio de la institución y no en la descripción de los individuos que la componen.

Y si las Fuerzas Armadas no constituyen una casta ¿por qué intervienen (directamente) en el gobierno formal?; en otros términos ¿por qué dan los golpes de estado? Según nuestro autor los tres golpes de Estado han sido hechos siempre en nombre del valor eficacia. Los militares tienen internalizado en grado sumo dos valores: el patriotismo (su misión no es sólo defender las fronteras sino una cierta noción de patria) y la eficacia.

Curiosamente si el valor eficacia y el valor patriotismo pueden desprenderse de un análisis de contenido de los programas de estudio de las FF.AA., no está probado que sean los únicos, ni los más importantes y sobre todo que ellos informen los golpes y todavía mucho, muchísimo menos, que históricamente expliquen estos golpes.

Ni el análisis somero de las proclamas revolucionarias, ni los antecedentes históricos de los golpes permiten afirmar tal cosa. Y si el autor piensa seguramente que resulta poco creíble el invento de Marx de explicar la historia a través del estudio de las relaciones de producción, su tentativa de explicar la intervención militar con referencia exclusiva a valores (ni claros ni explicitados por otra parte) es aun mucho menos creíble, porque es más abstracta.

Resta un capítulo destinado a fomentar un entendimiento entre civiles y militares, "aclaración para civiles y epílogo para militares" del que no nos ocupamos, porque obviamente pertenece al movedizo terreno de la ideología y del debe ser. Opiniones subjetivas deben ser tomadas ni más ni menos por eso: opiniones.

II. 3. Los empresarios

Lo más remarcable de este capítulo es la fragilidad del método empleado para sostener las conclusiones, la distancia entre la premisa y las conclusiones. En efecto, de la descripción (parcial) de los empresarios (los empresarios analizados son aquellos que están organizados, y éstos no necesariamente representativos del empresario en general), por una parte, y por otra, porque de esta descripción que tiene en cuenta un número limitado de variables se salta —literalmente— a la explicación del por qué los empresarios no

(10) El prof. De Imaz forma parte del personal docente de las fuerzas armadas.

constituyen un factor de poder, de por qué los empresarios no mandan. De nuevo hay aquí una pérdida de la perspectiva sociológica, pues, si bien es legítima la descripción (el quién es quién) como primer paso del análisis, no es legítima la conclusión sociológica a partir de sólo un pre-análisis parcial. De la descripción de los empresarios, suponiendo que fuera parcial y correcta, puede deducirse la **orientación** de la organización de los empresarios (en términos de acción social) pero no es ni cierto ni correcto explicar un fenómeno total (el poder) a partir de este hecho. En otros términos, hay una "gambeta" desde el punto de vista metodológico. Dejo de lado toda cuestión referida al contenido, discutible por lo demás.

De allí que una prueba de la hipótesis resulte imposible en estas condiciones, con este razonamiento y con esas variables.

El problema consiste en saber si al poder económico, corresponde un poder político. Entonces lo que corresponde es establecer las características **económicas** y su correlación con la estructura social y con toda la estructura política, y no pasar de las características sociales de los titulares del poder económico para explicar la inserción y el tipo de inserción en el poder, porque el elemento fundamental es la relación entre una unidad económica y el poder político. Lo demás resulta anecdótico y eventualmente complementario. No significa esto negar la posibilidad del análisis sociológico autónomo sino al contrario su afirmación, sólo que, precisamente, para que la sociología se autonomice, para que se constituya en una "sociología científica" y no en una "sociología sintética", es preciso que sus conclusiones no desborden sus premisas, de lo contrario la invasión que se niega al comienzo se produce al final. En cuanto a la tesis del autor ("los industriales como poder fallido") y las razones que las sustentan resultan discutibles, no sólo desde la crítica sino desde el libro mismo. En página 16, cuando se analiza "la nueva clase política" que aparece —según el autor— en 1956 se dice:

"Que el 42 por ciento de las más altas posiciones institucionalizadas estaban cubiertas por militares y el 24 por ciento, por empresarios. Esta combinación de militares y empresarios dura todo el período revolucionario, hasta que Frondizi asume el poder".

Y un poco más abajo explícitamente:

"por primera vez entonces aparecían **empresarios corporativos** (11) en los

elencos dirigentes de la política. A tono con los cambios estructurales y los que se venían produciendo en la composición del empresariado".

Por otra parte, este inquirir

"¿por qué precisamente ahora, los industriales parecen incapaces de articular sus intereses con la habilidad y pujanza con que antes lo hicieron? Por qué razón las empresas no inciden en la toma de las grandes decisiones colectivas? ¿Por qué no obstante su peso económico, su rol en la modernización, y haber sido innovadores tecnológicos, los empresarios no pesan en la vida del país? ¿Qué impide a los empresarios constituirse en un factor de poder como las fuerzas armadas? ¿Qué frenos inhibitorios les retienen para articular sus intereses con la misma habilidad que los ganaderos de la sociedad rural?".

indica claramente los supuestos ideológicos (no razonados ni explicitados) que sirven de punto de partida. Amén de que de manera alguna el profesor Imaz se preocupa de probar que los "empresarios —y tampoco surge del análisis— han sido innovadores tecnológicos", que han sido "modernizadores" y que no "inciden en la toma de las grandes decisiones". Por lo menos por prudencia el autor debió mentar la doble orientación que existe en nuestros empresarios, lo que permitiría un análisis limitado pero más ajustado a hechos. Un análisis de los documentos de la UIA y de la CGE quizás hubieran aportado alguna claridad a este punto.

Las respuestas a estos angustiantes interrogantes, no son menos equívocos: "los empresarios constituyen un sector más nuevo" (la Unión Industrial fue fundada en 1887, cf. p. 147), está constituido por diversos grupos sociales, lo que atenta contra su unidad, son reabsorbidos por la clase alta faltos de marcos de referencia propios, etc., estos argumentos son realmente nimios.

Finalmente una observación demasiado insistente pero el defecto no es menos insistente: pese a que el período analizado es de 25 años, las conclusiones se extraen exclusivamente a partir de lo ocurrido en los últimos dos años. Ni siquiera se tienta una explicación a través de la evolución, de allí las contradicciones y las incoherencias. Libro histórico por su objeto es esencialmente ahistórico por el método y por sus conclusiones.

(11) El subrayado es nuestro.

II. 4. La iglesia

La iglesia es estudiada por el tipo de relaciones institucionalizadas que existen con el estado, porque nominalmente la mayoría de los argentinos son católicos, y sobre todo por una situación de hecho: en los últimos años ha jugado un rol importante. Habría que agregar si fuera necesario por la importancia económico-financiera que la iglesia tiene en el país, pero esto es mera hipótesis, sólo Dios y los servicios de información conocen el monto de las operaciones de la iglesia y ambos se han negado sistemáticamente a revelarlos. Este corto capítulo tiene un doble tipo de conclusiones no menos modestas:

"la primera correlación parecería ser más actitudes tradicionalistas en los obispados de mayor edad que en los de menos edad... y a la inversa..." y luego

"más actitudes tradicionalistas en los obispos que desde hace mucho tiempo están al frente de la diócesis. A la inversa..." (p. 181).

Correlaciones que no son originales precisamente.

La segunda conclusión, en realidad no es tal (no se desprende del análisis). Expresa más bien algunas tesis independientes del autor que una vez más hablan de su ideología y no de la ciencia:

"lo religioso organizado temporalmente y encuadrado, es uno de los ingredientes básicos del cuerpo social. Pero cuando este se encuentra en una situación tal, que tras abandonar formas tradicionales vive un período de transición hacia otras que están en devenir, los roles de la religión organizada resultan más que nunca indispensables".

La primera puede ser objetivamente correcta, pero no lo es la segunda. La religión puede ser ingrediente básico de un cierto tipo de sociedad pero no de la sociedad. En cuanto a la segunda parte, obviamente la religión organizada o no, será necesaria o no según la orientación que los sectores sociales que empujan el cambio le den a este. En los momentos de transición de situación indefinida la religión, en la medida en que expresa los viejos valores, tiende naturalmente a la conservación de estos y al sistema que lo sustenta.

¿Pero por qué sostiene el autor que la religión organizada es indispensable?

"lo religioso encarna un mundo de valores en los procesos de cambio — sobre todo si éstos son agudos— deben estar presentes. El pase a otra etapa

más avanzada de desarrollo trae aparejado un proceso de materialización creciente y una sobrevaloración de los bienes materiales con respecto a cualquier otro. Sólo la religión organizada puede en esos momentos insistir didácticamente en la primacía de lo espiritual, y ofrecer marcos valorativos firmes".

"La religión organizada ofrece o es la única que puede ofrecer un sentido teológico al cambio. Es decir que es el único grupo que frente a la actitud del cambio por el cambio mismo, puede oponer la idea del cambio bueno". (p. 183).

Estas afirmaciones constituyen el paroxismo de la subjetividad, expresión de la intrusión de la ideología y de los juicios de valor del autor en el análisis. Ninguna de estas afirmaciones pueden probarse históricamente desde un punto de vista sociológico y niegan en los hechos las reiteradas manifestaciones del autor acerca de su objetividad y de su limitación al estudio de los hechos ("y al sociólogo le está vedado el campo del deber ser", dice por allí).

II. 5. Los dirigentes sindicales

Un corto capítulo sobre los dirigentes sindicales cierra los estudios parciales y nos aproxima a las conclusiones. Tema poco tratado en el país sociológicamente (tanto el de sindicatos como el de clase obrera específicamente) y a la vez de vital importancia para la comprensión de la sociedad argentina, el autor que no puede evitarlo por su importancia tampoco decide abordarlo y apunta una descripción incompleta de la evolución de los sindicatos salpicada aquí y allá con alguna historia de vida. No hay pues estudio de los dirigentes sindicales, sino estudio de la evolución de los sindicatos que obviamente es otra cosa.

A su vez este estudio que tiene como base tres variables:

"las cambiantes modalidades que ha presentado el sector sindical a lo largo del siglo antes "fuera" y luego "dentro" del sistema".

Innecesario destacar que el antes y el luego se mezclan bastante. Durante el peronismo "dentro", luego "fuera" y ahora ni dentro ni fuera.

La segunda variable se refiere a la importancia de las ideologías y la tercera a la relación clase obrera-sociedad global.

El esquema de evolución histórica de los sindicatos (12), págs. 208 y ss., bastan-

12) Pertenece al profesor Puigbo.

te superficial y no probado, permite al autor reiterar sus incursiones en el dominio de la subjetividad pero con una gran objetividad en su lucha "antideológica" y de reivindicación de la realidad frente a las ideologías que la distorsionan, felizmente esta vez y en su homenaje el Prof. Imaz aclara que esta afirmación no es científica.

"pero más intuitiva que científicamente pareciera que en esta etapa que se inicia, los dirigentes superando divergencias, se hubieran percatado de la realidad. (...) Porque el hecho de que una buena parte de los sectores trabajadores esté constituido por aprendices de burgueses y ASPIRANTES al tránsito escensional distorsiona la conciencia de clase e impide la utilización de los esquemas clásicos. En este orden de cosas el signo de la nueva etapa pareciera ser a la luz de sus primeras manifestaciones, la referencia a una realidad de base tal y como se da en el país". (p. 212).

Por suerte la no científicidad de esta afirmación sobre el carácter pequeño burgués de la clase obrera nos deja abierta la puerta a la esperanza.

Más allá de este esquema esquemático de la evolución sindical los estudios empíricos sobre participación son demasiado reducidos, escasos como para tirar conclusiones. Naturalmente al autor el derecho de deducir tendencias de esas observaciones preliminares.

CONCLUSIONES

Es difícil —si no imposible— concluir un balance unitario sobre un libro fragmentario como el que hemos analizado. Mas, pues, que un balance, intentamos ahora una recapitulación. Hemos tratado de mostrar el carácter asociológico de este ensayo o proyecto de investigación, señalando la ausencia de problemática (no se trata de un estudio sobre el poder sino de una descripción de los que mandan y es innecesario sentar la distancia que media entre estos dos términos), la falta de hipótesis regularmente tratadas, la distancia entre las descripciones y los elementos con que estas se confirman y las conclusiones, las generalizaciones que le siguen, según ya lo hemos marcado sobre

todo en el capítulo sobre los empresarios, los escasos recursos técnicos; la impresión en el lenguaje sociológico, la traslación en el lenguaje sociológico, la traslación de diversos autores no siempre justificadas: Naturalmente, negar el carácter científico de las conclusiones de este trabajo no significa de manera alguna negarle otros méritos. Los aportes a la sociología no necesariamente deben ser sociológicos pero conviene no mezclar los aportes con la ciencia.

En segundo lugar, si hemos insistido en la perspectiva sociológica, si hemos omitido en lo posible la crítica desde una ideología, no hemos podido dejar de subrayar las afirmaciones subjetivas ideológicas del autor. El autor no sólo tiene una ideología, sino que ella se introduce en el análisis y falsea lo que pudiera restar de científico en este análisis, poco valioso metodológicamente según señalamos al comienzo; ideología que no por carecer de nombre carece de identidad. La defensa de las instituciones militar y religiosa, el carácter ambiguo que atribuye a la Sociedad Rural, su admiración por las élites conservadoras, su intuición placentera acerca del nuevo "realismo" de la clase obrera, su posición tomada por el "cambio", constituyen elementos suficientes para un bosquejo de ideología. Ella puede muy bien llamarse "conservadorismo-cambista" (o "gatopardismo" o "misticismo funcionalista" o "neo conservadorismo", las tres se caracterizan por los elementos que señalamos más arriba y algún otro que seguramente se nos escapa. Estos aspectos ideológicos se complementan con declaraciones más precisas formuladas recientemente (26 de abril de 1965) al diario "Córdoba" de la ciudad de Córdoba.

Pero quizás, finalmente, establecer el carácter científico de esta obra no sea su modo una manera de pelear contra fantasmas: recién ahora al echar una última ojeada al texto, advertimos una última contradicción, no ya del autor sino entre la carátula del libro y el texto; si este se pretendió un estudio sociológico la carátula reza por su parte debajo del título "informes de EUDEBA". Y si es eso nada más, un informe, lo ideal es sugerirle a la UBA que lo devuelva al autor para su reexamen.

FRANCISCO JOSE DELICH

PUBLICACIONES RECIBIDAS

REVISTAS Y PUBLICACIONES PERIODICAS

Marxism Today, revista teórica del Partido Comunista de Gran Bretaña. Número 10 al 12, vol. 8, 1964. N° 1 al 5, vol. 9, 1965. 16 King Street, W.C. 2, Londres.

Peace, Freedom and Socialism. Edición inglesa de Revista Internacional N° 9 al 12, año VII, 1964. N° 1 al 3, año VIII, 1965.

Revue Internationale du Socialisme. Publicación bimestral de la izquierda socialista europea. N° 5-6, año I, 1964. N° 7, año II, 1965. Viale Lunigiana 35, Milán, Italia.

Il Mulino. Revista mensual de cultura y política. Números 143 a 146, año XIV y 147 al 151, año XV, 1965. Piazza dei Martiri 7, Bologna, Italia.

Rivista Storica del Socialismo. Periódico cuatrimestral. N° 23, año VII, 1964. Viale Fulvio Testi 75. Milano, Italia.

Quaderni Piacentini. N° 16, 17-18, 19-20, año III, 1964. Via Poggiali 41, Piacenza, Italia.

Il Protagora. Bimestral de cultura. 34, 35-36, de 1964; 37 y 38 de 1965. Via Franco Lucchini 33. Roma, Italia.

Quaderni Rossi. Cuatrimestral editado por el Instituto Rodolfo Morandi. N° 3 dedicado a "Plan capitalista y clase obrera"; y N° 4 dedicado a "Producción, consumos y lucha de clases". Via Blynny 10. Turín, Italia.

Critica Marxista. Revista bimestral dirigida por Luigi Longo y Alessandro Natta. Año III, N° 2, 1965. Via Botteghe Oscure, 44. Roma, Italia.

Classe Operaria. Revista mensual dirigida por Mario Tronti. N° 1 al 10-12 de 1964 y N° 1 de 1965. Della Marsilio Editores. Via S. Eufemia 5. Padova, Italia.

Bollettino. Publicado por el Centro di documentazione Frantz Fanon. N° 1, enero-febrero 1965, Viale Papiniano 22/A. Milano, Italia.

Tempi Moderni. Publicación trimestral editado por el CIRD. Año VI, números 15, 16-17, 18 y 20; 1964. Via della Lungara 229. Roma, Italia.

Parti-Pris. Revista bimestral de cultura y política. Vol. 2, números 4 al 9 1964-1965. Rue Saint-Denis, 3774. Montreal 18. Quebec, Canadá.

Québec Libre. Al servicio de la Independencia Nacional del Québec. Periódico mensual dirigido por Jacques Lucques. Editions Chenier, C. P. 206, station "N", Montreal, Canadá.

Partisans. Revista bimestral. N° 17, 1964. 1, Place Paul-Painlevé, París, Francia.

Esprit. Revista mensual dirigida por Jean-Marie Domenach. N° 19, rue Jacob, París (VI) - Francia.

Les Temps Modernes Revista mensual dirigida por Jean-Paul Sartre. Año XX, N° 224. Editorial R. Julliard, rue de L'Université, París (VII). Francia.

Panoramas. Revista de política dirigida por Víctor Alba. Números 11 al 14, 1964-1965. Centro de Estudios y Documentación sociales, A. C. Apartado 5-468 México 5, D.F. México.

Casa de las Américas. Revista de la Casa de las Américas. Año IV, N° 24, enero-abril de 1964. La Habana, Cuba.

El Escarabajo de Oro. Revista literaria dirigida por Abelardo Castillo. Año V y VI, números 25 al 28; 1965. Buenos Aires.

La Rosa Blindada. Revista mensual. Año I, N° 4, 1965. Corrientes 2565, Piso 9, of. 11. Buenos Aires.

Política Obrera. Revista de política. Número 4, año I, 1965. Casilla de Correo 80, Suc. 3. Buenos Aires.

Monthly Review. Selecciones en castellano. Revista de investigación polí-

tica internacional, dirigida por Irene Mizrahi. Números 13 al 21, año II, 1964 - 1965. Diagonal R. Sáenz Peña 760, 5º P., of. 531. Buenos Aires.

Marcha. Organo del M.I.R.A. Números 1 al 3. 1964-1965. Casilla de Correo 4481. Buenos Aires.

Publicaciones periódicas diversas: **La Pala, Norte Revolucionario, Alianza, Nueva Sión, Plumo, Arte y Religión, La Ventana, Palabra Obrera.**

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Giberti, Solari, Germani. **Sociedad, Economía y Reforma Agraria.** Buenos Aires. Ediciones Libera, 1965.

Dimase, Garófalo, Andújar. **La situación gremial argentina.** Buenos Aires, Ediciones Libera, 1965, 64 págs.

Verga, Domínguez, Zafran y Martorelli. **El periodismo por dentro.** Buenos Aires, Ediciones Libera, 1965, 128 páginas.

Inglese, Yegros Doria: **Universidad y Estudiantes. Berdichevsky: Universidad y Peronismo.** Buenos Aires, Ediciones Libera, 1965, 230 páginas.

Henri Lefebvre. **Problemas actuales del marxismo.** Córdoba, Ediciones Nagelkop, 1965, 150 páginas.

Haroldo Conti. **Todos los veranos.** Buenos Aires, Editora Nueve 64, 1964, 162 páginas.

K. Marx y F. Engels. **Sobre la literatura y el arte.** Buenos Aires, Ediciones Revival, 1964 256 páginas.

Ernesto Guevara. **Socialismo y Subdesarrollo.** Córdoba, Eudecor, Colección Tercer Mundo 1, 1965, 18 páginas.

Ernesto Guevara. **Relatos de la Guerra Revolucionaria.** Ediciones Nueve 64, 1965, 160 páginas.

Alfredo Terzaga, **Córdoba en la solución del pleito argentino (1852-1880).** Córdoba, edic. del autor, 1964, 18 páginas.

NUEVE 64 EDITORA

NOVEDADES

NARRATIVA

DANIEL MOYANO: **La lombriz**

BRIANTE, LINCH Y OTROS: **11 Cuentistas argentinos**

HAROLDO CONTI: **Todos los veranos**

POESIA ARGENTINA

ALBERTO SZPUMBERG: **Che amor** (mención del concurso 1964 de la Casa de las Américas de Cuba)

TESTIMONIOS

ERNESTO CHE GUEVARA: **Relatos de la guerra revolucionaria**

JOHN WILLIAMS: **Negros en armas** (en prensa)

NUEVE 64 EDITORA — Cerrito 1371 — Buenos Aires

RODOLFO PUIGGROS

- Pueblo y oligarquía
- El Irigoyenismo
- La integración de Latinoamérica

Jorge Alvarez Editor
TALCAHUANO 485

Cine - Arte - Política - Literatura

Librería "EL LORRAINE"

DE PEDRO SIRERA

CORRIENTES 1551

T. E. 46-4942

MONTHLY REVIEW

SELECCIONES EN CASTELLANO

Revista de Política Internacional

Año 2 Junio - Julio 1965

22
23

el movimiento guerrillero en guatemala

ADOLFO GILLI

EDITORIAL PERSPECTIVAS

Av. Roque S. Peña 760 Of. 531 Bs. As.

NUMERO DOBLE \$ 120.-

LIBRERIA "BOHEMIA"

COMPRA - VENTA - CANJE

OFERTAS PERMANENTES

Corrientes 1568-70

Buenos Aires

REVUE INTERNATIONALE DU SOCIALISME

Revue bimestrielle — paraît aussi en anglais sous le titre "Internationale Socialist Journal"

Comité de direction: Piero Ardeni, Lelio Basso, Ken Coates, Marcel Denekere, Ernest Glinne, Gilles Martinet, Jim Mortimer, Jean-Marie Vincent.

Deuxième année, numéro 8

Mars-avril 1965

- | | |
|---------------|---|
| H. Marcuse | Les perspectives du socialisme dans la société industrielle développée. |
| S. Mallet | La nouvelle classe ouvrière et le socialisme. |
| L. Basso | Pour une analyse dialectique. |
| P. Rolle | L'automation: un problème social. |
| E. Giovannini | La lutte des métallos italiens. |

Actualité politique: Publiez les comptes (K. Coates) — La Démocratie chrétienne et son unité (P. Ardeni) — L'Organisation de l'Unité Africaine devant l'épreuve du Congo (El Mehdi Ben Barka) — Leçons de la révolution sudanaise (J. Halliday) — Le Mozambique vers la révolution (V. de Lemos).

Revue: La guerre vietnamienne dans la presse américaine (L. Rey).

Abonnements pour la France: CCP 18-462-71 Paris.

Etudes et Documentation Internationale, 29 rue Descartes, Paris (V).

En Amérique Latine, par

Centro Documentación "América Latina"

Oficina de Correos Quinta Crespo,

Apartado de Correo N° 8584, CARACAS, Venezuela

Rédaction et administration: Boite Postale 517 - Rome

RIVISTA STORICA DEL SOCIALISMO

Periodico quadrimestrale

Diretto da: Luigi Cortesi e Stefano Merli

SOMMARIO DEL N° 23

SAGGI

Rodolfo Banfi: A proposito di Imperialismo di Lenin

Emilio Agazzi: La formazione della metodologia di Marx. Della Sacra famiglia alla Miseria della filosofia

DOCUMENTI

Béla Kun: Perché la rivoluzione proletaria ha vinto in Ungheria?

A cura di Enzo Santarelli

Nuova documentazione sulla "svolta" nella direzione del PCd'I nel 1923 - 1924 (Scritti inediti o non noti di A. Bordiga, U. Terracini, P. Tresso, A. Gramsci, P. Togliatti).

RICERCHE

Luigi Cortesi: Appunti per una biografia di Filippo Turati. Parte Prima 1856-1901.

NOTE E DIBATTITI

John Saville: Le radici storiche del riformismo laburista in Inghilterra.

Edoardo Masi: Alcuni problemi posti dalla elaborazione del Partito Comunista Cinese.

Stefano Merli: Le origini della direzione centrista nel Partito Comunista d'Italia

Lettere: Sul finanziamento del fascismo dalle origini al 1924 (Giordano Sinvini e Renzo De Felice).

Redazione e Amministrazione: Milano, Viale Fulvio Testi, 75 Abbon. annuale L. 2.500 (Italia); L. 4.000 (Estero); sostenitore L. 10.000

ediciones PASADO Y PRESENTE

COLECCION "ENSAYOS"

1. Galvano Della Volpe: CLAVE DE LA DIALECTICA HISTORICA seguido de ENSAYO SOBRE LA DIALECTICA (en prensa)
2. Jean-Paul Sartre y otros: MORAL Y SOCIEDAD (en prensa)
3. Giulio Pietranera: LA ESTRUCTURA LOGICA DE EL CAPITAL
4. Lucio Colletti: EL MARXISMO COMO SOCIOLOGIA

COLECCION "BREVES TRATADOS MARXISTAS"

1. Karl Marx: FORMACIONES ECONOMICAS PRECAPITALISTAS
2. Karl Marx: INTRODUCCION A LA CRITICA DE LA ECONOMIA POLITICA

ediciones PASADO Y PRESENTE
Casilla de Correo 80 - Córdoba
República Argentina

Ediciones NAGELKOP

Novedades de Mayo

HENRI LEFEBVRE: Problemas actuales del marxismo

"Este libro se inscribe en una historia dramática y limitada, la del dogmatismo en el pensamiento contemporáneo. Se refiere esencialmente a una sistematización que se disgrega: la del dogmatismo marxista". Así define el discutido filósofo francés los propósitos de esta obra, destinada a restituírnos el auténtico pensamiento de Marx.

Un volumen de 152 pág.

JEAN-PAUL SARTRE: Historia de una amistad (Merleau-Ponty vivo)

Como poco antes en el trabajo sobre Paul Nizan, Sartre nos ofrece aquí un fragmento de su propia vida, una interrogación sobre sí mismo que constituye indudablemente un valioso complemento de la autobiografía que comenzara a publicarse con *Las Palabras*. Al reconstruir el contradictorio proceso de pensamiento y de acción que unió a Sartre y Merleau-Ponty, *Historia de una amistad* se convierte en un testimonio histórico y cultural de extremo interés para conocer la evolución política e ideológica de *Les Temps Modernes*.

Un volumen de 104 pág.

EDICIONES NAGELKOP

Deán Funes 75 - Córdoba - República Argentina

PRECIO DE ESTE NUMERO DOBLE: \$ 150.-